



NEW
ADULT

Perdiendo el camino

KATHERINE VEGA

Table of Contents

[Créditos](#)
[Título](#)
[Newsletter](#)
[Lista de reproducción](#)
[Dedicatoria](#)
[American Idiot](#)
[When You're Looking Like That](#)
[Swallow My Pride](#)
[Darling Nikki](#)
[Teenagers](#)
[Last Night](#)
[All the Small Things](#)
[New Love](#)
[I'm Not Okay \(I Promise\)](#)
[It's Gonna Be Me](#)
[Dirty Little Secret](#)
[Pusher Lover Girl](#)
[Self Esteem](#)
[Morning Light](#)
[Beat Your Heart Out](#)
[When the Lights Go Out](#)
[Numb](#)
[Bye Bye Bye](#)
[In too Deep](#)
[Incomplete](#)
[City of Angels](#)
[TKO](#)
[Girl all the Bad Boys Want](#)
[Don't Go Breaking My Heart](#)
[Lifestyle of the Rich & Famous](#)
[Pop](#)
[I'd Do Anything](#)
[Girlfriend](#)
[When I Come Around](#)
[Boys in the Band](#)
[First Date](#)
[Man of the Woods](#)
[You're Gonna Go Far, Kid](#)
[This I promise You](#)
[All Downhill From Here](#)

[Hangin' Tough](#)
[Punk Rock Song](#)
[Get Down \(You're the One for Me\)](#)
[My Own Worst Enemy](#)
[Let the Groove Get In](#)
[Drain the Blood](#)
[Tearin' Up My Heart](#)
[Crawling](#)
[Say Something](#)
[The Ghost of You](#)
[Show Me the Meaning of Being Lonely](#)
[Coming Undone](#)
[Step by Step](#)
[Wake Me Up When September Ends](#)
[Don't Wanna Let You Go](#)
[The Rock Show](#)
[Mirrors](#)
[Agradecimientos](#)
[¿Te ha gustado Perdiendo el camino?](#)

Primera edición noviembre 2021
Depósito legal noviembre 2021
© Cherry Publishing
71—75 Shelton Street, Covent Garden, Londres, UK.

ISBN 9781801161817

Perdiendo el camino

Katherine Vega

Cherry Publishing

Para recibir gratis una de nuestras novelas, ¡inscríbete a nuestra newsletter!

<https://mailchi.mp/eff2c580738f/novela—gratis>

Si nos lees desde México, ¡inscríbete aquí!

<https://mailchi.mp/32c90d243b28/novela—gratis—mexico>



Encuétranos en nuestra página de Instagram

https://www.instagram.com/cherrypublishing_esp/

<https://www.instagram.com/katherinevegawrt/?hl=fr>

Si quieres escuchar la lista de reproducción creada por la autora para esta novela, ¡usa el código QR!



A My Chemical Romance, por poner música a los años
más difíciles de mi vida.

American Idiot

—Brett, maldito hijo de la gran... Esta me la pagas.

Nikki sintió ganas de romper el auricular del teléfono de la gasolinera en la que la habían dejado tirada. Necesitaba liberar la frustración con algo y el teléfono que sostenía en su mano —con el auricular que trinaba de forma intermitente dándole a entender que nadie al otro lado iba a responder— era una opción tan buena como cualquier otra para desquitarse. En vez de eso, colgó una y otra vez con furia, llamando la atención del dependiente. Seguramente el tipo llevaba un buen rato dormitando en la tranquilidad de su turno de noche; al menos hasta que ella había entrado. Nikki le había suplicado que le dejara hacer una llamada y el dependiente se lo había permitido, no sin antes echarle un buen vistazo de arriba abajo.

—¡Oye! ¡Si lo rompes, lo pagas! —le gritó el tipo.

Nikki lo ignoró y apoyó su cansado cuerpo contra la pared, al lado del teléfono. Lo último que necesitaba era aquello.

—Puto Brett.

Se separó del aparato y salió de la gasolinera, mirando a un lado y otro de la solitaria y oscura carretera. Sabía que estaban cerca del aeropuerto de Nueva Orleans; así lo indicaban las señales de la vía secundaria que habían tomado para repostar antes de continuar su camino a Bossier City.

Nikki había anunciado que necesitaba usar el baño con urgencia; confiada, dejó el móvil, la cartera y todas sus pertenencias dentro de la furgoneta en la que viajaba con Jetset, pero cuando salió por fin del pulgoso retrete de aquella gasolinera, la furgoneta y sus compañeros de grupo —incluido su maldito novio Brett— ya no estaban.

No era la primera broma pesada que se gastaban en aquella gira. De hecho, los cuatro llevaban sufriendo bromas pesadas de unos y otros desde que se habían conocido en el Instituto John Muir con solo dieciséis años. Aquello formaba parte de su particular amistad y se había convertido en algo habitual, así que Nikki no podía decir que esta broma de dejarla sola en mitad de la noche de Nueva Orleans le viniera de nuevas.

La última jugarreta había tenido lugar en Arkansas: Brett, Jason y ella habían encerrado a Keith en un ascensor durante casi cuatro horas, ante la desesperación del batería. Intuía que aquello era la venganza y que ahora le tocaba a ella sufrir el retorcido sentido del humor de sus amigos y su novio. Y se lo hubiese tomado relativamente bien... Si no fuera porque verse abandonada en Nueva Orleans en aquel momento era lo último que necesitaba después de la enésima bronca con Brett, ocurrida un par de horas antes, tras finalizar la actuación de Jetset.

Se habían peleado como dos bestias furiosas después del concierto que habían dado en la ciudad más importante del estado de Luisiana. Por los celos de él, claro. Como siempre. No, mentira; los celos no siempre eran el motivo de las peloterías que tenían día sí y día también. A

veces simplemente ocurrían porque sí, porque Brett necesitaba humillarla y recordarle quién mandaba en aquella relación que se había ido torciendo con el paso de los años hasta convertirse en un infierno.

Esa noche la excusa habían sido los celos, por verla hablando con un seguidor después del concierto que quería preguntarles por una vieja maqueta bastante difícil de conseguir. Nikki había atendido al chico con amabilidad y con la mirada de Brett clavada en su nuca como hierro candente.

Tras despedir al seguidor, su novio la había arrastrado a la parte trasera del *backstage* de la sala, donde comenzó a gritar y a insultarla. Lo habitual en él. Nikki solía callar y desconectar la mente, incapaz de aguantar más mierda, pero aquella noche algo había estallado dentro de ella hasta tal punto que Nikki había agarrado la Stratocaster blanca de Brett —que tenía desde su adolescencia— y la había arrojado contra un amplificador que aún quedaba por cargar en la furgoneta. Al ver la guitarra rota, el primer impulso de Brett había sido cerrar el puño para estampárselo en la cara... Pero no llegó a hacerlo porque Jason y Keith habían aparecido cargando los bombos de la batería sin saber que interrumpían otra estratosférica paliza de Brett.

—Tío, ¿qué le ha pasado a tu guitarra? —había preguntado Jason, recogiendo el maltrecho instrumento del suelo.

Brett la miró furioso, abriendo y cerrando el puño que estaba destinado a romperle la mejilla. Nikki se notaba el cuerpo lleno de electricidad y sorprendentemente dispuesta a defenderse aquella vez.

La Stratocaster podía repararse y, además, llevaban guitarras de recambio para el siguiente concierto, de modo que no iban a tener demasiados problemas a ese respecto, pero Brett no iba a perdonar algo así sin más. No le cabía duda que detrás de aquella broma de dejarla tirada en una gasolinera estaba el rencor de su novio.

Pensó con rapidez qué podía hacer a continuación, sin cartera y sin móvil para llamar a sus amigos, y que estos dieran media vuelta para recogerla. Rebuscó en los bolsillos de sus pantalones y lo único que encontró fue un triste billete de veinte dólares. A esas horas de la noche poca cosa iba a poder hacer con ese dinero. Y no habría autobuses nocturnos que la llevaran a Bossier City, donde tenían programado el siguiente concierto de Jetset.

Las calles parecían desiertas, casi fantasmagóricas a la luz de las farolas que alumbraban pobremente el asfalto. Escuchó el distante sonido de los insectos nocturnos y el rumor de los últimos aviones que despegaban del aeropuerto Louis Armstrong. Decidió que quedarse tirada a las afueras de Nueva Orleans, sin móvil y tras una estrepitosa bronca con Brett, bien merecía tomarse una buena copa. Total, ¿qué otra cosa podía hacer aquella estúpida noche de marzo?

Entró de nuevo en la gasolinera con cara de pocos amigos y el dependiente volvió a mirarla con desprecio, pero Nikki estaba acostumbrada a aquellas miradas de los hombres, que solían ser una curiosa mezcla de asco y deseo por lo desconocido. Al fin y al cabo, su apariencia no era el clásico aspecto que uno podía esperar de la típica chica californiana y era consciente de que no despertaba simpatías ni vulnerabilidad.

—Oye, ¿dónde puedo ir a tomarme una copa?

El dependiente resopló, molesto por ser interrumpido de nuevo en su tarea de no hacer nada. Nikki sintió ganas de gritar y de chocar su cara de paleta contra el mostrador, pero se contuvo. Ya tenía suficientes problemas en su vida como para que encima la detuviera la policía de Luisiana por agresión.

—Aquí no hay nada abierto. Como mucho puedes ir hasta el Hilton del aeropuerto... Pero

dudo que te dejen entrar.

—¿Acaso no soy una americana con todos mis derechos? —se enfadó Nikki, harta ya de aquella noche y de todos sus protagonistas.

El tipo la volvió a mirar de nuevo, deteniéndose unos instantes de más en su pecho cubierto por una camiseta sin mangas de Misfits.

—Gira esta calle a la derecha y sigue por el bulevar de Joe Yenni hasta encontrarte con un Planet Fitness. Detrás de esa esquina está el Hilton. No tiene pérdida.

—Estupendo —murmuró Nikki, sin darle las gracias y saliendo a la templada noche de Nueva Orleans—. Vamos a codearnos con unos cuantos capullos pijos. Total, ¿qué más podría pasarme ya hoy?

Siguió las indicaciones del dependiente y encontró el Hilton sin demasiada dificultad. Era un edificio bajo de tipo colonial, bien iluminado y de estilo sureño. El vestíbulo permanecía solitario, exceptuando a la chica de recepción, que bajó el teléfono que mantenía pegado a su oreja al verla entrar en el hotel.

Nikki se pasó la mano por el lado izquierdo de su cabeza, el que no llevaba rapado, y se apartó el desgredado y corto cabello negro de su rostro. Vio el bar al fondo del vestíbulo y sonrió ante la perspectiva de hundir sus penas en una cara y olvidable copa de alcohol, pero la recepcionista la detuvo cuando ya se dirigía a gastar sus paupérrimos veinte dólares.

—Disculpe, señorita. ¿Puedo ayudarla en algo?

—No, voy a tomar una copa a su bar. A no ser que alguna ley lo prohíba —la desafió Nikki con la mirada, retando a la pobre chica a detenerla.

La recepcionista la repasó de arriba abajo, seguramente preguntándose cuántas estrellas iba a perder aquel Hilton si dejaba entrar a una tía cualquiera cubierta de tatuajes y *piercings*, vestida con una desastrada camiseta de Misfits y unos pantalones anchos estilo cargo. No era una huésped digna del Hilton, eso estaba claro, y Nikki era consciente de ello.

Ante la indecisión de la recepcionista sobre qué debía hacer con ella, Nikki siguió su camino sin esperar su permiso y entró en el bar del hotel, que a aquellas horas de la noche apenas contaba con dos o tres parroquianos que bebían en soledad. Pero quien estuviera ahí le importaba una mierda. Como si estaba el puto George Bush cantando al piano.

Se sentó en un extremo de la barra y, cuando el barman vino a preguntarle qué deseaba, Nikki colocó los veinte dólares ante él y pidió un doble *whisky* con soda, sin desviar la vista de la infinidad de botellas que había detrás de la barra. Observó en silencio cómo el barman preparaba su bebida y se la dejaba delante junto con el cambio del billete. Notó cómo la miraba y parecía estar a punto de decirle algo, pero Nikki lo despidió con un gesto de la mano y procedió a beberse casi la mitad de su *whisky* doble de un ansioso trago. Una vez su espíritu recibió el calor del alcohol, apartó el vaso y dejó caer su cabeza sobre la superficie de la barra hasta que su frente descansó en el caro mármol de esta.

—Es la puta peor noche de mi vida, joder —murmuró en voz alta y para sí misma; no le importaba quién pudiera escucharla a estas alturas de la velada.

—¿A ti también te han cancelado el vuelo? —le respondió una voz con un fuerte acento sureño.

La voz era agradable, apacible y con un curioso punto infantil, como de adolescente; cosa que le molestó al instante, sin saber bien por qué. Tenía un humor de perros como para aguantar al enésimo baboso de su vida. Levantó la cabeza y se giró hacia la derecha, donde en el otro extremo de la barra el dueño de la voz la observaba con interés.

Nikki solo necesitó echar un rápido vistazo para darse cuenta de que era un niño pijo y poco acostumbrado a que una mujer le negara su atención. Otro perfecto idiota caprichoso y seguro de sí mismo de los que abundaban en todos los rincones de su país.

Por supuesto que era atractivo, de esa manera clásica y formal que a ella jamás le había despertado ningún interés. Su cabello era rubio apagado, casi castaño, corto y bien peinado hacia atrás con la raya a un lado. El bar estaba tenuemente iluminado y, aun así, Nikki pudo ver sus ojos de un azul oscuro mezclado con gris, cálidos y bonitos. La nariz era fina y curvada, un poco pronunciada. Su rostro estaba cubierto de una barba de pocos días, bien cuidada y recortada a la perfección.

Pero lo que más le llamó la atención fue advertir que, a pesar de que no aparentaba haber cumplido aún los treinta años, vestía de traje. Incluido un chaleco que ahora llevaba desabrochado. Y zapatillas Adidas blancas, impolutas, como recién estrenadas. ¿Qué tío de esa edad vestía de traje... y con zapatillas deportivas? Tampoco es que quisiera averiguarlo, claro.

—Oye, ¿te importa si me dejas en paz? Muchas gracias por tu interés, pero quiero revolcarme sola en mi miseria.

Él rio con una risa cercana a la inocencia, agarró su copa y abandonó su lugar en el extremo de la barra para sentarse a su lado.

—Joder —se quejó Nikki al ver que lo tenía a un taburete de distancia—. Y ahora es cuando me preguntas qué hace una chica como yo en un hotel como este, ¿no?

—Pues...

—Mira, sé lo que estás pensando y te voy a parar aquí —lo interrumpió Nikki. Él pareció sorprendido por su tono de pocos amigos—. Sé lo que has pensado cuando me has visto por primera vez. He estado con tíos como tú, me he follado a tíos como tú; todos estáis cortados por el mismo patrón y pensáis lo mismo.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué estaba pensando?

No parecía enfadado por lo que le acaba de decir, solo algo interesado y risueño. Nikki quiso abofetearle su bonita cara.

—Estás pensando en si esa sucia tía tatuada y con pintas de haber salido de un parque de caravanas se dejará hacer todas las guarradas que tus bonitas chicas de mechas y manicura no se dejan hacer porque es poco cristiano, por muy bueno que estés.

—¿O sea que estoy bueno? —rio él.

Nikki bufó y bebió de su *whisky*. No pudo sino advertir que el desconocido bebía una Coca Cola con limón. Claro. «¿Cómo va a beber alcohol él, tan sano y perfecto?», pensó con infinito fastidio.

—Claro que lo estás. Lo sabes muy bien. De hecho, seguro que lo sabes desde el instituto, cuando todas las animadoras querían liarse contigo. ¿Y sabes qué? La respuesta es sí. Yo hago todas las guarradas en las que tú estás pensando ahora mismo, pero no las haré contigo. Búscate a otra gilipollas a la que follarte esta noche.

—Bueno, desde luego ahora sí que estoy pensando en todas esas guarradas que haces —sonrió él, mostrando una ristra de perfectos dientes blancos—. ¿Y tu nombre es...?

Nikki escondió su rostro entre las manos y se mordió nerviosamente el *piercing* del labio mientras pensaba en cómo librarse de aquel tío. Mientras deliberaba cómo ser más borde para acabar de espantarlo, el perfume caro de él se coló entre sus dedos y penetró en su nariz. Era agradable. Sacudió la cabeza, exasperada por la presencia del desconocido. No tenía ganas de hablar ni de ser amable con nadie. Solo quería beber y esperar al amanecer, buscar un autobús

hasta Bossier City y continuar con su vida.

Se giró hacia él dispuesta a espantarlo de su lado de una vez por todas, pero antes de que pudiera mandarlo a la mierda de forma definitiva, el sonido del televisor que repetía las noticias del día la despistó:

«...el cantante Jay Martin, conocido por formar parte de la boy band Westside Blue, disuelta en el 2002 tras siete años de éxitos, ha llenado esta noche el New Orleans Arena con más de 15.000 personas. El cantante de Montgomery ha interpretado éxitos en solitario de sus dos recientes discos, además de canciones de su antigua banda...»

Nikki levantó la vista hasta el aparato, donde un fragmento del susodicho concierto se estaba mostrando en las noticias. Un chico bailaba con soltura, cantando con una voz aguda y un poco aflautada. No se le veía bien la cara por los movimientos de baile, pero le resultaba alarmantemente familiar. Un momento. ¿Una voz un poco aflautada? Mierda.

—¿Tú...? —murmuró Nikki con la boca abierta.

Él le alargó la mano con cortesía, sin perder una sonrisa que se había vuelto algo irónica.

—Jay Martin, encantado.

When You're Looking Like That

—Bueno, di algo porque, siendo sincero, ahora pareces un poco idiota —dijo Jay sin poder ocultar la satisfacción que le daba observar la sorpresa en la cara de la desconocida.

La chica seguía con la boca abierta, anonadada por haber descubierto que él era quien era. Jay sintió ganas de reír con fuerzas, pero se mantuvo impassible con la misma sonrisa de entrevista que llevaba usando desde hacía años cuando quería esconder a los periodistas lo que realmente sentía.

No es que estuviera verdaderamente interesado en ella. Ni siquiera era el tipo de chica en la que se solía fijar ni el tipo de chica que acudía a sus conciertos. ¿Qué clase de chica iba por ahí con media cabeza rapada, los ojos cubiertos de maquillaje negro como si fuera un mapache y unos pantalones anchos de estilo militar? Por no hablar de los tatuajes de los brazos, el *piercing* en un lateral del labio y la camiseta descolorida y sin mangas de Misfits.

Pero Jay no había podido evitar fijarse en aquellos ojos de un azul cristalino que parecían agotados y dolidos con el mundo. La chica era guapa y tenía cara de estar pasando muy mala noche. No había tenido tiempo de reflexionar sobre si debería meterse o no en sus asuntos. Su boca había ido por libre y había decidido preguntarle.

Por fin, la chica reaccionó, aunque no como él hubiera esperado que lo hiciera.

—No me jodas... ¡Tú eres el del grupo ese de mierda que escuchaba mi prima! —estalló ella en carcajadas histéricas, dando un fuerte golpe a la barra del bar. Luego le señaló el pelo sin parar de reír—. ¿Dónde te has dejado tus famosos ricitos de oro?

—Hace cinco años que me los corté, por si no estás muy puesta en la actualidad de los tabloides —respondió Jay, contagiándose de la risa de ella—. Déjame adivinar... Tú eras más de Take That.

—Yo nunca he escuchado a una puta *boy band*.

Jay asintió divertido y le hizo un gesto al barman para que le sirviera otra Coca Cola con limón y otro *whisky* con soda para la desconocida. Ella no protestó cuando tuvo otra copa en la mano. Solo bebió de nuevo, sin mirarlo, sacudiendo la cabeza por la situación en la que se había visto metida.

—Puedo amenazarte con cantar alguna canción de Westside Blue a no ser que me digas cómo te llamas. Es lo justo, ya que tú ya sabes mi nombre... y mi vergonzoso pasado como miembro de una *boy band*, claro.

—Tengo un precioso nombre de estríper, cortesía de mis padres —respondió la chica al fin—. ¿Quieres una pista? Ambos son muy fans de Prince.

—¿Te llamas Purple Rain? —bromeó Jay sin poderlo evitar. Aunque ella lo fulminó con la mirada, su instinto le dijo que en el fondo le había hecho gracia, pero eso no se lo reconocería jamás.

—¿Eres gilipollas?

—Solo en los días impares, Nikki.

—¿Cómo...? —se sorprendió ella.

—Temo anunciarte que soy muy fan de Prince, también. Tenía que ser Nikki.

Jay se atrevió a chocar su copa con la de ella, que parecía estupefacta ante el hecho de que un tipo como él tuviera algo de cultura musical.

—De hecho, soy de la opinión de que *Purple Rain* es la mejor canción para hacer el amor.

—¿Esta mierda te funciona con tus fans, Jay? —El chasquido de su voz era metálico y a la defensiva de nuevo. Nikki podría haberse ido en cualquier momento y, sin embargo, ahí seguía, continuando la conversación con él—. Ah, no, claro. Cuando uno es una estrella del pop como lo eres tú, no es necesario soltar ese tipo de chorradas para seducir a una chica.

—La verdad es que no me puedo quejar de mi éxito seductor, no.

Nikki rio con desprecio.

—¿Sabes? Podría haber entrado en un hotel y encontrarme con Billie Joe Amstrong, pero resulta que he tenido la suerte de toparme con el niño rebelde de Westside Blue.

—Bueno, podría ser peor. Robbie Williams no sería tan encantador como yo, te lo aseguro.

—Para mí, tú y él hacéis la misma porquería. La misma música intrascendente de mierda, vacía y superficial, perfecta para lobotomizar a las masas. No lo soporto.

—Prefería la charla sobre las guarradas que al parecer no haremos, la verdad —comentó Jay despreocupadamente, sin entrar al trapo de las hirientes palabras de la chica.

Nikki lo fusiló con la frialdad de sus ojos azules. Se terminó su *whisky* de golpe y se levantó de un salto, decidida a abandonarlo. Jay lo lamentó, era una compañía curiosa e inesperada con la que no había contado aquella noche.

—Mira, me he quedado tirada sin teléfono, documentación o dinero y encima tengo que apañármelas para llegar mañana a Bossier City porque tengo un concierto...

—¿Estás en una banda? —se sorprendió él.

Aun así, no le resultaba difícil imaginar la energía que debía de desprender Nikki sobre un escenario. Ella lo ignoró y continuó hablando:

—... y me he gastado la mitad de mi dinero en un jodido *whisky* del que solo he sacado conocer a un exintegrante de Westside Blue... Así que déjame en paz, sigue tu camino del pop y que la vida te sea leve, Jay Martin.

La chica giró sobre sus sucias Vans para largarse, pero Jay la detuvo agarrándola suavemente de uno de sus brazos tatuados. Tenía la piel suave y cálida. Jay no pudo evitar preguntarse qué otros tatuajes se ocultarían bajo aquella ropa ancha que no dejaba adivinar las curvas de su cuerpo. Nikki bufó como un animal salvaje al verse detenida.

—¿Quieres hacer una llamada? Puedes usar mi móvil. Y podría dejarte dinero para llegar a Bossier City, si lo necesitas.

Ella pareció debatirse entre el fastidio que sentía hacia su persona y su, al parecer, desastrosa situación personal. Al final claudicó y se decantó por dejarse ayudar, relajando su cuerpo de golpe.

—Muy bien, una llamada —concedió Nikki, alargando la mano y esperando que él le dejara su teléfono.

—Genial. Tengo el móvil en la habitación, ¿me acompañas?

—¡Ja! ¿Acaso crees que soy gilipollas perdida? Déjame tu móvil aquí y ahora, porque no voy a ir hasta tu habitación a hacer ninguna llamada.

Jay se levantó del taburete y sacó los bolsillos de su pantalón hacia afuera para demostrar que no llevaba el teléfono encima. Ella miró desesperada hacia el techo, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Es una norma personal: nada de entrar en Twitter después de un concierto. Además, estaba sin batería.

No le mentía. Jay sentía pánico y ansiedad tras cada concierto que daba y no soportaba entrar en Twitter para leer todas y cada una de las críticas de los troles y *haters* que había pululando impunemente por Internet. Hacía ya cinco años que volaba en solitario, pero parecía no poder dejar atrás su complejo de niño bonito del pop.

Jay temía que nunca se le llegara a tomar en serio por ser un exWestside Blue. Así que, tras torturarse en la gira del primer disco con todas las cosas hirientes que se decían de él, se había impuesto alejarse del móvil al final de cada concierto. Desde entonces, el teléfono se quedaba lejos de él hasta el día siguiente.

—Está bien —accedió Nikki con un suspiro derrotado.

Jay sonrió con algo de timidez, y, tras indicarle el número de la habitación, la dejó ir delante mientras admiraba su paso decidido. Ella no dijo nada en todo el corto trayecto desde el bar del hotel hasta la *suite*, que estaba en la parte de atrás del edificio.

Abrió la puerta con la llave electrónica y se hizo a un lado para dejar pasar con cortesía a Nikki. Cuando encendió la luz, ella contuvo una exhalación y lo miró, como si lo acusara de vivir demasiado bien. Jay se encogió de hombros con un gesto inocente.

La habitación daba a una piscina privada y contaba con una terraza con vistas al océano Atlántico. No era nada del otro mundo para Jay, pero era lo mejor que su personal de gira le había encontrado al cancelarse su vuelo a Houston debido al temporal que estaba arrasando la ciudad. Su representante y el resto de sus acompañantes se habían distribuido en hoteles cercanos para pasar la noche, esperando poder conseguir un vuelo a la mañana siguiente.

Jay le señaló su teléfono, que estaba cargándose en la mesita de noche.

—Tómate el tiempo que necesites para solucionar lo tuyo. ¿Quieres beber algo?

—No.

Nikki se sentó en la cama, agarró el teléfono y empezó a consultar los horarios de autobuses, ignorando a Jay por completo. No es que esperara otra cosa de alguien como ella; ya había quedado claro que lo detestaba. Puede que ambos fueran músicos, pero eran de mundos distintos a miles de años luz de distancia.

Jay se sirvió una Coca Cola y optó por dejar que ella hiciera sus gestiones con intimidad. Salió del dormitorio y miró la piscina, iluminada por las luces nocturnas. Aunque el paisaje era lujoso e invitaba a relajarse, lo único que podía sentir eran ganas de largarse de ahí, de poder hacer que el tiempo pasara deprisa para encontrarse en el siguiente concierto. Las noches se hacían largas y solitarias en las habitaciones de los hoteles, incluso si tenía compañía femenina.

Abandonó la vista de la terraza y se sentó en el piano negro de la sala de estar. Levantó la tapa y empezó a tocar sin pensar. A veces la inspiración era el mejor resultado que traía consigo el insomnio. Algunas de sus mejores canciones las había compuesto de madrugada, en su apartamento de Nashville.

Tocó un buen rato, improvisando melodías y acordes conforme se le ocurrían, hasta que se dio cuenta de que Nikki había dejado de hablar por teléfono. Supuso que ya había terminado lo que fuese que tuviese que solucionar y se alegró de haberle sido de utilidad.

—Bueno, hay un autobús que sale mañana a primera hora hacia Bossier City y al parecer hay

un Extended Stay a una hora de aquí que tiene habitaciones libres —dijo Nikki, apareciendo en el salón y quedándose algo cohibida al verlo sentado detrás de aquel inmenso piano negro de cola.

—¿Y cómo vas a pagar la habitación? ¿No necesitabas dinero?

—Ya no, he entrado en la cuenta de mi banco para apuntar el número de mi tarjeta de crédito. —Levantó un papelito con el membrete del Hilton en que Jay pudo distinguir una larga ristra de números escritos.

—Creía que ibas indocumentada. ¿Cómo vas a registrarte en el Extended Stay sin identificación?

Nikki se puso roja de golpe al darse cuenta de que no había pensado en eso.

—¡Mierda! Puto Brett, te juro que le voy a arrancar la cabeza —murmuró en voz baja, pateando una de las sillas del comedor.

—¿Quién es Brett?

—El cabrón de mi novio.

—Ah —contestó él, sintiéndose un tonto. ¿Acaso esperaba que alguien con el magnetismo de ella no tuviera pareja? Sacudió ese pensamiento de la cabeza y se decidió a ayudarla hasta el final, aún sin entender por qué lo hacía—. Hagamos una cosa. Te acompaño en un taxi hasta ese Extended Stay, me registro con mi nombre y tú usas esa habitación. Luego me voy y nuestros caminos se separan para siempre.

—¿Por qué ibas a hacer eso? No me conoces de nada, Jay. —Nikki parecía genuinamente sorprendida, como si no estuviera acostumbrada a que un hombre la tratara bien.

—Es una manera como cualquier otra de dejar de pensar en todas esas guarradas que no haremos.

Nikki volvió a cruzarse de brazos, molesta por la referencia al sexo. Señaló el piano con la cabeza.

—¿Finges que lo tocas para hacerte el interesante o sabes tocarlo de verdad?

—Sé tocarlo de verdad. De hecho, aprendí a tocarlo para mi último disco. Supongo que no lo has escuchado.

—¿Tengo pinta de escuchar música pop?

—¿Siempre eres tan simpática, Nikki?

—Solo en los días impares —contraatacó ella, con gesto satisfecho.

Jay rio. Tocó unas cuantas notas, iniciando la melodía que hacía un año le había presentado a Timbaland, el productor más buscado del momento, y que este había convertido en una preciosa canción que mezclaba el góspel y el R&B.

—¿Qué es eso que tocas?

—Es *Losing my way*.

—¿Es tuya?

—Sí.

Tocó la melodía de memoria, pensando en el momento en que la había escrito, hacía ya varios años, tras cortar con Ameer. Había cambiado mucho desde aquel primer esbozo hasta la canción que al final había llegado a formar parte de su último disco. Sin pararse a pensar que no estaba solo, sino en compañía de alguien que no se podía describir precisamente como una fan de su voz ni de su música, cantó en voz baja.

And it's killing me inside, watching my world fall down.

*Meanwhile my dreams disappear in front of me, no one is there.
And it's killing me inside, since I'm alone since always.
Meanwhile my dreams disappear in front of me, no one is there for me.*

Apenas advirtió cómo Nikki se había acercado con lentitud y se había apoyado en el piano para escucharle cantar, sin decir nada.

*I'm losing my way because of you.
While all around seems to break into pieces
I'm losing my way, just for you.
May God forgive me 'cause I don't even care.*

Jay cerró los ojos y dejó de cantar, pero siguió tocando la melodía que tan bien conocía. Ya hacía cinco años que había roto con Ameerah. La infidelidad descubierta de ella, los gritos entre ambos, el chantaje emocional para que no la dejara y la humillara públicamente... Y, al final, la ruptura ante el mundo. Y, por supuesto, los medios sacando partido de aquello; del corazón destrozado de ambas estrellas del pop, mientras él volcaba su dolor en canciones y más canciones. Su historia de amor había durado hasta 2002, cuando Jay descubrió que la que creía que sería el amor de su vida se acostaba con su coreógrafo.

A la ruptura con —la aún más famosa que él— Ameerah Davis le había seguido el final de Westside Blue, distanciarse de sus compañeros de banda y grabar *Righteous*, su primer disco en solitario. El éxito en su nueva andadura había llegado multiplicado con aquel primer álbum, y él lo seguía disfrutando en forma de dinero, fama y conquistas. Lo tenía todo desde que había dejado a Ameerah y a Westside Blue y, sin embargo, seguía desencantado desde entonces. Puede que esa fuera su naturaleza: estar permanentemente insatisfecho, por mucha fama y reconocimiento que consiguiera.

Jay se dio cuenta que estaba divagando en el pasado y abrió los ojos, volviendo al presente. Estaba en un hotel en Nueva Orleans, con una desconocida llamada Nikki que odiaba su música. Dejó de tocar, avergonzado por haberse dejado llevar por sentimientos que ya deberían estar enterrados, pero que seguían aflorando cada poco.

—Disculpa —sonrió Jay, haciendo el ademán de levantarse para seguir con el plan de acompañarla al Extended Stay, pero Nikki lo detuvo con una mano en el pecho y lo hizo sentarse de nuevo en la banqueta del piano. Sus ojos brillaban, sin rastro alguno de animadversión por primera vez desde que se habían conocido—. ¿Qué ocurre?

—Calla.

La chica se sentó a horcajadas sobre él y le atrapó el rostro entre las manos. Jay distinguió el aroma del *whisky* que emanaba de sus labios entreabiertos. Lo aspiró profundamente. Ella parecía observarlo con atención, con su cara tan cerca de la suya que Jay no pudo evitar mirarle la boca, adornada con aquel absurdo *piercing*. Sintió unas repentinas ganas de devorarla, de arrancarle la ropa y follársela sobre el piano. Contemplar todos los tatuajes de su cuerpo hasta que saliera el sol y ella desapareciera y siguiera con su vida.

Y entonces Nikki lo besó, entremezclando su lengua con sabor a *whisky* y soda con la suya. Jay la dejó hacer, sorprendido por encontrarse con alguien que llevara así la iniciativa. Ella tiró de su chaleco hacia atrás hasta que la pieza de ropa cayó al suelo y procedió a desabrocharle la camisa. El beso era largo, profundo y urgente, con ambas lenguas jugando a conocerse por

primera vez. Cuando Nikki logró desnudarlo de cintura para arriba, supo que iban a llegar hasta el final.

Jay decidió que ya era hora de dejar la pasividad a un lado y le sacó la camiseta de Misfits por la cabeza. La atrapó por la pronunciada curva de su espalda para apretarla contra su entrepierna, que se endurecía a pasos acelerados. Ella gimió en su boca al notar su erección.

Abandonó sus labios y bajó por su cuello mientras le desabrochaba el sujetador y lo tiraba de cualquier manera a sus espaldas. Se detuvo un segundo para contemplar el tatuaje que llevaba en mitad del pecho, pero no pudo adivinar qué era con exactitud porque Nikki lo agarró del cabello y le llevó la cara hasta uno de sus pezones.

—Joder —suspiró Nikki cuando él empezó a lamer y morder su pezón izquierdo sin dejar de acariciar el derecho. La chica se movió en círculos apremiantes sobre su pantalón. Jay tuvo que contenerse y centrarse para continuar con su tarea, pero Nikki no lo dejó—. Basta de gilipolces.

Jay volvió a besarla y esta vez las lenguas lucharon por imponerse, buscando alivio en la humedad de sus bocas.

—Dime qué quieres.

Nikki no contestó. En vez de eso le abrió el botón de su pantalón, se humedeció el pulgar y le acarició la punta de la polla. Esta vez fue Jay quién no pudo evitar gemir.

—¿Tú qué crees que quiero? —lo desafió ella, mordiéndose aquellos labios perfectos.

Jay la contempló sus pechos al aire y el sudor que se formaba entre ellos y que caía hasta su ombligo. Un suave vello rubio bajaba hasta el pubis y se volvió loco pensando en seguir ese camino hasta hundir su boca en ella y hacerla gritar hasta que se corriera sobre el maldito piano.

—¿Quieres que follemos? —contestó Jay, atrapando la mano de Nikki y apartándola de él.

Se miraron en un instante eterno. Un instante en que sus dos mundos estaban colisionando de forma deliciosa.

—Quiero que me folles —dijo ella al fin.

No necesitaba más. La cogió de la cintura y la levantó para tumbarla sobre el piano. Le quitó los anchos pantalones militares, encontrándose con unas piernas largas y cubiertas del mismo vello rubio que había visto antes. Metió los pulgares bajo los bordes de las braguitas y besó el interior de sus muslos, aspirando por primera vez su aroma; un aroma que era íntimo, salado, indudablemente femenino.

Nikki se arqueó como una gata sobre el piano cuando Jay deslizó su ropa interior por los muslos y los tobillos hasta que la tuvo totalmente desnuda ante sus ojos. Había más tatuajes en las piernas, pero no tuvo paciencia para detenerse a contemplarlos. Pasó el dedo índice entre sus pliegues solo para comprobar que ella estaba más que preparada.

Se deshizo de sus propios pantalones y calzoncillos mientras Nikki volvía a atraparlo con sus labios y la piel de ambos estallaba de calor el uno contra el otro. Jay la cogió del cuello para mirarla una vez más: era preciosa, salvaje, indomable. Ni siquiera supo cómo había tenido la entereza de detenerse un instante para abrir un preservativo y colocárselo.

—Voy a arrepentirme de esto —murmuró Nikki en un suspiro, cuando Jay la penetró por primera vez, resoplando por el placer inesperado de adentrarse dentro de ella.

—Lo mismo te digo —acertó a contestar él.

Después de eso ya no hubo tiempo para hablar. Jay la agarró de la cintura y Nikki lo atrapó entre sus piernas cuando él siguió penetrándola sin detenerse, cabalgando juntos hacia el placer de lo desconocido. Jay se la follaba con embistes secos y calientes. Nikki se lo follaba moviendo su cintura adelante y atrás. El ambiente era eléctrico, sexual y sucio, pero también deliciosamente

íntimo. La clase de intimidad que solo se lograba follando con una completa desconocida.

Volvieron a besarse y a gemirse uno en la boca del otro, cuando Jay buscó el clítoris de Nikki para acariciarlo en pequeños círculos, y así llevarla al orgasmo. Ella se corrió enseguida con un gemido animal, clavándole las uñas en los hombros.

Cuando Nikki se recuperó del primer orgasmo y volvió a clavar sus desafiantes ojos en él, Jay la agarró por el trasero y se corrió dentro de ella hasta que perdió el mundo de vista. Tardó unos instantes en recordar dónde estaba y con quién... Con una chica desconocida de la que no sabía ni el apellido.

Jay salió de su interior, se sacó el condón usado, lo ató y lo tiró a una papelera que había en una esquina del salón. Fue entonces cuando advirtió que ella buscaba sus bragas y sus Vans con gesto apremiante, decidida a largarse.

—¿Adónde vas?

Nikki no contestó. Parecía molesta consigo misma por aquel desliz con alguien por el que no esperaba sentirse atraída. Jay la atrapó por la cintura, le quitó las bragas y las Vans de las manos y las dejó de cualquier manera sobre un sillón de la *suite*.

—¡Oye! ¿Qué coño...?

—Calla tú de una puta vez —contestó Jay. La arrastró hasta la habitación de al lado y la tiró sobre la enorme cama.

Nikki intentó incorporarse para continuar con su huida, pero él logró inmovilizarla, agarrándola con una mano por las muñecas. Ella se debatió como una bestia salvaje recién cazada y Jay pensó que sería muy capaz de escupirle en la cara. En vez de eso, Nikki volvió a besarle. Y a tocarlo. Y a frotarse contra él, buscando más. Mucho más.

Cuando Jay la levantó por las caderas y comenzó a devorarla entre las piernas, escuchó cómo ella aceptaba al fin la derrota.

—Mierda.

Esa fue la última protesta que escucharía de la boca de Nikki en lo que quedaba de noche.

Swallow My Pride

—¿Tienes un pitillo?

—No fumo.

—Claro que no —dijo Nikki fastidiada.

Miró el reloj de la mesilla de noche, que marcaba las seis de la mañana. Aún no había amanecido, pero no tardaría mucho en salir el sol. La noche estaba a punto de terminar.

Lo habían hecho como unos salvajes sobre el piano. Y luego no habían salido de la cama en varias horas, sin apenas hablar. Solo follando. Una y otra vez. Con un apetito que no se detenía y parecía capaz de incendiar las sábanas.

Nikki se frotó las sienes, sopesando el error que había cometido aquella noche. Le ardía la piel, la entrepierna y la cabeza. ¿Qué clase de desliz estúpido y absurdo era aquel? Ella, Nikki Ellis, cantante de Jetset, un grupo de punk rock *underground* de California, follando con el puto Jay Martin. El jodido exnovio de la archifamosa Ameer Davis. Lo surrealista de la situación hizo que estallara en risas histéricas, todavía desnuda en la cama.

Lo mejor es que todo había comenzado porque el estúpido de su novio Brett la había abandonado como a una perra callejera en una gasolinera de Nueva Orleans. Bueno, que le jodieran y mucho al puto Brett.

—¿De qué te ríes?

Jay salía del baño, despojado de ropa alguna y pasándose la mano por el cabello rubio oscuro. Nikki no pudo evitar contemplar con deleite cada línea de aquel cuerpo deseado por millones de adolescentes —y no tan adolescentes— en todo el mundo. Cada uno de los discretos músculos, bien definidos y trabajados, de sus brazos, piernas y torso.

Un calor conocido y que no auguraba nada bueno subió por su espalda al recordar cómo aquel cuerpo se había acoplado al suyo, rozando una perfección que nacía de la química enfrentada que ambos sentían. Nikki había perdido la cuenta de los orgasmos, de los gemidos, de las veces que el mundo se había desvanecido a su alrededor gracias a la boca de Jay. A las manos de Jay. A la polla del mismísimo Jay Martin.

—De esto. De nosotros... Es absurdo.

Él se encogió de hombros y se tumbó de nuevo a su lado. Nikki lo miró mientras Jay recorría con un dedo perezoso la curva de su cintura. Su piel se erizó al simple contacto.

—¿Te hago gracia?

—No, solo estaba pensando en... —Nikki se detuvo, creyendo que quizás iba a entrar en terreno resbaladizo. No creía que nombrar a su famosa exnovia pudiera traer nada positivo, pero le podía la curiosidad. Al fin y al cabo, estaba compartiendo cama con el hombre que, según decían las malas lenguas, había desvirgado a Ameer Davis.

—¿En lo mal que te caigo?

—No es eso. Es solo que... —Nikki se mordió el labio, pero Jay la invitó a continuar con su mirada limpia—, ...no logro comprender por qué haces lo que haces.

—¿A qué te refieres?

—Tu música llega a tantas personas... Es decir, ¿cuántos millones de discos vendes? Es una puta locura.

Jay arqueó una ceja, aunque no dijo nada. El dedo que la acariciaba se desplazó hasta su barbilla y Nikki observó cómo él volvía a distraerse mirándole los labios. Se contuvo para no besarlo de nuevo. Ya sabía lo que vendría luego si lo hacía y en breve tenía que irse y continuar su camino.

—Podrías utilizar tu música para sacudir conciencias, remover las entrañas de la gente, protestar contra tantas cosas... Y sin embargo...

—Y sin embargo hago canciones tontas de amor.

En su voz no había acritud, pero, en las pocas horas que habían pasado juntos, Nikki ya había intuido que la dulzura formaba parte de Jay de forma innata. Pocas cosas podían hacerlo enfadar; era llano y tranquilo como una balsa de aceite.

—Sí.

—No como tú con tu grupo, que seguro que hacéis canciones de *rock* que reivindican un millón de causas. Por cierto, ¿cómo se llama tu banda?

—Buen intento. Y hacemos *punk rock*, para ser concretos.

—¿Como Blink-182?

—Algo así.

—La música también puede ser simplemente diversión, Nikki. El pop es perfecto para evadirse y eso es lo que mucha gente necesita hoy en día.

Ella se incorporó como un resorte, ofendida.

—Claro, y mientras tanto crecen los tiroteos en nuestras escuelas y la violencia contra las mujeres y los intentos de suicidio y...

—Eh, para, para. —Jay se incorporó también y siguió acariciándole la barbilla con aquella dulzura tan suya—. Deja todas esas cosas fuera esta noche. En unas horas seguirán ahí para que tú cantes contra ellas.

—Jay... —intentó protestar Nikki, pero él comenzó a besarla detrás de la oreja y sus manos ya bajaban decididas más allá de la línea segura de su ombligo.

—Dime tu nombre completo y me detendré.

Ella calló, resuelta a no revelar absolutamente nada más sobre sí misma. Ya había bajado suficiente la guardia. Una cosa era el sexo y otra intimar. ¿Para qué? Se iría en breve de aquel hotel y nunca volvería a verlo. No tenían nada en común ni quería tenerlo.

—Dime, ¿hemos hecho ya todas las guarradas que no íbamos a hacer? —le susurró al oído él. Nikki chasqueó la lengua, riendo.

—Aún no hemos hecho nada, joder.

Lo empujó hasta tumbarlo en la cama con la risa de él llenando la habitación. Nikki se subió encima de aquel cuerpo nuevo y a la vez ya tan familiar. Era su turno de hacer que el mundo de Jay Martin se desvaneciera, antes de devolverlo al universo del pop, de la MTV y de la fama mundial.

El sol les sorprendió corriéndose uno en la boca del otro en un último orgasmo que pretendía retener todo lo que había ocurrido durante aquella noche suspendida en el tiempo.

Cuando amaneció, Nikki comprendió que era hora de largarse de ahí antes de que las cosas se complicaran aún más. Tenía que coger un autobús hasta Bossier City, reunirse con su grupo, tocar y seguir con su vida. Aquel interludio con Jay Martin iba a permanecer en secreto. Lo recordaría siempre, eso sí, porque una no se corría de aquella forma con cualquier hombre. Y si algo había sacado en claro de aquella noche, es que el maldito Jay Martin no era cualquier hombre.

Él la observó mientras Nikki se vestía y se ataba las Vans. No intentó detenerla esta vez.

—No me vas a decir cómo te llamas, ¿verdad?

—No.

—Entonces supongo que es absurdo pedirte tu número de teléfono.

—Lo es.

Nikki terminó de atarse las zapatillas y lo miró. Parecía algo desvalido ahí solo, en la inmensa cama, desnudo y odiosamente atractivo, pero se obligó a recordar que él era una estrella que llenaba estadios y tenía a miles de mujeres deseosas de quitarse la ropa para él. Desde luego, no la necesitaba a ella.

—Escucha... Me lo he pasado de puta madre. Dejando aparte que eres un poco gilipollas, claro.

—Solo en los días impares —sonrió él.

Nikki lo imitó y se inclinó en la cama para darle un último beso. No pudo evitar cerrar los ojos al contacto de aquellos finos labios contra los suyos.

—Gracias por esta noche. Y por tu ayuda.

—Gracias por las guarradas.

Nikki se fue de la habitación riendo. Cuando cerró la puerta, suspiró de alivio. Era hora de largarse de ahí y olvidar aquello.

Logró llegar al Strange Brew de Bossier City a tiempo, tras casi nueve horas de viaje infernal en un bus de la Greyhound. Estaba agotada, pero no por el viaje en autobús, sino porque, al fin y al cabo, no había pegado ojo.

Apenas faltaban un par de horas para el concierto y sus compañeros estaban en plena prueba de sonido cuando Nikki entró en la sala. Al verla aparecer con la mirada ojerosa y mal desmaquillada, Brett se puso a aplaudir con un gesto irónico. Ella sintió ganas de matarlo.

—Ya tenemos aquí a la reina del *punk rock* americano llegando tarde a la prueba de sonido.

—Tú, hijo de puta —lo señaló Nikki, furiosa. Keith se interpuso entre ambos.

—Vamos, Nikki, solo fue una broma. No sabíamos que no llevabas la cartera o el móvil encima. Regresamos al cabo de poco a buscarte, pero ya no estabas... ¿Dónde has pasado la noche?

Miró al batería con cara de pocos amigos y decidió que ya discutiría con Brett más tarde. Primero necesitaba una ducha, cambiarse de ropa, recuperar sus cosas y prepararse para el concierto. Por ahora se tragaría el orgullo, pero luego el cabrón de su novio se iba enterar. Una vocecilla interior muy santurróna le susurró a Nikki si acaso tenía derecho a llamarle cabrón, cuando ella misma se había pasado la noche follando con Jay Martin.

No respondió a la pregunta de Keith. Los dejó ahí con la dichosa prueba de sonido y se adentró en el *backstage*. Encontró rápidamente su mochila con toda su ropa. Habían dejado dentro su móvil y su cartera también. Los muy cabrones de mierda. Sacó la ropa que se iba a poner para el concierto. Eligió unos pantalones cortos de estampado militar y una camiseta con

las mangas cortadas de los Ramones.

Se desmaquilló bien los restos desastrosos de sombra negra que aún permanecían en sus ojos y esperó a que la ducha del *backstage* echara algo de agua caliente. Puede que estuvieran en el sur de Estados Unidos en pleno marzo, pero el ambiente era aún algo fresco y a ella no le apetecía coger un resfriado. De repente, sus ojos se posaron en su teléfono. La tentación era fuerte. Un solo clic y podría acceder a fotos, vídeos y música. De él.

—¿Qué cojones, tía? —dijo en voz alta, incapaz de resistirse. Desbloqueó su teléfono y sus dedos la llevaron a Twitter sin pensarlo.

Por supuesto, no lo seguía en la red social y se abstuvo de hacerlo, pero ahí estaba la prueba de que la noche había sido real. Jay había lanzado un tuit a sus seguidores. Puede que nadie comprendiera muy bien el significado, pero Nikki sí lo entendió.

Jay Martin @jaymartinofficial

Estoy perdiendo el camino escuchando Darling Nikki.

Miró hipnotizada aquel tuit con el enlace a la sensual y sucia canción de Prince que sus padres habían elegido para que fuera su nombre. Ya tenía miles de respuestas de chicas preguntando por el significado de haber elegido aquella canción en particular. Jay no había respondido ni tuiteado nada más.

Nikki se deslizó hasta el suelo del baño del *backstage* tras lanzar el móvil sobre la ropa limpia que esperaba ser usada para salir a tocar una noche más. Su cuerpo dolorido y cansado le recordó todas las sensaciones de la noche. Había sido real. Y nunca volvería a verle.

Darling Nikki

Aún no eran las diez de la mañana cuando su representante, Frankie, llamó puntual como siempre a la puerta de su habitación.

Jay llevaba horas despierto y solo tras la huida de Nikki. Había tenido tiempo de tocar un poco más el piano, ducharse y vestirse. Y pensar. Las horas muertas en los hoteles servían para pensar, componer, follar y poco más. Estaba muy harto de esas horas muertas.

—¡Buenos días, Jay! —saludó Frankie con su alegre acento texano—. ¿Has pasado buena noche?

Antes de que Jay pudiera responder, Frankie colocó en sus narices los primeros diarios matutinos de la ciudad.

—¡Un éxito! Las críticas son casi inmejorables. Léelo tú mismo mientras compruebo que estás listo para que nos vayamos.

Jay se sentó en la cama y leyó por encima las crónicas del concierto de la noche anterior. Eran buenas, aunque condescendientes. Al fin y al cabo, los periodistas sabían que hablaban de él, no de Bruce Springsteen.

El resumen era el de siempre: el *show* había sido correcto para un niño del pop. Desechó los periódicos y entró en Twitter. Tenía tantas menciones de fans emocionadas con el concierto que habían presenciado la noche anterior que era imposible leerlas todas. También había insultos y mofas, como era habitual. Jay intentó no prestarles ninguna atención.

—¡Bien! —Frankie se frotó las manos satisfecho. Consultó su agenda electrónica, donde llevaba rigurosamente un registro de todos los horarios, actos y compromisos que debía controlar—. Es hora de salir hacia Houston, Jay. Voy a llamar para que vengan a buscar tu equipaje y nos vamos.

—¿Houston?

Después de la noche con Nikki, había olvidado que estaba ahí porque su vuelo anterior había sido cancelado debido al mal tiempo que se había desatado en Texas.

—Frankie, ¿cuándo es el concierto en Houston? No es hoy, ¿verdad?

—No, es pasado mañana. ¿Por qué?

—Necesito ir a Bossier City esta noche —dijo sin pensar.

Frankie arqueó una ceja, nada contento con lo que presentía que iba a ocurrir. Tampoco era la primera vez que Jay tenía arrebatos, y era su trabajo mantenerlo enfocado y enderezado. A su representante no le gustaban nada los imprevistos.

—Jay, tienes compromisos. Hay entrevistas, firmas de discos y encuentros con fans que debes atender.

—Pero puedes reorganizarlos, ¿a que sí?

Jay palmeó cariñosamente en el hombro a Frankie. Llevaban tantos años juntos que casi lo

consideraba de la familia.

—Manda a todos a Texas. Solo necesito que me busques la forma de llegar a Bossier City antes de esta noche y que me reserves hotel ahí. Me da igual que no sea de cinco estrellas, el que encuentres me servirá. Ah, y quiero que me consigas una entrada. Y quizá un pase al *backstage*.

—¿Una entrada para qué? Oye, Jay, si estás metido en un lío con una tía y...

—Una entrada para un concierto. Hay un grupo que quiero ver.

Frankie suspiró. Se ajustó las gafas de pasta en un gesto nervioso que Jay conocía bien. Indicaba que no estaba para nada de acuerdo con las decisiones de su representado, pero que le tocaba callar y aguantarse. Para eso le pagaba.

—Está bien. Supongo que puedo reajustar algunas cosas. ¿Para qué grupo necesitas la entrada?

—Ahí es donde entra tu magia, mi querido Frankie. —Sonrió con encanto él, de muy buen humor—. No sé el nombre de la banda.

—¿Perdona?

—Solo sé que tocan esta noche en Bossier City, que hacen una especie de *punk rock* y que canta una chica llamada Nikki.

—¿Una chica? Lo sabía —se exasperó Frankie—. Oye, Jay, te lo he dicho cientos de veces. Si te lías con una fulana necesito saberlo. Después de lo de Ameer tenemos que cuidar tu imagen y la prensa... ¿No tuvimos suficiente con tu enredo con Paris Hilton?

—No es ninguna fulana. Tendré cuidado; prometido. Nadie se enterará de que he ido a Bossier City y pasado mañana estaré en Houston como si nada hubiera pasado. Como un buen chico dispuesto a cumplir con mis obligaciones.

—Esto no acabará bien, Jay —lo acusó Frankie trasteando la agenda para empezar a buscar y reorganizar todos los compromisos comerciales—. Puedo oler el desastre desde aquí.

Su representante salió por la puerta murmurando veladas protestas de desacuerdo, que Jay ignoró. Estaba acostumbrado a Frankie. Llevaba con él desde Westside Blue; se conocían demasiado bien. Quizá por eso, a veces Frankie no podía evitar comportarse con él como un padre pesado.

Jay entró en Spotify y buscó la canción de Prince que no dejaba de sonar en su cabeza desde que había adivinado el nombre de ella. Desde su iPhone sonaron los primeros y sucios acordes de *Darling Nikki*, con aquel *funky* lento y marcado que gritaba sexo a los cuatro vientos. Conocía la canción a la perfección. El disco *Purple Rain* había sido uno de sus más preciados tesoros adolescentes.

La canción se repetía una y otra vez mientras el genio de Minneapolis le pedía a Nikki que volviera con gritos excitados. Jay se tumbó en la cama, que aún olía a ella, y sintió unas repentinas ganas de masturbarse, aun cuando aquella noche se había corrido innumerables veces, hasta quedarse seco.

¿Acaso era un quinceañero? ¿Perder la cabeza por una desconocida de la que apenas sabía nada, solo su nombre? Se había metido en muchos líos tras la ruptura con Ameer —siendo el más sonado su aventura con Paris—, pero aquello podía irse fuera de control en un abrir y cerrar de ojos.

Podía perder su camino tan fácilmente si volvía a verla, si volvía a follar con ella como lo habían hecho aquella noche. Nikki no parecía ser fácil, además, despreciaba su mundo, su trabajo, su música. ¿Cómo podría funcionar algo con una base tan frágil como la pura química sexual? Era imposible. Y sin embargo no podía dejar de buscarla, solo para una noche más. Una

noche más en un hotel anónimo y eso sería todo.

En un arrebato entró en Twitter, donde seguían acumulándose las menciones, y anunció a sus seguidores que estaba perdiendo su camino mientras escuchaba *Darling Nikki*. Luego, se limitó a esperar a que Frankie volviera con lo que le había pedido.

Cuando llegó al Strange Brew se sorprendió al ver lo pequeño que era el lugar. Apenas cabrían trescientas personas, pero estaba bastante lleno. Nikki no le había mentado cuando le había dicho que su grupo formaba parte de la escena *underground*. Él jamás había tocado en salas así.

Aun así, Jetset parecían ser conocidos. A Frankie le había resultado difícil conseguir una entrada porque estaban agotadas, pero el dinero todo lo podía y, al final, su representante había aparecido con un vuelo a Shreveport, una entrada y un pase al *backstage* —cortesía del dueño de la sala, que no acababa de creerse que el mismísimo Jay Martin iba a aparecer en el Strange Brew aquella noche.

Frankie ya no había comentado nada cuando le había entregado todo lo que necesitaba para volar a Shreveport. Solo había insistido en obligarle a llevar con él algunos agentes de seguridad, a lo que Jay se había negado. Quería estar solo. Había acabado harto de guardaespaldas en sus años en Westside Blue y siempre que podía buscaba momentos para escabullirse de ellos.

Jay había optado por no dar demasiado el cante y aparcar por una noche su vestimenta habitual de traje completo, con corbata incluida. No tenía camiseta de grupo alguno que no desentonara en aquel ambiente lleno de camisetas de NOFX, Bad Religion y Green Day, así que se había decantado por unos tejanos y una camisa negra que llevaba con las mangas arremangadas hasta el codo.

En los carteles que anunciaban el concierto se leía el nombre del grupo, Jetset, pero no había foto de Nikki ni de los otros integrantes. Había resistido la tentación de bucear en Internet en busca de más información sobre ella o la banda. Le parecía extrañamente desleal no esperar a que ella se lo contara, aunque se moría de ganas de saber cosas tan simples como su edad o de qué parte de California era.

Pidió una cerveza al sorprendido camarero con cresta, que lo miró como si fuera un fantasma. Jay esperó el comentario despectivo de turno, pero el camarero no dijo nada y le sirvió una pinta de cerveza barata sin más. Encontró un lugar en el piso de arriba, que estaba menos lleno que el resto de la sala, y esperó, apoyado en la barandilla, con la vista fija en el pequeño escenario.

Cuando Nikki salió a escena con aquellos cortos pantalones militares y una camiseta de los Ramones, la mirada embravecida por la adrenalina del concierto que estaba a punto de comenzar y los ojos azules clarísimos rodeados de maquillaje negro, Jay supo que definitivamente había cometido un error muy gordo. Y que se alegraba de estar ahí para cometerlo una y otra vez.

Teenagers

La propia energía del concierto hizo olvidar a Nikki la pelea previa que había tenido con Brett en cuanto ella había salido de la ducha. Por enésima vez desde que se conocieron en el instituto y comenzaron a salir siendo solo dos adolescentes, la inseguridad latente de él había vuelto a aparecer como un monstruo permanentemente agazapado para gritar y acusarla de haber estado ligando la noche anterior.

Brett también parecía tener claro que Nikki había pasado la noche con alguien, y de nada sirvió que Nikki mintiera diciéndole que se equivocaba. Creyó que una vez más romperían, como llevaban haciendo desde siempre. Al menos dos veces al año la relación se cortaba y ella aprovechaba para acostarse con otros, hasta que Brett volvía a pedirle una oportunidad y Nikki cedía, creyendo de forma equivocada que su novio no volvería a tratarla como normalmente la trataba.

En esas ocasiones, Brett parecía arrepentido, dulce y reformado. De hecho, volvía a parecer el mismo chico adolescente que se había cruzado en los pasillos del instituto John Muir llevando una camiseta de Bad Religion; el mismo chico que había captado su atención al instante, a pesar de que no fuera especialmente guapo. Pero la música y la incapacidad de ambos de encajar en el encasillado ambiente del instituto habían hecho el resto. Llevaban saliendo desde entonces, con sus idas y venidas.

Su relación con Brett era más una tortura que otra cosa, y Nikki era consciente de que debían dejarlo de una vez por todas antes de que la cosa fuera a más, pero entre ambos se interponía Jetset; el proyecto que habían empezado juntos tras conocer a Keith y Jason. Y más ahora que, tras muchas demos y muchas horas de carretera para tocar en antros de mala muerte, por fin habían logrado sacar su primer disco. *Red Carpet is our Rebellion* era la prueba física de que Jetset estaba despegando y Nikki no estaba dispuesta a tirar la toalla y dejar que el grupo se hundiera si ellos dos cortaban.

Sobre el escenario, Nikki observó que la sala estaba llena hasta los topes y cómo sus canciones —que ella misma había escrito— eran coreadas por todos, saltando y gritando. Aquella energía que el público desprendía pareció electrizar su cuerpo y hacerle olvidar todo lo que no fuera cantar y entregarse, con pulmones, corazón y sangre bombeando adrenalina por todo su ser.

—¿Vamos a hacer un poco de ruido o no?! —animó ella a la sala. Esta estalló en gritos cuando anunció que estaban llegando al final, lo que significaba tocar dos de sus canciones más populares—. ¿Os suena un tema llamado *Fuck Like a Kennedy*?

La respuesta fue atronadora y la batería de Keith dio inicio a uno de sus mayores éxitos, que ya casi se había convertido en un pequeño himno. Todo el público empezó a saltar y a corear la canción, que apenas duraba tres minutos. Más que suficiente para que, una vez más, *Fuck Like a*

Kennedy poseyera el espíritu de Nikki. A mitad del tema dio la espalda al público y, con una amplia sonrisa y sin dejar de cantar, se dejó caer sobre decenas de manos que la fueron pasando por los aires a través de la sala.

Con la vista fija en el techo, cantando y flotando sobre el público, los ojos de Nikki se desviaron un segundo hasta el piso superior del Strange Brew. Y ahí, apoyado sobre la barandilla y con un vaso vacío de cerveza, Jay la observaba con una sonrisa.

Nikki perdió el hilo de la canción justo cuando el público la devolvía de un empujón al escenario. Estuvo a punto de perder el equilibrio tras el *shock* de verlo ahí. La había encontrado. Se recompuso enseguida con una sonrisa, ahogada por los aplausos y los gritos de los asistentes al concierto. Por el rabillo del ojo pudo ver que él también aplaudía con entusiasmo. Iba a matarlo por estar ahí.

Le tocaba presentar el último tema, pero fue incapaz de hablar. Miró a Brett para que acompañara el inicio de *Teenagers*, su canción más conocida. Él le devolvió una mirada interrogante, esperando el discurso final que cerraría el concierto, pero este se había esfumado de su cabeza. Colocó el micrófono en el pie y empezó a cantar. Brett enseguida comprendió y tocó al compás los primeros acordes de la canción para acompañarla. Nikki miró arriba, sin despegar la boca del micro.

*May America let you sleep with a gun, son
May God let you read all the lies in the Book
We're gonna make a citizen out of you
So watch out of the way you took*

Jay Martin le levantó el pulgar en señal de aprobación y Nikki le contestó arqueando una ceja irónica. Brett pareció darse cuenta de que ella no miraba al público, sino más arriba, y siguió su mirada.

*Take the drugs they offer to you
Give them a twisted smirk
Let them rip out your head
And become a true American teenager*

Nikki abandonó la vista del piso superior y miró a quienes realmente habían venido a ver a Jetset —y no porque estuvieran persiguiéndola a ella—, pero irremediamente percibía la mirada de Jay, que quemaba como hierro al rojo vivo en todo su cuerpo. Sintió la tentación de cerrar los ojos, pero eso no haría más que empeorarlo todo, porque los recuerdos de la noche anterior estaban ahí, palpitando, esperando ser revividos con toda la intensidad de la química sexual que habían compartido pocas horas antes.

El estribillo de *Teenagers*, que rebosaba ironía, concentró toda la energía de Nikki para lograr terminar el concierto y escaparse de ahí como fuera antes de que Jay pudiera detenerla.

*They all said to us
Teenagers are the future
But they could care less
About the life that is made for us*

«¿A qué cojones juega?», pensó Nikki cuando todo terminó y el grupo recibía las ovaciones pertinentes que marcaban el final de un concierto. Era un tremendo error tener a Jay ahí y, sin embargo, algo dentro de ella se sentía feliz al verlo de nuevo.

Antes de que Brett pudiera interrogarla, se escabulló por detrás del escenario en dirección al *backstage*. Estaba decidida a esconderse y no salir en varias horas si con eso lograba que Jay se cansara de esperarla. Buscó histérica su paquete de Marlboro con las manos temblorosas, mezcla de la adrenalina del concierto y los nervios que le provocaba saber que él había ido hasta ahí... por ella. Al fin encontró el tabaco y salió por la parte de atrás de la sala, que daba a una terraza privada a la cual nadie del público podía acceder sin un pase.

—¡Tía! ¿Estás bien?

Keith le había seguido con un par de cervezas en la mano para celebrar el final del concierto. El batería le abrió una y se la alargó. Nikki la aceptó, dando una larga calada al cigarro antes de pegar un buen trago a la lata.

—Me he agobiado un poco, eso es todo.

—Pues no lo parecía. Hoy has estado genial.

—Gracias. Tú también, Keith. —Sonrió con sinceridad al batería—. ¿Te importa dejarme a solas unos minutos? Necesito... procesar todo, ya sabes.

—Claro. Voy a empezar a recoger la batería y en nada nos piramos.

Keith le apretó el hombro y la dejó tranquila, apoyada en la furgoneta que la noche anterior la había dejado abandonada en una gasolinera de Nueva Orleans. La brisa nocturna de Bossier City le trajo un perfume que conocía bien y supo que Jay estaba ahí incluso antes de que hablara. Cerró los ojos al escuchar su voz tranquila y amable.

—Hacía años que no me compraba un disco en un concierto.

Nikki abrió los ojos y ahí estaba él, con una copia de *Red Carpet is our Rebellion* en la mano. Esta vez, para su desgracia, ella lo encontró atractivo al instante. Maldita sea.

—¿Qué haces aquí? Mi novio está ahí dentro y tú...

—No pretendo buscarte problemas.

—Pues lo estás haciendo. Y seguramente también te buscarás problemas tú. Así que respóndeme, ¿qué haces aquí?

Jay se acercó un poco y Nikki se sintió envuelta por su perfume caro una vez más. Intentó retroceder para alejarse, pero la furgoneta se lo impidió. Aunque él vestía de forma más informal, no hacía falta ser una experta en alta costura para distinguir que su camisa negra valía más que todo el armario de ella. Sin el traje que llevaba la noche anterior, Jay parecía más joven, más mundano. Más Jay y menos estrella del pop.

—No puedo dejar de pensar en lo de anoche —susurró él con la voz un poco rota.

Nikki ahogó un gemido al ver la expresión perdida de cachorro abandonado en su cara. Parecía tan dulce, un poco añorado, incapaz de hacer daño a nadie. Su instinto le dijo que debía alejarlo en aquel mismo instante, antes de que fuera demasiado tarde.

—No podemos comportarnos como un par de adolescentes, Jay —intentó razonar ella. Aunque ya sentía cómo su cuerpo la traicionaba y claudicaba ante la química que fluía entre ambos.

—Nikki...

Los dedos de Jay acariciaron la parte de su cabello que llevaba rapado. Aquel simple contacto fue eléctrico, tan íntimo que todo su cuerpo reaccionó a él. El estómago de Nikki dio un

vuelco vertiginoso, como si descendiera de una montaña rusa.

—No te conozco demasiado, pero intuyo que no eres primeriza en esto de acostarte con hombres. Sin ánimo de ofender —sonrió él.

—No me ofende.

—Yo tampoco soy precisamente virgen.

—Algo intuía —replicó Nikki con ironía. Si algo no le faltaba a Jay Martin eran voluntarias para calentar la cama.

—Entonces estarás de acuerdo conmigo en que lo que pasó anoche no es habitual. Y tú lo sabes.

—Por favor —suplicó en un último intento por resistirse a lo que sabía que iba a pasar si Jay seguía ahí, delante de ella.

—¿Quieres que me vaya?

Nikki tragó saliva cuando Jay se inclinó desde su más de metro ochenta sobre ella. Sus ojos se perdieron en la barba de pocos días que cubría su mandíbula y siguió sus finos labios con la mirada.

—No. No quiero.

Una leve sonrisa se escapó de entre los labios de Jay antes de besarla con urgencia. El contacto hizo que la piel de Nikki se erizara cuando este la apretó contra la furgoneta, pasando las manos por su cintura y bajando hasta su culo.

—Esto es una locura —murmuró, perdida entre los labios de Jay.

—Lo es —concedió él, sin detenerse—. Una noche más, Nikki.

Una noche más, no. No podía hacerlo. Su novio, por muy cabrón que fuera, seguía ahí dentro. Y seguía siendo su novio. Nunca le había sido infiel hasta anoche. Keith y Jason ya habrían terminado de recoger los instrumentos. La estarían esperando. No podía claudicar, pero su cuerpo y sus sentidos opinaban de forma muy distinta y acabaron por imponerse a la voz de su cerebro.

—Una noche más —accedió al fin Nikki.

Tomando aire, lo cogió de la mano y se dirigieron al *backstage*, sin detenerse a pensar que Brett estaba ahí y que era probable que la pillara. Pero Nikki hacía ya muchas horas que no podía pensar con claridad.

Last Night

—Mi hotel está en...

—Calla.

Nikki lo tomó de la mano y le hizo un gesto para que se detuviera en el pasillo del *backstage*, justo antes de doblar una esquina. Jay escuchó conversaciones, latas de cerveza que se abrían y un trajinar de instrumentos que le resultaba muy familiar.

Ella se asomó a la esquina y asintió en silencio para aclararle que todo estaba despejado y podían continuar avanzando. Jay la siguió sin soltarla de la mano, intrigado por aquella decisión arriesgada de adentrarse en el *backstage* en vez de optar por la privacidad de otro lugar. Al fin y al cabo, el tal Brett debía de rondar por ahí, ¿no?

Nikki se detuvo frente a una puerta cerrada, que abrió con decisión, justo cuando un tipo que Jay reconoció como el batería de la banda giró la esquina y se los encontró de frente.

—Nikki, ¿qué coño...? ¿Quién es este? —No parecía enfadado, solo sorprendido, así que Jay supuso que no sería el novio en cuestión—. Un momento, ¿tú no eres el tío ese de...?

—Keith, por favor —le dijo Nikki, tapándole la boca con la mano—. Cúbreme. Prometo contártelo todo luego.

—Pero ¿cómo quieres que te cubra? ¿Estás liada con un... un... un Jay Martin?

Jay no pudo evitar reír internamente ante la cara de pasmo del batería Keith.

—¡Que luego te lo cuento todo, joder! —se enfadó Nikki, antes de entrar en la habitación arrastrando a Jay con ella y cerrando la puerta de golpe. Pasó el cerrojo con decisión y se apoyó contra la pared, con la respiración agitada.

Jay observó la habitación con interés. Ni siquiera en sus primeros años de gira con Westside Blue había ido a parar a un *backstage* tan humilde y sencillo. Las paredes estaban llenas de pintadas y pósteres raídos de conciertos anteriores. Había unos cuantos amplificadores y juegos de luces amontonados en un rincón. Encima de una mesa se acumulaban botellas de vodka, ginebra y cerveza a medio consumir, un cenicero lleno de colillas de cigarrillos y varios porros y, para terminar, un sofá rojo que había conocido tiempos mejores. Nada que ver con los camerinos que él frecuentaba.

—¿Quién es tu novio? —preguntó sin disimular su interés—. ¿El guaperas del bajista o el guitarrista con cara de malas pulgas?

—El bajista es Jason. Brett es el guitarra, el de la cara de cabreo.

—¿Y qué haremos si viene a buscarte?

—Saltaremos por la ventana y huiremos.

—Pero Nikki... —protestó Jay pensando en cuántas cosas le diría Frankie, su representante, si supiera lo que estaba ocurriendo en aquel mismo momento. La simple posibilidad de que los periodistas lo encontraran y le sacaran una foto saltando por la ventana del Strange Brew

acompañado de una desconocida era aterradora.

—Ahora no puedo ni quiero pensar. Quiero dejar de repetirme a mí misma que estoy haciendo una locura.

Y, una vez más, Nikki tomó la iniciativa. Se lanzó a su boca, sedienta, como si llevara días vagando por el desierto y acabara de encontrar un manantial de agua cristalina. Jay sintió su misma urgencia. El familiar contacto de sus labios lo encendió y, al igual que ella, tampoco se detuvo a pensar en lo que estaban haciendo y dónde lo estaban haciendo. La agarró por el trasero y se la llevó al sofá sin preguntar nada más.

No estaba acostumbrado a mujeres que tomaran las riendas de la situación. Su fama tenía muchas ventajas, pero uno de los principales inconvenientes de acostarse con seguidoras era que ellas siempre estaban algo cohibidas y esperaban de él que se encargara de absolutamente todos los pasos durante un polvo. Era agotador y había dejado de tener gracia hacía ya tiempo.

Durante muchos años, Jay había sentido que debía estar a la altura de las expectativas que aquellas chicas se habían hecho al escuchar sus canciones, ver sus videoclips o leer aquella porquería de revistas adolescentes a las que se veía obligado a conceder entrevistas estúpidas una y otra vez.

Por eso, en parte, se había enamorado de Ameer. Ella no parecía seducida por su fama, ni siquiera impresionada, ya que su carrera musical despegaba mucho más alto que la de Westside Blue. Ameer no tenía expectativas sobre él y lo trataba como a un igual, y eso era como navegar en aguas calmadas para Jay. Al darse cuenta de ese pensamiento, se repitió que tenía que dejar de comparar las cosas con Ameer Davis. Ahora no estaba con ella, sino con Nikki.

En el sofá rojo se desnudaron el uno al otro con gestos torpes y apresurados, sin dejar de besarse con desesperación, aunque hacía menos de veinticuatro horas que se habían conocido. Cuando Nikki lo empujó hasta sentarlo y bajó hasta su entrepierna para empezar a lamerle con una mezcla de delicadeza y pasión, Jay creyó que podría correrse en menos de un minuto, como un maldito adolescente. Metió la mano entre el corto cabello oscuro de ella, mirando cómo Nikki hacía desaparecer su polla dentro de su boca una y otra vez.

—Joder, Nikki... —gimió, sintiendo los conocidos espasmos que anunciaban un orgasmo.

En ese maldito instante, unos golpes furiosos en la puerta los interrumpieron.

—¡Nikki! ¡Abre la puerta!

Ella se incorporó, secándose la comisura de los labios y mirándolo con aquellos ojos traviesos. Le hizo un gesto para que guardara silencio.

—¡Estoy reunida con alguien importante, Brett! Salgo en un momento.

—Sé que estás con un tío, así que ábreme ahora mismo para que le pegue una paliza a ese cabrón. ¡Nikki!

Nikki no abrió la puerta. Jay se tapó la cara con las manos cuando ella siguió con su mamada. Hubiera querido detenerla, pero simplemente no podía. Tampoco podía negarse a sí mismo que aquella situación lo excitaba. Porque no estaba bien, porque estaba haciendo una locura, porque estaba con una total desconocida, porque no podía alejarse de Nikki.

Antes de llegar a correrse, Nikki se separó de él y Jay la tomó para colocarla de espaldas a cuatro patas sobre el sofá. Sacó un condón del bolsillo de su tejano mientras el tal Brett seguía aporreando la puerta con una furia desatada y gritando el nombre de ella mezclado con mil amenazas.

Jay la penetró desde atrás, con ambas manos apretándole la cintura, y los gemidos de ella, ahogados y roncós, lo excitaron más allá de lo posible.

—Más rápido, joder —murmuró Nikki entre jadeo y jadeo, volteando su cara para mirarlo.

Él obedeció y aceleró el ritmo al máximo, sabiendo que no iba a poder aguantar mucho más tiempo porque la mamada anterior lo había dejado a punto de explotar. Se corrió conteniendo un grito, sin dejar de embestirla, hasta que ella alcanzó su clímax pocos segundos después entre deliciosos espasmos.

—Dios... Dios —murmuraba Nikki, con la cara hundida en el sofá y el cabello revuelto. Jay, recuperándose con la respiración entrecortada, no pudo estar más de acuerdo con esa afirmación.

Ambos se sentaron en el sofá, jadeando aún por el esfuerzo y la satisfacción del sexo apresurado y animal. Ahora solo quedaba salir de ahí y enfrentarse a un novio celoso y muy furioso. Definitivamente, Frankie lo iba a matar.

All the Small Things

—No iba en serio lo de saltar por la ventana, ¿verdad? —le dijo Jay con los pantalones aún por los tobillos y media camisa desabrochada. Tenía las sienes sudorosas y el pelo rubio se le había rizado ligeramente, provocando en Nikki una sonrisa estúpida ante aquel detalle.

Recordó los pósteres de Westside Blue que su prima Cassie tenía en las paredes, donde un jovencísimo Jay y sus cuatro compañeros de banda posaban de forma ridícula. En esa época, a finales de los años 90, Jay lucía unos imposibles rizos teñidos de un artificial amarillo chillón. Por suerte, aquello había quedado atrás y ahora era un hombre de mirada azul ceniza y rasgos atractivos. Y un pelo de color normal.

—Dios, ¿qué edad tenías cuando empezaste con Westside Blue? —preguntó Nikki como una tonta. Jay se echó a reír, levantándose del sofá para subirse los pantalones.

—¿De verdad este es el mejor momento para hablar de eso?

—No, claro. Arréglate el pelo, anda.

Observó cómo Jay cogía una botella de agua de la mesita y se echaba un poco en las manos para humedecerse el cabello, echándoselo hacia atrás con obvia práctica. La miró de reojo.

—No soy el único que debería peinarse un poco.

—Cierto.

Nikki recuperó sus pantalones cortos y se ahuecó el pelo hasta darle un aspecto más o menos presentable. Poco podía hacer con las rojeces de sus mejillas. Jay se acabó de abrochar la camisa negra y asintió cuando ella lo miró, dispuesta a abrir la puerta al histérico de Brett. Tomando aire, abrió.

Detrás de Brett estaban Keith y Jason, con cervezas en la mano y observando el espectáculo. Brett le bufó en la cara y entró en la habitación, quedándose quieto como un pasmarote cuando vio a Jay, que parecía totalmente recompuesto y muy tranquilo, con las manos en los bolsillos de los pantalones.

—¡Hostia puta! —exclamó Jason, entrando detrás de Brett y tendiendo la mano a Jay, que se la encajó con una sonrisa entre encantadora y tímida—. Tío, enhorabuena por *NextPopSounds*. Vaya discazo te has sacado.

—Gracias, colega —contestó Jay, abrumado por el apretón de manos de Jason.

—¿Jason? ¿Es que tú...? —alucinó Nikki, que no podía dar crédito. ¿Desde cuándo Jason escuchaba discos de Jay Martin?

—Claro, me flipa el rollo *funky* que le has dado. Muy a lo Prince. Y si estos fueran menos cerrados de miras —dijo Jason mirando a sus tres compañeros de banda—, lo apreciarían también.

—Gracias. Jason, ¿no?

—Eso es.

Jason parecía complacido por tener a toda una celebridad en el camerino, y Nikki no podía creer la escena que estaba viviendo. Brett estaba rojo de ira, pero la fama —y posiblemente el metro ochenta y cinco de Jay— lo habían cohibido. Al fin y al cabo, Brett siempre había sido bajito y flaco, mientras que Jay era obvio que iba al gimnasio y le sacaba más de un palmo de altura. Así que, como no quería enfrentarse a un famoso como Jay, dirigió su furia hacia Nikki.

—¿Me puedes explicar que hacías aquí encerrada a solas con... con...?

—Jay Martin, tío —apuntilló Jason muy ufano. Brett lo asesinó con la mirada.

Nikki abrió la boca para contestar con alguna mentira, pero Jay se le adelantó.

—Es culpa mía —dijo, todo calma y encanto, con las manos sobre su pecho en gesto de disculpa—. Soy fan de Jetset desde que uno de los de mi banda, los Alabama Gang, me prestó vuestro disco. En serio, *Teenagers* y *Sick of It All* son auténticas joyas.

Nikki, a espaldas de Brett, abrió todavía más la boca. No podía creerse que Jay se hubiera memorizado los nombres de los temas del disco que acababa de comprar.

—Y verás, llevo queriendo proponerle a Nikki una colaboración desde hace tiempo. Su voz... es potente, ¿verdad? Quería hacer un dúo con una cantante femenina y Timbaland me dijo que buscara algo totalmente opuesto a mi voz. Pensé enseguida en ella —acabó de improvisar Jay, dejando a Nikki aún más sorprendida.

—Porque él hace más tipo falsetes, ¿sabéis? —añadió Jason, provocando una risita en Keith. Nikki quiso que la tierra se la tragara y la escupiera de vuelta a California.

—Exacto. Ya sabes —continuó Jay, haciendo la actuación de su vida. Brett no parecía convencido y repartía miradas sospechosas entre ella y Jay—. Tenía una noche libre entre concierto y concierto y el compañero de mi banda me comentó que ibais a tocar cerca, así que tenía que acercarme a ver a Nikki.

Jay la miró y Nikki sintió un calor ardiente en la nuca, pero le sostuvo la mirada. Sospechaba que aquella última frase era cierta del todo.

—Coño, ¡pues de puta madre! Nikki, ¿has aceptado? —preguntó Jason.

—Bueno, aún tenemos cosas que discutir. Ya sabéis que el rollo pop no me gusta nada —respondió ella, tosiendo incómoda.

—De hecho, le había dicho a Nikki de hablar con calma en mi hotel. Tengo unas demos y un piano ahí, podríamos hacer algunas cosas.

Nikki lo fusiló con los ojos azules llameando de indignación por la referencia al piano donde habían follado por primera vez, pero Jay parecía estar muy cómodo con aquella situación. Es más, parecía divertirse con todo.

—Si a Nikki le parece bien —intervino Keith, abriendo otra cerveza y pasándosela a Jay, que la aceptó sonriente—, nosotros podemos acabar de recogerlo todo y así ella puede continuar la reunión contigo.

—Eso sería genial, porque mañana tengo que coger un vuelo a Houston —sonrió Jay a la espera de su respuesta.

—Claro, sería un placer, pero no prometo nada, ¿vale?

Antes de que Brett pudiera retenerla y gritarle incoherencias, Nikki agarró su mochila y salió de la habitación con toda la dignidad que pudo reunir.

—Encantado de conoceros, chicos. Buen concierto —se despidió Jay, siguiendo a Nikki al exterior del Strange Brew.

Habían abandonado el Strange Brew por la puerta trasera, corriendo bajo la fina lluvia que

comenzaba a caer en Bossier City y rezando por no encontrarse a ningún fan de Jetset que la entretuviera. «O la prensa», pensó Nikki, aterrada ante esa posibilidad.

Dentro del taxi que los llevaría hasta el The Remington, donde Jay se hospedaba, ambos habían estallado en risas cómplices ante la esperpéntica situación vivida minutos antes. La risa sincera de Jay agujoneó algo dentro de Nikki, que tuvo que recordarse que en el fondo detestaba todo lo que él representaba en el mundo de la música. ¿Acaso lo había olvidado?

Era una jodida mierda que estuviera tan bueno y follara tan bien. Era difícil dejarlo pasar y simplemente odiarlo. Era dulce y, a pesar de su fama mundial, parecía bueno de una forma genuina. Casi inocente.

El segundo polvo no había sido rápido y acelerado como el primero de aquella noche. En cuanto habían entrado en la habitación del hotel, Jay había puesto música con su iPhone —un grupo que ella no reconoció— y había tomado el control total de la situación. La había desnudado con dedos pausados, besando cada rincón, centímetro y hueco de su cuerpo hasta que ella le había suplicado que pasara a mayores, a riesgo de deshacerse.

Había perdido la cuenta de los orgasmos que había sentido hasta que él se decidió a penetrarla. Nikki evitó sus ojos azul grisáceo mientras lo hacían al ritmo lento y suave que marcaba la música y, al acabar, él había ido caballerosamente hasta el bar de la habitación para servirle un enorme vaso de agua Perrier. También había depositado un ligero beso en su hombro antes de tumbarse a su lado en la cama con un suspiro satisfecho.

—Tenía catorce años.

—¿Cómo dices?

—Que tenía catorce años cuando empecé en Westside Blue. Me lo has preguntado antes.

—Eras tan joven... ¿Cómo te dejaron tus padres entrar ahí siendo solo un crío?

Nikki le acarició la parte central del pecho, que ahora respiraba relajada y tranquila.

—Bueno, ya hacía años que cantaba. Cuando tenía doce, logré un hueco en el Disney Club. Ahí es dónde conocí a Ameer —dijo Jay, escondiendo un halo de tristeza detrás de los ojos.

—¿Tu... ex?

—No hace falta que disimules, Nikki, ambos sabemos que hablamos de Ameer Davis.

—Ya, claro, pero luego rompisteis y tuviste un lío con Paris Hilton.

—Vaya, vaya... Alguien ha hecho los deberes leyendo tabloides.

Nikki se sonrojó, sintiéndose mortificada. Se tapó la cara con las manos.

—Perdona, no he podido evitarlo.

—No pasa nada. Hace tiempo que me he acostumbrado a que mi vida sea de dominio público —rio él, sin rastro de enfado en su rostro, mientras le apartaba las manos para poder mirarla—. Aunque, para compensar, estaría bien que tú me contaras algo de ti.

—¿Qué quieres saber?

—Tu apellido, para empezar. De qué parte de California eres, para continuar. Qué significan tus tatuajes, también estaría bien.

—Eso es demasiado íntimo. Y esto es un rollo de una noche, te lo recuerdo.

—De dos noches, técnicamente. Bien, entonces respóndeme a esto: ¿eres feliz con Brett?

—¿De qué vas? —Lo asesinó Nikki con la mirada— Eres un gilipollas.

—Solo en días impares, no lo olvides.

—Debería coger y largarme y no volverte a ver. No tenemos nada en común. Todo esto es una gran gilipollez. —Hizo el ademán de levantarse de la cama, pero Jay la detuvo y la volvió a tumbar, cogiéndola con delicadeza como si fuera un animal asustado.

—Se llama charlar, Nikki. Conocerse. Contarse todas las pequeñas cosas que hacen que tú seas Nikki y que yo sea Jay. Nada más.

—Pero... ¿Yo, Jay? Ni siquiera soy tu tipo. Por lo visto te van rubias y buenorras. En serio. ¿Yo?

Jay suspiró mientras se le escapaba una sonrisa condescendiente. Le apartó un mechón negro de la cara y la besó con un roce casi inofensivo.

—Admiro tu pasión. Admiro la forma en que ayer me plantaste en la cara todo lo que pensabas de mí. Admiro la determinación con la que amas tu música, cómo crees en ella y cómo cantas lo que cantas. Admiro tu pasión porque quizás me recuerda algo que yo estoy perdiendo —le dijo, acariciándole el pómulo con ternura—. O quizás nunca lo tuve.

Nikki no supo qué contestar. Solo respondió a sus besos, relajando de nuevo su cuerpo.

—¿Y yo? —preguntó él con una risa limpia como un despejado cielo de verano—. Yo sí que no soy tu tipo. Además, me detestas.

—Puede que ahora no te deteste tanto.

—Ah, ¿no?

—No. Creo que eres un... —Nikki tragó saliva, poco acostumbrada a exponer sus propios sentimientos de aquella manera—. Buen tío.

Jay pareció satisfecho por el momento, pues no insistió más. Sin embargo, Nikki se sintió culpable por haber visitado esos sitios de Internet en los que había leído más de lo que quería saber sobre él. Las cosas estaban demasiado desiguales entre ellos. Era hora de bajar un poco la guardia, supuso.

—Mi apellido es Ellis. Tengo veinticuatro años, nacida y criada en Pasadena por dos padres locos por Prince que me dieron este nombre ridículo de estríper. Conocí a Brett en el instituto John Muir con dieciséis primaveras y estamos juntos casi desde entonces. Fundamos Jetset con Keith y Jason el último año de instituto.

—Espera, ¿llevas con Brett como unos ocho años? Porque creo recordar que me dijiste que te habías enrollado con más hombres.

—Y es verdad. Brett y yo lo dejamos cada pocos meses y... Bueno, aprovecho esos descansos para hacer lo que me da la gana.

—¿Nunca le habías sido infiel?

—No, nunca hasta ayer.

Jay asintió.

—Continúa. ¿Tus tatuajes?

—Eso no, es demasiado íntimo. Te concedo solo uno: elige uno y te cuento qué significa.

Él se incorporó para dar un buen y lento vistazo a su cuerpo, empezando por los tatuajes de sus tobillos. Siguió por los de sus muslos y el de su pecho para acabar en los de los brazos.

—No te creas que no sé lo que estás haciendo —rio Nikki, mientras él examinaba a conciencia cada dibujo.

—No te equivoques, nena, solo quiero elegir bien —contestó él, fingiendo seriedad y acercando su cara al tatuaje de los pechos. Su respiración sobre los sensibles pezones provocó cosquillas en Nikki, que se retorció de risa entre sus brazos. Jay la imitó con una sonrisa velada—. Está bien, elijo la calavera mexicana de este brazo.

—Digamos que el señor y la señora Ellis tienen una caravana de comida mexicana con la que van a festivales, conciertos, convenciones y ese tipo de eventos. Se ganan la vida así. Y cuando no estoy tocando con Jetset, les ayudo. Así es como me gano un sueldo, en realidad. Me tatué la

calavera por ellos. Son unos locos de la cultura mexicana y siempre me han llevado de viaje a México. Es un país muy especial para los tres.

—Cuéntame cómo son el señor y la señora Ellis —pidió Jay, medio incorporado y, al parecer, interesado en aquellas tonterías suyas que a nadie le importaban un carajo.

—Un par de *hippies* de cuidado. Se conocieron en Woodstock, se enrollaron mientras Hendrix tocaba y decidieron pasar el resto de su vida juntos. Catorce años después, nací yo de rebote —sonrió Nikki—. Te encantarán.

—¿Me encantarán? —Jay levantó una ceja en un signo de interrogación y Nikki deseó golpearle la cara por estúpida.

—Quiero decir... Ya sabes. Que te encantarían. Si algún día vienes a Pasadena, acércate a verme y te invito a chili con carne. Podréis hablar los tres de Prince.

—Estoy deseando conocerlos.

Un silencio eléctrico se plantó entre ambos. Se sostuvieron la mirada durante un minuto que a Nikki le pareció eterno, lleno de preguntas sin responder y respuestas escondidas. Cuando Jay volvió a besarla y ella le pasó los brazos por el cuello, comprendió todo lo que se les presentaba por delante.

—Esto no es solo un rollo de una noche, ¿verdad? —preguntó Jay entre beso y beso.

—Creo que no —respondió Nikki con los ojos cerrados—. No.

Nikki solo pudo pensar en que, si llevaba a Jay Martin a su casa familiar de Pasadena, a su prima Cassie le iba a dar un síncope. Y con razón.

New Love

El teléfono de Nikki, que ella había abandonado despreocupadamente en la mesita de noche, se iluminaba con la señal de llamada entrante cada pocos minutos. Estaba silenciado, pero aun así era imposible no fijarse en el nombre que salía en pantalla: Brett. Ella no lo cogió ni una sola vez. Tampoco había llegado a contestarle si era feliz con aquel tipo.

Jay sabía que se estaba metiendo donde no le llamaban y que, desde luego, no tenía derecho a preguntar nada; no obstante, ya había cometido suficientes errores en su vida como para permitirse no ser todo lo directo y sincero que pudiera.

Una fina lluvia intermitente, típica del sur de Estados Unidos, había estado cayendo toda la noche mientras ellos dos charlaban de tonterías y volvían a devorarse entre las sábanas.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Nikki cuando el sol de un nuevo día amenazaba ya con aparecer en el horizonte del estado de Luisiana.

—No lo sé —contestó Jay—. Dímelo tú.

—Tengo tres conciertos más y luego me vuelvo a Pasadena.

—Yo tengo que seguir de gira hasta finales de marzo. Y en abril me marchó a Europa. De hecho, no termino el tour hasta finales de año.

La cara de Nikki era un poema, mezcla de infantil frustración y resignada aceptación. Jay se sintió tontamente culpable por ello, a pesar de que no tenía razones para sentirse así. Era su trabajo y este lo llevaba a giras muy largas por todo el mundo.

—Lo siento.

—¿Qué sientes?

—Estar ocupado.

—Esto es absurdo. —Nikki encogió las piernas y escondió la cabeza entre las rodillas—. Apenas nos conocemos de nada y ya te estás disculpando. No me debes ninguna explicación, ni mucho menos una disculpa.

—Lo sé, pero aun así... —Jay suspiró—. En abril tengo que ir unos días a Los Ángeles. Hay unos proyectos que debo discutir. Podríamos tener una...

—¿Qué proyectos? —lo interrumpió Nikki, levantando la cabeza.

—Películas.

—Ay, joder, me olvidaba de que también actúas.

Jay sonrió y se sentó a su lado en la cama.

—¿Qué te parece tener una cita en Los Ángeles, entonces? ¿En un mes?

—Una cita en Los Ángeles —concedió ella—. Un momento, ¿dónde vives?

—En Nashville. Tengo un apartamento en el centro, en pleno Arts District, pero viajo bastante a Nueva York y a Los Ángeles por trabajo.

Ella asintió, perdida en sus propios sentimientos. Jay observó cómo se mordisqueaba el

piercing del labio en un gesto nervioso del que no parecía ser ni consciente. La encontró encantadoramente vulnerable.

—Siento insistir, pero necesito saberlo, Nikki: ¿eres feliz con Brett?

—Si lo fuera, ¿te hubiera besado?

—No lo sé. Ni siquiera logro comprender por qué ayer pasaste de despreciarme a enrollarte conmigo.

Nikki se soltó el *piercing* de entre los dientes y lo miró.

—Fue al verte ahí, con el piano. Parecías tan solo... Tan indefenso. De pronto me pareciste humano y no una simple cara bonita en un póster.

—Y yo que creía que había sido por mi inmenso talento musical —bromeó Jay.

—Ja, ja. Estoy acostumbrada a que se me acerquen tíos como tú, ya sabes... Pijos que buscan revolcarse, hacer realidad la fantasía de tirarse a alguien con quien jamás pondrían una foto en Facebook porque se avergüenzan. Y me repatea esa hipocresía.

—Entiendo.

Jay había dejado que su vida fuera pública mientras salía con Amee y también en los meses posteriores a la ruptura. Existían fotos suyas metiendo la cara entre las tetas de Paris, liándose en la calle con Reese... Cuanto más se exponía, más dañado acababa. Hasta que aprendió a separar su vida personal de la profesional. Desde hacía relativamente poco, solo dejaba que su imagen estuviera ligada a la música. Había sido un proceso doloroso, aunque ahora creía estar en un momento en que todo se centraba en su carrera y no en especular con quién salía. Había valido la pena. Con un gesto tierno apartó el cabello negro de la cara de ella.

—A mí no me importa que me vean contigo, aunque seamos tan diferentes. ¿Quieres que suba una foto a Twitter ahora mismo para que veas que voy en serio? —la amenazó en broma, desbloqueando su iPhone. Ella se tiró encima para detenerlo al instante, con cara de pánico.

—¿Qué dices, estás loco?

—Dijo la mujer que quería saltar por la ventana para huir de su novio —contestó de buen humor, evitando que Nikki le cogiera el teléfono.

—¡Era una broma!

—Algo me dice que eres muy capaz de hacer eso y vete a saber qué más.

—Ah, ¿sí? ¡Pues no soy yo quien ha publicado esa estúpida canción en Twitter!

—Solo quería darte pena y volverme a meter en tus bragas —bromeó, provocando que el enfado de Nikki fuera en aumento.

—Dios, qué gilipollas eres.

—¿Sabes qué creo? Que la que siente vergüenza aquí eres tú. Jamás harías público que estás conmigo, aquí y ahora.

—Sí que lo haría, pero no ahora. Es demasiado pronto.

—Claro —contestó Jay sin poder evitar la ironía en su voz.

Nikki lo miró unos largos instantes y luego empezó a recuperar su ropa y a vestirse con gestos apresurados, como si estuviera deseando largarse de nuevo.

—Tengo que irme. A las seis salimos hacia Dallas con la furgó y se me hace tarde.

—De acuerdo.

—De aquí a un mes... ¿en Los Ángeles?

—Sí, si no hago una locura y te envío un billete de avión antes para que vengas a verme a uno de mis conciertos.

Vio cómo se colgaba la mochila del hombro y se volvía a morder el *piercing*. Parecía algo

triste y Jay no supo qué decir para borrar aquella expresión de su cara.

—No va a ser nada fácil, Jay. Nada de esto.

—Lo sé.

La vio partir tras apuntar su número de teléfono en un papel con el logo del hotel y darle un rápido beso en los labios. Jay tenía que coger un avión en tres horas, así que decidió darse una ducha, desayunar algo y largarse cuanto antes al aeropuerto antes de que Frankie pusiera el grito en el cielo.

Mientras sorbía el café, consultó su cuenta de Twitter. Una de las menciones lo sorprendió. Tuvo que leer el tuit varias veces antes de creérselo.

Nikki E. @nikkiisapunkrocker

Hablando de futuros y excitantes nuevos proyectos con @jaymartinofficial. No puedo contar más :)

En un arrebato retuiteó el mensaje para sus seguidores. Estaba seguro de que en cuanto bajara del avión en Houston le iba a caer una buena bronca de Frankie. Y es que una estrella del pop no tenía permitido ser impulsiva así como así.

I'm Not Okay (I Promise)

Los últimos tres conciertos antes de volver a Pasadena se convirtieron en una agonía para Nikki. No solo se encontró echando de menos a un hombre al que solo había visto dos veces, sino que la agresividad y los celos incontrolables de Brett fueron en aumento. Sabía que tenía que cortar con él al regresar a Pasadena de una vez por todas. No podía tener una cita con Jay y continuar saliendo con Brett. Era hora de dar carpetazo a ocho años de relación, por fin. Solo tres conciertos más y Brett y Nikki serían historia.

Por algún motivo, Brett parecía olerse que aquello estaba a punto de terminar y estaba más insoportable que de costumbre. Su mal humor e irritabilidad provocaban un profundo malestar en el grupo, y Nikki sentía que las raíces en las que habían fundado Jetset cuatro buenos amigos del instituto se iban partiendo y pudriendo. O quizá ya llevaban mucho tiempo descomponiéndose y ella se había negado a aceptarlo porque el grupo le importaba demasiado.

Nikki sabía que Jay estaba ocupado a niveles estratosféricos con promociones y entrevistas además de los conciertos. Él le había pasado una copia de su agenda, aunque en ningún momento se la había pedido. Aun así, Jay siempre encontraba un momento para enviarle un mensaje y, si ella estaba a solas, para una corta llamada a escondidas del mundo. No hablaban de nada profundo ni importante, mucho menos de un futuro que se avecinaba incierto. Jay bromeaba y la hacía reír proponiéndole planes imposibles para su cita en Los Ángeles.

—¿Qué tal una copa mientras sobrevolamos la ciudad en globo y cenamos sentados en la primera O del cartel de Hollywood?

—Es que mira que eres gilipollas —le cuchicheaba Nikki sin poder evitar sonreír con el teléfono pegado a la cara.

—¿Desayunar en un club de *striptease*, entonces?

Él reía con aquella risa limpia y llena de alegría. Se despedían cuando su representante lo apremiaba a cumplir con sus compromisos y Nikki se quedaba unos largos segundos mirando el teléfono del que había salido su suave voz.

Estaba deseando volver a Pasadena, ver a su familia y pedirle consejo a su padre, como hacía siempre que se sentía perdida. Presentía que estaba a punto de empezar una nueva etapa de su vida y, por primera vez en mucho tiempo, se sentía feliz respecto al futuro que se abría ante ella.

Y en eso mismo pensaba mientras recogía el micro y los cables tras el último concierto en San Francisco cuando el malestar de Brett de los últimos días estalló finalmente contra ella.

—¿Quién era ese tipo con el que hablabas antes?

Nikki se quedó pálida creyendo que él la había escuchado hablar por teléfono con Jay. La sala estaba casi vacía, a excepción de ellos y un hombre que barría las colillas del suelo con los auriculares puestos.

—¿Eh? Ese mierdas con el que hablabas en la barra después del concierto. ¿Te lo estabas

ligando?

—Por el amor de Dios, Brett, era el jodido camarero y me estaba contando que él también tiene un grupo y que le hablaría de nosotros a su representante.

—Tú debes de creer que yo soy imbécil.

Sin que pudiera evitarlo, Brett la arrinconó contra una de las altas torres formada por los enormes amplificadores. Nikki se asustó al ver la mirada ida de sus ojos oscuros. Lo había visto muchas veces cabreado, pero aquella mirada siempre lograba hacerla entrar en pánico. ¿Qué ocurriría el día que Brett no se contentara con unos simples golpes?

—A lo mejor también crees que me tragué el cuento del subnormal famosillo del otro día al que por lo visto le dedicas tuits.

—Ese subnormal famosillo del que hablas y que retuiteó mi mensaje nos ha conseguido miles de seguidores y escuchas en YouTube en menos de una semana —replicó Nikki buscando una vía de escape rápida antes de que Brett detonara del todo.

No lo logró y, antes de que pudiera reaccionar, Brett lanzó su mano en forma de garra a su cuello, empujándola violentamente contra la torre de amplificadores. Notó cómo estos se tambaleaban a su espalda.

—¡Brett! —protestó, intentando abrir los dedos que se cerraban contra su garganta.

No era la primera vez que Brett se ponía violento con ella, pero sí la primera que lo hacía en un lugar público.

—Te lo follas, Nikki. Sé que te lo has follado. A un mierdas como él. Me das asco.

—Él es más hombre de lo que serás tú nunca —replicó ella entre ahogos, furiosa por no poder defenderse mejor.

—¡Eh! ¿Qué coño haces, tío?

El grito alarmado de Jason hizo que Brett bajara la guardia por un segundo. Antes de que Nikki pudiera zafarse, Jason y Keith habían aparecido. Este último había corrido sin pensárselo y le había dado un brutal empujón a Brett, que cayó al suelo sobre su trasero. Nikki sintió cómo sus pulmones se llenaban de aire. Se tocó el cuello, dolorida y profundamente humillada por la escena. Keith y Jason jamás los habían visto así.

—Te juro, Brett, que te mereces una puta paliza. ¡Es Nikki, joder! —continuó Keith fuera de sí. Amenazaba a Brett con un puño en alto. Jason se acercó a ella para asegurarse que estaba bien —. Estoy harto de ti, colega. Sé desde hace años que la tratas como basura, pero ponerle la mano encima es demasiado. O arreglas tu mierda o estás fuera del grupo.

—¿Fuera del grupo? Sin mí seríais una puta mierda —Brett se incorporó y devolvió el empujón a Keith. Antes de que las cosas fueran a mayores, Jason se interpuso entre ambos.

—¡Basta! Brett, tío, vete a dar una vuelta y deja de soltar gilipolleces. Hoy te has pasado un huevo. Da gracias que hemos terminado la gira.

Tras una mirada furibunda a todos, Brett se largó por la puerta delantera de la sala. Nikki seguía en *shock*, en parte avergonzada porque sus dos compañeros habían presenciado la triste escena y en parte furiosa consigo misma por haberse quedado paralizada por el miedo una vez más. Se sentía una cobarde. Y en parte culpable del estallido de su novio. Como siempre. Keith hizo un gesto a Jason y este los dejó a solas. El batería la abrazó con cariño hasta que Nikki empezó a sollozar en voz baja sin poder evitarlo.

—Oye... —Keith le levantó la barbilla y la miró a los ojos—. ¿Quieres que llame a Jay?

—¿Qué dices? —contestó en un último intento de disimular lo que llevaba ocurriendo desde hacía una semana.

—No hace falta que te hagas la loca conmigo. Te conozco desde que éramos adolescentes. Tú nunca has sido de hacer mucho caso al móvil y ahora cada vez que tienes un rato te veo ahí, enviando mensajes y con una sonrisilla en la cara. Así que... ¿Quieres que lo llame y le explique lo que ha pasado para que te tranquilice?

Nikki tragó saliva.

—No, ahora aún estará dando el concierto de Detroit. Estoy bien. Solo necesito calmarme.

—Nikki, no es la primera vez que te pone la mano encima, ¿verdad?

Rehuyó la mirada de su amigo, incómoda. Los cuatro llevaban tocando juntos desde hacía casi ocho años. Habían compartido horas y horas en la cafetería del John Muir hablando de música, de los nuevos discos que sacaban Green Day o NOFX, pasando las tardes en el garaje de Jason, fumando porros y discutiendo sobre política.

Habían crecido los cuatro juntos, protegiéndose los unos a los otros en el ambiente de un instituto agresivo contra aquellos que eran distintos a los demás. Y ahora ella iba a contarle a Keith que su amigo —aquel chaval divertido y un poco tímido con el que él jugaba a la Play durante las vacaciones de verano y con el que iba a practicar horas y horas *skate*— era un maltratador físico y emocional.

Keith interpretó perfectamente su silencio.

—En cuanto llegemos a Pasadena, Brett está fuera de Jetset —afirmó el batería, cogiéndola por los hombros y sacándola de ahí.

Jason estaba afuera acabando de cargar la furgoneta. No había ni rastro de Brett y el bajista les dijo que había intentado llamarle porque tenían que poner rumbo a Pasadena sin más demora, pero que Brett no había atendido las llamadas.

—Nos vamos sin él. Mañana yo trabajo y nos quedan más de seis horas de carretera hasta llegar a Pasadena. No tengo paciencia para sus mierdas de niño. —Jason pegó una patada a la rueda trasera de la furgoneta—. Ya se espabilará él solito para volver a casa.

—Está bien, yo conduzco y tú sobas, Jason. Así descansas para mañana.

Jason le tiró las llaves a Keith sin dejar de murmurar cosas muy enfadado. Nikki se sentó en el asiento del copiloto en silencio, mirando sin ver cómo dejaban atrás las cuestas de San Francisco.

Cuando salieron a la interestatal recibió un mensaje de Jay. Tecleó rápidamente para intercambiar unos pocos mensajes con él. Le contó que se había peleado con Brett sin entrar en más detalles. Jay se ofreció a llamarla al instante, pero ella le dijo que no se preocupase y que lo avisaría en cuanto llegasen a Pasadena.

Con una pequeña sonrisa guardó el móvil en la mochila, justo en el momento en que Jason soltó un ronquido porcino que la hizo reír y sacudir la cabeza.

—¿Y bien? —habló Keith sin apartar la vista de la interestatal que los conduciría a casa.

—Jason no se entera de nada, ¿verdad?

—¿Jason? Ya sabes cómo es. Es espabilado para liarse con todas las chicas del universo, pero es malísimo interpretando señales que no impliquen follar con tías buenas. Así que ni de coña se imagina que estás liada con Jay. Y ahora, empieza a hablar.

—Dios... Eres como el padre de todos.

—Sí, y empiezo a estar un poco harto de ese papel.

—Bueno, eres el mayor de los cuatro. Te toca cuidar de nosotros —Nikki se inclinó para darle un rápido beso en la mejilla.

—Qué remedio... Sois una panda de perdedores... —Sonrió Keith—. Y ahora, en serio,

¿cuándo empezó todo?

Nikki jugueteó con la cremallera de su mochila sin saber por dónde empezar.

—Tú sabes cómo era Brett en el instituto. Lo primero que me gustó de él es que parecía un buen chico. Dulce, tímido, atento. Ya era inseguro entonces, pero éramos adolescentes, era lo normal. Empezamos a salir casi enseguida y lo compartimos todo. Todo. Nunca discrepábamos en nada.

—Sí, erais insoportables.

—Gracias, capullo. —Sonrió Nikki—. Al principio yo no le daba importancia cuando él me pedía que no me vistiera así o que no me pintara mucho. Creía que tenía miedo de perderme. Y yo fui cediendo terreno, aceptando todo lo que me pedía para que se sintiera seguro conmigo. Ahí fue cuando me corté el pelo y me lo teñí de negro, porque a él no le gustaban las rubias y yo no quería convertirme en la típica rubia californiana que Brett odiaba.

—A veces echo de menos lo mona que estabas con tu pelo rubio —bromeó Keith.

—Sin darme cuenta me vi envuelta en un montón de exigencias tuyas, con prohibiciones y limitaciones. Si no las cumplía, él se disgustaba y me culpaba de su infelicidad. Un día no estuvimos de acuerdo sobre lo que nos parecía el nuevo disco de The Offspring. Me negué a darle la razón y me mantuve en mi opinión. Fue la primera vez que me cruzó la cara.

—Ese cabrón hijo de puta...

—Puede, pero yo fui la tonta que lo perdonó. Esa vez, la siguiente y todas las demás.

—Joder, ¿por eso rompíais cada dos por tres?

—Sí, me dejaba para castigarme. Por llevar pantalones cortos, escote o un pintalabios demasiado rojo. Y luego volvía arrepentido y yo lo veía desvalido y perdido... y cedía. Siempre me decía a mí misma que le plantaría cara, pero casi nunca lo he hecho. Hasta la otra noche, cuando le rompí la guitarra. Y hoy, supongo.

—De acuerdo, pero, Nikki, ¿qué pinta Jay en todo esto? Sé que lo conociste en Nueva Orleans cuando Brett nos convenció para dejarte ahí y que os acostasteis, pero...

—Con Jay me enfrenté nada más conocerle. Fui una borde, quizá porque con mi propio novio no me atrevía a ser así. Y él... me desmontó. Fue todo amabilidad. Me hizo reír.

—Que cabrón —rio Keith.

—Y el sexo, Keith...

—Por favor, no me des demasiados detalles. Mi hermana pequeña tenía pósteres suyos en la habitación.

Esta vez fue Nikki la que se echó a reír.

—Mi prima Cassie también era fan de Westside Blue. Muy surrealista todo. —Nikki negó con la cabeza—. El sexo fue brutal. Brett y yo llevábamos sin follar como tres meses y cuando lo hice con Jay recordé cómo era echar un polvo con alguien que no fuera un capullo.

—¿Estás segura de que es un buen tío?

—No, una nunca puede estar segura de eso, pero tengo el ligero presentimiento de que lo es. Keith asintió con convicción.

—¿Sabes una cosa? Yo también lo creo. Y si no lo es, le voy a retorcer los huevos y entonces sí que cantará con falsetes de verdad.

Nikki se recostó en el asiento del copiloto y cerró los ojos con una sonrisa. Escuchó como Keith bajaba el volumen del disco de Good Charlotte que sonaba en el reproductor de la furgoneta. El cuello aún le dolía y estaba convencida de que en unas horas lo tendría lleno de moratones. Estaba deseando llegar a casa.

It's Gonna Be Me

Cuando dejó el teléfono precisó de unos cuantos minutos para que la adrenalina del concierto bajara poco a poco; aunque también necesitó silencio y soledad para procesar lo poco que Nikki le había contado sobre lo ocurrido en San Francisco con Brett. Por un momento deseó tener plena libertad para abandonar sus compromisos, coger un avión y volar hasta Pasadena. Algo que era imposible, claro.

Pasado un tiempo prudencial, la masajista llamó a la puerta con delicadeza y Jay la dejó entrar. Frankie entró tras ella, consultando su agenda electrónica. La chica lo saludó amistosamente, apartó la toalla caliente de su cuello desnudo y lo empezó a masajear con fruición.

—Hoy has estado estupendo, Jay.

—Gracias, Kate. Eres un encanto.

—¿Algo más además del cuello?

—Por hoy no, gracias.

—Bien, vendré por la mañana y haremos masaje completo.

—Tú mandas, como siempre. Estoy en tus manos.

Las manos expertas de la masajista aflojaron los cansados músculos de Jay. Los movimientos sincopados y constantes que efectuaba en el escenario podían dejarlo derrotado y con dolores si no se cuidaba a menudo. Ya no era tan joven como cuando podía estar bailando horas y horas sin agotarse. Con veintiséis años aún podía bailar como él quería hacerlo, pero dudaba que pudiera aguantar ese ritmo hasta una edad mucho más avanzada.

—Bien hecho, Jay. Dieciocho mil personas hoy —anunció Frankie con evidente satisfacción.

Él asintió con los ojos cerrados, relajado por los movimientos de Kate en sus hombros.

—Pero tengo mejores noticias. Hemos llegado a los dos millones de ventas de *NextPopSounds* en Estados Unidos.

—¡Guau! —exclamó Kate a sus espaldas.

—¿Sabes qué significa eso, Jay, cabronazo?

—¿Que tú vas a recibir un bono de dinero espectacular? —bromeó él. Despidió con un gesto amistoso a Kate y se puso una camiseta blanca.

—Aparte de eso. Significa que te vas a hacer aún más rico.

—Ya soy rico. No es eso lo que más me interesa, ya lo sabes.

—Muy bien. ¿Y si te dijera que he recibido una llamada de la directora de *casting* de Christopher Nolan?

Aquello sí que despertó su interés de verdad. Llevaba tiempo planteándose un parón para explorar un poco más el mundo del cine. Había dejado su alma en componer y grabar *NextPopSounds* y no creía que pudiera meterse en el estudio para sacar un tercer disco cuando la

gira acabase.

—Te he hecho un hueco para verla en tu próximo viaje a Los Ángeles, en abril.

—Eso es... genial. Joder, Christopher Nolan. Eso ya son palabras mayores, Frankie.

—Lo son, chico. —Su representante le dio una palmada en el hombro y lo miró fijamente. Jay supo que la conversación no había terminado—. Por eso te pido que no lo eches todo a perder, Jay. Estás despegando. Ahora es cuando se te está empezando a tomar en serio, al fin. Ayer salió el nuevo número de *Iconic* en el que se refirieron a ti como el nuevo príncipe del pop. Un paso en falso ahora y todo puede desmoronarse.

—Un momento, ¿cómo se supone que puedo echarlo a perder?

La mano que Frankie había apoyado en su hombro empezó a pesarle como si estuviera hecha de plomo.

—Ya lo sabes. ¿Esa chica? ¿Qué se supone que tengo que hacer con ese mensaje que tú retuiteaste alegremente, anunciando un proyecto, una colaboración o no sé qué? Es una don nadie, una cantante de tres al cuarto de un grupo de *punk rock* cualquiera.

—No estoy pensando en colaborar con ella en un proyecto, ella simplemente publicó eso porque yo... —Jay se detuvo y se soltó de la mano de Frankie. Fue hasta la nevera donde multitud de bebidas lo esperaban y abrió una botella de Evian—. Mira, no importa. Es mi vida privada. No cometeré el mismo error que con Paris o Reese.

—Desde luego que no lo harás. Porque mi trabajo es venderte. Vender la imagen de ti que tus seguidoras quieren comprar.

—¿De qué cojones hablas?

—No eres precisamente tonto, Jay. Sabes que Ameer y tú erais la pareja icónica de la música hace unos años. Joder, que ella era la puta novia de América. Una jodida virgen en tus brazos.

—Frankie, por favor. No hables así de Ameer.

—Y tú eras el novio gentil y amable que la desfloró —continuó Frankie sin hacerle ni caso—. Eras lo que querían todas las adolescentes del mundo que compraban los discos de Westside Blue. Un poco inocente, pero sexy. Divertido, pero con un toque de chico malo. Y ellas se identificaban con Ameer.

—Dios, a veces pienso que en vez de corazón tienes una caja registradora, Frankie.

—Escúchame. Tus seguidoras nunca se identificarán con esa Nikki. Admito que tiene unos ojos bonitos y unas tetas de escándalo, pero no vende. A tu lado no.

No era la primera vez que Jay sentía ganas de pegarle un puñetazo a Frankie, pero no lo habían educado para ser un hombre violento, así que se contuvo de romperle la cara como estaba deseando hacer en aquel instante.

—Es mi vida privada. Puedo llevarla separada de mi trabajo.

—No, no puedes. Fóllate a esa chica unas cuantas veces más y luego le das puerta.

—Oye, soy yo quién decide eso —se enfadó Jay—. Ya no soy un crío y tú no puedes tratarme como lo hacías en Westside Blue.

Una de las principales razones para abandonar la *boy band* había sido la presión extrema que el maldito *marketing* ejercía sobre los cinco integrantes del grupo. Sus compañeros lidiaban con ello como podían, pero Jay lo llevaba mal. Muy mal, en realidad. No soportaba tener que doblegarse a las exigencias del guion, ni interpretar continuamente un papel para no salirse de la imagen que se suponía que debía dar a la legión de adolescentes que compraba sus discos.

Jay no podía soltar palabrotas, ni quejarse de las giras agotadoras, ni hablar del sexo que él y el resto de la banda tenían con las fans, ni opinar de política, ni parecer nunca cansado. Era

agotador mantener esa fachada en la que tenía que ser siempre la misma cara bonita que sonreía en los pósteres.

En el 2002, tras solo tres álbumes publicados con Westside Blue y más de treinta millones de discos vendidos, Jay sorprendió a todos y se fue del grupo. Después de su marcha, la banda anunció una pausa temporal, que era una forma suavizada de informar de una separación. Jay sabía que difícilmente volverían a unirse nunca, y menos cuando él había iniciado ese mismo año su carrera en solitario con la inestimable ayuda de Frankie. También se había prometido que nunca más se dejaría manejar como un vacío producto de *marketing*.

—A veces me olvido de lo inocente que puedes llegar a ser, Jay. ¿De verdad no tienes ni la más mínima sospecha?

—¿Qué mínima sospecha? ¿De qué coño hablas?

—Llevo más de veinte años en el mundo de la música. Me cuesta creer en las casualidades. Y que alguien como esa Nikki, que da la casualidad de que también es cantante, se acerque a ti... me hace sospechar.

Jay negó con la cabeza.

—No es lo que tú crees. Ella tiene cero interés en mi música. De hecho, la detesta —contestó con vehemencia, a punto de perder los nervios por aquella estúpida conversación—. Tiene talento sin mi ayuda. He escuchado su disco y he visto al grupo en directo. Son buenos y creo que tienen futuro.

—Ya, claro. —Frankie volvió a mirar su agenda—. Es hora de volver al hotel. Mañana salimos hacia Chicago a mediodía. Voy a mandar traer el coche.

De camino al hotel volvió a consultar su teléfono. No había mensajes de Nikki, pero sí de Blake, su excompañero de banda. Los cinco integrantes de Westside Blue mantenían el contacto con regularidad, pero Jay siempre se había sentido más cercano a Blake. Era cinco años mayor que él, así que era también un poco como un hermano mayor al que recurrir en busca de consejo.

Sin poder evitar sentirse un poco melancólico, presionó la tecla de llamada. Cuando escuchó la voz de Blake al otro lado se relajó en el solitario asiento del coche, dispuesto a desahogarse con su viejo compañero de aventuras.

El tono estridente del teléfono lo despertó de un sueño largo y reparador. Confundido aún por el repentino despertar, Jay miró la pantalla iluminada por un número desconocido, lo cual le pareció raro. Necesitó unos segundos para ubicarse. Estaba aún en Detroit. La noche anterior había dejado el móvil en la habitación, siguiendo su regla personal de no tocarlo tras un concierto, y había bajado al bar del hotel a tomar una Coca Cola a solas. Luego, el cansancio le había vencido y se había sumido en un profundo sueño. Se aclaró la voz y contestó la llamada.

—¿Sí?

—Tío, ¿eres Jay?

—Sí, ¿con quién hablo?

—Soy Keith, el amigo de Nikki. ¿Recuerdas?

—Ah, sí. Disculpa, es que me acabo de despertar. ¿Todo bien? ¿Ya estáis en Pasadena?

—Sí, sí, acabo de dejar a Nikki en su apartamento y... Oye, no le digas que le he pillado el móvil para encontrar tu número.

—Vale —rio Jay, un poco confundido por aquella llamada inesperada.

—Mira, sé que la conoces desde hace poco, pero... a Nikki le cuesta hablar de ciertas cosas. Y seguramente yo no tengo derecho a contarte esto, pero algo me dice que ella tardaría meses o

años en contártelo.

—¿Contarme el qué?

—Lo de Brett.

Estupefacto y cada vez más furioso conforme el relato de Keith avanzaba, Jay escuchó cómo aquel cabrón llevaba, al parecer, años maltratando psicológica y físicamente a Nikki. Intuía que aquella relación escondía algo turbio, pero nunca se hubiera imaginado a alguien como Nikki siendo maltratada. Supuso que ni una mujer como ella, decidida y luchadora, estaba a salvo de un abusador. Cuando el batería le contó lo que había ocurrido tan solo unas horas antes, sintió ganas de mandar a tomar viento la gira y subirse a un avión de inmediato. Por desgracia, no podía hacer algo así sin esperar graves consecuencias.

—La cuestión es que a mí me lo ha contado ahora, y la conozco desde hace ocho años, tío. Creo que todo este rollo con Brett la ha dejado incapaz de comunicarse o de pedir ayuda cuando la necesita.

—Entiendo. ¿Qué necesitas que haga?

—Pues te diría que le sentaría bien verte.

—No puedo abandonar la gira, pero sí que podría enviarle un billete de avión para que venga a Chicago. Pásame su dirección y...

Keith se echó a reír al otro lado de la línea.

—Colega, se nota que aún no la conoces nada bien. Jamás aceptaría que tú le pagaras un billete de avión.

—Muy bien —contestó Jay, reuniendo toda su paciencia—. Entonces pásame tu cuenta bancaria, te ingreso dinero y se lo pagas tú. Le dices que es un regalo tuyo y listo.

—¿En serio harías eso? Pero si no me conoces de nada. Joder, al final va a tener razón Nikki con eso de que eres un buen tipo.

Jay sonrió mientras apuntaba los números que Keith le iba dictando. Nada más colgar, ordenó una transferencia inmediata de dos mil dólares.

Dirty Little Secret

Tras despedir a Keith, Nikki entró en su diminuto apartamento de la calle Union. Esperaba encontrar silencio, paz y una cama que la acogiera para así poder dormir un poco más de lo que había hecho en el largo viaje en furgoneta. En vez de eso, se encontró a su prima Cassie tomándose un café en la pequeña barra de la cocina, en la que su gata Marvel estaba estirada en todo su esplendor, ronroneando.

—¡Eh! ¡Bienvenida a casa!

Cassie dejó el café en la encimera y la abrazó con entusiasmo. Nikki correspondió con cansancio, dejando caer la mochila al suelo. No le quedaban fuerzas para mucho más, y mucho menos para charlar con el torbellino de su prima. La quería mucho, como a una hermana pequeña, porque ambas eran hijas únicas de una familia ya de por sí reducida, pero a veces Cassie podía ser muy... intensa.

La abuela Ellis había muerto cuando Nikki solo tenía catorce años y Cassie diez. Era una mujer de negocios que, tras haber logrado reunir algo de dinero, había decidido invertirlo en un buen bloque de apartamentos de la transitada calle Union de Pasadena y reservar dos de los departamentos para sus nietas, así que ambas eran vecinas desde que Cassie había cumplido los dieciocho años; su prima vivía en el piso de abajo y Nikki en el de arriba.

—Pensaba que llegarías más tarde. He venido a darle de comer a Marvel.

—Y a beberte mi café, al parecer.

—He cuidado de tu gata casi tres semanas, invitarme a café es lo mínimo que puedes hacer.

—Claro, porque eso ha debido interferir mucho en tu carrera de actriz en paro.

—Uy, pues sí que vienes de mala hostia. ¿Cómo ha ido la gira?

—¿Queda café? —esquivó Nikki la pregunta.

Su prima asintió y rodeó la barra de la cocina para servirle una taza mientras ella se subía a uno de los dos taburetes y acariciaba a la gata, que ni se había inmutado al verla entrar. Animal desagradecido.

Sabía que podía confiar en Cassie. Era un poco cabra loca y, aunque solo se llevasen cuatro años de diferencia, a veces le parecía un poco la eterna adolescente. La misma que ponía videoclips de Westside Blue en la tele y suspiraba por Jay, Blake, Gavin y todo el grupo en general. Habían crecido juntas, en la misma calle y, con el paso del tiempo, los lazos de sangre se habían convertido en una amistad segura y familiar. Aun así, no sabía cómo se tomaría el saber que se había acostado con uno de sus ídolos de adolescencia. Nikki tomó aire, dispuesta a confesar su falta y su pecado.

—Si te cuento algo, ¿puedo confiar en que guardarás el secreto?

—Claro, ¿qué pasa? ¡Te has follado a otro! —exclamó Cassie antes de que Nikki pudiera decir ni una palabra más. Su pelo perfectamente liso y rubio pareció crisparse con la revelación.

—Sí. Lo he dejado con Brett y me he tirado a otro. Lo que pasa, y esto es lo que necesito que guardes en secreto, es que ese otro es... —Nikki tragó saliva—, famoso.

—¡Oh, cotilleos de buena mañana! —Su prima aplaudió con entusiasmo desmesurado y se inclinó sobre su taza de café para escuchar el ansiado nombre del afortunado.

—Cassie, es Jay Martin.

—¿Disculpa? —Vio cómo Cassie abría tanto la boca que temió que su mandíbula se descolgara hasta caer sobre la encimera—. Sí, ya, y qué más.

—Es verdad.

—No, no lo es.

—Joder, Cassie, que es cierto. —Nikki se sacó el móvil de los pantalones y le enseñó brevemente la conversación que había tenido con Jay, incluidos los tuits de ambos. Cassie lanzó un chillido agudo de indignación que agujereó su tímpano como una afilada lanza.

—¿JAY MARTIN? —Se incorporó para rebuscar en su enorme bolso hasta que sacó un ejemplar de la revista *Iconic* que plantó delante de sus ojos—. ¿ESTE JAY MARTIN?

Nikki se quedó un poco perdida al ver el familiar rostro de él mirarla desde el papel satinado de la revista. Era una magnífica y elegante foto de Jay en blanco y negro, con un poco de aquella barba rubia incipiente y esa mirada tan de Jay, dulce y tierna, pero a la vez decidida.

—Sí —contestó al fin, apartando la revista de su cara e intentando no mirar el atractivo rostro impreso en el papel.

—¡Madre de Dios, no me lo puedo creer! ¿En serio? ¡Esto es una traición y lo sabes! ¡ERA MI PREFERIDO DE WESTSIDE BLUE!

—¡Eso no es verdad! ¡A ti te gustaba Blake!

—¡Pero Jay era el que cantaba mejor! —Cassie la señalaba con el dedo llena de furia, hasta que de pronto se quedó estupefacta—. Un momento, ¿si estás liada con Jay significa que yo tengo alguna posibilidad de conocer a Blake? ¡Ay, ay, ay! —Su rostro pasó de la ira a la felicidad más absoluta, logrando que Nikki quisiera asesinarla—. Nikki, ¿cuándo va a venir a Pasadena a verte? ¡Dile que se traiga a Blake!

—Primero de todo, cálmate. Si sigues gritando como una loca nuestros vecinos acabarán llamando a la policía. —Cassie logró dejar de hiperventilar y volvió a sentarse delante de ella con los ojos verdes abiertos de par en par—. Segundo, no sé si vendrá a Pasadena, solo hemos pasado juntos dos noches. Tercero, si viene no le voy a pedir que se traiga a nadie para que tú puedas vivir tu sueño adolescente.

Cassie hizo pucheros de decepción.

—Zorra cabrona con suerte. Por lo menos dime que intentarás que me presente a Blake.

—No prometo nada.

—Pues entonces dime... ¿Cómo la tiene de grande?

—¡Cassie, joder!

—Venga, vaaa... ¿Qué sentido tiene que te lées con un famoso y no me cuentes detalles guarros? ¿La tiene grande o no?

Nikki se sintió de pronto feliz, sin razón aparente. Como si una losa que la aprisionaba contra el suelo hubiera desaparecido y ahora tuviera la energía y la libertad para echar a correr como un caballo al galope.

—Suficientemente grande para hacer que me corriera en cinco minutos —contestó con un guiño pícaro a su prima, que lanzó un alarido de loba en celo.

—¡Lo sabía! Mira, te voy a enseñar un vídeo suyo en el que ya se ve que la tiene así de...

—No, no. Ahora no.

—Pues cuéntamelo todo, por favor —suplicó su prima, desesperada por saber más.

—Hagamos una cosa... ¿Has venido en coche? —Cassie asintió—. Llévame a casa de mis padres y te lo cuento todo de camino. No tengo fuerzas para conducir yo el Mustang.

—¡Hecho!

Sus padres vivían al norte de la ciudad, en una de esas clásicas urbanizaciones de clase media que habían proliferado por todo Estados Unidos desde mediados del siglo pasado y que parecían copias las unas de las otras. La casa de sus padres también había sido herencia de su abuela Ellis; de otra forma, jamás hubieran podido permitírsela.

Poco a poco y con mucho esfuerzo, la habían ido reformando y adaptando a sus gustos hasta lograr tener una bonita casa de ladrillos rojos y techo de madera oscura, con un modesto jardín trasero y un amplio porche en el que el viejo matrimonio pasaba las tardes leyendo o escuchando música.

Cassie estacionó con brusquedad delante de la casa y el padre de Nikki, que estaba frente al garaje limpiando la caravana de comida mexicana, las saludó con alegría. Nikki sintió como si hubiera pasado toda una vida desde que los había visto por última vez antes de salir de gira con Jetset.

—¡Hola, tío Frank! —Cassie se tiró sin control a besar a Frank Ellis en la mejilla, casi hasta hacerlo trastabillar. Antes de que el padre de Nikki pudiera reaccionar, Cassie les hizo un gesto con la mano señalando la casa—. ¡Voy a saludar a la tía Maggie!

Frank sacudió la cabeza, envolviendo a Nikki en un abrazo gigante y fuerte, como de oso protector.

—Esta chica... En fin.

—Hola, papá —rio Nikki.

—Hola, cariño. ¿Qué tal la vuelta a casa? ¿Cuántos corazones has roto en esta gira?

—Unos cuantos.

—Esa es mi chica. —Frank la soltó, volvió a coger el trapo de algodón y continuó sacando brillo a la caravana que les daba de comer a todos, junto al alquiler del resto de apartamentos de la calle Union que Frank había heredado de la abuela Ellis—. Y bien, ¿qué te ocurre?

Nikki se sentó en las escaleras del porche y miró durante unos minutos los movimientos tranquilos de su padre antes de darse cuenta de que debía contestar a su pregunta.

—¿Cómo sabes que me ocurre algo?

—Siempre te ocurre algo, con ese Brett...

—Rompimos ayer. Esta vez de verdad. Ya no hay vuelta atrás. Keith y Jason quieren echarlo del grupo.

Frank detuvo su tarea y la miró por encima de sus gafas de pasta.

—Vaya, debe haber sido grave lo que te haya hecho ese cretino que tienes por novio, pero como nunca cuentas nada...

—En realidad, sí que quiero contarte una cosa. Estoy hecha un lío.

—¿Has conocido a alguien?

—Pero bueno, ¿es que lo llevo escrito en la cara? —se sulfuró Nikki. Su padre se encogió de hombros—. Vale, la respuesta es que sí, pero no sé qué sentido tiene, es un lío de cojones y no sé si estoy preparada para algo así.

—Jovencita, espero que no hayas tenido un rollo con un paleta de Texas o un republicano,

porque...

—Ni es de Texas ni es republicano, papá. Creo —replicó Nikki, que se pasó las manos por el cabello negro con un suspiro—. Es famoso. Muy famoso, de hecho.

—Pues ahora sí que estoy intrigado. ¿Quién es?

—¿Te acuerdas de esa *boy band* que Cassie escuchaba obsesivamente cuando era una adolescente?

—¿Es que te has liado con un Backstreet Boy?

—No, no eran los Backstreet Boys. Ay, Dios, papá. Eran los Westside Blue.

—Aaah, ya. Se pasó un verano entero con ese DVD de videoclips insoportable, te juro que estuve a punto de cogerla y...

—¡Papá, céntrate!

—Vale, vale. —Su padre se sentó a su lado en el porche—. ¿Entonces es ese Justin...?

—Jay. Jay Martin.

—Entiendo. ¿Y por qué no le ves sentido?

—Veamos: solo nos hemos visto dos veces, le puse los cuernos a Brett con él, siempre está viajando, es asquerosamente famoso y representa todo lo que yo detesto de la música. Y no tenemos nada en común, me temo. Y aun así... no me lo saco de la cabeza. ¿No es absurdo? Es demasiado pronto para pensar en nada, apenas nos conocemos.

—Cariño, cuando yo vi a tu madre en Woodstock por primera vez...

—Dios, esa historia otra vez no, papá. —Nikki se tumbó en el porche y clavó su vista en el techo de madera oscura con desesperación. Por supuesto, su padre la ignoró y siguió contando la historia que se sabía de memoria.

— ... supe que era el amor de mi vida con un simple vistazo, sin conocerla ni nada. No me importaba lo diferentes que éramos.

—Eso es porque no sois tan diferentes.

—Pero por aquel entonces yo no lo sabía. Pero quise descubrirlo. Y te digo una cosa: aunque hubiéramos sido opuestos el uno al otro, yo no hubiera dejado escapar jamás a Margaret Donald.

Antes de que Nikki pudiera contestar, la furgoneta de Keith apareció por la calle con las ventanillas bajadas y una canción de Rancid sonando al máximo volumen. Aparcó frente a la casa de los Ellis de cualquier manera y saltó del vehículo con soltura.

Justo en ese momento salió su prima acompañada de su madre, Maggie. Nikki se vio envuelta en los brazos de su madre antes de poder preguntarle a Keith para qué había venido a casa de sus padres.

—Muy bonito esto de llegar y no venir a saludarme, jovencita —la regañó Maggie, peinándole el cabello con las manos. Nikki intentó zafarse de ella sin éxito.

—¡Buenos días, familia Ellis! —saludó Keith cuando llegó hasta el porche de la casa.

—¡Hola, muchacho! ¿Qué te trae por aquí? —preguntó Frank, estrechándole la mano.

Keith era un habitual de la casa desde sus tiempos del instituto. Nikki sospechaba que su padre hubiera preferido mil veces que lo eligiera a él como novio en vez de a Brett. Este no se había ganado nunca el cariño de los Ellis, aunque estos lo toleraban con educación.

—Tengo que hablar un segundo con Nikki. Os la devuelvo enseguida.

El batería le hizo un gesto con la cabeza indicando que lo siguiera hasta la furgoneta.

—¡Keith, cariño! ¿Te quedas a comer?

—¡Por supuesto, señora Ellis!

Cuando lograron tener un poco de privacidad junto al vehículo —y todo el mundo se había

metido dentro de la casa—, Keith sacó un papel del bolsillo lateral de sus pantalones militares y se lo tendió a Nikki. Ella lo miró con curiosidad, sin entender nada. Era un vuelo a Chicago para esa misma tarde.

—¿Keith? ¿Qué significa esto?

—Me han dicho que mañana toca no sé qué capullo en Chicago y he pensado que quizá te gustaría una escapadita rápida a la Ciudad de los Vientos.

Pusher Lover Girl

Jay y los Alabama Gang comieron juntos en el restaurante Acadia de Chicago antes de que estos últimos se dispersaran por las calles de la animada ciudad de Illinois para disfrutar de su día libre. Las dos noches siguientes tendrían sendos conciertos en los que dar el máximo de sí mismos y todos necesitaban tiempo de ocio para relajarse y no quemarse por las grandes exigencias de la gira.

Eran un bullicioso grupo formado por una sección de instrumentos de viento, varios coristas, un par de percusionistas, media docena de bailarines, un tecladista, un bajista y un guitarra. Él mismo los había escogido personalmente.

Quería lo mejor, no por ser un cantante de pop se iba a conformar con una banda mediocre. Dos de sus ídolos, Prince y Michael Jackson, se habían rodeado de bandas sublimes para acompañarlos en sus actuaciones en directo. Y si Jay tenía una cosa clara, era que jamás volvería a cantar en directo con su voz sobrepuesta encima de grabaciones enlatadas como había hecho con Westside Blue.

Se enorgullecía sobremanera de haber logrado que los Alabama Gang fueran una mezcla equilibrada de hombres y mujeres, blancos y negros, jóvenes y viejos, gais y heteros. Y todos eran increíblemente buenos en lo suyo.

Después de la comida, Frankie lo llevó a una entrevista con el *Chicago Tribune* y luego había concertado una sesión de fotos para la revista *GQ*. Por la noche tenía una cena con uno de los principales productores que había trabajado con Madonna en su nuevo disco. Toda esa actividad era agotadora, aunque en el fondo le gustaba estar ocupado. No concebía otra manera de existir que no fuera trabajar, trabajar y trabajar.

—Muy bien, Jay. ¿Qué te parece si seguimos sin la americana? —le sugirió el fotógrafo de *GQ*, ajustando las luces. Una asistente de vestuario y otra de maquillaje corrieron a recogerle la americana y a retocar su cara.

Jay estiró el cuello y los brazos, preparado para seguir las indicaciones del fotógrafo.

—Las manos en los bolsillos. Cabeza baja. Sube solo la mirada. Quiero tu mejor mirada de «quiero follarte aquí y ahora».

Intentando reprimir la risa que le daba escuchar aquellas tonterías, procedió a obedecer. En mangas de camisa y chaleco, bajó la cabeza y solo levantó la mirada, clavando sus ojos en el objetivo de la cámara. El aparato empezó a soltar flashes sin parar.

Luego lo mandaron acariciarse el pelo, los labios, ponerse de lado, de espaldas, sentado en el suelo. Frankie, tras los focos, asentía con aprobación mientras Jay dejaba la mente en blanco y cumplía con una de las partes más tediosas de su trabajo.

Cuando terminaron era ya casi de noche y si no se apresuraban, iban a llegar tarde a la cena con Stuart Price, el todopoderoso productor de Madonna. Volvieron al hotel Langham, que

contaba con unas excepcionales vistas al lago Michigan, para cambiarse de ropa y salir corriendo para la cita con Price.

En el vestíbulo del hotel, ajena a las miradas curiosas, estaba Nikki sentada en una de las butacas que daban a los ventanales de la calle. A Jay le dio un pequeño vuelco el corazón verla allí. En el fondo no esperaba que aceptara el vuelo a Chicago que Keith debía de haberle entregado horas antes.

Nikki parecía relajada, con el pie sobre una rodilla, mirando el móvil y escuchando música con los cascos. Iba cubierta con una sudadera oscura, con la capucha echada sobre su cabeza. A Jay le hizo gracia darse cuenta de lo muy fuera de lugar que se advertía su presencia allí y que a ella pareciera darle completamente igual.

Frankie también contempló a la chica e intentó detenerlo cuando dirigió sus pasos en dirección a ella, pero él se zafó de su representante con una mirada de advertencia. Rodeó el vestíbulo para acercarse a Nikki por detrás, aprovechando que seguía ensimismada en lo que fuera que estuviera mirando en el móvil. Cuando se inclinó, pudo ver algunas huellas violetas sobre la palidez de su cuello: los dedos de Brett parecían una marca de fuego azulado en su piel. Se juró que algún día iba a devolvérsela a ese cretino de mierda.

Bajó la cabeza hasta el oído de Nikki y soltó un exagerado falsete de los que ella odiaba. La chica se sobresaltó y se quitó los cascos de inmediato, girándose como un resorte.

—¿Sabes? —dijo Jay a modo de saludo, apoyado en el reverso de la butaca—, si no fuera porque es imposible, diría que eres una chica a la que conocí la semana pasada y que me llamó pijo gilipollas no sé cuántas veces.

A Nikki se le iluminó la cara y en un impulso se adelantó para besarlo, sin pararse a pensar en nada. Sin embargo, Jay fue más rápido y, con un gesto largamente aprendido por los años de fama y exposición mediática, se tiró hacia atrás para evitar el contacto íntimo en un lugar público. Ella se quedó plantada, sin entender nada.

Él no era libre de besarse con alguien sin el riesgo de aparecer al cabo de pocos días en todos los tabloides impresos y virtuales. Pensó con tristeza inusitada que, al final, los discursos de Frankie calaban de una forma u otra.

—He cometido un error viniendo, creo —sacudió la cabeza Nikki. No parecía molesta, pero sí decepcionada, lo cual era bastante peor.

—¡No! Por supuesto que no. Nikki, yo no puedo hacer las cosas que hace la gente anónima sin exponerme.

—Entiendo.

—No esperaba verte aquí, en Chicago —mintió Jay, sintiéndose algo culpable por el inocente engaño que Keith y él habían perpetrado a espaldas de la chica—. Y debo decir que me encanta la sorpresa.

Los enormes ojos azules de Nikki parecían los de un animal herido. Teniendo en cuenta lo que le había ocurrido, seguramente lo último que necesitaba era otro capullo que la tratara mal. Jay dio un paso adelante arrepentido, dispuesto a besarla y abrazarla en público, pero la mano de Frankie en su pecho lo detuvo.

—Aquí no, chicos. —Su representante miró a la joven, que aún tenía su cabeza semioculta bajo la capucha, y le tendió una mano—. Tú debes de ser Nikki Ellis.

—Y tú, Frankie, supongo —respondió ella con voz neutra, encajando su mano sin muchas ganas.

—El mismo. Cuido de nuestro muchacho lo mejor que sé. Y por eso mismo mi deber es

recordarle que tenemos una cena de negocios a la que no podemos llegar tarde. —Los empujó a ambos con delicadeza hasta el ascensor.

Cuando este abrió las puertas, mostrando un compartimento vacío, Jay le levantó las cejas, indicando a Frankie que quería unos minutos de intimidad. El representante asintió en silencio y se dispuso a subir en otro ascensor.

—¿En qué piso estás? —pidió Nikki, sin mirarlo.

—En el penúltimo.

Las puertas se cerraron cuando ella pulsó el botón.

—Nikki...

—Jay, yo...

No la dejó acabar. Casi había olvidado cómo olía. El tacto de su fina piel, el brillo de sus ojos turquesa. La forma en que se mordía el *piercing* del labio cuando estaba nerviosa o pensativa. Sus bocas chocaron con violencia, con una urgencia desesperada que nacía de los largos días alejados el uno del otro.

Jay la aprisionó contra la pared metálica del ascensor, abriéndole la boca con la lengua y presionando su trasero con ambas manos. Nikki respondió clavándole las uñas en la espalda y subiendo las piernas alrededor de su cintura, con pequeños gemidos ansiosos que salían de su boca.

Ni siquiera se dieron cuenta de que las puertas del ascensor se habían abierto en el penúltimo piso y que Frankie los miraba con los brazos cruzados y repiqueteando con un pie sobre la mullida moqueta del suelo. Cuando Nikki se lanzó a desabrocharle el pantalón, el representante tosió con incomodidad. Se separaron al instante como dos adolescentes pillados por un padre severo.

—Y después de esta bonita imagen... —Frankie se giró, camino a la habitación de Jay, y ambos lo siguieron en silencio, mirándose de reojo. Nikki le sonrió con la picardía estallando en sus ojos. Jay rio en silencio, comprendiendo que ella ya no estaba enfadada—. Muy bien, tortolitos, Jay tiene que estar listo en media hora para irnos. Ni un minuto más.

—Mmm... Vale. Pues, ¿te espero aquí, Jay? —preguntó Nikki, dejando su destartalada mochila sobre el escritorio de la inmensa *suite*.

—¿Qué? No, claro que no. Vente con nosotros.

—Jay... Es una reunión de negocios —intervino Frankie con cara de estar entrando en pánico por aquella ocurrencia.

—No traigo ropa elegante, la verdad.

—Es una reunión de negocios en un restaurante que se toma muy en serio la privacidad de sus clientes. Nadie nos hará fotos, Frankie —replicó Jay empezando a desvestirse para cambiarse de ropa—. Puede venir. A no ser que ella no quiera, claro.

—Ay, Dios. Está bien. Aquí en la esquina con la calle Kinzie hay un par de tiendas de ropa. Nikki, si nos damos prisa podemos encontrarte algo más... adecuado —contestó Frankie, echando un vistazo a la desastrada ropa de la chica, que llevaba su habitual uniforme de pantalones anchos y Vans desgastadas, además de una sudadera con un estampado de las Tortugas Ninja.

Nikki levantó las manos a la defensiva.

—¡Eh! Yo no voy a disfrazarme de nada para ir a ninguna cena, me da igual cómo de ostentoso y rico y distinguido sea el restaurante. Si no puedo ir como soy yo, no voy y punto. No he venido aquí a aguantar más gilipolleces de los tíos sobre mi aspecto.

Jay se cruzó de brazos, sin poder evitar que se le escapara una sonrisa. Aquella era la clase de pasión y vehemencia que le había atraído de Nikki desde un primer momento y agradeció que incluso apenas veinticuatro horas después de la agresión de Brett, ella aún plantara cara a todo lo que no le parecía bien. Decidió apoyarla.

—¿Sabes qué? Tienes toda la razón. Voy a por unos tejanos y una camiseta. Que le den al traje.

Nikki aplaudió entusiasmada cuando él se enfundó unos Levi's grises y una camiseta de manga larga con unos pequeños botones en el cuello.

—¿Me estás diciendo en serio que ella irá con esa... esa sudadera de...?

—Las Tortugas Ninja. La mejor puta serie de dibujos animados de la historia —respondió Nikki, jugueteando con su *piercing* y el desafío escrito en su mirada.

Jay asintió, muy serio.

—Michelangelo era mi favorito.

—El mío, Raphael —replicó Nikki.

—¡Está bien! Basta. Que vaya como quiera, pero nos vamos ya —se enfadó Frankie—. Esta chica...

El taxi recorrió las frías calles de Chicago, con Nikki mirando a través de la ventanilla, curiosa como un gato. Ya era de noche y, aunque las temperaturas habían bajado bastante, la gente entraba y salía animadamente de los bares y restaurantes.

—¿Nunca habías estado en Chicago?

—No, ni siquiera he caído en que aquí hacía más frío. Soy un verdadero desastre: solo he traído esta sudadera.

—Tu flamante sudadera de las Tortugas Ninja —dijo Jay muy serio. Nikki lo fusiló con los ojos hasta que a este se le escapó la risa—. ¿Has visto la cara que ha puesto Frankie? Esto me lo hará pagar de una forma u otra.

Nikki soltó una carcajada escandalosa que sonaba a pequeñas campanas repicando alegremente.

—Casi se le encoje el culo, joder.

—Ay, Dios... —Jay se frotó los ojos mientras ambos continuaban riendo—. ¿Tienes frío?

—Un poco.

Pasó con delicadeza un brazo por su espalda y la estrechó contra él. El pelo negro le olía a champú y a ella misma. Le susurró bajito, para evitar que el taxista lo oyera, que estaba encantado con la «sorpresa». Nikki no contestó, pero se estrechó más contra él, quedando ambos en un silencio tranquilo e íntimo.

—¿Estás nerviosa? —preguntó al fin. Nikki levantó la mirada.

—¿Por? Ni siquiera sé con quién vamos a cenar.

—Con Stuart Price. Es un mandamás de Capitol. Produjo el último disco de Madonna y quiere hablar de una colaboración.

—¿Con Madonna?

—Eso parece.

—¿Y te apetece?

—Me encanta colaborar con otros artistas. Creo que podemos enriquecer nuestro sonido y ella está ahora mismo en un momento brillante, lo cual me recuerda una cosa...

—¿El qué?

—Que mañana tengo un concierto. ¿Querrías venir a verme y así poder criticarme mucho luego?

—Hay que joderse, quién me ha visto y quién me ve.

Nikki suspiró, pero se dejó besar entre las risas y el estrecho abrazo de Jay, envueltos en la semioscuridad del taxi que los llevaba al restaurante.

Self Esteem

Cuando llegaron al restaurante, se soltaron y entraron juntos sin tocarse, como dos simples amigos. Esta vez a Nikki no le importó. Empezaba a comprender el tipo de vida que Jay llevaba. Se había sentido contrariada antes, cuando al ir a besarlo en el vestíbulo del hotel él se había echado hacia atrás como impulsado por una fuerza invisible. Se dio cuenta que Jay no tenía el privilegio del anonimato y que un simple beso con una desconocida podía desencadenar consecuencias, rumores y cotilleos imprevistos. Sin embargo, el arrebató en el ascensor le había devuelto el buen humor.

Jay la presentó a Stuart Price como la cantante de Jetset, no sin antes recomendarle al productor que escuchara su disco si buscaba un grupo de *punk rock* con futuro. Nikki le estrechó la mano al productor de mediana edad y mirada avispada, que la repasó para calcular si podía sacar dinero con ella o no.

Como el caballero sureño que era, Jay la dejó sentarse primero apartándole la silla y él se sentó a su lado. Sabía que uno de los grandes clichés sobre la gente de Alabama era que eran terriblemente amables y hospitalarios, y Jay parecía ajustarse a ello, de forma consciente o inconsciente.

Nikki abrió la carta del menú y casi le dio un mini infarto al ver los precios. Escondida tras la carta se acercó a Jay para hablarle en voz baja.

—Jay, ¿doscientos dólares el menú? Yo no puedo pagar esto.

Él sonrió con su cara muy cerca de la suya. Olía su perfume caro y Nikki quiso besarle ahí, delante de todo el mundo.

—Tranquila, paga Price y su productora. Pide lo que quieras, no te preocupes.

—Entonces quiero langosta rellena de caviar ruso para arruinar a este pez gordo —murmuró con una risa malvada. Jay sacudió la cabeza riendo.

La conversación giraba en torno a la música. Sobre el dinero que generaba la música, en concreto. Nikki no participó en la charla, aunque escuchaba muy atenta sin perderse ni una coma. Para ella la música no era un negocio, sino un vehículo con el que llegar a la gente, un instrumento para hablar de cosas que importaban de verdad.

Así fue como se enteró de que el último disco de Jay había vendido ya dos millones de copias en Estados Unidos y de que pronto se estrenaría una película de dibujos animados en la que él había puesto voz a uno de los personajes. Jay estaba tranquilo e hizo hincapié en que se estaba planteando tomarse un tiempo muerto para dedicarse al cine.

—Entonces tendremos que darnos prisa con esta colaboración, Jay —dijo Stuart clavando el tenedor en el filete de ternera—. Antes de que las mieles del cine te seduzcan para siempre. ¿Qué tal las demos que te enviamos?

Nikki vio cómo los ojos de Jay al fin se iluminaban con entusiasmo al poder hablar de lo que

en verdad le gustaba, en vez de cifras y ventas.

—Prometen mucho. En realidad, no he podido evitarlo y he trabajado un poco con ellas. Añadí una base *funky* y un sonido un poco más *blues*. Creo que la combinación con la voz de Madonna podría ser un bombazo y...

—Un momento, Jay —lo paró Stuart con la mano en alto. Jay pareció confundido por la interrupción—. Querido, no te las enviamos para que añadieras nada. Esto va a ser un *single* de Madonna para una recopilación de grandes éxitos. Queremos tu voz, la mano de Timbaland, y eso es todo. Nosotros nos ocupamos de la música.

—Creí que querían que yo aportara algo más que la voz. Tengo ideas que podrían funcionar y me gustaría compartirlas con Madonna. Ella tendrá algo que decir al respecto, supongo.

—Quizá para una futura colaboración en un disco tuyo, Jay, pero no en esta ocasión. Aunque te garantizamos que vas a ganar mucho dinero con la canción.

Nikki apretó los cubiertos de sus manos al ver que Jay se retraía y seguía comiendo en silencio mientras Frankie y Stuart discutían sobre tiempos y costes de grabación.

—Un momento —intervino, sin poder controlar su indignación—. ¿De verdad vas a dejar que te subestimen así, Jay?

—Nikki.

—No. —Clavó sus ojos en el tal Price—. Usted, escúcheme. Yo no soy una experta en música comercial y, de hecho, suelo odiarla y me repatean las canciones pop sin sentido hechas para vender, pero he escuchado el último disco de Jay y tiene talento.

Notó como, a su lado, él abría un poco la boca, asombrado por la revelación de que había escuchado su último disco.

—No es una cara bonita o una voz que añadir a un tema, como lo fue en *Westside Blue*. Por mucha Madonna a la que usted represente, él debería tener algo que aportar a una canción en la que va a cantar. Jesús, me pone histérica que todos vosotros creáis que la música es un simple producto que hay que vender a toda costa, sin importar nada. ¿Qué le cuesta escuchar esa parte *funky* que ha añadido él? ¿Sabe Madonna que usted está rechazando sin más las aportaciones de Jay?

Un silencio incómodo y pesado cayó sobre la mesa. Nikki sintió ganas de levantarse y largarse, pero no le iba a dar el gusto ni a Price ni a Frankie, que la miraba con hielo en los ojos. Jay soltó la servilleta sobre el plato a medio comer y se incorporó, agarrando su chaqueta del respaldo de la silla.

—¿Sabéis qué? Que ella tiene razón —dijo tranquilamente, sin alterar el tono de su voz—. Si Madonna quiere grabar conmigo, grabará conmigo, pero tendrá que escuchar mis ideas. ¿Nos vamos, Nikki?

—Por supuesto que nos largamos.

Se colocó su sudadera de las Tortugas Ninja con la máxima dignidad posible y siguió a Jay hasta la calle, sin mirar a los dos que se habían quedado en la mesa con la boca abierta. Jay paró un taxi sin perder un segundo y ambos subieron en silencio al coche, que puso rumbo de vuelta al hotel en cuanto él le dio las indicaciones. Jay permanecía silencioso, con la mirada un poco perdida en las calles de Chicago. Nikki pensó que había provocado algo malo y sintió la necesidad de disculparse.

—Lo siento, no he podido evitarlo —dijo Nikki con culpabilidad—. No tenía derecho a meterme en esto.

—Es cierto, no tenías derecho, pero sí tenías razón.

—¿Estás enfadado?

—Sí, aunque no contigo, sino conmigo mismo y mi falta de autoestima —suspiró Jay—. A veces me cuesta tomarme en serio a mí mismo. Supongo que por todo mi pasado en Westside Blue.

—¿Quieres hablar de ello?

—La verdad es que no, ahora no. En vez de eso, preferiría que me contaras lo de Brett, si estás preparada para hablar de ese tema.

Nikki se miró las uñas, contrariada ante la mirada tierna y comprensiva de Jay.

—Es una larga historia. ¿Cuánto tiempo tienes?

—Tengo tiempo hasta mañana a las ocho. Hay un concierto en el que debo estar. Ya sabes, soy una estrella del pop —bromeó él, poniendo una falsa voz seria.

—¿Hay cerveza en tu habitación?

—Por supuesto.

Las horas pasaron lentas y perezosas mientras Nikki, extremadamente incómoda al principio, relatava algo que creía que jamás iba a contarle a nadie. Todos los pequeños gestos que Brett, durante años, había utilizado para coartar su libertad y su carácter. Conforme iba avanzando en su triste historia, llena de manipulaciones y dolorosas peleas, se fue relajando. Quizá ayudaba el hecho de que Jay la escuchaba sin juzgarla, solo preguntando algunas cosas clave para animarla a continuar, pero sin presionarla.

Así, Nikki se vio contando cosas humillantes a las que había cedido simplemente por no discutirse con Brett, dejando de lado su propia personalidad para adaptarse a la de la mujer que su novio esperaba que ella fuera. Era vergonzoso y muy hiriente verse a sí misma así, como una chica voluble que se había dejado manipular para evitar peleas con Brett. Era aún más humillante reconocerlo en voz alta.

Y es que, cuando pensaba en mujeres maltratadas por sus maridos, Nikki no se sentía identificada al principio. Ella era joven, había estudiado, venía de una familia de clase media donde jamás había habido conflictos y, sobre todo, se veía como alguien que era capaz de levantar la voz ante las injusticias. Excepto cuando esas injusticias le pasaban a ella dentro de su propia relación.

Pronto aprendió que no hay un arquetipo concreto para una mujer maltratada y que cualquiera podía caer en un círculo cerrado del que costaba muchísimo salir. Era como vivir en una cárcel invisible donde la puerta estaba permanentemente abierta para salir, pero de la que una no podía poner el pie fuera para escapar.

No se dio cuenta de cómo su cuerpo se iba vaciando de todo aquel dolor que había acumulado durante la friolera de ocho años, mientras las palabras tomaban forma y se quedaban flotando en el pequeño espacio que había entre ella y Jay.

Cuando llegó a la parte de las agresiones físicas, notó cómo el llanto subía por su cuello y se acumulaba en el fondo de sus ojos. Él pareció notarlo y enseguida la estrechó en su regazo, cubriéndola con el acaramelado olor de su perfume. Nikki cerró los ojos, apoyada en su pecho, y le contó cómo Brett la había agarrado por el cuello y empujado contra los amplificadores en su última pelea.

Esta vez no lloró. Se tragó las lágrimas y las envió al fondo de su estómago. Ya había llorado suficiente por ese cabrón. Cuando abrió los ojos, Jay le estaba acariciando los moratones del cuello, como si quisiera borrarlos con las huellas de sus gentiles dedos.

—Lo siento mucho, Nikki. Ojalá pudiera hacer algo que te hiciera sentir mejor.

—Ya lo haces —susurró ella, hundiéndose en el mar azul grisáceo de sus ojos. Un mar en calma, tierno, amable.

Algo dentro de ella le dijo que Jay nunca sería capaz de tratarla mal y, de momento, con eso tenía más que suficiente para continuar conociéndole, por muy complicada que fuese su vida de estrella del pop.

Ni siquiera recordó cuándo se quedó dormida. Pensó que estaba soñando cuando Jay le desabrochó las Vans y le quitó los pantalones para meterla en la cama, bajo el mullido nórdico de plumas. Solo acertó a notar unos brazos que la rodeaban por detrás con cuidado y la voz un poco infantil que le deseaba buenas noches.

Morning Light

Dejó dormir a Nikki buena parte de la mañana. Afuera había amanecido un día frío y gris, típico de finales de invierno en Chicago, que le recordaba al desapacible tiempo de su Montgomery natal.

Dejó pasar unos minutos perezosos en la cama mientras la luz de la mañana se colaba traviesa entre las cortinas e iluminaba a medias el rostro dormido de Nikki. Era la primera vez que la veía con la cara completamente libre de maquillaje a plena luz del día; parecía más joven. Mucho más vulnerable. La tapó hasta los hombros con el nórdico y depositó un ligero beso en su frente antes de dejarla sola en la habitación.

Se desplazó hasta el pequeño salón y cerró las dobles puertas para no molestarla. Llamó al servicio de habitaciones para pedir un doble desayuno y abundante café que subieron en menos de diez minutos, mientras él se vestía con unos pantalones de *jogging* y una camiseta ancha de los Crimson Tide. Se sirvió una gran taza de café caliente y se sentó frente al portátil con los cascos puestos para atender su correo electrónico y ponerse al día con varios asuntos que tenía pendientes.

Tenía varias llamadas de su madre y un mensaje de su padre. Ambos se habían divorciado cuando él tenía cuatro años, se habían casado de nuevo y tenido otros hijos. Jay y sus hermanastros, junto con sus padres y sus respectivas parejas, formaban una extraña y gran familia bien avenida. Escribió a Lindsey y Jonathan Martin para decirles que les llamaría antes del concierto.

También había una llamada de Frankie, por supuesto. Sabiendo la sarta de reproches que iba a tener que aguantar, optó por ignorarla y contactar con su representante unas horas más tarde. Tenía la mañana libre y despejada antes de tener que desplazarse al AllState Arena de Rosemont, al norte de Chicago.

—Buenos días.

Nikki, aún somnolienta y frotándose los ojos, había abierto las dobles puertas del salón y lo miraba bostezando.

—Buenos días, preciosa. —Se sacó los cascos rápidamente, pausando el disco de BB King que sonaba en el portátil, y se levantó para enlazarla por la cintura y besarla en los labios. Ella le respondió con un poco de timidez—. Hay café, pan, mantequilla, zumo y bollos. ¿Te va bien para desayunar?

La tomó de la mano para llevarla hasta la mesa donde la comida aún aguardaba y separó una de las sillas para dejar que se sentara.

—¿Siempre eres así? —preguntó ella, acomodándose en la silla y sirviéndose café y un par de bollos rellenos de chocolate.

—Así, ¿cómo?

—De amable, caballero sureño.

—Así nos crían en Alabama, querida mía —dijo con falso acento señorial y provocando una sonrisa en el bonito rostro de ella—. Pero sí, suelo ser educado. Así me criaron mis padres. Si Jonathan Martin supiera que no estoy siendo un caballero en presencia de una dama, me daría una buena golpiza en el trasero. Pero como tú vienes de la salvaje California, no estás acostumbrada a estos exquisitos modales, claro.

—Qué gilipollas eres.

—Solo en días impares.

Apartó el portátil y los cascos y se sirvió un segundo café para acompañarla mientras ella devoraba los bollos con verdadero apetito.

—Dios... Esta noche he dormido como un tronco. Tenía la sensación de que no descansaba desde hacía más de veinticuatro horas. Todo ese viaje en furgó desde San Francisco a Pasadena y luego corriendo al aeropuerto para volar hasta aquí... Estaba hecha polvo.

—Ni que lo digas, has roncado como un viejo oso a punto de hibernar.

—Eso es lo que toda chica quiere escuchar tras dormir junto a un chico.

Jay se señaló con orgullo.

—Educación sureña.

Nikki sacudió la cabeza divertida. Una vez estuvo satisfecha de comer, miró con curiosidad la lujosa habitación. Divisó por primera vez las vistas al espectacular lago Michigan y pareció sobrecogida. Encogió las piernas desnudas en la silla y las rodeó con los brazos hasta apoyar la barbilla en las rodillas. Jay optó por dejar que ella procesara lo que fuera que estuviera pensando.

—Me cuesta creer todo esto —dijo Nikki finalmente—. Apenas estamos conociéndonos y tu representante ya ha querido hacerme un cambio de *look*, por no hablar de que le he gritado al productor de Madonna.

—Ha sido divertido —sonrió Jay.

—También te he contado cosas que he tardado ocho años en explicarle a Keith, y él es mi mejor amigo. Y ahora estoy en un hotel de no sé cuántas estrellas desayunando a todo lujo y con vistas al lago Michigan, y al parecer esta tarde voy a ir a un maldito concierto de Jay Martin.

—¿Es demasiado para ti?

—No lo sé. Supongo que lo iré averiguando sobre la marcha, y eso me parece bien. No quiero planear, no quiero pensar y, desde luego, no quiero volver a cohibirme ni a medir mis palabras.

—Me parece genial. Me gustas más cuando no te cortas un pelo. Aunque me hayas metido en un buen lío. Como castigo, te dedicaré una pegajosa canción de amor en el concierto para avergonzarte.

—Ni se te ocurra. Bastante hago con ir a tu puto concierto.

—Entonces te canto ahora. ¿Conoces *See You No More*?

—Ay, joder, no.

Nikki se levantó para huir a la habitación y Jay la siguió entre risas, cantando con una exagerada voz de falsete el máximo éxito de Westside Blue. Incluso ella debía conocerlo, puesto que, durante al menos dos años, no había dejado de sonar en todas partes.

—*I cannot live my life without you but...*

—No, no. ¡Para! Esa canción insoportable. ¡No! —Nikki se tiró en plancha sobre el nórdico de la cama y se tapó la cabeza con él para no escucharle cantar. Jay se tumbó sobre ella y ambos lucharon riendo por conquistar el nórdico. Ganó él tras arrancárselo de la cabeza. Nikki se tapó

las orejas.

—...*baby, walk out the door* —cantó Jay cómicamente ante la expresión desesperada de la chica—. *¡Because I just can't see you no more!*

—¡Policía, aquí se está usando la tortura! —gritó Nikki, partiéndose de risa.

—Tendrás que hacer otra cosa para detenerme. Veamos, ¿qué trucos conoces para callar a un hombre?

—Solo uno. E implica mucha menos ropa de la que llevamos puesta —respondió ella en voz baja, sacándose la camiseta por la cabeza y abrazándolo por la cintura.

—Algo me dice que es un truco infalible.

En efecto, Jay dejó de cantar *See You No More*.

Jay había aprendido muy pronto, y a base de dolorosos encontronazos, a ser reservado y poco comunicativo con sus ocasionales compañeras de cama. Y lo había aprendido antes de cumplir la mayoría de edad, cuando las adolescentes fanáticas de Westside Blue se le colaban en las habitaciones de hoteles, en los taxis o en los camerinos, y él solo era un crío al que se le ofrecían todas las mieles del paraíso sin ningún esfuerzo a cambio.

El escarmiento había llegado junto a todo aquel placer gratuito. Porque era humano, y con alguna de aquellas chicas había desarrollado confianza, cariño e incluso algo parecido al amor. Pero la mayoría de ellas estaban encaprichadas del chico encantador que bailaba y sonreía en los videoclips de finales de los noventa. Cuando conocían al verdadero Jay, él nunca podía estar a la altura de aquellos sueños adolescentes.

Luego venían las traiciones y su intimidad esparcida a los cuatro vientos. Uno nunca sabía, cuando conocía a una chica, si lo único que quería de él era fama y dinero, o estaba verdaderamente interesada en la persona que había detrás del éxito. Siendo Ameer igual de famosa que él, aquello había quedado eliminado de un plumazo, pero, después de cortar con ella, la desconfianza hacia las chicas anónimas había vuelto. Le era mucho más fácil liarse con famosas como Paris Hilton, Reese Witherspoon o Alicia Silverstone.

Pero Nikki le había abierto su alma con mucho dolor la noche anterior. No podía haberle resultado fácil contar que había sido manipulada, abusada y maltratada durante tanto tiempo, así que Jay rompió una de sus reglas personales y, envueltos en la cálida intimidad del nórdico, decidió que era hora de abrir las compuertas herméticas —que él mismo había cerrado con todos los candados posibles— alrededor de su corazón.

Los ojos vivaces de Nikki, tan redondos y claros como un arroyo de verano, le escucharon mientras él bajaba la guardia y hablaba de los tres años que había estado con Ameer —de 1999 a 2002—, y cómo habían roto escandalosamente después de que él descubriera su infidelidad. Desde entonces apenas habían tenido contacto. La ruptura había sido demasiado dolorosa y pública para ambos.

—La odié durante mucho tiempo... y después de estos años estando soltero, he pensado que quizá nunca supe entenderla bien ni cuidarla como se merecía. Por aquel entonces ella ya era terriblemente inestable, pero ambos éramos unos críos, y yo no supe identificar que Ameer tenía una depresión tan grave.

Nikki no dijo nada, pero se apoyó en su hombro y depositó un ligero beso en su cuello, animándole a continuar. Jay atrapó con su mano uno de los cortos mechones de ella y lo enroscó entre sus dedos.

—Lo vi claro el mes pasado, cuando salieron esas fotos horribles de Ameer atacando a

periodistas... Bueno, ya sabes cuáles son. Han dado la vuelta al mundo, por desgracia.

—Sí, alguien las compartió en Facebook y las vi.

—La conozco lo suficiente para saber que estaba pasando por un momento muy bajo y la llamé para ver si podía ayudarla en algo, pero me mandó a la mierda. Supongo que me lo merezco.

—Soy incapaz de pensar en nada que tú puedas hacer para que alguien te mande a la mierda.

—Y yo creo que tú tienes una opinión muy inocente de mí, pero he hecho cosas de las que no estoy orgulloso.

—¿Qué hiciste para que tu exnovia te odie, si fue ella quien te fue infiel?

Jay enredó aún más el mechón azabache de Nikki entre sus dedos, dispuesto a ser sincero.

—No sé si lo sabes, pero la mejor amiga de Ameer por aquel entonces era Paris. Paris Hilton —empezó Jay—. Paris siempre estaba organizando esas fiestas en su casa y en discotecas de Los Ángeles y Nueva York. Después de cortar con Ameer, yo necesitaba salir, beber y olvidar que mi cara estaba en todas las revistas, redes sociales y blogs de cotilleo. Fui a una de esas fiestas de Paris y... acabé follando con ella. Follé con la mejor amiga de Ameer pocas semanas después de romper y dejé que el mundo entero lo supiera —soltó Jay, cerrando los ojos ante el recuerdo de aquel error abismal—. Lo siento.

Nikki se incorporó con la sorpresa dibujada en el rostro.

—¿Me pides perdón a mí?

—Te has creado una imagen de mí que quizá no corresponde a la realidad...

Pero ella estampó sus labios contra los de él sin dejarle terminar la frase. Jay la enlazó por los hombros y las pieles de ambos estallaron de calor, erizándose al desnudo contacto.

—Todos hemos cometido errores. No seré yo quien te juzgue —le susurró ella, con los labios a milímetros de los suyos—, pero tienes que perdonarte tú también. Eso pasó hace muchos años.

—Estoy en ello. Prometido —sonrió algo triste Jay.

Se enzarzaron en caricias y gemidos de nuevo, pero unos tímidos golpes en la puerta los interrumpieron. Jay consultó su reloj de muñeca y se maldijo por dentro por haber dejado que el tiempo volara de esa manera. Al otro lado de la puerta estaba Brian, uno de sus asistentes de gira, que parpadeó con visible incomodidad cuando vio que solo iba vestido con una toalla alrededor de la cintura.

—Jay, tenemos que irnos. Está el coche abajo esperando.

—Bajo en quince minutos, Brian. Gracias.

Se vistieron a toda prisa sin dejar de reír. En el ambiente flotaba un aire travieso, de adolescentes que se habían portado mal y que ahora llegaban tarde a un importante evento familiar.

—¿Necesitas una chaqueta? —le preguntó recordando que ella solo había traído una sudadera como único abrigo.

—Por favor, dime que no me vas a llevar a Chanel a comprarme un abrigo.

—Nunca, a no ser que quiera que me grites que soy un gilipollas en mitad de la calle. Toma. —Rebuscó en una de sus maletas y encontró una chaqueta negra tejana forrada de borreguito. Nikki se cubrió con ella y se ahuecó el pelo utilizando su gomina. Jay pensó en la extraña intimidad que entrañaba aquel simple gesto de que ella cogiera su bote de gomina del baño y la utilizara para peinarse sin preguntarle primero.

—¿Por qué sonríes?

—Por nada. ¿Preparada para tu primer concierto de Jay Martin, supuesto príncipe del pop y

patético exintegrante de Westside Blue?

—Joder, no —rio ella, sacudiendo la cabeza.

—Estupendo.

Jay pensó que aquella noche iba a tener que bailar y cantar como nunca lo había hecho antes si quería ganarse a su público más difícil hasta el momento.

Beat Your Heart Out

En la puerta del hotel aguardaba Frankie y un grupo impaciente de gente delante de cuatro coches negros con el motor en marcha. Jay se disculpó por llegar un poco tarde ante todos los miembros de su equipo, los cuales —no con poco disimulo— miraron a Nikki, presuponiendo que era ella la causa del retraso. Frankie se acercó a ellos con una desconcertante sonrisa alegre y palmeó la espalda a Jay.

—Bueno, muchacho, hemos tenido suerte. Tenemos acuerdo con Madonna.

—¿Cómo? —se sorprendió Jay.

—Al parecer Price le contó el numerito de tu amiga —dijo Frankie mirándola con una ceja levantada. Nikki entrecerró los ojos sin acobardarse—, y Madonna se... Bueno, se partió de risa. Ha concertado una cita contigo en Los Ángeles en dos semanas y...

—¿Y...?

—Quiere que te la traigas. Quiere conocer a «la chica con cojones», según ha dicho.

—Bueno, eso será si yo quiero conocerla —respondió desafiante Nikki.

—Por supuesto —accedió Jay de buen humor—. Luego me cuentas los detalles, Frankie. ¿Nos vamos?

Subieron a uno de los coches negros con las ventanillas tintadas y enseguida arrancaron camino al AllState Arena.

—En realidad estaría guay conocerla —dijo Nikki en la relativa intimidad del coche después de que el conductor subiera la música para no escuchar su conversación—. Las chicas tenemos que apoyarnos, ya sabes.

—Ya —rio Jay. La tomó de una mano y se la besó en los nudillos—. Aún tienes que contarme eso de que escuchaste mi disco. ¿De verdad lo hiciste?

—Sí.

—¿Saliste a comprar mi disco arriesgando tu reputación? ¿O...?

—Bueno... Comprar, lo que es comprar... No lo compré.

Jay estalló en risas incontrolables, que se confundieron con la melodía que salía de los altavoces del coche.

—¿Me estás diciendo que pirateaste mi último disco después de acostarte conmigo? —preguntó, apenas pudiendo respirar por la risa que se le escapaba de los pulmones. Nikki comenzó a sentir una mezcla de molestia y vergüenza, así que soltó su mano y se cruzó de brazos—. Por tu culpa este humilde chico de Montgomery mañana no podrá desayunar con Dom Perignon. ¡Qué desgracia!

—¡Oye! No iba a gastar veinte dólares en comprarlo y no tenía otra manera de escuchar tu porquería de disco.

—Pero dijiste que estaba bien —se burló Jay, pinchándole en el estómago.

—Dije que no estaba mal.

—No recuerdo esa frase, exactamente.

—Abusas demasiado de esos falsetes. Y de la palabra «chica». Está en todas partes.

—Gracias por la crítica musical. Lo tendré en cuenta para el siguiente disco y empezaré a soltar muchas veces «zorra», en vez de «chica». Ya verás cuántos discos vendo.

Nikki le pegó un amistoso puñetazo en el hombro. De camino al AllState Arena, los coches se acumulaban para acceder al aparcamiento del recinto, de donde colgaban unos enormes carteles anunciando la gira de Jay. Todavía faltaban unas dos horas para la apertura de puertas y el inicio del concierto, pero en la entrada ya había cientos y cientos de personas esperando.

El coche les dejó en la zona de entrada de artistas, a salvo de miradas indiscretas y prensa no autorizada. Jay le soltó la mano para salir del coche y entraron junto al resto de personal en el recinto. Nikki intentó no parecer impresionada, aunque no supo hasta qué punto lo consiguió.

El laberíntico complejo del *backstage* era enorme y con todo tipo de comodidades. Había varias salas de descanso, con sofás, cocinas y baños completos. Incluso divisó una habitación cerrada a cal y canto que indicaba que había gente durmiendo dentro. La actividad bullía y en el aire se sentía aquella calma inefable previa a un gran acontecimiento. Nikki escuchó de fondo las últimas pruebas de sonido.

Jay la presentó a cada miembro de la Alabama Gang que se cruzaron. Nikki estaba tan apabullada por todo que fue incapaz de retener todos los nombres que él le anunciaba antes de estrechar la mano de cada miembro de su banda. Todos fueron amables y se interesaron con mucha cortesía por su faceta de cantante en Jetset. Supuso que Jay no les había contado nada demasiado íntimo.

—¿Quieres ver el escenario?

—¿Para que presumas de que tocas en un escenario el triple de grande que mi apartamento?

Él rio y le hizo un gesto para que lo siguiera. Tras subir las escaleras traseras, cruzaron un pasillo corto. De pronto, Nikki se vio sobre un enorme escenario del que sobresalía una plataforma circular, ante un auditorio vacío en el que fácilmente podían caber casi veinte mil personas.

—¿Vas a llenar todo esto? —preguntó con las manos en los bolsillos de sus pantalones militares y paseándose por la plataforma circular. Jay se había sentado en el escalón que subía a la batería.

—Las entradas están agotadas desde hace meses —dijo él sin más.

Un profundo mareo invadió a Nikki y se preguntó qué narices pintaba ella ahí. Sintió ganas de bajar de un salto de la plataforma y echar a correr como una loca, sin mirar atrás. Temiendo un ataque de ansiedad, cerró los ojos y recordó al Jay con el que había dormido y con el que había hecho el amor en las últimas horas.

Ese era el chico apenas mayor que ella, natural y sencillo, con el que se había acostado. El mismo que —con un visible esfuerzo— le había contado cosas íntimas y dolorosas de sus relaciones amorosas y de su adolescencia como integrante de un conocido grupo de pop. Y ese no era el mismo Jay Martin que agotaba entradas y vendía millones de discos. Intentó no pensar más en el abismo insondable que los separaba a ambos.

Tomaron una pequeña y ligera comida entre bambalinas y luego Jay le explicó que antes de cualquier *show* necesitaba estar solo con los Alabama Gang para concentrarse.

—Brian cuidará de ti —dijo con tono de disculpa, como si le supiera mal dejarla sola—. Te ha encontrado un sitio en la tribuna para que veas el espectáculo con todo lujo de detalles.

—¿Qué? —protestó ella sin poder evitar que el asistente de gira le colgara del cuello una acreditación que le daba acceso libre a todo el recinto—. No hace falta que vaya ahí, puedo verte desde un lado del escenario.

—Insisto —contestó Jay con un guiño travieso. No la besó antes de marcharse, aunque hubo un segundo de titubeo entre ambos, con el asistente mirándolos y consultando su reloj.

—Vale, entonces. Mucha mierda, Jay.

Él le dedicó una última y brillante sonrisa antes de desaparecer con el resto de los Alabama Gang.

—Sígueme —la apremió Brian, gesticulando con la cabeza.

Siguió al asistente hasta salir por un lateral del escenario. El chico le abrió una pesada puerta de metal que daba acceso a las gradas del estadio. El lugar se estaba llenando rápidamente y, una vez más, Nikki sintió la repentina necesidad de arrancarse la acreditación del cuello y salir corriendo.

Le sorprendió cruzarse con gente de todas las edades, incluso familias con niños pequeños. Esperaba encontrarse con muchas mujeres de la edad de Cassie gritando y, aunque también había muchas de ellas, el público parecía más variado de lo que había supuesto.

Brian le señaló un asiento vacío en tribuna desde el que se veía todo el escenario, que permanecía a oscuras. La tribuna estaba separada del resto del público y había que tener un pase especial para acceder a ella.

—¿Quieres tomar algo? ¿Qué te traigo?

—Eh... No sé. ¿Cerveza?

—Enseguida.

Se hubiera bebido un *whisky* de golpe, pero no quería parecer una borracha con problemas de autocontrol delante de la gente que trabajaba para Jay. El asistente volvió en menos de cinco minutos con la bebida y le dijo que se quedaría un rato con ella por si necesitaba algo, antes de irse para cumplir con su parte del trabajo.

Aprovechó aquel rato a solas para contestar los preocupados mensajes de Keith; le informaba de que habían localizado a Brett y que este ya estaba fuera del grupo de forma oficial. El batería le comentaba que tendrían que reunirse los tres para decidir el futuro de Jetset.

Su prima Cassie le había enviado varios mensajes ansiosos pidiéndole fotos y vídeos de absolutamente todo el concierto —y de lo que no era el concierto—, pero Nikki no se sentía cómoda sacando imágenes de la intimidad de Jay.

Las luces se apagaron de golpe y el estadio entero rugió, provocando que Nikki se arrellanara en su butaca, impresionada. Las gigantescas pantallas de los laterales se iluminaron con las iniciales «JM». Los juegos de luces empezaron a lanzar ráfagas sobre el escenario mientras los músicos de los Alabama Gang comenzaban a tocar el primer tema —que casualmente coincidía con la primera canción del único disco de Jay que Nikki había escuchado.

El sonido de la percusión y el bajo llenaron el estadio y se confundieron con los gritos del público cuando, desde debajo del escenario, apareció Jay con la cabeza baja. Vestía un magnífico traje negro con corbata y sus características zapatillas deportivas blancas de Adidas. Sin que pudiera controlarlo, el corazón de Nikki se disparó, contagiada por la música y la presencia casi sobrenatural e inalcanzable de Jay sobre el escenario.

Sincronizados como un reloj suizo, el *show* comenzó cuando Jay empezó a cantar y la enorme banda le siguió al milimétrico compás. Nikki no pudo evitar sentirse impresionada por el nivel musical de todos los que estaban en el escenario. No solo tocaban en un riguroso y total

directo, sino que parecían absolutamente compenetrados y guiados por la voz y los movimientos de Jay.

Mientras lo observaba bailar y cantar sin perder por un solo momento el compás, Nikki pudo entender por qué aquella revista que le había enseñado Cassie lo proclamaba el nuevo príncipe del pop. Parecía como si el carisma y el talento para el baile de Michael Jackson se hubiera fusionado con la energía y la sensualidad de Prince, formando una mezcla de R&B que hubiera estallado dentro de Jay.

En aquel instante, el Jay dulce y encantador que ella había conocido había desaparecido por completo. Había sido sustituido por una potencia musical que se desplegaba carnalmente por aquel escenario, bailando con movimientos sincopados y perfectos, capaces de encender la libido de todo el maldito estadio.

—¿Te gusta? —le gritó Brian cuando la vio inclinarse hacia adelante para capturar la esencia de lo que estaba ocurriendo delante de sus narices.

—Creo que se me acaba de abrir el culo y he hecho ventosa con el asiento —contestó Nikki sin pensar. Brian la miró como si estuviera loca de remate.

Nikki pensó que nunca era tarde para retractarse de sus opiniones y rendirse ante el nuevo príncipe del pop.

When the Lights Go Out

Jay se despidió de Chicago con una sonrisa que no se le borraba de la cara. La sensación de miles de personas gritando su nombre, aplaudiendo rabiosamente tras casi dos horas de agotador concierto, era la mejor recompensa que un músico podía recibir.

Siempre le costaba un poco abandonar el escenario. Era uno de los pocos sitios donde se sentía a gusto en su totalidad y donde hacía lo que creía que se le daba mejor hacer en la vida: actuar, cantar, bailar. Puede que no fuera el mejor del mundo —ni mucho menos pasaría a la historia de la música—, pero era su vida y le encantaba poder dedicarse a ello por completo.

Al final le dio la espalda al Allstate Arena y cruzó el umbral que lo protegía de la vista del público. Los asistentes de gira enseguida lo cubrieron con una gran toalla caliente —para que los músculos no se le enfriaran de golpe y le provocaran una lesión— y le pusieron una bebida isotónica en la mano que bebió casi de golpe.

Sus pasos le llevaron poco a poco hasta su camerino privado. Físicamente estaba cansado y necesitaba silencio tras el *show*. Sonrió y felicitó a cada uno de los miembros de los Alabama Gang que se cruzó —como hacía cada noche en que todo salía bien— y luego se quedó a solas.

Al cerrar la puerta tras de sí suspiró de felicidad y satisfacción por el trabajo bien hecho. Siguiendo sus propias normas, ni se acercó al teléfono. En vez de eso, se quitó la ropa sudada y se puso unos calzoncillos limpios. Luego se tumbó en uno de los cómodos sofá cama cerrando los ojos, mientras la adrenalina desaparecía gota a gota de su cuerpo. El mundo real y las sensaciones vividas en el escenario se desvanecían a cada minuto que pasaba. Su mente se quedó en blanco, como siempre le ocurría después de un concierto.

Tras la media hora de rigor que había establecido para estar a solas sin que le molestaran, unos suaves golpes en la puerta lo trajeron de vuelta al mundo real. Jay estiró los hombros y se incorporó, preparado para volver a hablar con la gente.

—Adelante.

La graciosa cabeza morena de Nikki se asomó por la puerta. No se había maquillado los ojos y estos lucían redondos y más azules que nunca.

—¿Se puede? Me ha dicho Brian que necesitabas media hora por lo menos para estar solo.

—Pasa.

La chica cerró con cuidado la puerta y se acercó a él con pasos vacilantes.

—Y bien, ¿cuántas veces has vomitado?

—Ninguna —sonrió ella, sentándose a su lado. Ante la sorpresa de Jay, Nikki hundió la nariz en su cuello y aspiró su olor con los ojos cerrados. Jay la miró sin entender qué hacía, hasta que ella enrojeció un poco—. Perdona, es que me encanta este olor.

—¿El olor del sudor?

—No. O sí. Tu olor mezclado con tu sudor y el perfume que usas. —La boca de ella subió

por su cuello y le provocó escalofríos al notar la suave respiración sobre su piel—. Has estado genial.

—¿De verdad?

—Sí. Odio reconocerlo, pero lo que has hecho ahí afuera, Jay... —Nikki parecía apabullada por todo lo que quería decirle y empezó a hacer divertidos aspavientos con las manos—. Lo que has hecho ahí afuera no está al alcance de cualquiera. Es decir, cualquiera con dinero puede montar un escenario enorme con luces y una banda gigante, pero eso no significa que lo que salga de ahí sea bueno.

—Entiendo —concedió Jay, cauteloso.

—Michael y Prince estarían muy orgullosos de ti —dijo Nikki, con el azul de los ojos brillando, por primera vez, de admiración por él—. Aunque sigo pensando que abusas de la palabra «chica».

—De acuerdo, *chica* —bromeó él, cogiéndola de las manos—. Me alegro de que te haya gustado, significa mucho para mí. Eras mi público más difícil.

—Estoy de acuerdo. Y gracias por no dedicarme ninguna canción.

—En realidad, sí que lo he hecho. No en voz alta, por supuesto. —Le estrechó las manos y sus ojos se encontraron, estableciendo la misma conexión que los había unido desde la primera noche en que se habían conocido—. Pero no te diré cuál es.

—Nunca pensé de ti que fueras un chico malo —protestó Nikki.

—Oh, pero puedo serlo. No sabes cuánto. —Sus labios acariciaron los de Nikki, dispuestos a jugar un poco—. Siento no haberte besado antes de irme.

—Deja de darme explicaciones.

—¿Y qué quieres que haga?

Nikki miró por encima de su hombro para comprobar que la puerta estaba cerrada con pestillo.

—Demuéstrame que no solo te mueves bien bailando.

—Eso está hecho, *chica*.

Nikki cayó riendo cuan larga era en el sofá y Jay no pudo evitar unirse a su despreocupada risa. No le dio tiempo a pensar en que hacía mucho tiempo que no se olvidaba por completo del móvil después de un concierto —como estaba haciendo en ese preciso momento—, mientras la ropa caía al suelo y sus cuerpos se acoplaban en un suspiro de placer.

Nikki aguantó muy estoica a la multitud de fans que esperaba a la salida del estadio. Jay les atendió como buenamente pudo a pesar de lo agotado que estaba y las ganas que tenía de llegar al hotel. Firmó discos, pósteres y entradas, y posó para varias fotos hasta que Frankie consideró que era más que suficiente y se lo llevó hacia el coche. Nikki no protestó y Jay no dijo nada al respecto. ¿Qué podía decir? Esa era su vida desde que se había unido a Westside Blue siendo apenas un adolescente.

En el hotel había otro grupo de mujeres de veintipocos años que volvieron a reclamar su atención. Esta vez, Nikki pareció algo agobiada con la situación y se retiró lejos del vestíbulo del hotel hasta que Jay la perdió de vista mientras conversaba con sus seguidoras. Terminó más tarde de lo que esperaba, puesto que una de las chicas parecía tener problemas en casa y le había confesado, entre lágrimas veladas, que su música era lo único que la mantenía entera en el día a día.

Ante casos así, Jay no podía simplemente firmar un autógrafo, hacerse una foto y darle la

espalda. Se había sentado con la chica en las butacas del hotel y la había escuchado mientras ella contaba a trompicones su drama familiar. Había despedido a Frankie con un ademán disimulado, con la mano de la chica entre las suyas, hasta quedarse a solas con ella.

Por experiencia previa, sabía que un simple gesto como el que estaba haciendo en ese instante podía marcar la diferencia en la vida de una desconocida, y esperaba de todo corazón que aquellos minutos a solas con él le sirvieran de algo a aquella desesperada chica. Era ya bastante tarde cuando ella lo abrazó muy fuerte y se despidió de él, susurrándole gracias una y otra vez.

Encontró a Nikki en el bar del hotel, con un vaso corto de *whisky* en la mano y la mirada un poco perdida. Le hizo pensar al momento en que la había visto entrar en el hotel de Nueva Orleans, con el cabello despeinado, la camiseta de Misfits y los ojos enfadados. Recordó haberla encontrado bonita desde el primer instante. Se sentó a su lado en silencio.

—¿A ti también te han cancelado el vuelo? —bromeó Jay sin muchos ánimos. Estaba cansado y quería dormir, nada más.

—Tonto —sonrió ella. Acarició con un dedo el borde del vaso de *whisky* hasta que Jay lo cogió entre sus manos y le dio un rápido sorbo al líquido amarillo—. ¿Es tan duro como parece desde fuera?

—A veces. Me he quedado un rato más con una chica que venía desde Milwaukee para el concierto y que tiene problemas en casa. Su padre es ultracatólico y le pega palizas, entre otras cosas.

Escondió la cara entre ambas manos y dejó ir el aliento. Notó como Nikki le acariciaba el cabello suavemente, como si quisiera consolarlo.

—¿Es normal que te cuenten esas cosas tus seguidoras?

—Es más habitual de lo que crees. Me miran y sé que piensan que yo soy la solución a todos sus problemas, pero no puedo ayudarlas como ellas quieren. Puedo escucharlas, abrazarlas y poco más.

—¿Cómo crees que quieren esas chicas que las ayudes?

—Pues... enamorándome de ellas, claro. ¿Recuerdas aquellas revistas de los años noventa? ¿Como *Teen* o *J14*?

—Claro, mi prima Cassie siempre se las compraba.

—Westside Blue siempre salía en ellas, muchas veces en la portada. Nos hacían supuestas entrevistas en las que teníamos que ceñirnos a un guion de *marketing* y decir cosas que no eran ciertas. Y por increíble que te parezca, muchas chicas aún utilizan esas cosas que me obligaban a decir y que supuestamente me enamoran.

—¿Como por ejemplo...?

—Bueno, te puedes imaginar que cuando me preguntaban qué cosas me gustaban de una chica, yo no podía soltar que me pierden las tetas grandes y bonitas y que me encanta una buena mamada. Tenía que decir algo así como: «me enamora una chica dulce, leal y divertida. El físico no es tan importante, me importa su corazón». —Se encogió de hombros—. Así que cuando una fan se me acerca, parece que se ha estudiado toda esa basura de las revistas adolescentes y se suele comportar acorde a un guion que ha aprendido de un Jay que no es real. Por eso ya no me acuesto con ellas.

—Pero sí que te acuestas con desconocidas que conoces en los bares de los hoteles.

—Solo si son muy bordes y me odian.

Nikki sonrió y Jay pensó que estaba harto de esconderse. Pasó la mano por su nuca y la

acercó hacia él para besarla. El contacto de sus bocas fue un bálsamo íntimo y casi familiar. Ella abrió los ojos y le tocó la mejilla con un dedo.

—Jay. No tienes que llevar ese peso sobre tus hombros.

—Lo sé, pero no sé ser de otra manera.

Aquella noche fue Nikki quien lo abrazó en sueños mientras él se sentía de nuevo el mismo adolescente perdido y confundido que había sido en los años de Westside Blue.

Numb

Creyó estar a punto de tocar el cielo con la punta de los dedos cuando él enterró su boca entre sus piernas y la lamió entera con sorprendente delicadeza primero y crecientes círculos después sobre su clítoris. Se notaba poco a poco a punto de explotar, de la misma manera que el sol iba saliendo por el horizonte hasta estallar en luz e iluminar toda Chicago.

Nikki estiró los brazos y retorció la mullida almohada entre sus dedos cuando la lengua y la boca de Jay la llevaron hasta un orgasmo tembloroso y brutal que la hizo gritar sin control en ahogados jadeos. El relámpago de placer se concentró en su nuca y fue subiendo hasta su cerebro sin tregua alguna.

Antes de que pudiera siquiera lograr recuperar la respiración, Jay subió por su cuerpo y se abrió paso penetrándola lenta y sensualmente, con aquellos ojos del azul del mar clavados en los suyos. El aliento de Nikki se perdió entre el de Jay, envolviéndolos a ambos en la burbuja privada que sus cuerpos construían acoplándose en un compás pausado.

Los dedos de Jay le acariciaron la mejilla con afecto y Nikki cerró los ojos, disfrutando del tacto de terciopelo. Por alguna razón incomprensible, se sentía a salvo de todo en aquel momento; con él dentro de ella, follando a aquel ritmo tranquilo y perfecto.

—Abre los ojos —le pidió él en voz baja y entrecortada por el placer.

Ella obedeció. Por un momento, Jay detuvo sus movimientos y solo la miró. Se sintió perdida en aquella intimidad que, desde luego, no había esperado tener con alguien como él. Una remota parte de su cerebro le pidió, una vez más, huir.

—Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo —dijo Jay, besándola en lo que era un inequívoco brote de amor.

Nikki lo supo; algo estaba cambiando y mutando poco a poco. La atracción y la pasión que habían sentido desde la primera noche se estaba convirtiendo en algo más a pasos agigantados y vertiginosos, como el coche de una montaña rusa que se precipita al vacío mientras sus ocupantes gritan en una mezcla de terror y adrenalina.

—Tú también, Jay —susurró Nikki, sin poder evitar que aquellas palabras salieran de su boca. Quedaba claro que estaba entregada y casi rendida a lo que estaba ocurriendo entre ellos.

Sabía que la primera noche lo había juzgado con dureza. En parte por lo enfadada y dolida que estaba ella y en parte por sus propios prejuicios en contra de todo lo que él representaba en el mundo de la música, en el que Nikki luchaba continuamente para ser escuchada y tomada en serio.

Todo lo que había leído de Jay Martin, junto con el recuerdo de aquellos estúpidos pósteres que Cassie ponía en la pared, le habían hecho formarse una imagen poco agradable y aún menos respetuosa de él. Y luego se había encontrado con un hombre tierno, dulce, divertido, generoso; casi inocente y con una sensibilidad chocante para la música. Y aunque era atractivo de una

forma explosiva y su sensualidad se multiplicaba en el escenario, eso era lo de menos para Nikki.

Lo que le importaba, lo que estaba sintiendo en aquel mismo momento —mientras Jay se corría con un gemido ronco y ella le seguía retorciéndose en sus brazos—, era que se sentía libre de ser completamente Nikki Ellis; sin miedo a que él le dijera que no podía opinar, ni maquillarse, ni hablar con otros hombres, ni vestirse de determinada manera. Ser libre sin restricciones ni imposiciones; sin peleas, ni celos ni gilipolleces. Sin toxicidad. Sin barreras. Sin golpes.

Y sonrió como hacía años que no lo hacía, con la cabeza de Jay sobre sus pechos desnudos.

—Eh. ¿Dónde te has ido? —dijo él, besándola en los labios. Nikki pasó los dedos entre aquel cabello rubio oscuro.

—A mi lugar feliz.

—¿Y es un sitio privado o se pueden conseguir pases VIP? —bromeó Jay, estirándose satisfecho sobre las sábanas blancas. Nikki aprovechó para abrazarlo por el estómago y descansar la cabeza en su pecho.

—Creo que, después de todo, lo justo es darte un pequeño pase temporal.

—Una pequeña victoria para el general Martin.

—Imbécil —rio ella.

—¿Quién es más imbécil; el imbécil o la que se acuesta con el imbécil?

—Definitivamente el imbécil que no sabe estar callado después de correrse.

Él negó con la cabeza entre risas y la besó en la nariz.

—Tengo que ducharme antes de que venga a Frankie a sacarme de la cama para irnos a la firma de discos —dijo levantándose en todo su desnudo esplendor. Nikki se deleitó un momento en sus líneas finas y en los músculos definidos—. Tienes permiso para pedir el desayuno y quedarte toda la mañana en la cama. En pelotas, por supuesto.

—Anda, lárgate ya.

Escuchó como Jay silbaba mientras el agua de la ducha corría alegremente. Nikki se desperezó y fue a llamar al servicio de habitaciones cuando su teléfono empezó a parpadear. Con suma sorpresa vio que tenía una llamada entrante vía Skype de Cassie. ¿Desde cuándo Cassie la llamaba a través de Skype? Una luz se encendió en el fondo de su cerebro al comprender el motivo. Bufó furiosa y descolgó. La cara sonriente y excitada de Cassie apareció enseguida en la pantalla.

—¡Holaaa!

—¿En serio, Cassie?

—¿Qué pasa?

—En tu vida me has hecho una videollamada, pero hoy, por casualidad, has decidido usar una aplicación que no utilizamos nunca para hablar, ¿no? No tiene nada que ver que yo esté aquí con Jay y tú te mueras de ganas de verlo, ¿me equivoco?

—Ay, Nikki —suplicó su prima, acercando la cara a la pantalla—. Por favooooor. ¿Está ahí contigo?

—Está en la ducha.

—Dios, Dios, Dios. ¿Desnudo?

—Dudo que se duche vestido. Así que sí, desnudo.

—¡Enséñamelo!

—¡Cassie!

—Venga, joder... Tú solo abre la puerta del baño y asoma el móvil.

—Estás enferma —rio Nikki, sacudiendo la cabeza.

—Oye, si yo estuviera liada con Billie Joe Armstrong y tú quisieras verlo en pelotillas, yo actuaría como tu prima favorita y te lo enseñaría todo.

—Si te lías con Billie Joe te mato.

—¿Con quién hablas? —preguntó Jay, sobresaltándola tanto que casi soltó el teléfono. Ni se había dado cuenta que él había salido de la ducha y la miraba desde el marco de la puerta del baño.

—Con nadie.

—¡JAAAAAY! —gritó Cassie como una maldita loca desde el aparato. Él se echó a reír con total despreocupación y se acercó, aún húmedo y desnudo, con una toalla blanca alrededor de la cintura—. ¡Soy Cassie!

—Pásame a tu prima.

—Jay, no —Nikki tapó el auricular del móvil—. Está loca. Muy loca. Si abres esa puerta luego no te dejará en paz.

—Creo que sé cómo manejar a una fan loca mucho mejor que tú, gracias. —Antes de que pudiera evitarlo, Jay se tumbó en la cama a su lado y le quitó el teléfono. Nikki pudo ver la cara de alucine que se le quedaba a Cassie cuando Jay apareció en la pantalla, guapísimo, sonriente y con el cabello mojado—. ¡Hola, Cassie! Me han chivado por aquí que, en realidad, tu favorito era Blake. Estoy un poco decepcionado.

—AY, JAY, PERO TÚ CANTABAS MEJOR Y ERAS MI SEGUNDO FAVORITO. TE JURO QUE ME COMPRÉ *RIGHTEOUS* EL PRIMER DÍA QUE SALIÓ A LA VENTA. MIRA, QUE TE LO BUSCO.

Nikki pensó que a su prima le iba a dar un ataque; ni siquiera parecía estar respirando mientras hablaba y soltaba incongruencias de adolescente con un tono de voz desproporcionadamente alto.

—¡Te creo! —rio Jay, desplegando su sonrisa encantadora. Cassie lo miró parpadeando embobada—. Solo quería darte las gracias por ser una seguidora tan fiel de Westside Blue. Estoy deseando pasarme por Pasadena y conocerte.

—¿Podré hacerte preguntas? ¿Te traerás a Blake? Un momento, ¿aún hablas con todos los Westside Blue?

—Cassie, joder —protestó Nikki, pero Jay le hizo un gesto para indicarle que no tenía importancia y que le dejara hacer a él.

—Claro, mantengo el contacto con todos. Somos como hermanos. Y sí, podrás preguntarme lo que quieras. En cuanto a Blake... Veré qué puedo hacer.

—Bueno, basta. —Nikki ya había tenido suficiente de aquella vergonzosa escena, aunque Jay parecía tranquilo y hasta divertido—. Dame el móvil para que pueda amenazar de muerte a mi prima.

—Un placer, Cassie. Espero conocerte en cuanto vaya a Los Ángeles en un par de semanas.

—¡Aaah!

—Te escribo luego para sentenciarte a muerte, Cassie —dijo Nikki, pero su prima no pareció escucharla. Estaba tan contenta que había tirado el móvil en algún lado y Nikki solo veía el techo de su casa... aunque la escuchaba chillar de fondo. Terminó la videollamada sintiéndose humillada.

Jay se retorció de risa al verla tan mortificada. Nikki empezó a disculparse de todas las maneras posibles, pero él no le dio ninguna importancia. Unos golpes en la puerta les indicaron

que la jornada laboral de Jay estaba a punto de empezar y este se apresuró a vestirse, aún entre risas divertidas.

Mientras él estaba fuera en la firma de discos, Nikki aprovechó para llamar a Keith y hablar sobre el futuro de Jetset. Tanto ellos dos como Jason querían seguir adelante, así que en cuanto volviera a Pasadena tendrían que buscar algún guitarrista y reestructurarse para poder continuar tocando.

Keith le aseguró que no volvería a ver a Brett, si así lo deseaba. Él se iba a ocupar de todo. Nikki se lo agradeció, porque ella no tenía fuerzas para encargarse de los aspectos comerciales del grupo. Después de hablar de la banda, Jason insistió en ponerse al teléfono y cotillear un poco. Ella no les dio detalles, pero estaba segura de que sus dos compañeros y amigos le notaban en el tono de voz que estaba relajada y... feliz. Tan feliz, que se sentó en uno de los escritorios del hotel y empezó a garabatear letras e ideas de canciones sin descanso; sin darse cuenta de que ya era la hora de comer y que Jay había enviado a Frankie a buscarla.

Cuando abrió la puerta al representante, este la miró de arriba abajo y murmuró que Jay la esperaba en el restaurante italiano de la esquina.

—¿Tienes algo decente que ponerte o voy a por ropa?

—Ya estoy vestida —contestó Nikki, incómoda ante la mirada del texano—. Pero deja que me pinte un poco. No tardo ni cinco minutos.

—Por supuesto.

Registró la mochila en busca de su maquillaje mientras Frankie la miraba. Encontró el neceser y lo abrió, cogiendo su delineador de ojos negro, cuando el representante se dirigió a ella:

—¿Sabes? Es muy tierno ver cómo lo intentas. Cómo todas lo intentáis, en realidad. Nunca dejo de sorprenderme.

Nikki se detuvo a mitad de camino del baño con el maquillaje en la mano y se dio la vuelta. Frankie estaba sentado en el borde de la cama, aparentemente amable y tranquilo.

—No estoy segura de entenderte.

—Vamos, Nikki... No eres una cría. Y no pareces tonta. ¿De verdad crees que eres la única que lo ha intentado con Jay?

—¿Intentado el qué?

—Enamorarlo. Seducirlo. Retenerlo. —Frankie se miró las uñas con irritante calma. Nikki apretó el neceser entre sus manos—. Todas lo intentan. Hacen todo lo posible, todo lo que creen que deben hacer para que Jay las elija a ellas, pero él nunca se queda con ninguna de vosotras. Sois distracciones con las que follar mientras está lejos de casa. ¿O creías que eras la primera de tu rollo que se tira en un hotel?

—¿La primera de mi rollo? —Nikki sabía que estaba a punto de perder los nervios y que parecía una imbécil, pero no pudo evitar preguntar para averiguar hasta dónde abriría la boca el representante.

—Ya sabes... La actitud de chica mala, los tatuajes... Se ha tirado a muchas como tú. Le divierte lo diferente y lo raro; durante un rato, al menos. Pero al final, Jay siempre vuelve a las rubias famosas que no le dan problemas, así que disfruta los días que te quedan con él y deja que te folle todo lo que te tenga que follar. Yo me aseguraré de devolverte a casa en un avión en cuanto todo acabe. Pero, hazme un favor, preciosa. —Frankie se levantó y le puso una mano en el hombro, como si quisiera consolarla. Nikki se sintió paralizada ante el contacto no deseado—.

No te enamores de él porque no significas nada. Chicas mucho más guapas e inteligentes que tú lo han intentado y no ha ocurrido. No te lo pongas más difícil.

—Tú no sabes...

—Claro que lo sé. Lo conozco desde hace casi quince años. Tú y él, es algo que jamás podrá ocurrir. Así que avísame cuando quieras que te devuelva a tu vida en Pasadena.

Frankie consultó el reloj y sonrió, como si no le hubiera dicho nada grave ni ofensivo. Nikki estaba paralizada.

—¡Bien! ¿Lista para irnos?

Bye Bye Bye

La notó extraña en cuanto entró por la puerta del restaurante y la vio. Parecía taciturna, confundida, y Jay pensó que quizá había recibido malas noticias de casa. Puede que algo relacionado con el cabrón de Brett. Le preguntó si ocurría algo, pero ella negó con la cabeza y se escondió tras la carta del menú.

El ambiente estaba enrarecido entre ambos e intentó suavizarlo contando anécdotas tontas; como cuando Timbaland y él se habían emborrachado una noche en el estudio de grabación y habían acabado grabando en broma viejos temas de James Brown rapeando. Nikki apenas despegó sus redondos ojos cristalinos de su plato de pasta, escuchándolo solo a medias y contestando con pobres monosílabos. Jay alargó la mano para tocar la suya, pero la chica la retiró al instante y la escondió en su regazo, como si su tacto la pudiera quemar.

—Nikki. Por favor, ¿qué ha ocurrido? Cuando me he ido esta mañana parecías contenta y ahora estás mal.

—No pasa nada.

—Eres una mentirosa terrible. Se te da fatal, en serio. —Jay juntó sus manos bajo la barbilla y la escrutó para intentar averiguar qué estaba pasando.

Nikki apartó su plato de macarrones al pesto, que apenas había tocado, y se mordió el labio en un gesto inquieto. El *piercing* chocó con sus dientes blancos provocando un chasquido.

—No me pasa nada. En realidad, estaba pensando en volver a Pasadena esta tarde.

—¿Cómo? Oye, no pensaba obligarte a ver otro concierto mío, si esa es la razón por la que te quieres largar —intentó bromear él en un último intento de sacarle una sonrisa, aunque ya sabía que no iba a funcionar. Nikki iba a marcharse y no entendía por qué.

—No es eso. Esto ha sido divertido y el sexo ha sido genial, pero tengo cosas de las que ocuparme en casa y una vida que nada tiene que ver con la tuya. Tengo que volver.

—¿Esto ha sido divertido? Joder, sí, claro que lo ha sido. ¿Y ya está? ¿Me estás mandando a la mierda?

—No lo sé, Jay. Solo quiero irme a casa, de verdad.

No entendía nada. Aquella mañana se habían acostado y, por primera vez, en lugar de simplemente follar, habían acabado haciendo el amor. Los dos habían notado ese tipo de conexión que nace tras haber compartido ciertas cosas, cuando el cariño y la atracción se convierte en algo más. Jay estaba seguro de ello y sabía que Nikki también se había sentido así. Pero algo había cambiado entre ellos desde que se había ido a la firma de discos y le mataba no averiguar qué era.

—¿Te ha amenazado Brett, es eso? —insistió. Ella negó con la cabeza y se levantó de la mesa. Buscó en su mochila la cartera y dejó un billete de veinte dólares delante de Jay, que la miraba sin comprender nada.

—No, no es nada de eso. Me voy a casa. Gracias por todo.

Se giró sin más y empezó a andar apresuradamente hacia la puerta. Jay se levantó detrás de ella, siguiéndola hasta las frías calles de Chicago.

—¡Nikki! Por favor, dame una explicación.

Ella rehuyó su mirada, así como su contacto físico, pero al menos se giró en mitad de la calle.

—No hay explicación. Somos de mundos diferentes y yo no voy a ser el trofeo de nadie.

—¿El trofeo de...? ¿De qué hablas?

Por primera vez desde que había entrado en el restaurante, ella le clavó los ojos en la cara. Parecía enfadada y dolida, y Jay no podía siquiera imaginar el motivo de ese malestar desconocido.

—¿Cuántas ha habido como yo?

—¿Como tú?

—Ya sabes de qué hablo. Tías tatuadas, alternativas, con *piercings* y todo ese rollo, llámalo como quieras. Tías a las que te encanta follarte pero que te da vergüenza que sepan que lo haces.

—Jesús. —Jay se pasó la mano por el pelo, sintiéndose acorralado—. Mira, ha habido otras chicas. Algunas como tú, de tu rollo, como tú dices. Y otras completamente diferentes a ti. Por supuesto que ha habido otras chicas. Pero no eres un trofeo. No lo has sido tú, ni lo fue ninguna otra. Siempre he sido sincero contigo, Nikki.

—Ah, ¿sí? —El tono de su voz era helado y Jay pensó en la pequeña mentirijilla que había urdido con Keith para pagarle el billete de avión. Estaba claro que lo había averiguado o que, por lo menos, sospechaba algo. Tomó aliento para confesarlo.

—Está bien. Te he mentido en algo.

—¿En qué?

—Keith no te regaló el billete de avión a Chicago. Me llamó a mí para decirme lo que había ocurrido con Brett en San Francisco y contarme que estabas mal. Pensó que te iría bien estar acompañada y yo me ofrecí a pagarte un...

—¿Disculpa? ¿Que tú qué? —Nikki lo apuntó con un dedo amenazador y Jay temió que las puntas de su corto cabello negro empezaran a soltar llamaradas de furia—. Ahora sí que estoy cabreada. Contigo y con el imbécil de Keith. Me largo de aquí.

—¡Nikki!

—¡Que me dejes! Ni se te ocurra seguirme y mucho menos montarme una escenita melodramática.

Plantado en medio de la acera mientras los coches pasaban a su lado, Jay la vio doblar una esquina y perderse en el caos de la ciudad de Chicago.

Como si le acabaran de dar una paliza, entró en el restaurante de nuevo para pagar la cuenta y regresar solo al hotel. Seguía sin comprender nada, pero no era de los que perseguían a chicas si estas le habían dejado claro que no querían saber nada más de él. Tocaba asumir la derrota y aceptar que, en el fondo, todo había sido un bonito espejismo.

La habitación estaba vacía y a oscuras, sin ninguna vida ni nada que lo reconfortara. Estaba más que acostumbrado a estar solo en habitaciones anónimas y anodinas de hoteles, aunque esta vez le pareció todo mucho peor. Más triste y más gris.

Especialmente porque las sabanas arrugadas aún olían a Nikki, y al sexo dulce y apasionado que apenas unas horas atrás habían compartido. Por primera vez en mucho tiempo, sintió ganas de llorar como un crío. ¿Es que era tan inútil que no podía retener a ninguna de las chicas que le

interesaban? Se había pasado media vida cantando canciones de amor, pero a la hora de la verdad, sus relaciones fracasaban y ni siquiera podía culparlas a ellas por ello. El problema tenía que ser él.

La fama era un monstruo que le daba dinero y reconocimiento a cambio de soledad y traiciones. No era el primer cantante que fracasaba una y otra vez en sus relaciones personales. Aquel triste pensamiento lo consoló un poco; al menos no era el único.

Aun así, no pudo quitarse de la cabeza que algo tenía que haber ocurrido para desencadenar aquel cambio repentino en Nikki. Sabía que la chica era incendiaria y que cualquier conflicto podía hacerla estallar, pero también creía que no estaba loca, ni era una persona irracional. Y aunque comprendía que ella no quería verle, Jay pensó en lo que haría cuando, en dos semanas, aterrizara en Los Ángeles. Solo podría pensar en que Pasadena estaba a media hora en coche, que Nikki estaba muy cerca y no iba a poder verla.

Le había prometido a Nikki una cita en la ciudad de las estrellas y, después de todo, no iba a poder cumplir con su palabra.

In too Deep

Nikki estaba segura de que, si estuviera viviendo en una patética película romántica, Jay ya se habría presentado en su casa con un ramo de flores o alguna cursilada para reconquistarla, con música sonando de fondo. Por supuesto, eso no había ocurrido; Jay no había aparecido para declararle su eterno amor, dejando su exitosa gira atrás por ella.

Su minúsculo apartamento, con la presencia silenciosa pero cariñosa de su gata Marvel, fue lo único que encontró al volver a Pasadena. Pensó con tristeza que aquel espacio era más pequeño que la habitación de hotel de Chicago en la que acababa de alojarse. Pero era su apartamento; pequeñito y desastroso, pero suyo.

Haciendo un gran esfuerzo, Nikki rehuyó meterse en Internet para espiar la cuenta de Twitter de Jay. Era demasiado patético y ya había hecho suficientes gestos melodramáticos en su corto rollo con él. Era hora de volver a la vida real y olvidar todo aquel pequeño paréntesis de locura.

Y la vida real solo significaba dos cosas para ella: su grupo, que buscaba ya guitarrista para sustituir a Brett, y trabajar con sus padres en la caravana de comida mexicana. Su padre, que la conocía mejor que nadie, solo le preguntó una vez por su viaje a Chicago. Al ver que ella respondía con evasivas, no preguntó más. Bendito fuera Frank Ellis y su discreción; lo quería muchísimo por aquel tipo de detalles. Cassie no había sido tan fácil de contentar, claro. Las explicaciones que Nikki le dio no le parecieron suficientes.

—¿Es que eres tonta o qué coño te pasa?

—Cassie...

—No, en serio. Vale que acabas de salir de una relación de mierda con Brett, pero ¿de verdad vas a pasar de alguien como Jay solo por un comentario de ese representante de Texas?

—Basta. Está claro que no estoy preparada para una situación así y que me viene muy grande.

—Madre de Dios, tanta tinta en la piel te ha afectado el cerebro —se indignó Cassie—. ¿Y la cita en Los Ángeles?

—No va a ocurrir porque no voy a llamarle. Y él no me ha dicho nada, tampoco.

—Es que no lo entiendo.

Nikki tampoco lo comprendía, ni se entendía a sí misma. Se sentía subida a una montaña rusa de emociones. Había sido la cobarde que dejó que Brett le pusiera la mano encima, pero también había sido la valiente que le había plantado cara y le había destrozado la guitarra. ¿Había sido también audaz al acostarse con Jay una y otra vez?

Se sentía confundida con ella misma. ¿Qué Nikki era la real? ¿La asustada novia de Brett o la intrépida que había plantado cara a aquella relación abusiva?

Aquellas preguntas le rondaban una y otra vez en la cabeza mientras los días discurrían a su alrededor. Ayudó a sus padres a preparar la convención de Firehouse que tendría lugar en Los

Ángeles a finales de marzo. Eso requería un montón de trabajo de cocinar cosas por adelantado, y a ello se dedicó con ahínco para no pensar más en Jay ni en nada relacionado con él.

Brett no había dado señales de vida todavía y Nikki recogió las cosas de él que aún rondaban por su apartamento. Cassie fue comprensiva y se ofreció a guardarlas hasta que su exnovio se las reclamara. Ella no pensaba contactar con él. Lo había aguantado ocho dolorosos años y no pensaba preocuparse más por Brett. Ya hacía mucho tiempo que había dejado de ser su cariñoso novio de instituto para convertirse en su celador y torturador personal.

En cuanto al cuarto integrante de Jetset... Keith y Jason le propusieron varios candidatos y finalmente se decidieron por Tom, un asiduo al Burgundy Room, el bar de *punk rock* que la mayoría de ellos frecuentaba en Pasadena. Era un guitarra competente y lleno de energía que los abrazó muy contento cuando le comunicaron que pasaría a formar parte de Jetset. Ensayaron unas cuantas tardes para ver cómo se compenetraban y, aunque aún iban a necesitar más horas de práctica, los cuatro quedaron satisfechos con el resultado. La vida seguía.

Conforme se fue acercando el final del mes de marzo, Nikki se empezó a poner nerviosa. Sabía que Jay aterrizaría en Los Ángeles el primer día de abril, y esa misma noche se suponía que iban a tener una cita. La primera cita propiamente dicha, porque nunca habían tenido ninguna como tal. Era algo que le había hecho ilusión cuando él se lo propuso, pero aquel anhelo primerizo se había vuelto amargo.

Cuando llegó ese temido día, Nikki no supo qué hacer con su vida. Estaba hecha un matojo de nervios, incapaz de parar quieta en casa y mordiéndose las uñas hasta hacerse sangre. Sabía que solo tenía que coger el móvil y llamarle para preguntar en qué hotel de Los Ángeles se alojaba. Podía ir hasta ahí en su Mustang, pedirle perdón por ser una gilipollas influenciable y esperar que él quisiera retomar las cosas donde las habían dejado. Cogió el móvil varias veces para contactar con Jay, pero cada vez que lo hacía, sus dedos se paralizaban ante la idea de embarcarse de nuevo en una aventura condenada al fracaso.

Poco antes del anochecer de aquel horrible primer día de abril, Jason aparcó su escandalosa moto delante del pequeño bloque de apartamentos de Nikki y empezó a llamar al timbre sin descanso hasta lograr que esta le abriera la puerta.

—¿Te vienes a LA a ver a ese grupo del que nos habló Tom? Tocan esta noche y quiero echarles un vistazo.

—Ni hablar —negó Nikki, dejándolo entrar y cerrando la puerta tras él.

—¿Por? ¿Qué otra cosa tienes que hacer, aparte de no limpiar tu pocilga y ahogarte en tu miseria? —comentó Jason mirando el apartamento sin disimulo. Nikki le enseñó el dedo corazón y se tumbó en la cama, situada detrás del pequeño sofá en el apartamento de un solo ambiente.

El bajista se quitó la cazadora y la dejó junto al casco de la moto, sobre la barra de desayuno de la cocina. Luego se tumbó junto a Nikki y ambos miraron el techo durante unos minutos, en silencio. No eran tan íntimos como lo eran Keith y ella; aun así, habían crecido juntos y tenían aquella confianza familiar de viejos amigos.

—¿Es por ese Jay? —preguntó Jason, girando la cabeza para mirarla. Ella continuó con los ojos fijos en el techo.

—Y yo que sé.

—Joder, ya tiene que follar bien para que estés así de jodida. En mi vida te había visto colgada de alguien.

—¿Qué dices? ¿Y qué pasa con Brett?

—Si me dices que algún día estuviste enamorada de él, te creeré. Pero solo empezaste a salir con él porque no había nadie más en el John Muir que te entendiera.

—Estabas tú. Y Keith.

—Pero nos conociste más tarde. Brett fue el primero que te trató bien y te quedaste con él. Bueno, más bien te conformaste con él.

—Pues ojalá os hubiera conocido a vosotros primero —murmuró Nikki, frustrada.

—Lo mismo digo. Keith estuvo pillado de ti años.

—Lo sé.

—Yo solo quería follar contigo, que conste. Aún podríamos hacerlo.

—Qué romántico, Jason. Te has tirado a toda la población femenina de California y yo no quiero pillar enfermedades venéreas, gracias.

—Ah, hablando de romanticismo... —bromeó el bajista pasando un brazo por debajo del cuello de Nikki, achuchándola un poco—. Y ahora, ¿vas a venir al concierto ese para que yo pueda seguir propagando mi amor venéreo o no?

—Vale. Déjame ducharme y vestirme. Pero vemos el concierto y nos volvemos. No estoy de humor para ser tu acompañante de ligues.

Jason encendió un cigarro y esperó paciente a que ella saliera de la ducha y se vistiera con un corto vestido negro tejano abotonado por delante. No dijo ni una palabra mientras Nikki se enfundaba unas medias con agujeros y se ataba las viejas Vans.

—¿Sabes? Jay está en Los Ángeles hoy. Habíamos quedado para nuestra primera cita esta misma noche.

—Ah, ¿sí? —contestó Jay con curiosidad.

—Una parte de mí quiere ir corriendo a cada hotel de la ciudad para encontrarle, si te soy sincera.

—¿Y la otra parte?

—La otra parte está cagada de miedo.

—Podemos pasar del concierto e ir a buscar a tu bonito príncipe del pop —propuso Jason, saltando de la cama—. Vamos, Nikki. Rompe las normas. Ve tú a por el chico en vez de esperar a que él venga a buscarte. Al fin y al cabo, la que se comportó como una capulla con él fuiste tú.

—Vaya, eres un gran apoyo.

—Gracias. ¿Y bien?

Jason ya tenía las llaves de su moto en la mano y la apremiaba a decidirse con la mirada interrogante.

—¿Nikki?

—¿Y si estoy cometiendo un error?

—Pues si lo has cometido —dijo Jason, empujándola impacientemente hacia la puerta con suavidad y a la vez con firmeza—, al menos te habrás llevado unos cuantos polvos en hoteles de lujo.

«Es un buen punto de vista», pensó Nikki antes de subirse a la ruidosa moto de su amigo.

Incomplete

Su primer día libre tras terminar la parte americana de la gira de *NextPopShow* lo había dedicado a una agotadora sesión en el gimnasio del Four Seasons de Los Ángeles. Por la tarde había quedado con Blake para ponerse al día, tras meses sin verse. Ni siquiera había tenido tiempo de pasar por su apartamento de Nashville; pero así era su vida y así era como le gustaba.

Su viejo amigo y excompañero de Westside Blue no había tenido tanto éxito como él en su carrera en solitario. Había publicado un disco hacía tres años, pero, aunque no era un mal disco, su *Equidistant* no había tenido unas ventas demasiado espectaculares. Jay siempre pensaba que Blake se merecía mucho más reconocimiento del que tenía. Tras el relativo fracaso de su primer y único disco, Blake se había centrado en la producción musical y se había mudado a Los Ángeles recientemente para ser juez en un *reality show* de baile de la *MTV*. Lo que no había cambiado era que las chicas seguían volviéndose locas por los ojos verdes de Blake y su media melena castaña. Su éxito entre las seguidoras continuaba casi intacto.

Tomaron un café cerca de Sunset Boulevard mientras se ponían al día. Blake estaba contento y muy satisfecho de haber producido y compuesto un tema para el inminente nuevo disco que los Backstreet Boys estaban a punto de sacar. Jay asintió; había escuchado la canción aquella misma mañana y era una producción más que decente.

—¿Y qué se siente trabajando con nuestros eternos rivales? —preguntó con curiosidad.

—Son buenos chicos, ya lo sabes.

—Sí que lo son... —concedió Jay con un poco de fastidio.

Siempre le habían puesto un poco de los nervios las eternas comparaciones entre Nick Carter y él. Los Backstreet Boys habían empezado algunos años antes que Westside Blue y, a diferencia de ellos, nunca se habían separado, logrando continuar con éxito su carrera. En la época en que ambas bandas habían luchado por los primeros puestos de las listas de éxitos, las revistas para adolescentes insistían en compararle con Nick Carter una y otra vez.

Jay aún recordaba los infames artículos en que ambas bandas eran confrontadas de forma irremediable. Por edad, semejanza física, tipo de voz y peso en la banda, era inevitable que los comparasen: ¿Nick Carter o Jay Martin? Aunque Blake también había sufrido lo mismo, siendo comparado con la otra voz principal de los Backstreet Boys: ¿Brian Littrell o Blake Jones? ¿Con cuál se quedaban las chicas? La respuesta era que las dos voces principales de ambos grupos arrasaban entre las fans.

Lo que esas fans no sabían era que Nick y él habían tenido alguna que otra sonada pelea. Por suerte, la cosa no había ido a más y habían acabado teniendo una relación bastante amigable con el paso del tiempo.

Tras dejar a Ameer Davis, Jay había follado con Paris Hilton, que por aquel entonces aún era novia de Nick. En respuesta a aquel escándalo, Ameer había procedido a acostarse con Nick en

cuanto este dejó a Paris tras saber que esta lo había engañado con Jay. Había sido un follón enorme por el que ambos cantantes casi se habían partido la cara en un club del Soho. Finalmente hablaron como hombres maduros e incluso acabaron riéndose de la situación rocambolesca mientras bebían vodka.

En la actualidad solían coincidir en algunas fiestas o entregas de premios y mantenían una amistad informal. A Jay le parecía irónico que Nick nunca hubiese logrado triunfar en solitario —a pesar de sus esfuerzos—, aunque continuara cosechando éxitos con su banda original y que, en cambio, él —que ya no tenía grupo al que volver— estuviera construyendo una apabullante carrera en solitario. En fin, así era la curiosa y despiadada industria musical.

—Bueno, podemos seguir hablando de los Backstreet Boys o me puedes contar qué narices te ha pasado con esa tía, la tal Nikki de la que me hablaste.

—Se fue. Se cabreó conmigo y se piró. No sé por qué se pensó que era una especie de trofeo para mí.

—¿Y ella no es como todas esas zorras que llevas follándote desde que eras un adolescente cachondo en Westside Blue?

—Dios, Blake, no las lames zorras. Es horrible que hables así de las tías. Sabes que no me gusta nada.

—Bueeeno, usted perdone, príncipe del pop. Reformularé mi pregunta: ¿y ella no es como todas esas damiselas que llevas follándote desde...?

—No —lo cortó Jay—. No lo es.

—¿Qué tiene de especial?

—Supongo que lo que tiene de especial es que le importa tres cojones plantarme en la cara lo que piensa de mí. Hay como una energía dentro de ella que la hace ser impulsiva y tozuda. Defiende aquello en lo que cree sin que le importen las consecuencias. ¿Te dije lo que le soltó en la cara a Price, el productor de Madonna? Casi se me caen los huevos al suelo.

—Sí, me lo contaste. ¿Está buena?

—Está buena, sí.

—Enséñamela.

—Dios, eres un pervertido, Blake.

Su amigo le insistió hasta que Jay sacó su móvil, entró en la cuenta de Twitter de Nikki y encontró uno de sus mensajes en los que había publicado una foto —algo que no solía hacer muy a menudo. Le pasó el teléfono a Blake, que soltó un silbido de admiración.

En la imagen se la veía abrazada a Keith y parecía una foto algo antigua. Nikki aparecía sonriente junto al batería, con el pelo azabache hacia atrás y la cara casi libre de maquillaje.

—Menudo cabrón, pues sí que está buena. ¿Ese es su exnovio?

—No, es el batería de su grupo, Keith.

—Bueno, es normal que se haya rayado —comentó Blake, devolviéndole el teléfono y encogiéndose de hombros—. Tienes que reconocer que no es el tipo de chica con el que sueles liarte. Pensaba que te iban las rubias.

Jay se apoyó sobre la mesa de la cafetería con una media sonrisa.

—El destino es un puto chiste; ella es en realidad rubia, pero se tiñe de moreno.

—Yo lo que creo es que el destino te puso una rosa en el agujero del culo al nacer, tío.

Ambos rieron con complicidad y Jay guardó el teléfono, no sin antes echar un último vistazo a la foto de Nikki con Keith. Se guardó para sí mismo el comentario de que ella aún era más espectacular en persona, con aquellos enormes y desafiantes ojos azules y el pelo negro como la

noche. La foto no le hacía justicia.

Se encontró de nuevo echándola de menos como un gilipollas, pensando en su manera de reírse y de sonrojarse y de besarle con tremebunda pasión. Pero ella le había pedido que la dejara en paz, y no era uno de esos tíos babosos y pesados que perseguían a las mujeres cuando estas dejaban claro que se había terminado.

Se le hacía muy extraño pensar que Nikki estaba en la ciudad de al lado, viviendo su vida, y que no la iba a poder ver para la primera cita que él había planeado para ambos.

—¿Quieres que vayamos a tomar una copa por ahí?

—Tú lo que quieres es ligarte a alguna pobre desgraciada contándole que habías cantado en Westside Blue.

—No te lo niego, da mucho juego con las tías esa mierda de haber estado en una *boy band*. ¿Qué me dices, nos vamos al Gold Digger?

—Está bien, pero mañana tengo una reunión con los de Warner. Prométeme que no se nos irá de las manos y que volveré al Four Seasons a una hora decente.

—¿Qué coño dices, Jay? ¿Es que ahora eres un monje de clausura?

Jay gruñó con fastidio, murmurando que antes de salir de marcha por la ciudad de las estrellas quería ir a cambiarse al hotel. Confió en tener algo de suerte aquella noche y poder conocer a alguna rubia preciosa con la que poder olvidar que, en realidad, lo único que sentía en ese momento era que estaba total y fatídicamente incompleto.

City of Angels

—Muy bien, no está en el Hilton ni en el Ritz. ¿Dónde más podemos buscar?

—A ver, déjame pensar qué otros hoteles pijos hay aquí. —Jason se apretó la sien derecha mientras Nikki lo miraba con ansiedad.

—¡Jason! Estamos en el puto Los Ángeles, ¡hay muchos hoteles de lujo!

—Oye, ¡estoy intentando ayudarte! Encima te niegas a hacer algo tan simple como coger el móvil, llamarle y preguntarle dónde se aloja...

—No puedo llamarle así como así después de cómo lo dejé tirado en Chicago, ya te lo he explicado, joder.

—Vale, vale.

Delante de la puerta del Ritz, en pleno y bullicioso Olympic Boulevard, Nikki se desesperó ante la calma de su amigo; estaba quieto y pensativo, con los ojos cerrados como si intentara encontrar a Jay mediante la simple fuerza de la mente.

—¡El Four Seasons, claro! —exclamó de golpe Jason, encendiendo la moto y sobresaltándola—. Tiene que estar ahí.

—¿Cómo sabes que estará en el Four Seasons?

—Me he follado a muchas famosas y todas se alojaban en ese hotel.

—¿Que tú qué?

—Sube y calla.

Nikki obedeció sin preguntar nada más. La tumultuosa vida sexual de Jason era peor que una telenovela. Nunca había tenido pareja estable; era increíblemente atractivo y encantador, y tenía ese toque canalla pero inocente que volvía locas a toda clase de chicas. Nikki lo había visto ligar incluso con mujeres adineradas que le doblaban la edad. No debería sorprenderle demasiado la revelación de que se había acostado con famosas.

La moto de Jason atravesó las animadas calles de la ciudad de Los Ángeles, sorteando coches de lujo y taxis furiosos que les pitaron con rabia. Llegaron sanos y salvos al imponente Four Seasons y Nikki saltó de la moto con el corazón palpitando furioso por la anticipación.

El recepcionista del hotel los miró con curiosidad cuando entraron como una tromba en el lujoso vestíbulo.

—¿Puedo ayudarles?

Nikki plantó ambas manos en la recepción y lo miró fijamente.

—¿Cuál es la habitación del señor Martin?

—¿Del señor Martin?

—Jay Martin.

—No puedo proporcionar ese tipo de información, señorita.

—Aparta Nikki, déjame a mí. —Jason la apartó de un empujón y ocupó su lugar, sin hacer

caso de la protesta velada de Nikki al ser desplazada sin miramientos—. Hola, me llamo Jason Russell y soy cazatalentos. Trabajo con el señor Martin y, verá...

Jason esbozó su más encantadora sonrisa, mientras hacía un gesto hacia Nikki. El recepcionista la miró con los ojos entrecerrados, sin estar nada convencido de tenerlos en su hotel molestando.

—Esta chica es un talento por descubrir y debo presentársela inmediatamente a Jay, pero el muy cabrón no me contesta las llamadas. ¿Podría llamarle y decirle que baje a recepción?

El recepcionista —a todas luces gay— pareció caer rendido finalmente ante los evidentes encantos físicos de Jason y se inclinó ante ellos con tono conspiratorio.

—El señor Martin no está en su habitación. Ha salido con el señor Jones al club Gold Digger, yo mismo les he pedido el taxi.

—¡Estupendo! Tenía que estar ahí, el hijoputa. Es un poco golfo, ¿sabe?

Nikki pisó a Jason en el pie para que detuviera aquella actuación y este se despidió del recepcionista con una reverencia ridícula y un guiño coqueto.

Salieron de nuevo a la calle decididos a continuar con su esperpéntica misión de encontrar a una estrella del pop en una de las ciudades más bulliciosas de Estados Unidos.

—Muy bien, ¿dónde coño está el Gold Digger ese y cómo vamos a entrar? Fijo que hay lista de invitados. Y mira nuestras pintas.

Nikki se señaló las medias rotas y las Vans sucias; luego miró los pantalones rotos y la camiseta de Linkin Park de Jason, que dejaba ver sus brazos cubiertos de coloridos tatuajes. No estaban como para presentarse en club alguno y esperar que les dejaran pasar, y aún menos a uno que era una discoteca de lujo.

Jason sacudió la cabeza, divertido, mientras subía a la moto.

—Conozco al portero de otras veces que he ido. Nos dejará entrar. Aunque quizá le tengas que enseñar las tetas a cambio. Anda, sube.

—¿Has estado en ese club de ricachones? —alucinó Nikki, colocándose el casco y subiendo detrás de Jason—. No contestes, no quiero saber qué has hecho ahí.

—Mejor, porque es contenido solo apto para adultos —rio Jason con malicia, antes de arrancar la moto.

Como era de esperar, el Gold Digger tenía una exclusiva lista de invitados y ellos no iban a ser bien recibidos. Una imposible línea de coches de lujo se amontonaba en la puerta y dejaba bajar a estrellas del cine, de la música y de la televisión, además de un interminable desfile de modelos de ambos sexos. Nikki se sintió como si acabara de salir de un parque de caravanas de la América profunda, con sus medias rotas y su sencillo vestido tejano de un color negro desgastado.

Pero Jason —con su indiscutible carisma y su sonrisa de un millón de dólares— la tomó de la mano y se acercaron a la puerta, donde un portero de dos metros los miró, enarcando la ceja izquierda, para impedirles el paso.

—¡Eh, tío! ¡Cuánto tiempo sin verte!

El portero lo saludó con un ademán impaciente, sin soltar una palabra. A Nikki le pareció una torre imperturbable de músculos y ajustada ropa oscura.

—¿Nos dejas pasar?

—Jason, esta noche está muy a tope.

—Venga, hombre, tío. Le prometí a esta preciosidad que esta noche se podría ligar a un

millonario aquí adentro —dijo, presentando a Nikki con un ligero empujón hacia el portero, que la repasó de arriba abajo sin parecer demasiado impresionado por lo que veía—. Además, sabes que nunca me voy de aquí sin compartir a una o dos chicas contigo.

Nikki prefirió no preguntar a qué clase de juegos jugaba su compañero de banda en aquel tipo de lugares —aunque se lo podía imaginar. El portero chasqueó la lengua, miró a ambos lados de la calle y finalmente se hizo a un lado para dejarlos pasar, levantando el cordón de la entrada del Gold Digger.

Y, mientras Jason la introducía en un mundo del que no sabía absolutamente nada y del cual no conocía las reglas del juego, Nikki advirtió que, en realidad, no sabía qué iba a decirle con exactitud a Jay —si es que lo encontraba ahí adentro. No tuvo tiempo de pensar cuál iba a ser su discurso, porque nada más entrar y encaminarse a la opulenta barra de bebidas, lo divisó charlando íntimamente con una preciosa rubia de escueto vestido y piernas infinitas.

El corazón le dio un pequeño y odioso vuelco al contemplar la escena. No es que esperara ningún tipo de duelo por ella o algo parecido, y tampoco era para tanto lo que veía: Jay estaba apoyado en la barra y le susurraba cosas a la chica rubia, que reía encantada con la atención de él. Vio que la mano de Jay descansaba en la cintura de ella.

Hubiera tenido que sentir celos, pero ella no era así. Si algo había aprendido de los largos ocho años junto a Brett, es que los celos no servían de nada en absoluto. Tampoco tenía sentido enfadarse y dar media vuelta en plan melodrama ahora que habían llegado hasta ahí. «Basta de tonterías», se dijo. A su lado, Jason le dio una palmada en el culo que le hizo pegar un respingo.

—Déjate de gilipollices y ve a hablar con él. Yo me encargo de la rubia.

—Pero...

—Que vayas, joder.

—Vale, pero ¿cómo estoy? —murmuró Nikki. Nunca se había considerado fea, pero en aquel lugar era imposible no sentirse insegura, rodeada de bellezas radiantes. Su amigo sonrió y le guiñó un ojo.

—Pues estás como para follarte, Nikki. Como siempre. Venga, tira para allá.

Tomó aliento y se abrió paso entre la gente, con Jason cubriéndole las espaldas muy de cerca. Cuando estuvo detrás de la chica rubia le tocó un hombro a esta con decisión. La imponente beldad de cabello dorado se giró con fastidio por la interrupción y, al hacerlo, Jay la vio allí. Sus ojos de un azul turbio parecían confusos, pero enseguida retiró la mano de la cintura de la chica.

—¿Nikki?

—¿La conoces? —cuestionó la chica rubia, molesta por la intromisión. Antes de que nadie pudiera contestar, Jason entró en escena.

—¡Oye! ¿Te han dicho alguna vez que deberías ser actriz? No he visto una cara como la tuya en años. Eres tan preciosa que podría ponerme de rodillas, aquí y ahora, y pedirte matrimonio —dijo Jason, desplegando todos sus encantos. La rubia soltó una risa alborotada y, sin dudarlo un momento, se dejó atrapar de la estrecha cintura por Jason, que la alejó de ahí —no sin antes guiñarle un ojo cómplice a su amiga.

Jay se echó a reír ante aquella intervención y Nikki solo pudo pensar en cuánto había echado de menos aquella risa tan transparente.

—¿Jason me acaba de robar el ligue en mis propias narices?

—Eso me temo —respondió ella, deteniendo su mirada en la barba de pocos días que recubría su mandíbula y en las blancas y cuidadas manos de Jay—. ¿Te ibas a acostar con ella esta noche?

—A lo mejor.

—¿Hubieras pensado en mí mientras follabas con ella?

—Es probable —Jay se apoyó con los codos en la barra y la miró sin casi parpadear.

—No te molestas ni siquiera en mentirme, ¿verdad?

—¿Por qué debería hacerlo? ¿Qué gano mintiéndote? Ya te cabreaste conmigo en Chicago y me dejaste tirado, y eso que yo te había sido sincero.

Nikki se acercó más a él, procurando no tocarle aún. Los ojos azules y grises como el fondo del mar de él no dejaban de escrutarla con curiosidad.

—¿Estás enfadado conmigo aún?

—Un poco, Nikki. Y también cachondo, la verdad. ¿Vienes a solucionar ambas cosas? —la provocó Jay, acariciando con un dedo el borde del vaso que llevaba en la mano.

Nikki puso los ojos en blanco. Sabía que él la estaba desafiando para que reaccionara, así que no se enfadó por la insinuación de que se había quedado cachondo y sin su ligue para esa noche.

—Lo siento. Una parte de mi creía que vendrías a buscarme.

—Me dijiste que no lo hiciera y no lo hice, así de simple. Respeté tu decisión de irte.

—Te debo una explicación.

—Ya lo creo que me la debes.

—Y te la daré, te lo prometo, pero solo he venido a decirte algo. Algo que me cuesta muchísimo decirte porque llevo años reprimiendo lo que siento ante todo el mundo.

Jay no dijo nada, animándola a continuar con el brillo marino de sus ojos. La música pop los rodeaba en un estruendo escandaloso, pero Nikki ni siquiera la escuchaba. Se acercó más a él, acortando distancias, pero sin tocarlo todavía.

—No volveré a huir. Sé que somos de mundos muy distintos y que a veces chocamos. No entiendo la vida que llevas y apenas sé nada de ti; y es una locura porque tú eres famoso y si seguimos viéndonos yo acabaré volviéndome loca y...

—Nikki —la interrumpió él—. Dime lo que me tengas que decir.

—Quiero intentarlo contigo, lo que sea que tengamos. Con todas las consecuencias. Si tú aún quieres, claro.

—Define intentarlo.

—¿Te estás haciendo el duro conmigo? —se enfadó Nikki, cruzándose de brazos. A Jay se le escapó una sonrisa taimada—. Eres un gilipollas de mierda.

—¿Y por qué quieres salir con un gilipollas? —contraatacó Jay, acercando la cara a la suya.

—¡Porque me gustas, pedazo de anormal!

—No puedo decir que no te haya echado de menos —se partió de risa él.

—¡Te juro que...!

Pero Nikki no pudo seguir contestando. Jay la había atrapado por la nuca y sus labios la habían callado violentamente, haciendo que la horrorosa música *dance* y el ruido de alrededor se disipasen en la humedad y suavidad de su boca. El contacto de sus finos labios despertó los sentidos de Nikki, notando cómo la fuerza abandonaba sus piernas y toda su alma se concentraba en el roce apasionado y furioso de Jay en su boca.

No quiso pensar en todo lo que se avecinaba a partir de aquel momento en que las cartas estaban sobre la masa, porque era demasiado vertiginoso y quería disfrutar del momento presente sin más.

—Basta de juegos, Nikki —susurró Jay, abriendo los ojos para mirarla, muy serio.

—Basta de juegos —asintió Nikki, abrazándolo por la cintura.

—Nada de escondernos.

—Nada de escondernos —repitió, buscando su boca de nuevo.

Jay la abrazó contra la barra, sin dejar de besarla con urgencia, en un arrebato incontrolado. Nikki temió que fuera capaz de levantarle el vestido y follársela ahí mismo. El pensamiento la puso infinitamente ardiendo a mil grados.

—Bueno, ahora yo también estoy cachonda.

—Creo que puedo hacer algo al respecto, pero antes... ¿quieres acompañarme a Europa el mes que viene?

TKO

Jay escuchaba solo a medias a los productores de Columbia Pictures que le hablaban del último proyecto de Christopher Nolan.

El prestigioso director quería contar una complicada historia de ciencia ficción mezclada con acción y ambientada en el mundo de los sueños. Habían pensado en él para un papel secundario, pero muy interesante. Compartiría protagonismo con pesos pesados como Leonardo DiCaprio o Tom Hardy. Era un proyecto perfecto para empezar a centrarse más en su carrera cinematográfica y tomarse un merecido descanso de la música. Llevaba cantando, bailando y componiendo sin parar desde los catorce años.

Sus dedos tamborileaban sobre la mesa de la productora, llena de papeles, tazas de café y botellas de agua Evian. No podía sacarse de la cabeza la canallada que Frankie le había dicho a Nikki para espantarla de su lado. Sabía que su representante era un tiburón sin demasiados escrúpulos a la hora de conseguir sus objetivos y que era capaz de todo con tal de proteger sus inversiones. Pero también era eficiente, organizado y con un increíble olfato para detectar el futuro éxito.

Aun así, tenía que hablar con él. Ya no era el adolescente confuso y voluble que Frankie había tomado bajo sus alas a los dieciséis años, cuando el texano se había encargado de manejar los asuntos de Westside Blue. No necesitaba esa clase de protección, ni mucho menos iba a permitir que volviera a coaccionar a Nikki así. Antes de salir hacia la gira europea tendría un cara a cara muy serio con él.

—¿Qué opinas, Jay? ¿Te interesaría una prueba de *casting*?

Parpadeó rápidamente, mientras su mente volvía a las oficinas de Columbia Pictures.

—Por supuesto. Estaré en Los Ángeles una semana más, antes de volver a Nashville.

—¡Estupendo! Intentaremos cuadrar horarios para que puedas reunirte con la directora de *casting* y con Nolan. ¿Necesitas otra copia del guion?

—No es necesario, tengo dos aquí. —Jay palmeó la carpeta con ambos guiones y se levantó para estrechar manos y despedirse de los entusiasmados productores.

Recogió su carpeta y su iPhone, se colocó las gafas de sol y se encaminó a la salida del estudio, sintiéndose satisfecho e ilusionado por aquel proyecto cinematográfico. Era el más serio e imponente que le habían propuesto hasta el momento.

En la puerta de los estudios en Burbank, apoyada contra el capó de su viejo y rojo Mustang del 98 y sorbiendo un enorme café, Nikki le esperaba con los ojos cerrados y la cabeza apuntando al sol. A Jay le dio un agónico tirón en la entrepierna al recordar el sexo ansioso y desesperado que habían tenido la noche anterior en el Four Seasons, tras regresar del Gold Digger.

—¡Eh! ¿Cómo ha ido?

Esta vez fue Nikki quien se apartó instintivamente cuando él fue a besarla en la calle, pero Jay no la dejó retroceder. La atrapó con un brazo por los hombros y le plantó un sonoro y necesitado beso en los labios. Le había dicho la noche anterior que se habían terminado los juegos a escondidas y pensaba cumplirlo.

Tratándose de Los Ángeles, estaba seguro de que, tarde o temprano, los fotógrafos los acabarían descubriendo, así que, ¿por qué no darles material de sobra?

—Ha ido estupendo, creo. Tengo una prueba de *casting* esta semana con Nolan. ¿Vamos a comer y te lo cuento todo?

Rodearon el Mustang y Jay se acomodó complacido en el asiento del copiloto, con Nikki al volante.

—En realidad, tengo que ir a casa a cambiarme y a ensayar con Jetset un par de horas esta tarde. Así que... ¿te dejo en el Four Seasons?

Jay consultó la agenda de su iPhone, solo para comprobar que no tenía la entrevista programada en el *show* de Ellen DeGeneres hasta el mediodía del día siguiente.

—Tengo el día libre. Mañana está la entrevista con Ellen y la cena en casa de Madonna, a la que por cierto te recuerdo que estás invitada.

—No irás a pedirme que me vista de mujer formal, ¿no?

—No, valoro mi integridad y no quiero que me llames gilipollas hoy.

—Gilipollas.

—Misión fallida —se lamentó Jay, provocando la risa de Nikki, que arrancó en cuanto el semáforo se puso en verde—. ¿Por qué no me llevas a Pasadena?

—¿A mi apartamento?

—A donde tú quieras —dijo Jay, repentinamente serio, mirando el perfil concentrado de Nikki en el tráfico las calles de Burbank.

—Te arrepentirás de esto, Jay.

—Lo dudo mucho.

El pequeño apartamento de Nikki, reflejaba a la perfección el alma de ella. Era diminuto y desordenado, como si hubiera pasado por ahí un tifón furioso: había cajas de discos en la pequeña mesa que había frente la tele y el equipo de música, viejos pósteres torcidos de Green Day y The Offspring, y la cama por hacer.

La cocina, con una pequeña barra de desayuno con dos taburetes, daba a la sala de estar, que a su vez hacía también de dormitorio. Solo contaba con un sofá verde oscuro, una cama de matrimonio y un armario. Al fondo, una puerta medio abierta dejaba ver un aseo.

El apartamento olía a café y, en aquel momento, lo inundaba el sol de media mañana. Había algunas cajas de cigarrillos desperdigadas por aquí y por allá, dejando una leve fragancia a tabaco seco flotando en el aire. Jay pensó que nada tenía que ver con su propio apartamento en Nashville: lujoso, impoluto y de estilo nórdico minimalista.

—Dios, qué vergüenza. No he limpiado esta semana, perdona —murmuró Nikki, recogiendo las cajetillas de tabaco y dejando correr el agua sobre las tazas vacías de café.

A él no le importaba el desorden; no esperaba otra cosa de Nikki. Había cosas más importantes en la vida que limpiar y recoger, y la energía furiosa y decidida de ella no se centraba en aquellos aspectos aburridos de la vida doméstica. Se sintió a gusto al instante entre aquellas cuatro soleadas paredes de Pasadena. De debajo de la cama asomó una peluda cara negra, que lo observó con sus curiosos ojos amarillos.

—¡Eh! —exclamó complacido. Se agachó para mirar al animal, que enseguida sacó el resto del cuerpo y se encaminó hacia él. La minina olisqueó con interés la mano que Jay le ofreció y luego se dejó acariciar la cabecita negra.

—Esa es Marvel. Marvel, este es Jay.

—Hola, Marvel. ¿Te gusta vivir en un vertedero?

Nikki se puso roja de rabia y se giró para continuar frotando los platos sucios que había en el fregadero.

—Deja eso, anda. O me obligarás a limpiar contigo.

—Pero es que no puedo ofrecerte un café si no tengo una jodida taza limpia. ¿O no quieres tomar café en un vertedero?

Jay rio y dejó de tocar a la gata, que se sentó en el suelo para empezar a limpiarse. Se acomodó en uno de los taburetes de madera de la barra de desayuno para observar a Nikki pelearse con los platos sucios.

—Se me ocurren otras cosas mejores que hacer.

Ella se giró en silencio.

—Quítate la ropa —le ordenó Jay.

—¿Aquí?

—Aquí.

Los ojos de Nikki parecieron dudar un segundo, pero la promesa de sexo salvaje y sucio en su cocina pareció convencerla. Jay se acarició el labio inferior mientras ella se quitaba primero su sudadera de NOFX. Luego los pantalones y las Vans, seguidos de una ajustada camiseta de tirantes, que cayó al suelo en silencio, hasta quedarse finalmente en ropa interior, apoyada contra la encimera.

—He dicho toda la ropa.

Pensó que Nikki iba a desafiarlo; en vez de eso, se mordió el *piercing* del labio y procedió a quitarse el sujetador. Por último, se inclinó sin dejar de mirarlo a los ojos y deslizó sus braguitas hasta los tobillos, desechándolas a un lado con un elegante gesto del pie.

Jay le acarició la piel desnuda con sus ojos, en un silencio cargado de anticipación. Se detuvo en la forma de sus clavículas y en sus redondos y preciosos pechos solo un momento. Luego bajó la mirada al suave triángulo de vello rubio que palpitaba entre sus muslos tatuados. Abrió un poco más las piernas en el taburete para dejar paso a la erección que comenzaba a crecer dentro de sus tejanos.

—Tócate.

Nikki pareció debatirse entre mandarlo a la mierda o abalanzarse sobre él; un relámpago cruzó sus ojos y Jay no supo si era de excitación o de indignación consigo misma por caer una y otra vez ante él. Pero obedeció. Vio como los dedos con las uñas pintadas de negro desaparecían entre sus piernas, provocándose ella misma un profundo y complacido suspiro de satisfacción.

Desnuda y de pie, vulnerable y excitada, Nikki se tocó para él bajo la luz que entraba por la ventana de la cocina. Sus suspiros se fueron elevando poco a poco hasta convertirse en hondos gemidos que anunciaban un orgasmo inminente.

—¿Es que no vas a hacer nada? —suplicó ella, a punto de dejarse ir.

—Hoy mando yo. Sigue y córrete para que yo te vea.

Estaba lo suficientemente cerca de ella para fijarse en cómo la piel pálida de Nikki se erizaba por el placer, mientras unas pequeñas convulsiones se la llevaban a su propio cielo. El cabello negro de Nikki estaba alborotado y algo encrespado por el calor condensado que flotaba en la

cocina. Aún no había recuperado el habla, pero lo miraba fijamente, con el pecho subiendo y bajando.

Jay se levantó y rodeó la barra de desayuno, desabrochándose el cinturón de sus tejanos y bajando la cremallera para liberarse. Sin pedirle permiso, la agarró de la cintura y la subió al frío mármol de la cocina.

Ni siquiera necesitó prepararla. Nikki estaba húmeda y resbaladiza, ansiosa y violenta por la situación. La sensación de follársela fue maravillosa y Jay tuvo que detenerse un instante para cerrar los ojos y concentrarse en no correrse en pocos minutos.

—¿Cómo lo haces? —le susurró Nikki, desnuda en todo su esplendor, pegada a él. Jay abrió los ojos para besarla con avidez, primero en la boca, luego en el cuello y bajando por la clavícula y los hombros.

—¿Cómo hago el qué? —logró responder a duras penas, empezando a entrar y salir deliciosamente de su interior regado por la excitación.

—Dejarme así, noqueada por ti.

—El sentimiento es mutuo, Nikki.

Cuando ella lo abrazó con cuerpo y alma, Jay supo que se estaba enamorando como un estúpido adolescente sin cabeza por primera vez en años. Quizá se había enamorado de ella la primera noche: un total *KO* en toda regla.

Girl all the Bad Boys Want

De buena gana Nikki hubiera cancelado el ensayo de Jetset, pero era demasiado tarde para avisar a sus compañeros de que prefería quedarse en casa follando con un príncipe del pop.

A su lado, apenas cubierto por una sábana, Jay dormía de espaldas. Desnudo y con una pierna flexionada, respiraba profundamente con el rostro relajado y el pelo un poco revuelto. Observó cómo, sin gomina o productos capilares que lo domasen, el pelo rubio ceniza de Jay se ensortijaba ligeramente hasta crear unos pequeños rizos, muy similares a aquellos que lucía en los primeros años de su carrera. Nikki recordó los pósteres de su prima Cassie una vez más, sin poder evitar un vuelco en el corazón al reconocer en ellos al mismo hombre desnudo y mil veces más atractivo que ahora dormía en su cama.

No quiso despertarle para decirle que se iba al local de ensayo. En lugar de eso, escribió la dirección del lugar en un papel y lo dejó en la mesita de noche, junto al iPhone de Jay. Se vistió en silencio con unos tejanos anchos y una camiseta oscura de Green Day y, tras peinarse un poco el pelo, depositó un imperceptible beso en la mejilla de Jay.

Cerró la puerta de su apartamento con cuidado para no despertarlo y bajó la calle Union dirección a East Green, donde tenían desde hace años un local alquilado en The Den Records. Ya había oscurecido cuando Nikki llegó, a pesar de que el local de ensayo estaba a solo diez minutos de su casa.

—¿Por qué estás tan feliz? —inquirió Keith nada más verla entrar, mientras tocaba el bombo una y otra vez.

—Hola a ti también, Keith.

—Yo lo sé. Ha follado a base de bien —soltó Jason con una risita—. Y ya sabemos con quién.

—¿Con quién? ¿Lo conocemos? —preguntó Tom, el nuevo y flamante guitarra de Jetset, toqueteando las cuerdas de su guitarra— ¿Es alguien del Burgundy Room?

—Es realidad no quiero hablar de ello. ¿Nos ponemos a tocar o no?

—Joder, llega la última y encima no nos deja cotillear —se quejó Jason.

—¿Empezamos con *Destruction Row*? —suplicó Nikki. Enchufó el micro y probó un par de notas para comprobar cómo se escuchaba.

Cuando los cuatro estuvieron preparados, empezaron a tocar. Tom encajaba bien y se sabía las canciones de Jetset sin muchos errores, pero se necesitaba algo más que eso para funcionar como grupo. Por eso eran necesarios los ensayos constantes.

El cuerpo de Nikki se relajó cuando pudo refugiarse en la música y en las letras que ella había escrito, olvidando por momentos quién estaba en su casa durmiendo sin ropa.

Tocaron durante un buen rato, puliendo detalles de canciones e improvisando un poco para encontrar nuevos temas. Nikki había escrito algunas cosas mientras había estado en Chicago;

tenía ganas de empezar a componer de nuevo y comenzar a grabar el segundo disco cuanto antes. Su legión de fans estaba creciendo por momentos, demandando más conciertos y más música, y esta vez quería hacer algo diferente, algo que nunca se había atrevido a hacer antes —porque Brett jamás lo hubiera permitido. Estaba a punto de comentárselo a Tom, Keith y Jason, cuando recibieron una visita inesperada.

—¿Se puede? —preguntó Brett, golpeando la acolchada puerta del estudio.

Se quedó paralizada. En parte por el miedo a desencadenar otra pelea con su exnovio y en parte por el asco que le provocaba verlo ahí, con cara de arrepentimiento y de no haber roto un plato en su vida. La misma cara que siempre traía cuando regresaba a ella y le prometía que jamás volvería a ponerle un dedo encima.

El resto de sus compañeros pararon de tocar al instante. Keith no tardó apenas ni un segundo en levantarse de la batería e interponerse entre ella y Brett, poniendo su cuerpo a modo de escudo.

—Solo quiero hablar. —El chico levantó las manos en señal de rendición.

—La última vez que hablaste, Nikki acabó con el cuello lleno de moratones. Yo de ti me largaba —espetó Keith, amenazante.

Nikki no podía hablar. Su cuerpo estaba inmóvil y su lengua sin fuerza para articular palabras. Sintió rabia al notar como aún, después de todo, sentía miedo a ser golpeada de nuevo. Lo sentía incluso rodeada de sus dos mejores amigos.

—Tíos, voy a salir a fumar un cigarro y así habláis con calma. —Tom apoyó la guitarra en la pared y salió del local en silencio, procurando no tocar a Brett, como si este estuviera apestando.

—Vamos... Hemos grabado un disco juntos. Nos conocemos desde el instituto, tíos.

Jason también se había colocado frente a Nikki, haciendo barrera con su cuerpo. Ella se llevó los dedos a su cuello, donde las marcas físicas de la última agresión de Brett ya habían desaparecido, pero las huellas invisibles de los dedos de su exnovio estaban marcadas a fuego en su garganta, y parecían palpar fantasmagóricamente en la presencia de su creador.

—No quiero ponerme borde, pero una cuarta parte de todo *Red Carpet is our Rebellion* me pertenece, y puedo reclamar derechos.

—Colega, nos autoproductimos el disco —espetó Jason—. No hay discográfica a la que reclamar nada.

—No la hay... aún —comentó Brett con total tranquilidad, clavando la pupila de su ojo oscuro en Nikki.

—¿Qué coño significa eso?

—Lo sabéis de sobra. He visto cómo han subido las reproducciones en Youtube y iTunes. Los seguidores de Facebook han crecido a lo loco desde que ese tipo famoso retuiteó el mensaje de Nikki. Nuestro contrato discográfico está al caer.

—¿Eso es lo único que te importa, Brett? ¿Y lo que le has hecho a Nikki?

Esta tragó saliva y se abrió paso entre sus dos amigos para encarar a su maltratador. Brett la miró con cara de pena. Era demasiado convincente.

—Nikki... Sé que no siempre he hecho las cosas bien. Estoy en terapia para controlar la agresividad y creo que puedo cambiar. El grupo no me importa. En realidad, solo me importas tú.

Los ojos negros de Brett parecían arrepentidos, tiernos, afables. Como siempre que se peleaban y cortaban y él volvía con el rabo entre las piernas; un lobo escondido tras una inocente piel de cordero.

—No voy a volver contigo. —La frase escapó de su boca antes de que pudiera controlarla.

Era la primera vez en su vida que se negaba a volver con Brett—. Estoy con otra persona.

La cara de su exnovio cambió de repente: de la calma al enfado, entornando los pequeños ojos y frunciendo el ceño.

—¿Y con qué gilipollas estás tú? —masculló Brett.

—Está conmigo —dijo una voz suave y calmada desde la puerta del local de ensayo. Una voz apacible, tranquila y segura de sí misma.

Apoyado en el marco de la puerta, desde su metro ochenta y cinco de altura, la mirada gris azulada de Jay parecía sosegada —pero firme como una roca— cuando Brett se dio la vuelta y lo vio ahí.

—¿Tú...?

—Yo —respondió Jay, impasible.

—¿Has terminado de decir lo que tenías que decir, Brett? —preguntó Keith, señalándole la puerta.

—Esto no quedará así.

Nikki se encogió —su cuerpo reaccionando al miedo irracional—, a pesar de que Brett jamás se atrevería a tocarla con sus mejores amigos ahí y su... Con Jay Martin. Este no se movió de la puerta para dejar salir a Brett, que lo empujó furiosamente con un hombro, no sin antes mirarlo como un gallo con ganas de pelear.

—Voy a hundirte en la mierda, nenaza.

—Buena suerte, Brett —respondió Jay, muy tranquilo—. Si me vuelvo a cruzar contigo, esta nenaza te partirá la cara.

Un estrepitoso portazo les anunció que Brett había abandonado el local. Nikki seguía temblando cuando los brazos de Jay la rodearon y todo pareció calmarse de repente entre ellos.

Don't Go Breaking My Heart

El ensayo acabó en cuanto aquel gilipollas de Brett salió por la puerta. Los ánimos estaban enturbiados por la presencia del exguitarrista del grupo y eso se notaba en el ambiente. Nadie quería continuar tocando.

Jay observó a Jason y Tom recoger sus cosas e irse, no sin antes invitarles a acompañarlos a un sitio llamado The Burgundy Room, pero Nikki aún parecía estar en *shock*; dudaba mucho que quisiera ir a algún lado, y menos a un sitio público que le recordase a Brett.

—Oye —le susurró Keith con sus platos de batería bajo el brazo y la chaqueta puesta, listo para irse. Nikki los había dejado en la sala de ensayo para salir a fumar a solas—. Ten cuidado con Brett. Y vigila a Nikki. Es fuerte, pero no sé si esta situación la sobrepasa. Nunca la había visto tan... paralizada.

—¿Crees que ese cabrón podría intentar algo?

—Hace años te hubiera dicho que no, pero ya no estoy seguro. Es como si fuera otro Brett, no el colega que yo conozco.

—Puedo conseguir protección para Nikki, pero creo que deberíamos denunciarlo.

—Estoy de acuerdo —asintió Keith, alargando la mano para estrechársela amistosamente—. Pero ella no querrá. La conozco. ¿Os veremos luego en el Burgundy?

Jay se encogió de hombros.

—Nikki manda.

—¿Yo mando?

Había un ligero tono risueño en la voz de ella, aunque parecía quebrada a la vez. Como si quisiera mantener la calma, pero por dentro estuviera temblando. Keith se despidió de ambos y, al quedarse solos, Nikki cerró la puerta del pequeño local; se sentó sobre un amplificador, escondiendo la cara entre las rodillas y los brazos. Jay escuchó cómo exhalaba una y otra vez. Se sentó cerca de ella, preparado para ayudar si le daba un ataque de pánico.

—Me odio a mí misma —comentó en voz baja.

—No es tu culpa. Él es el cabronazo.

—Puede... Pero, ¿por qué sigo temblando en su presencia? Es como si aún tuviera poder sobre mí. Me siento una cobarde. —Nikki levantó la vista y lo miró con los ojos azules y acuosos—. Me paso la vida escribiendo y cantando canciones contra el acoso y las injusticias y, sin embargo, soy incapaz de plantar cara a mi propio abusador. Soy un fraude.

—No lo eres. A veces somos contradictorios, y es más fácil gritar contra una injusticia que no nos toca directamente. Sé que no es lo mismo —sonrió Jay, atrapando una de sus manos entre las suyas y besándola con cariño—, pero yo le canto al amor y llevo años sin enamorarme.

—¿Desde Ameer?

—Sí, creo que sí. ¿Y tú?

—Creo... Creo que nunca he estado enamorada de verdad. Empecé tan joven con Brett... ¿Qué sabía yo del amor y las relaciones? Cero. Nada. —Nikki hizo el gesto del cero juntando sus dedos índice y pulgar con frustración, y Jay no pudo evitar sonreír un poquito.

—Nadie sabe nada en su primera relación. Nos equivocamos todos, aprendemos y seguimos adelante. Algunos mejor que otros —bromeó Jay, notando cómo ella le apretaba la mano.

Por un momento quedaron en silencio, mirándose el uno al otro. En el aire flotaba algo parecido a la comodidad y a la intimidad, más allá de la atracción física. Y, aunque la conocía tan poco... Jay sabía que podía confiar en ella. Y que ella confiaba en él. A regañadientes y protestando, pero lo hacía.

—Dime por qué —dijo Jay.

—Porque eres dulce, atento y sensible —respondió Nikki al instante, intuyendo lo que él le preguntaba—. Somos de mundos diferentes, pero sé que nunca me harías daño. Y quiero que siempre sea así entre ambos.

—¿Y si nos equivocamos?

—Entonces espero que nos equivoquemos durante mucho tiempo.

—Esa es toda una declaración —bromeó Jay.

—Lo es. Ya te lo dije: se acabó jugar.

—No más juegos. Estamos juntos.

Nikki se sentó encima de él y lo rodeó con sus brazos tatuados, estrechándolo muy fuerte contra ella. El perfume de su piel se coló en su nariz, recordándole lo que habían estado haciendo aquella misma tarde en el apartamento de ella. Jay la apretó contra él. Pegados el uno al otro, sin hablar, perdidos en el estrecho lazo de lo que había crecido en muy pocas semanas entre ellos.

En aquel abrazo, Jay supo distinguir la profunda necesidad que ambos sentían de ser cuidados y queridos; sin importar lo que hubieran hecho en el pasado, ni de dónde venían. Nikki necesitaba ser respetada y que la trataran bien, y él ansiaba ser amado por él mismo y no por ser el maldito Jay Martin. ¿Era un maldito milagro el que se hubieran encontrado en aquel Hilton de Nueva Orleans?

—Por favor, no me rompas el corazón —le susurró Nikki, sin levantar la cara de su cuello ni soltándose de su abrazo.

—Lo mismo digo —le pidió Jay, dejando un minúsculo beso detrás de su oreja.

Jay solo pudo pensar en dos cosas. Una: que se estaba enamorando como un puto adolescente descontrolado, y dos: que aún le debía una verdadera primera cita a Nikki. Y así se quedaron, entrelazados en su propio mundo, durante lo que parecieron horas. O una vida entera.

Lifestyle of the Rich & Famous

Nikki sentía una profunda mezcla de vergüenza y alivio. Vergüenza por haberse quedado paralizada una vez más ante Brett. ¿Es que nunca iba a ser capaz de sobreponerse y superarlo, demostrando la misma energía y fuerza que tenía cuando se subía a un escenario?

Y alivio. Alivio por la aparición de Jay en el local. Alivio por el largo abrazo que siguió cuando se quedaron a solas y que había resultado mucho más íntimo que cualquier sesión maratónica de sexo. Alivio por haber pronunciado en voz alta su mayor temor y haber abierto un poco más su corazón. Nunca le había resultado fácil hacerlo, y menos con Brett, que utilizaba todo lo que ella decía o sentía como arma arrojadiza en cuanto se enfadaba.

Las murallas que los dos habían erigido para no ser heridos parecían vencidas y ambos se sentían conectados a través de un pasaje, secreto e invisible, que solo ellos podían recorrer.

Después de aquel momento tan dulce y significativo para Nikki, no hubiera podido ir al Burgundy Room a beber y bailar como si tal cosa. En vez de eso, invitó a Jay a comer una hamburguesa en el Lucky Boy, que quedaba a medio camino entre el local de ensayo y su apartamento en la calle Union.

Al poner un pie en la calle y empezar a andar bajo la templada noche primaveral de Pasadena, Jay carraspeó a su lado, como si estuviera a punto de hacer una travesura. Y así, sin más, él la cogió de la mano, en un eterno gesto adolescente que los sonrojó a ambos. Nikki no se la soltó.

Era consciente de que los empezaban a mirar por las animadas calles de Pasadena. Jay era conocido a nivel mundial, pero su fama alcanzaba su máxima vorágine en Estados Unidos, donde era especialmente popular. Y ya no solo por la música; se estaba abriendo paso como actor, había aparecido muchas veces en varios programas de entrevistas nocturnos e incluso había participado en bastantes ocasiones en el *Saturday Night Live*. Nikki supuso que esa era su vida desde hacía mucho tiempo: ser eternamente observado entre cuchicheos a cada sitio al que fuera, molestado para tomarse fotos y firmar autógrafos.

No habían caminado ni cinco minutos cuando Jay tuvo que pararse con un grupo de cuatro chicas para atender sus demandas. Habló con ellas, se hizo fotos y bromeó con su encantador acento sureño. Las chicas, aproximadamente de la edad de Cassie, lo miraban soñadoras. Y a ella la observaban con infinito recelo.

—¿Es... tu chica, Jay? —preguntó una de ellas con total descaro, cogiéndolo del brazo.

Él levantó la vista del papel que estaba firmando y la miró, risueño.

—Pues no lo sé... Nikki, ¿eres mi chica?

Se quedó blanca ante la pregunta y las miradas ofuscadas de las admiradoras, que demandaban una respuesta. Una respuesta negativa, a poder ser. Nikki tragó saliva y metió las manos en sus tejanos anchos, queriendo desaparecer bajo la vieja camiseta de Green Day.

—Sí, lo soy —contestó con una mueca incómoda. Jay rio como única respuesta. Gilipollas cabrón.

—Oh... —se lamentaron las cuatro desconocidas a la vez, a todas luces decepcionadas.

—Cuidaos, chicas.

Jay la volvió a tomar de la mano y siguió andando como si nada, sin poder borrar la sonrisa satisfecha de su cara.

—Eres un gilipollas, Jay Martin.

—Bueno, pero solo en días impares.

Sentados bajo la incómoda luz blanca del Lucky Boy, ambos devoraron sus hamburguesas, patatas y refrescos. Hablaron de la gira europea de Jay, de los planes futuros para Jetset y de la vida en Nashville y en Pasadena, burlándose el uno del otro por ser de lugares tan dispares.

Nikki reía robándole las patatas fritas ante la frustración de Jay, que acabó metiéndose en la boca un buen puñado de ellas para evitar más hurtos. Nikki respondió besándolo y arrancando de su boca las patatas que sobresalían de ella. Jay la tomó del cuello y le aplastó lo que le quedaba de patatas en la cara, riendo sin parar y provocando que algunas miradas del resto de comensales se clavaran en ellos.

O sea que eso era tener una relación real... Una relación en la que podía ser ella misma, decir lo que quisiera sin miedo a represalias, sin chantaje emocional, sin temor a reírse escandalosamente en mitad de una hamburguesería grasienta de mala muerte.

Tras la cena pasaron por un 7Eleven para comprar cerveza y galletas de chocolate porque, al parecer, Jay era adicto a las Chips Ahoy y necesitaba comerlas al menos una vez al día.

—No sé cómo puedes estar en tan buena forma comiendo así —rio Nikki, dejándose caer en el sofá de su apartamento, viendo cómo Jay devoraba una galleta tras otra.

—*Fimnafio* —respondió él con la boca llena.

—Ya, el gimnasio —rio Nikki—. ¿Es que acaso tienes doce años?

Observó cómo Jay se había quitado las Adidas blancas, quedándose cómodamente descalzo sobre el sofá. Era un gesto inequívoco de que estaba a gusto ahí. Y que Marvel, su desconfiada gata, saltara a los pocos minutos sobre sus piernas para demandar atención de aquel nuevo visitante, también era una buena señal. Jay le acarició el mentón a la gata, que ronroneó de placer por la atención recibida. Pocos segundos después, se hizo un ovillo en su regazo y se quedó dormida a pierna suelta sobre los carísimos pantalones Diesel grises de Jay.

Nikki pensó que un hombre amable con los gatos tenía que ser por obligación un buen hombre. No había muchos que se llevaran bien con los felinos. Brett odiaba a Marvel. Y el sentimiento era mutuo. En cambio, Jay parecía encantado con las atenciones de la gata.

—Cuéntame algo de ti que no sepa —dijo Nikki de repente.

Jay tragó una galleta más y se sacudió las migas en la mesita de café, procurando no molestar a Marvel.

—Seguramente hay muchas cosas de mí que no sepas.

—Está bien, entonces dime alguna que te dé mucha vergüenza.

—Seguramente hay muchas cosas de mí que me da vergüenza que sepas.

—¡Jay! —se frustró, dándole un golpe con el pie en la rodilla.

—Está bieeen. —Le hizo un gesto con el dedo para que se acercara, como si fuera a hacerle una confidencia. Nikki obedeció—. Juego al golf. Me encanta el golf. Incluso he participado en algún campeonato.

—¿Qué? ¿En serio? Dios, no se puede ser más pijo, tío —sacudió la cabeza Nikki, bebiendo de su cerveza—. Ni de coña voy a ir a verte jugar, ya te aviso.

—No me hablarías así si vieras el culo que se me marca cuando ejecuto un *backswing*.

—Esa es una buena manera de convencerme.

—Tu turno. Cuéntame algo que nadie sepa de ti.

—Pues... Quiero escribir una canción de *punk rock* diferente. Diferente a todo lo que se haya escuchado hasta ahora.

Jay pareció interesado. Abrió los ojos y levantó las cejas con mucho interés, sin dejar de acariciar a Marvel.

—¿Diferente en qué sentido?

Nikki acarició el cuello de la botella de cerveza, perdida un momento en sus propios pensamientos. Hacía tanto tiempo que aquella idea daba vueltas en su cabeza... Una canción que reflejara su amor por el *punk rock*, pero que mezclara elementos musicales que llevaba años escuchando a sus padres. Elementos de *rock* clásico sinfónico.

Frank y Margaret Ellis eran dos locos del *rock* de los sesenta y los setenta. En su casa siempre se habían escuchado grupos como Frank Zappa, Led Zeppelin o Queen, en un viejo ritual que implicaba sentarse en el destartado sofá de la sala, poner un enorme vinilo en el reproductor y relajarse sin hacer nada más que escuchar música con una buena taza de café en la mano. Un ritual que Nikki había continuado haciendo en solitario en cuanto se mudó al apartamento de la calle Union.

Quería escribir una canción con la energía de Green Day pero que sonara con la potencia de Queen, en homenaje a sus padres. ¿Era eso posible? Nunca había logrado reunir la valentía de plantearlo dentro del núcleo de Jetset. Lo había intentado aquella tarde, pero Brett lo había interrumpido todo con su inoportuna aparición.

—Yo podría ayudarte, si quieres —se ofreció Jay cuando ella terminó de hablar—. En mi apartamento de Nashville tengo un pequeño estudio en el que podemos grabar cosas sencillas. Y toco la guitarra.

—¿También tocas la guitarra?

—Claro.

—¿Es que eres el puto hombre orquesta?

—No, no se me da demasiado bien el xilófono —bromeó, encantado a todas luces con su frustración—. Me parece una idea muy interesante lo de mezclar géneros musicales. Te lo digo por experiencia. Eso sí, puede salir muy bien... o muy mal.

—Lo sé. Tengo miedo de que nunca suene tan bien como en mi cabeza, ¿sabes?

—Cuéntame de qué va la canción.

—Me da vergüenza.

—No me creo eso viniendo de una mujer que me la chupó en un camerino con su novio aporreando la puerta.

—Bueno, pues me da vergüenza, ¿vale?

—Está bien. Te propongo un trato: me lo cuentas en Nashville, cuando estemos en mi casa. En mi estudio. Y a partir de ahí, si te apetece, podemos seguir con esa canción que revolucionará el mundo del *punk rock*.

—Qué exagerado eres... —rio Nikki, sacudiendo la cabeza—. Un momento, ¿Nashville?

—Tengo que volver a finales de semana a casa, descansar un poco y luego... La gira por Europa. Sé que aún no me has dicho si vendrías, pero soy un hombre optimista al respecto y

espero que me digas que sí.

—No sé qué hacer, la verdad. Es que todo va tan rápido y es tan loco... Ni siquiera había pensado en cómo llevar esto, viviendo tú en Nashville y con tus giras y yo atada en Pasadena. Tengo a mis padres y a mis amigos aquí...

—Cruzaremos ese puente cuando nos lo encontremos.

Jay apartó a Marvel con cariño y la dejó sobre el sofá. Acto seguido se levantó y se despidió.

—Tengo un día un poco largo mañana. ¿Te importa si nos vamos a la cama?

—Ay, joder, es verdad. El *show* de Ellen y la cena con Madonna. —Nikki entró en pánico, recordando que estaba invitada a la casa de la indiscutible reina del pop.

Había un evento en Los Ángeles y tenía que trabajar con su padre en la caravana hasta la tarde. Luego tendría el tiempo justo para ducharse, vestirse y acudir con Jay a la mansión que la diva tenía en las colinas de Hollywood.

—¿Me verás mañana en la entrevista con Ellen?

—Lo intentaré.

Europa, Nashville, Madonna, Ellen DeGeneres... «¿Desde cuándo su vida se había convertido en aquello?», se preguntó Nikki, deslizándose dentro de su cama junto a un agotado Jay. ¿Cómo iba a estar ella a la altura de todas las cosas que se avecinaban y para las que nadie la había preparado?

Pero dejó de preocuparse por ello cuando Jay la abrazó por la cintura y la apretó contra él. Si ese era el precio que tenía que pagar para estar junto a aquel extrañamente amable, dulce y atractivo hombre, encontraría la manera de hacerlo.

Pop

Conocía a Ellen DeGeneres desde hacía años. Lo había entrevistado con Westside Blue muchas veces y también desde que había emprendido su propia carrera en solitario, así que no estaba nervioso. Llevaba demasiado tiempo en aquel mundo para perder la calma. Siempre se lo pasaba bien en su programa y disfrutaba enormemente de esa parte de su trabajo. Las entrevistas al uso podían llegar a ser bastante aburridas cuando ya llevabas unas cuantas a tus espaldas, pero si tenías delante una profesional como Ellen, todo era más llevadero.

Bajo la luz de los focos del plató, Jay contestó a todas las preguntas y bromeó con Ellen durante un buen rato, hasta que la popular presentadora anunció una sorpresa inesperada.

—Jay, mira ahí detrás —le señaló Ellen, guiñándole un ojo.

Detrás de un panel con el nombre impreso del *show* de Ellen aparecieron, para su gran sorpresa, el resto de sus viejos compañeros de banda. Stan, Gavin, Joey y... por supuesto, el cabrón de Blake, al que había visto dos días antes y no le había dicho nada de aquella encerrona.

Pero verlos ahí a los cuatro llenó a Jay de una inusitada alegría: saltó del sofá para abrazarlos a todos en un impulso irrefrenable, entre los aplausos entusiasmados y los gritos exaltados de la audiencia presente en el plató. Hacía casi cinco años que no aparecían todos juntos en público.

—Tíos... —Jay se fundió en un cálido abrazo con Stan y Joey, mientras Gavin le daba una cariñosa palmadita en la espalda.

No pudo evitar emocionarse rememorando la última vez que los focos les habían iluminado a los cinco, en su postrera aparición como Westside Blue. Había sido hace mucho, en una última actuación en la MTV. Para entonces, los ánimos de todos estaban decaídos y habían dejado de sentir aquella amistad y compañerismo que siempre había caracterizado las relaciones internas de Westside Blue.

—Esta no te la esperabas, ¿eh? —lo saludó Blake, burlón.

—Cabrón, no me dijiste nada el otro día.

—Era una sorpresa, hombre.

Ellen los condujo al sofá del *show* y pidió calma entre la audiencia para poder proseguir con el programa. Jay se sentó en un extremo del sofá, junto a Stan y con Joey al otro lado. Gavin y Blake se colocaron detrás de ellos, en sendos taburetes.

Entre risas y bromas, Ellen los sometió al divertido juego de «Yo nunca», al que tenían que contestar con carteles. Tuvieron que confesar entre carcajadas que todos habían echado un polvo con alguna fan, entre otras cosas que sacaron auténticas risotadas a la audiencia. Para su desgracia, Jay tuvo que admitir haber tenido un efímero lío con una Spice Girl.

La entrevista acabó con grandes aplausos y Jay se retiró junto a sus compañeros a los camerinos. Decidieron salir a comer algo juntos y ponerse todos al día.

Dejaron los estudios de la Warner en Burbank y se metieron alborotados como adolescentes

en la primera cafetería que encontraron, donde pidieron hamburguesas y batidos, como habían hecho durante años en las giras de Westside Blue en cada sitio que podían.

Stan les contó que estaba a punto de participar en un *reality show* relacionado con la música *country*, lo que provocó la burla del resto. Joey, en cambio, había tenido algunos papeles secundarios en películas, pero estaba centrado en su extensa familia. Se había casado y tenía ya cuatro hijos. El mundo de la música parecía algo muy lejano para él.

Jay se alegró de que Gavin ya no le guardase ningún rencor por haber dejado Westside Blue. Era quién peor lo había llevado y lo había culpado durante bastante tiempo de haber acabado con la gallina de los huevos de oro. Pero ahora estaba centrado en su carrera como productor, al igual que Blake. Además, les anunció sus intenciones de salir oficialmente del armario, al fin.

Aquella noticia sorprendió y alegró a Jay a partes iguales. Gavin había sufrido mucho siendo gay dentro del agobiante ambiente de una *boy band* destinada a chicas. Jay lo había visto fingir demasiadas veces con demasiadas mujeres solo para mantener la imagen que la discográfica les demandaba. Su propio sufrimiento no era nada comparado con el de Gavin.

—Hostia, vosotros sabéis lo difícil que era estar en una jodida *boy band* y ser gay —se lamentó Gavin, quien había lidiado y escondido su orientación sexual durante años, incluso después de dejar la banda—. Estoy harto. Quiero casarme, tener hijos y dejar de fingir que soy un guaperas hetero como vosotros.

—¿Estás saliendo con alguien? —se interesó Jay, sorbiendo su batido de Chips Ahoy.

—Bueno, sí, estoy tonteando con uno. Es de Nueva York. Así que me paso las semanas en el avión, de Mississippi a Nueva York. Es jodidamente complicado tener una relación así.

—¿Te mudarías a Nueva York por él? —preguntó Blake, mirando de reojo a Jay. Jay comprendió que era su manera de presionar para averiguar si él sería capaz de mudarse a California por Nikki.

—Claro, sí. Me lo plantearía si empezamos a ir más en serio.

—Oye, he escuchado *NextPopSounds* y me encanta, por cierto —comentó Stan—. Ahora dínos la verdad, ¿a quién le has escrito ese disco? ¿Y quién es la afortunada a la que le cantas *My Infatuation*, eh?

—Sois unos cotillas de cuidado —rio Jay—. No he escrito el disco para ninguna chica. No estaba con nadie cuando lo compuse. Ya sabéis, solo son canciones.

—Pero ahora sí está con alguien —soltó Blake con una risita.

—Ya tuviste que soltarlo... Te juro que eres el hombre más indiscreto de toda California, Blake.

—¿Con qué famosa estás esta vez? —se burló Joey.

—No es famosa. O al menos, aún no. Canta en un grupo de *punk rock*, Jetset. Se llama Nikki, tiene veinticuatro años, es de Pasadena y... estoy loco por ella, tíos.

—Ding, ding, ding; esto huele a Jay encoñado como siempre —se rio Gavin.

—No, joder. Creo que esta vez es diferente. Veréis... No tenemos nada que ver, ella odia mi música.

—Normal, eres un auténtico coñazo cantando —le tomó el pelo Blake. Todos aplaudieron y Jay puso una falsa cara de mortificación.

—Pero es apasionada y valiente y desafiante y decidida. Es distinta. Y me encanta por ello.

Jay les explicó, sin entrar en demasiados detalles, cómo había empezado todo: desde los diferentes que ambos eran, pero a la vez lo próximos que se sentían el uno del otro, hasta acabar contándoles el desagradable incidente con Frankie que había terminado con Nikki largándose de

Chicago. Esto le recordó a Jay que aún tenía una seria charla pendiente con su representante antes de partir hacia Europa.

—Vaya, vaya, el puto Frankie —se quejó Stan, sacudiendo la cabeza—. No sé cómo lo aguantas todavía. Me alegra haberme librado de él al dejar Westside Blue. Ese tipo nunca te dejará en paz, Jay.

—¿A qué te refieres? —Jay apartó su plato y miró fijamente a su excompañero.

—Siempre has sido su gran apuesta, incluso cuando estábamos todos en Westside Blue. Es un cabrón manipulador.

—Bueno, admito que es un poco frío y calculador, pero como representante ese es su trabajo. Es normal que sea así.

—Pero no es su trabajo elegirte las novias, hombre —apuntó Gavin. A su lado, Blake asintió en silencio.

—Frankie siempre te favoreció, Jay. Parece mentira que no lo sepas. Te llevó por el camino que él te marcó desde que empezamos con el grupo —comentó Blake—. ¿Recuerdas que al principio tú y yo éramos las voces principales, porque estos tres aquí presentes son unos inútiles cantando?

—¡Eh, colega! —protestó Stan, entre las risas de los demás.

Blake lo ignoró con un ademán y continuó, mirando a Jay a los ojos con una mezcla de pena y compasión:

—Cuando todo empezó a venirse abajo y tú comenzaste a sentirte más y más incómodo dentro del grupo, Frankie potenció todo eso. Cuando lanzamos *Famous*, tú ya eras la voz principal de Westside Blue y yo me quedé más al margen.

—Eso no es cierto —se quejó Jay, profundamente incómodo con aquella conversación. Blake nunca le había hablado de ello.

—Sí que lo es —afirmó Blake. Gavin, Stan y Joey lo secundaron asintiendo con la cabeza. Parecían tristes, mas no enfadados—. En el vídeo de *Pop* tú chupabas más cámara que nadie. No pretendo tirártelo en cara. Frankie sabía que el grupo estaba a punto de saltar por los aires y que tú eras su mejor baza para seguir ganando dinero sin parar.

—Siempre he creído que sin Frankie detrás, Westside Blue hubiera seguido mucho más tiempo —dijo Gavin, mirando su comida con los ojos perdidos en los cientos de recuerdos que todos habían acumulado juntos.

Un silencio triste se aposentó entre los cinco. Jay se sintió infinitamente culpable, aunque sabía que ninguno de sus amigos le guardaba rencor. Ya no, al menos; aunque jamás le habían dicho nada de todo aquello. Y él nunca se había dado cuenta de que, quizás, Frankie llevaba años manipulándolo a su antojo.

—Pero todos nos alegramos de tu éxito en solitario, Jay —dijo Stan—. Frankie hizo bien en apostar por ti. Tienes un talento enorme y aún llegarás más lejos, estoy seguro.

—Así es —comentó Gavin con una sonrisa, apretando el hombro a Jay—. Te veremos ganar muchos Grammys en el futuro. Y lo celebraremos contigo.

—Por supuesto —apoyó Joey.

—Pero tíos, yo... lo siento —se disculpó Jay, hundido en los remordimientos.

—Lo sabemos. No hay nada que lamentar —dijo Blake—. Y ahora enséñales a estos perdedores una foto de tu chica.

—¡Eso! ¡Queremos conocer a la futura señora Martin! —se alborotó Gavin, aplaudiendo con entusiasmo.

Jay acabó por claudicar y por unirse al alboroto general cuando sacó su iPhone y les enseñó a Nikki. Todos, excepto Blake que ya la había visto hacía un par de días, se sorprendieron al ver su aspecto. Definitivamente, la prensa se iba a ensañar con ellos en cuanto las primeras fotos se filtraran. No es que le importara, pero quería estar preparado.

Y, sobre todo, quería que Nikki estuviera lista para todas las críticas e insultos que iba a recibir de sus legiones de fans. Twitter podía ser un lugar horrible a veces y, en el mundo del pop, las cosas podían tener una cara muy fea y desagradable.

—Tíos —dijo Jay en un impulso, cuando terminaron de comer y salieron bajo el soleado día de Burbank—. ¿Y si volviéramos a reunir a Westside Blue para una gira?

Gavin, Blake, Stan y Joey lo miraron como si se hubiera vuelto loco de remate. Jay se sentía feliz y entusiasmado ante aquella idea, y pronto sus viejos excompañeros se unieron a él con el mismo frenesí. Los cuatro dijeron que sí, y en los ojos de todos brillaba una ilusión que hacía años habían perdido. Se abrazaron como locos, sin parar de hablar y gritar, como si volvieran a ser aquellos tontos e inocentes adolescentes que habían sido juntados por una discográfica para triunfar.

Westside Blue volverían a salir a la carretera. De forma temporal y por una sola vez, pero volverían. Jay sonrió mientras volvía al Four Seasons de Los Ángeles, pensando en la cara de horror que pondría Nikki cuando se lo explicara todo aquella noche. Pero antes de eso debía prepararse para cenar con Madonna, por supuesto.

I'd Do Anything

—Estás muy callado... ¿Es por la entrevista de Ellen? Porque ha sido bastante divertida — comentó Nikki, mirando de reojo cómo Jay conducía su Mustang rojo en silencio, subiendo por enrevesadas calles que serpenteaban entre las colinas de Hollywood—. Aunque me tienes que decir con qué Spice Girl tuviste un rollo...

Vio cómo Jay sonreía un poquito, sin apartar la vista de la carretera.

—¿Quieres cotilleos?

—Claro, es una de las ventajas de salir con una estrella del pop: los cotilleos.

—Fue con Emma, la rubia.

—Ah, claro. Tú y las rubias —se burló Nikki.

—¿Entonces pudiste ver la entrevista?

—Sí, me escapé un ratito del trabajo para verte. ¿Sabías que te iban a traer al grupo entero?

—Qué va... Me engañaron a base de bien. —Jay se inclinó sobre el volante para mirar en un cruce—. Pero ha estado bien verlos a todos. Nos fuimos a comer juntos y, bueno, tuvimos una charla bastante interesante.

—Ah, ¿sí? Cuéntame.

—Luego, que estamos a punto de llegar.

—Pero, ¿estás bien?

—Claro. Solo un poco aturullado por algunas cosas que hemos hablado este mediodía. Por cierto, Gavin va a salir del armario, creo. Eso nos ha dicho.

—¿Quién de los cuatro es Gavin?

—El que también iba teñido de rubio platino en los pósteres de tu prima Cassie —rio Jay—. Ahora lleva solo el flequillo decolorado o algo así.

—Ah, es verdad —recordó Nikki, que había mirado la entrevista del *show* de Ellen con atención antes de continuar con su trabajo.

Había entrado corriendo en una cafetería aprovechando un descanso que su padre le había concedido, había pedido un café y suplicado al camarero que cambiara el canal de la televisión. Le había sorprendido un poco ver que Jay se comportaba tal cual era delante y detrás de las cámaras. Había sido encantador y divertido, y Nikki creía conocerlo ya suficiente para adivinar que se había emocionado de verdad al ver a sus compañeros de Westside Blue por sorpresa.

—¿Desde cuándo sabéis que es gay?

—Casi desde el principio. Es difícil disimular algo así cuando pasas meses y meses viajando con cuatro tíos heteros cachondos que ligan a todas horas. Gavin casi nunca se llevaba chicas al autobús o al hotel.

—Entiendo.

—Lo pilló un día Stan follando con un chico y entonces nos lo dijo. Estaba muerto de miedo

por si lo rechazábamos, pero hicimos piña como siempre habíamos hecho y prometimos guardarle el secreto hasta que él quisiera salir del armario.

Nikki no contestó, pensando en cómo podría haber sido la vida de Gavin Marshall siendo homosexual dentro de una *boy band*. Nunca se había parado a pensar en un caso así.

—Diría que es aquí —dijo Jay. Aparcó el coche de Nikki delante de una imponente mansión rodeada de un muro blanco, alto y sobrecogedor, sobre el que varias cámaras de seguridad parecían registrarlo todo.

—Hostia puta —soltó Nikki, bajando de su coche para mirar anonadada el hogar de Madonna—. Parece más un castillo que una casa.

—Lo sé. Nunca me han gustado este tipo de sitios.

—¿No te gustaría vivir en una mansión así?

Jay cerró el Mustang y le devolvió las llaves a Nikki, que se las guardó en el bolsillo de su cazadora tejana.

—No, siempre he soñado con un rancho en Alabama o en Tennessee. Uno de madera oscura y un montón de espacio abierto, sin muros como estos. En fin, ¿lista?

Le tendió la mano y ella se la cogió, tragando saliva. ¿En serio iba a cenar en la casa de la mayor diva del pop?

—¿De verdad que voy bien?

—Claro que sí, cielo. Solo es una cena, no una entrega de premios.

—Es que... Nunca suelo llevar tejanos ajustados. Cuando me los ponía me daban problemas con Brett. Solo podía ir marcando culo en los conciertos. Ahí sí me lo permitía. —Nikki se dio cuenta que estaba volviendo a hablar de su ex y se sonrojó—. Perdona, no quería volver a mencionarle.

—No pasa nada. Ha formado parte de tu vida durante ocho años; es normal hablar de ello.

El beso de Jay en sus labios borró toda incomodidad de un plumazo. Sus ojos se veían oscuros en la penumbra de la calle de Beverly Hills, pero amables. Nikki se relajó.

—Vamos allá.

No le soltó la mano cuando la enorme verja de hierro se abrió y los dejó entrar en la fortaleza de Madonna. Atravesaron un increíble jardín lleno de flores y setos perfectamente cuidados, en el que Nikki distinguió al fondo lo que parecía ser una pista de tenis.

—Qué locura de sitio... —murmuró en voz baja. Jay respondió apretándole la mano, dándole a entender que estaba de acuerdo con aquella reflexión.

En la entrada de la mansión les esperaba un empleado de Madonna, que se ocupó de sus chaquetas y les indicó con amabilidad que le siguieran hasta el comedor. Atravesaron una formidable biblioteca y una suntuosa sala de estar llena de alfombras que parecían escandalosamente caras hasta llegar a un gran comedor, donde una mesa rectangular gigante estaba cubierta de un mantel blanco y cubertería dorada a juego.

Y Madonna, como la gran maestra de ceremonias, se acercó con una copa en la mano nada más verlos. Tenía una sonrisa avispada e inteligente, envuelta en unos rasgos duros y marcados.

—¡Jay, querido! ¡Bienvenidos!

—Hola, Madonna. Gracias por la invitación. Esta es Nikki, mi chica.

—Ah, la chica con cojones que puso a Price los puntos sobre las íes —sonrió la diva, besándola muy rápido en la mejilla y dejando tras ella un olor a perfume de lujo—. ¿A que sí, Price?

El productor que Nikki había confrontado en Chicago estaba sentado a la mesa junto a un

corpulento hombre afroamericano que ella no reconoció.

—Así es —asintió Price, con una sonrisa un poco torcida—. Encantado de veros de nuevo.

El hombre desconocido se levantó para estrechar la mano a Jay y lo abrazó con cariño. Ambos se palmearon la espalda. Estaba claro que eran buenos amigos.

—Nikki, este es Timbaland.

—Encantado, bonita. Jay me pasó el disco de tu grupo. No es mi estilo, pero sois buenos.

—Sí que lo son —añadió Price—. Si no fueras a arrancarme los ojos, te ofrecería un contrato discográfico, Nikki.

—Gracias, supongo —dijo Nikki, un poco apabullada.

—¡Los negocios luego, queridos! —interrumpió Madonna—. Primero, la cena. ¿O es que no tenéis modales?

Se sentaron a la mesa y enseguida dos camareros les sirvieron ensaladas y pequeños canapés junto a un delicioso vino blanco que Nikki degustó, procurando escuchar la conversación que, indefectiblemente, derivó a cuestiones musicales de las que ella poco entendía.

Miraba de reojo a Madonna, aún sin creerse que estuviera compartiendo una cena con una de las mayores referentes femeninas de la música. La diva parecía mucho más joven de lo que en verdad era, y sus comentarios eran incisivos y decididos. Estaba claro que era una mujer acostumbrada a salirse con la suya y a exponer su opinión sin importarle nada. Nikki le envidió aquella seguridad y pensó que ojalá todas las mujeres músicas fueran como ella.

Cuando sirvieron el postre, Jay expuso sus ideas acerca de la colaboración: Timbaland lo apoyó fervorosamente, añadiendo ideas y ritmos que Madonna escuchaba con toda atención, asintiendo de vez en cuando.

—¿Qué opinas tú, Nikki? —La diva interrumpió a sus invitados para dirigirse a ella directamente, sorprendiéndola un poco. No esperaba que nadie le pidiera opinión sobre el asunto—. Sobre la colaboración.

—No he escuchado nada de esas maquetas, la verdad, pero Jay sabe lo que hace con la música, y creo que deberías tomarlo en cuenta. Y bueno, imagino que lo mismo se podía decir de Timbaland.

—¿Has escuchado algún disco mío? —preguntó el popular productor.

—En realidad, no —dijo Nikki, encogiéndose de hombros—. No me gusta demasiado vuestra música.

—Quién lo hubiera dicho —dijo Madonna, irónica pero sonriente.

—Solo creo que la música debería ser una herramienta para luchar y para concienciar, para llegar a la gente y que esta empatice con lo que cantas. Y vuestra música... Bueno, pues no lo es.

—Te lo dije, Madonna. La chica es así —comentó Price, sacudiendo la cabeza.

—La chica dice lo que piensa —replicó la diva al productor, cortante—. Y eso siempre es bueno en una mujer que está dentro de la industria. Vas a tener que defenderte muchísimo cuando seas famosa, querida. Esto es un nido de serpientes.

—Haré cualquier cosa que sea necesaria para que nadie me toque las pelotas.

—Esta es mi chica —rio Jay, acariciándole una mano.

—Bien, coged vuestras bebidas y seguidme todos —ordenó Madonna, levantándose de la mesa y echando a andar, sin esperar ninguna réplica, con su copa de vino en la mano.

La famosa cantante los guio hasta un completo estudio al fondo de la casa, que parecía interminable. Le señaló la enorme mesa de mezclas a Jay y Timbaland.

—¿Y bien? ¿A qué esperáis?

Aprovechando que Timbaland montaba los *samples* y ajustaba los graves, Price se acercó a ella carraspeando. Nikki se puso en tensión al instante; aquel tipo parecía un tiburón ansioso de nuevas presas.

—Iba en serio lo del contrato discográfico, ¿sabes?

—No lo dudo.

—Podría haceros girar con Green Day este mismo verano.

—¿A cambio de qué? ¿Me vas a hacer un cambio de *look*? ¿O quizás quieres que no cante contra la Segunda Enmienda?

—¿Crees que soy un inquisidor? No, no —negó Price—. Os quiero tal cual sois para Capitol.

—¿Para Capitol Records? —Nikki disimuló todo lo que pudo su asombro ante la noticia de que uno de los sellos discográficos más importantes del mundo estuviera interesado en un grupo pequeño como era Jetset.

—Toma mi tarjeta, habla con tu grupo y venid a verme a la Capitol Tower. —El hombre le tendió la tarjeta justo en el momento en que la música que Jay y Timbaland habían creado para Madonna empezaba a sonar—. Y, Nikki, cuando lo tuyo con Jay se sepa, vas a necesitar a Capitol Records.

—¿Qué quieres decir?

—Esto es una industria despiadada, cariño, te guste o no. Necesitarás abogados, seguridad y asesoramiento. Piénsalo.

Nikki aceptó la tarjeta y la guardó en el bolsillo de sus tejanos, procurando concentrarse en la música y no en las palabras del productor. Tarde o temprano tendría que aceptar la nueva vida que se desplegaba ante sus narices: rápida, fulgurante y vertiginosa. Ese era el precio por salir con alguien como Jay Martin. Mientras la música sonaba, los ojos azul turbio de él se cruzaron con los suyos. Nikki decidió que era un precio que estaba dispuesta a pagar con gusto.

Horas después, de vuelta en el Mustang rojo y camino al Four Seasons, Nikki le confirmó que iría con él a Nashville la próxima semana. Y también a Europa de gira. En parte, porque le apetecía pasar más tiempo con él y descubrir cómo era aquella vida suya y, en parte, para demostrarle que, por su parte, se habían acabado los jueguecitos.

Jay se volvió loco de contento y, cuando aparcaron frente al hotel y bajaron del vehículo, la atrapó entre sus brazos y la besó riendo de felicidad. Nikki se contagió al instante de su entusiasmo, dejándose llevar por la dicha que él le transmitía. Perdidos en aquellos besos eufóricos, ninguno de los dos advirtió al paparazi que disparaba sin cesar su cámara de fotos para capturar el íntimo momento.

Girlfriend

Una estridente llamada de teléfono lo despertó de golpe. A su lado, Nikki protestó por la interrupción del sueño y se giró para seguir durmiendo, con la cabeza metida bajo el mullido edredón de plumas.

El iPhone de la mesita de noche aullaba suplicando atención y Jay corrió a silenciarlo para no despertar a Nikki. Salió del dormitorio del Four Seasons y cerró las puertas para hablar desde la sala de la suite. La pantalla del teléfono indicaba que Frankie le estaba llamando. ¿Qué hora era? «Aún no puede ser mediodía», pensó Jay, dándole al botón de contestar.

—Buenos días, Frankie. ¿Qué ocurre?

—Mira tu correo —le contestó el texano, molesto.

Jay bostezó mientras ponía la llamada en espera y consultaba su correo electrónico. Una hora antes, Frankie le había enviado un correo urgente con una captura de pantalla y un enlace. Al verlo, Jay entendió el tono molesto de su representante.

—Mierda.

Entró en el enlace de CBS News y ahí estaban las fotos: ellos dos besándose frente al Four Seasons. En apenas unas horas, los periodistas habían averiguado quién era Nikki, y no se habían cortado en dar todo tipo de detalles de la chica. Algunos bastante hirientes.

No es que se hubieran escondido desde que se habían reencontrado en Los Ángeles. Que los pillaran era algo que sabía que acabaría pasando tarde o temprano, pero confiaba en tener unas semanas más de margen antes de que eso ocurriera.

Jay suspiró y volvió a la llamada con Frankie.

—Lo acabo de ver.

—¿Has entrado en Twitter? Eres tendencia mundial.

—Joder.

—Sí, joder —contestó Frankie—. Tuitea cuanto antes para confirmarlo y mantén la calma ante los comentarios.

—¿Y Nikki? ¿Debería ella decirlo también?

—En este caso creo que lo mejor que podéis hacer es confirmarlo en Twitter. Posiblemente estarán rodeando el hotel para sacaros una foto juntos. Porque sé, al igual que ellos, que estáis ahí. —Jay prefirió no preguntar cómo sabía Frankie, sin lugar a dudas, dónde estaba—. Voy a gestionarlo todo para que podáis salir por la parte trasera del Four Seasons, si es necesario, pero avísala de que durante unos días no la van a dejar en paz.

—Nos vamos a Nashville este domingo. Y luego se viene conmigo a Europa —dijo Jay, instando a Frankie a desafiarlo. Pero su representante no protestó ante el inesperado anuncio.

—Está bien, haré los arreglos necesarios para ella. Necesitaré su número de pasaporte. Hablamos en un rato.

—¡Frankie! —lo retuvo Jay, presa del pánico por un instante—. ¿Qué están diciendo de Nikki en Twitter?

—Mejor que no lo leas, muchacho.

Y colgó.

Jay no pudo evitarlo y entró en Twitter. Efectivamente, era tendencia y su nombre estaba en todos los tabloides. Parecía que, después de tantos años pasando desapercibido en su vida personal, los medios tenían muchas ganas de pillarle un nuevo amorío.

Los comentarios no eran muy amables, en su mayoría. Algunas seguidoras se alegraban por él y alababan su elección, pero la línea general eran insultos hacia Nikki. Por su aspecto diferente, que tan poco encajaba con el suyo. Por sus tatuajes. Por su música.

Sabía que no debían afectarle aquellas críticas; no obstante, no pudo evitar sentir rabia. ¿Qué le importaba a nadie con quién saliera él?

—¿Qué ocurre? —Ni siquiera la había escuchado levantarse y entrar en la habitación. Nikki parecía consternada y preocupada; aun así, Jay no pudo evitar encontrarla absolutamente bonita.

—Ven, cielo. Tengo que enseñarte algo.

La chica levantó una ceja y se sentó junto a él, expectante. Jay le puso con delicadeza el iPhone en las manos y le enseñó la noticia. Nikki abrió mucho los ojos al reconocerse en las fotos.

—Cómo... ¿Cómo han logrado toda esta información mía en apenas unas horas? Las fotos son de ayer... —comentó, mirando la noticia y mordiéndose el *piercing* del labio.

—Son así. No me sorprende en absoluto.

—Dios, tengo ganas de vomitar. Sabía que tenía que llegar este momento, pero... Da mucho miedo.

—Se aburrirán de nosotros en pocos días, Nikki, pero creo que deberíamos hacerlo oficial, si te parece bien —dijo con toda la delicadeza posible. No era una decisión fácil y no quería presionarla.

—¿Oficial? ¿Vas a lanzar un comunicado de prensa o algo así?

—No es necesario tanto, no soy George Bush. Frankie me ha recomendado confirmarlo en un tuit y comportarnos con toda la normalidad posible.

—¿Yo también tengo que tuitearlo?

Jay asintió, sintiéndose culpable por obligarla a hacer algo así. Nikki se levantó de golpe para volver al dormitorio, del que regresó con su propio móvil.

—Joder, está petado de menciones, llamadas, mensajes... ¡Mira! He ganado como quince mil seguidores en unas horas. ¿Qué locura es esta?

—Lo siento.

Ella se pasó las manos por el despeinado pelo.

—Está bien, seamos adultos y afrontémoslo como tales. Escribamos esos putos tuits y sigamos con nuestras vidas.

—¿Estás segura?

—Sí. Voy a ducharme y me voy corriendo a casa de mis padres para ver si se han enterado.

—Te acompaño —se ofreció él sin dudar. Nikki asintió y se metió en el aseo.

Cuando escuchó el ruido de la ducha, Jay buscó entre las imágenes de su móvil hasta encontrar la única foto que le había hecho hasta el momento a Nikki. Había sido hacía un par de días, en la hamburguesería donde ella le había llevado a cenar tras el ensayo con Jetset.

No era la mejor foto, pero era la primera foto que él le había sacado. La que había provocado

un tira y afloja entre ellos sobre borrarla o no ante las protestas de la chica de que salía mal y con los ojos rojos. Al final, había ganado él y la foto no había sido borrada.

Escribió rápidamente un mensaje en su cuenta de Twitter y, tras respirar varias veces, lo lanzó al mundo.

@jmartinofficial

¿Os podéis creer que me dijo que sí cuando le pedí salir? Yo no. Haces de mí un hombre mejor, @nikkiisapunkrocker. Cada día.

Los retuits no se hicieron esperar, así como tampoco los mensajes. Silenció las menciones de todas las cuentas desconocidas y solo dejó que le llegaran las notificaciones de las cuentas que él mismo seguía. En breve, varios de sus amigos —la mayoría famosos— empezaron a felicitarle en público y a pedirle, en tono jocosos, que les presentara a Nikki. Suspiró con alivio. Ya estaba hecho y no había marcha atrás al respecto.

Llamó a Frankie, que le aseguró que podrían salir con calma del hotel y que todo estaba controlado. Había periodistas y fotógrafos, por supuesto, pero nada fuera de lo normal. Cuando colgó, una notificación de la cuenta de Twitter de Nikki le llegó con urgencia. Le había mencionado en un rápido mensaje que habría escrito en aquel mismo instante, al salir de la ducha.

Ni siquiera recordaba el momento en que ella había disparado la cámara de su móvil en los camerinos del concierto de Chicago. Lo había cazado mirándola embobado mientras bebía una copa y ella se había partido de risa al verlo con corbata. Sonrió como un idiota al leer el tuit.

@nikkiisapunkrocker

Nuevo comienzo. Nuevas experiencias. Nuevos horizontes. Y todo por culpa de este ridículamente guapo gilipollas @jmartinofficial. ¡Ah, y nuevos y lujosos backstages por descubrir! :P

—Hecho —dijo Nikki, envuelta en una toalla blanca, con el pelo negro goteando agua sobre la moqueta—. Estoy cagada de miedo, Jay.

Él soltó el iPhone y la abrazó con toda la fuerza que pudo.

—Todo saldrá bien. Te lo prometo —le susurró Jay—. Aunque me va a caer una buena bronca de mis padres por no haberles contado nada. No soportan enterarse de mis cosas así, por las noticias.

—Bueno, lo mismo digo.

Ambos rieron en voz baja con complicidad. Podrían afrontarlo y seguir con sus vidas. Y lo harían juntos.

When I Come Around

Tras deliberar un rato sobre qué debían hacer a continuación, ambos decidieron que lo mejor era no esconderse y comportarse con la máxima normalidad posible —tal y como Frankie les había aconsejado. Así que no salieron por la puerta de atrás del Four Seasons.

Por primera vez en su vida, Nikki comprendió cuál podía ser el precio de la fama. Más de una docena de periodistas, equipados con cámaras enormes y demás parafernalia periodística, estaban apostados en la puerta del hotel. Empezaron a apabullarles con fotos, preguntas y empujones en cuanto salieron de la zona segura de la recepción del Four Seasons.

Jay no le soltó la mano en ningún momento y Nikki se lo agradeció en silencio. Sin él, se hubiera quedado ahí pasmada sin saber qué hacer, pero Jay tiró de ella suavemente —sin hacer declaraciones, pero sin perder su eterna sonrisa de chico bueno— hasta llegar al Mustang de Nikki. Se metieron sin perder un instante en el recinto seguro que era el coche. A Nikki le temblaba un poco la mano cuando metió las llaves para hacer contacto.

—¿Seguro que no quieres que conduzca yo? Sé llegar a Pasadena.

—No, no. Conduzco yo. Me vendrá bien para relajarme.

Cuando logró arrancar, dejaron atrás a la tumultuosa masa de periodistas y Nikki respiró aliviada.

—¿Y llevas aguantando esto más de diez años?

—Más o menos. Aunque las cosas se pusieron peor cuando empecé con Amee. Los periodistas me seguían incluso al supermercado.

—Joder.

—Se aburrirán enseguida de nosotros, te lo prometo. En cuanto salte la siguiente noticia, tú y yo podremos respirar tranquilos.

Nikki se preguntó si los insultos y comentarios mal intencionados en Twitter también se acabarían pronto. Le resultaba surrealista leer opiniones sobre ella de gente que no la conocía de nada. No le había dicho nada a Jay, pero había tenido que cambiar la privacidad de su cuenta de Facebook para protegerla de comentarios de la gente —ya que en apenas pocas horas la habían encontrado.

No había podido hacer lo mismo con la página pública de Jetset. La única buena noticia es que los seguidores de la página habían subido como la espuma. Keith, que era quien la administraba, debería estar alucinando. Tenía que hablar con él, Jason y Tom cuanto antes y contarles todo, incluida la oferta de Capitol Records.

Jay encendió la radio y dejó sonar el disco de Green Day que estaba puesto en el equipo de música. La voz de Billie Joe Armstrong la relajó al instante y, sin darse cuenta, empezó a cantar al ritmo de *When I Come Around*.

—Mañana tengo el día ocupado —comentó Jay, consultando su teléfono—. Prueba de

casting con Nolan por la mañana y grabación por la tarde con Timbaland. Quiero dejar las voces grabadas para que él y Madonna puedan avanzar en el *single*. Seguramente no las termine, así que me guardo la mañana del sábado para el estudio también.

—¿Nunca descansas?

—No, necesito estar ocupado. Pero resérvame la noche del sábado, por favor.

—Vale —dijo Nikki, tomando la carretera 110 dirección a Pasadena—. Aún no les he dicho ni a mis padres ni a mis amigos que me voy el domingo a Nashville y que luego me largo a Europa. Soy lo peor, joder.

—Bueno, entonces deberías hacerlo cuanto antes. ¿Cassie cuidará de Marvel?

—Mierda, aún no he hablado con ella. Supongo que sí; no le cuesta nada subir al piso de arriba a ponerle comida y limpiar el arenero.

—Puedes venir a Nashville más tarde, si quieres. No hay prisa.

—No, no. Necesito largarme de aquí ahora mismo. Solo lamento no poder llevarme a la gata.

—Por mí puedes traerte a Marvel contigo.

—No será necesario. Marvel es un poco gruñona y no le sentaría bien viajar.

—Tú mandas, entonces.

Nikki se concentró en la carretera y en la música de Green Day, procurando no pensar en los próximos días, semanas y meses que tenía por delante.

Maggie Ellis estaba regando las plantas del porche delantero cuando Nikki aparcó el Mustang frente a la casa de sus padres.

—¡Cariño! —La saludó con el brazo en cuanto la vio bajar del familiar coche—. Llegas en buen momento, tu padre está cocinando arroz con... Oh.

Su madre detuvo la charla en cuanto divisó a Jay bajando del asiento del copiloto. Se quedó algo boquiabierta cuando ambos se tomaron de la mano y avanzaron hasta ella. Estaba claro que su padre no se había ido de la lengua, y tampoco lo había hecho Cassie. Toda una novedad.

Su madre no se movía en redes sociales y apenas veía la televisión, así que Nikki supuso que no se había enterado de la noticia de con quién salía su única hija.

—¿Nikki? —preguntó Maggie, titubeante.

—Este es Jay, mamá. Jay, mi madre, Maggie Ellis.

—Encantado, señora Ellis.

—Oh, cariño, llámame Maggie —dijo su madre, pestañeando con un poco de coquetería.

—Mamá, ¿os habéis enterado?

—¿De qué, cariño?

—Vale, entonces las noticias no han llegado hasta aquí. ¿Te importa si pasamos? Necesito hablar con vosotros.

—Claro, pero que sepas que Cassie está en casa ayudando a tu padre con el ordenador. Se le ha vuelto a estropear.

—Joder, mierda —se quejó Nikki en voz alta al pensar en los gritos de su prima.

—Puedo soportarlo —comentó Jay, jocosamente ante la escena que se avecinaba.

Maggie dejó la regadera y los guantes de jardinería en la mesa del porche y los invitó a entrar, llamando a su padre y a Cassie, que trasteaba con el portátil familiar en la cocina.

—¡Frank! ¡Tu hija está aquí!

—¡Voy! —La voz ronca y amable de su padre llegó desde la cocina, y también la de Cassie, que se quejaba en voz alta de que nadie había instalado un antivirus en el ordenador.

Nikki advirtió cómo su madre miraba con disimulo a Jay. Lo repasó de arriba a abajo, desde las impolutas Adidas blancas hasta su camiseta gris de manga corta, que se ajustaba a su bonito y trabajado cuerpo. Él estaba relajado, con las manos en los bolsillos de sus pantalones tejanos de diseño, mirando alrededor y empapándose de todos los detalles del hogar de los Ellis.

—¿Quieres un café, Jay? —dijo al fin Maggie, al parecer aprobando la presencia de una estrella del pop en su sencilla sala de estar.

—Por favor, Maggie. Lamento haberme presentado así, me hubiera gustado conocerlos en otras circunstancias y...

—¡ME CAGO EN MI VIDA!

En la entrada del salón, Cassie empezó a gritar como una loca. Antes de que Nikki pudiera detenerla, corrió hacia Jay y se tiró encima de él, abrazándolo como una desquiciada. Jay trastabilló un poco, pero aguantó el tipo, devolviéndole el abrazo a su prima con una de sus gentiles sonrisas.

—Cassie, por favor... —le suplicó Nikki, intentando deshacer el apretón con el que su prima mantenía prisionero a Jay. Temió que fuera a ahogarlo de tan fuerte que lo abrazaba.

—Dios, Dios, Dios. Gracias por escuchar mis súplicas.

—¡Cassie, suéltalo ya!

—No pasa nada, Nikki, de verdad. Al fin te conozco en persona, Cassie. —Jay estaba siendo amable como siempre y no parecía molesto, solo divertido ante la efusividad de su prima. Quedaba claro que estaba más que acostumbrado a aquel tipo de arrebatos de seguidoras.

—Tú debes de ser Justin —dijo su padre, secándose las manos en un trapo de cocina y poniendo los brazos en jarras ante la curiosa escena.

—Jay. Jay Martin.

—Eso, Jay. —Se estrecharon las manos con cortesía y, al fin, Cassie se dignó a soltar a Jay. Nikki la asesinó con la mirada. Su prima la ignoró por completo.

—Jay, de verdad, soy tu fan número uno. Llevo siguiendo a Westside Blue desde que salieron... Quiero decir, desde que salisteis. Y si no que te lo diga mi tía, que estuve como tres veranos poniendo vuestros videoclips en la tele y luego me compré *Righteous* el mismo día que salió, y también tengo la edición especial de *NextPopSounds*, y leo fánfics sobre Blake y sobre ti y...

—¿Qué es un fánfic? —preguntó Jay con cara de pasmo.

—Mejor que no lo sepas —respondió Nikki, derrotada.

—Es una historia hecha por fans sobre personajes famosos. En vuestro caso son historias en las que Blake y tú sois gais y echáis polvos brutales en las giras de Westside Blue —replicó Cassie con una sonrisa luminosa e ilusionada. Pero cuando se dio cuenta de lo que acababa de decir, se puso roja hasta las orejas.

—¿Cómo? —abrió la boca Jay—. ¿Eso existe?

—¿Podemos dejar de charlar de fánfics, por favor? Necesito hablar con vosotros —suplicó Nikki, interrumpiendo aquella conversación absurda.

—El arroz está a punto y la mesa está puesta. ¿Os quedáis a comer? Hay comida de sobra —Frank Ellis les señaló el camino a la cocina.

Nikki miró a Jay y este asintió, aún un poco alterado por la revelación de Cassie. Su padre repartió la comida para todos y abrió una botella de vino blanco que su madre sirvió mientras Nikki empezaba a hablar y a contar lo que acababa de pasar —incluido su inusitado salto a la fama en las redes.

Tenía suficiente confianza con sus padres para ser todo lo sincera que quisiera. Al fin y al cabo, Frank y Margaret habían sido un par de *hippies* que se habían conocido y enamorado en pleno festival de Woodstock. No tenía sentido esconderles nada, ni suavizar las cosas, así que les contó casi todo. Cómo había conocido a Jay en Nueva Orleans y como él la había seguido hasta Bossier City. Omitió el ataque físico de Brett, pero ni a sus padres ni a Cassie les sorprendió saber que la relación con su exnovio hacía aguas por todas partes. Al parecer, era algo que todos veían. Les explicó que aquellos días en Los Ángeles no se habían escondido por decisión propia y que, al final, la prensa los había pillado.

—Jay me ha propuesto acompañarlo a Europa a finales de mes y he dicho que sí.

—Pero... ¿y cuándo vuelves? —se alarmó su madre, estrujando la servilleta entre sus manos.

—La gira acaba a mitad de julio —respondió Jay.

—¿Puedo ir? Por favor, por favor —suplicó Cassie. Nikki escondió la cara entre las manos, mortificada por el comportamiento desatado de su prima.

—Puedo arreglarlo para que vengas a algunos conciertos, si quieres.

—Jay, no es necesario.

—No es molestia —sonrió este, y Nikki quiso estrangularlo por ser tan afable. Lo último que le apetecía era tener a su prima revoloteando por Europa. Bastante tenía por delante como para encima cuidar de ella.

—¡Sí, por favor!

—¿Os las podéis arreglar sin mí estos meses? —Nikki ignoró el entusiasmo de Cassie y miró a sus padres. Se sentía muy mal por no trabajar con ellos en la caravana, aunque le consoló pensar que volvería al inicio del verano, que era la época más fuerte de trabajo.

—Claro que sí, hija —respondió su padre—. Aunque me gustaría que no te fueras tan pronto a Nashville y tuviéramos más tiempo para conocer a este muchacho, pero qué le vamos a hacer...

—Le he ofrecido a Nikki venir más tarde a Nashville, pero yo debo irme. Tengo compromisos familiares que no puedo perderme o mi madre me matará.

—Jay, ¿me puedes presentar a Blake? ¿Está soltero?

—Joder... —se lamentó Nikki de nuevo, entre las risas divertidas de Jay—. Me voy a preparar café porque no quiero seguir escuchando esto.

—Mañana he quedado para comer con él y con Gavin en Los Ángeles. Estás invitada, Cassie, pero no te recomiendo liarte con Blake. Es un poco mujeriego.

Nikki dejó la mesa y se largó a la cocina a preparar más café, seguida de su madre. Escuchó de fondo cómo Jay y su padre empezaban a hablar de música. De Prince, en concreto. No le sorprendió en absoluto. Ambos tenían gustos muy similares. Encendió la cafetera y sacó el tarro del café del armario, mientras su madre colocaba cinco tazas en una bandeja.

—Es muy guapo —dijo Maggie como si tal cosa.

—Lo es.

—También parece un buen chico.

—Sí, lo sé.

—Estás loca por él, ¿a que sí?

Nikki miró cómo el café oscuro y de profundo olor iba llenando la cafetera.

—Sí, pero estoy cagada de miedo.

—Todo saldrá bien, cariño —afirmó su madre, y ella se sintió reconfortada por la seguridad que transmitían sus palabras—. Ya era hora de que encontrases a un buen chico. Aunque

reconozco que preferiría que no fuera tan famoso.

—Eso también lo sé. He intentado evitarlo y resistirme, pero... No he podido.

Su madre asintió, acariciándole la espalda y la nuca como cuando era pequeña y quería consolarla. Cuando volvieron al comedor con el café recién hecho y un enorme plato de galletas caseras, su padre escuchaba atentamente a Jay hablar. Nikki se sentó a su lado, sin perder palabra de lo que él decía.

—... la cuestión es que muy pocos de nosotros lo hemos conseguido, ¿sabe? Lo de salir de una *boy band* y ser tomados en serio. Haga lo que haga, tengo la sensación de que solo soy el niño bonito que se fue de Westside Blue y ya.

—Bueno, muchacho, Michael Jackson lo consiguió y se convirtió en el rey del pop. Tampoco le ha ido mal a Robbie Williams. ¿Quién dice que tú no puedes conseguir lo mismo?

—No lo sé. Quizá por eso quiero tomarme un respiro de la música y hacer cine, para que me tomen de una maldita vez en serio.

—Digan lo que digan los críticos, la cuestión es: ¿tú crees en tu música, en lo que haces?

—Absolutamente —respondió Jay con decisión.

—Entonces demuéstrales que eres el príncipe del pop, hijo.

Nikki miró a su padre y luego a Jay. Ambos se habían caído estupendamente; Jay parecía tocado por la amabilidad y la firmeza con la que hablaba Frank Ellis, y sintió una oleada de amor infinita por su padre. Su pilar y su roca inamovible, siempre aconsejando con el corazón abierto. No podía imaginar la vida sin los consejos de su padre, sin su risa amable y sus ojos tiernos. Lo iba a echar tanto de menos en los siguientes meses...

La comida se alargó durante horas y pronto la tarde les sorprendió sentados en el porche delantero de los Ellis. Jay parecía a gusto entre sus padres, hablando de música y de política con total sinceridad. Cassie había logrado calmar sus ansias, aunque Nikki no pudo evitar que sacara, de no sabía dónde, un viejo póster de Westside Blue para que Jay se lo firmara.

—Bonito pelo amarillo pollo —se rio Nikki mientras él estampaba su firma segura y elegante en el viejo póster.

—Eran los años 90, no me juzgues tanto.

—Es verdad que Blake estaba mucho más bueno que tú —dijo ella, señalando al chico moreno que estaba en mitad de la imagen.

—Vaya, vaya, mi relación se tambalea —bromeó Jay, devolviéndole el póster a Cassie, que lo abrazó emocionada—. Llévatelo mañana y Blake y Gavin te lo firmarán también.

—Una pregunta, cariño —dijo su madre, mirando el viejo póster con curiosidad—. ¿Por qué os llamabais Westside Blue?

—Porque el grupo se juntó por primera vez en el oeste, en California, y... porque todos tenemos los ojos azules —respondió Jay con vergüenza.

Nikki empezó a reírse absurdamente y continuó riéndose de él cuando se despidieron de su madre y subieron al Mustang para pasar la noche en su pequeño apartamento del centro de Pasadena.

Boys in the Band

Antes de entrar a la prueba de *casting* recibió una furiosa e indignada llamada de Lindsey, su madre. Una vez más, tuvo que disculparse ante ella por no haberle contado nada sobre su vida privada.

—Siempre igual, Jay. Sabes que no soporto enterarme de tus cosas por las noticias. ¿Sabes cómo me hace sentir eso como madre? Parece mentira que sigas haciendo este tipo de tonterías sin contármelas antes.

—Lo siento, mamá. Todo ha pasado muy rápido, de verdad.

—¿Cuándo vas a traer a esa chica a casa?

—La semana que viene, para el cumpleaños de Howard.

—Jay Stuart Martin... —empezó a amonestarlo su madre. Mala cosa si lo llamaba por su nombre completo.

—Que sí, mamá, que iré.

—Pobre de ti que no vengas al cumpleaños de tu hermano.

Veintiséis años y su madre aún lo trataba como a un crío. Se guardó el iPhone en el pantalón y entró para conocer al fin al director Christopher Nolan. Se había preparado la prueba como había podido, pero lo cierto es que había estado más centrado en otras cosas. En la piel de Nikki, en los gemidos de Nikki, en la boca de Nikki. Sacudió la cabeza para alejar los pensamientos turbios que ahora no necesitaba y se concentró en la prueba.

Para su propia sorpresa, Nolan no necesitó demasiado para confirmarle que el papel secundario en *Inception* era suyo si lo quería. ¿Estaba loco? ¡Claro que lo quería! Por fin podría actuar con un director serio y respetado. Disimuló su entusiasmo hasta que salió de los estudios y se metió en el taxi que lo llevaría de vuelta a Los Ángeles, donde había quedado con Blake y Gavin para un *brunch* rápido antes de meterse en el estudio con Timbaland toda la tarde para grabar las voces del *single* de Madonna.

Escribió un rápido mensaje a Nikki para darle la noticia de que había conseguido el papel y para recordarle que la esperaba para comer algo juntos en una cafetería del distrito de Brookside, cerca de donde Blake había establecido su residencia desde que se había mudado a Los Ángeles.

El taxi lo dejó frente al café République. Al entrar, advirtió que Blake y Gavin ya habían encontrado mesa y habían pedido café, tostadas con aguacate, huevos revueltos, sándwiches cubanos y una buena cantidad de mimosas. Se quitó las gafas de sol y se las dejó colgando en el cuello de la camiseta.

—¡Salud al próximo Al Pacino, colegas! —los saludó Jay, con los brazos abiertos de felicidad.

—¿Te han dado el puto papel? Te juro que naciste con una flor en el culo —respondió Blake.

—Enhorabuena, tío. —Gavin lo abrazó y Jay correspondió el gesto con infinita alegría hasta

que ambos amigos se separaron con unas palmadas en la espalda y tomaron asiento. La camarera vino enseguida a pedirle nota y, tras mirarlo fijamente y reconocerlo, Jay pidió un café solo y una ensalada cítrica de berros.

—Escuchad, he invitado a Nikki para que la conozcáis, pero viene con su prima Cassie. Es un poco... —Jay se detuvo para encontrar la palabra adecuada—. Entusiasta. Es muy fan de Westside Blue y muy fan, en concreto, de ti, Blake.

—Vaya —comentó Blake muy ufano—. ¿Está buena esa prima?

—Sí, es muy guapa. Y tiene como diez años menos que tú, así que, por favor, te pido que controles tu vena de Casanova.

—¿Y a mí no me traes un caramelito? —se quejó Gavin.

—Tú tienes novio, Gavin.

—¿Y? ¿No puede uno mirar el menú, aunque no vaya a comer nada?

Jay fue a contestarle, pero se detuvo al verla entrar en el République. Se le escapó una sonrisa de tonto al ver a Nikki. Disfrutó de los escasos segundos en que ella lo buscaba con la mirada sin encontrarlo. El pelo negro le relucía y le enmarcaba su rostro anguloso, con los enormes ojos redondos azules rodeados de sombra negra y los labios pintados de un color rojo muy vivo e intenso. Llevaba una camiseta cortada a mano de The Exploited que le caía por los hombros y unos pequeños pantalones cortos que dejaban ver sus piernas —blancas, largas y bien formadas— cubiertas de tatuajes, al igual que sus brazos. Estaba preciosa. Tanto que, a su lado, ni Blake ni Gavin pudieron contener su asombro al distinguirla.

—Joder, Jay —murmuró Blake—. Mucho mejor que en las fotos. Cabrón con suerte.

Nikki lo vio enseguida y se le iluminaron los ojos al instante. Detrás de ella, Cassie se asomó para mirar en su dirección. La prima de Nikki compartía con ella los mismos ojos azules tan claros, pero ahí acababan las similitudes entre ambas. Cassie llevaba el pelo rubio, muy liso y perfectamente cortado, y vestía un primaveral vestido verde turquesa con unas plataformas con unas tiras finas. Era muy bonita, admitió Jay, y temió que su amigo no pudiera controlar sus impulsos de seductor.

—Enhorabuena por el papel, cariño —Nikki lo besó con entusiasmo, rodeando su cuello con los brazos tatuados. Jay fue vagamente consciente de que la mitad de la cafetería los miraba, pero no le importó devolverle el beso.

—Gracias. Mañana lo celebraremos como es debido. Ahora me toca hacer las pertinentes presentaciones. Gavin, Blake, esta es Nikki, mi chica. Y ella es su prima Cassie.

Blake se levantó caballerosamente para besar a Cassie, que soltó una risita apurada y se puso colorada al contacto de los labios de Blake en su mejilla.

—Es todo un placer conocer a la fan más preciosa de Westside Blue.

Jay rio al ver a Nikki hacer el gesto de vomitar, con los dedos metidos en la boca. Las chicas se sentaron a la mesa y pidieron bebida y algo de comer.

—Tengo poco tiempo, he quedado a las tres con Timbaland. Lo siento —se disculpó Jay en voz baja.

—No pasa nada. Aunque me temo que esto ha sido una muy mala idea —le respondió Nikki, mirando cómo Cassie y Blake tonteaban con total descaro. Gavin los miraba sacudiendo la cabeza y poniendo los ojos en blanco.

—Yo ya le he advertido, pero... Blake es así.

—¿Así que yo era tu favorito, Cassie? —preguntó Blake, inclinándose hacia ella y rodeándola con un brazo por los hombros. Definitivamente había sido una mala idea

presentarlos.

—Sí, sí. O sea, tú eras el más guapo, pero de voz me gustaba más Jay. Pero era contigo con quién yo fantaseaba y me tocab...

—Cassie —la interrumpió Jay antes de que la chica soltara sin más que se había masturbado mirando sus videoclips—. ¿Llegaste a vernos alguna vez en concierto?

—¡Claro! Os vi en el 2000 en Los Ángeles y en el 2002 en San Diego. Me llevó mi madre y estuve hoooooras esperándoos en el hotel, pero no os pude ver.

—Cuanto lo siento, preciosa. Ojalá pudiera compensarte con algo por esa larga espera.

—Sí, Blake es experto en compensar a las fans —dijo Gavin con sorna.

A su lado, Nikki entornó los ojos y le dio un golpecito con la rodilla en la pierna. Jay intervino enseguida.

—No hace falta que le compenses nada, Blake. Quizá pronto pueda vernos en un tour de reunión.

—¿Qué? ¿En serio? ¿Vuelve Westside Blue? —gritó Cassie entusiasmada—. ¡Dios!

—Bueno, aún estamos hablando y viendo si podemos cuadrar nuestras agendas, pero es posible que llegue a ocurrir. Por cierto, ¿sabéis que escriben fánfics sobre nosotros?

—¿Qué es un fánfic? —preguntaron Blake y Gavin a la vez. Jay contuvo la risa mientras lo explicaba y sus amigos iban abriendo los ojos conforme las explicaciones avanzaban en detalles.

—De hecho, hoy en el taxi me he leído uno. *Repressing Love*, se llamaba. —Jay sonreía divertido mientras Cassie asentía interesada. La cara de Blake era un poema de incredulidad—. Donde Blake descubre secretamente que me desea y me folla en un camerino mientras me canta nuestra balada *I Promise I Love You*.

Gavin escupió el café dentro de la taza de la risa y Blake se puso blanco del mareo.

—No me jodas.

—Oh, Blake, me hiciste el amor con tanta dulzura que luego no podía dejar de pensar en ti y en el sexo anal que practiqué contigo. Nunca me habían amado así —le tomó el pelo Jay, con Nikki retorciéndose de risa. Blake le enseñó el dedo corazón.

—¡Dios, quiero leerlo! —gritó Cassie.

—¡Y yo! —se unió Gavin al instante—. Oye, ¿y de mí no hay fánfics de esos?

—Claro, una vez leí uno sobre ti en el que te liabas con Stan —respondió Cassie.

—¿En serio, con Stan? Pero si es el que la tiene más pequeña... —se lamentó Gavin.

—¿Es que nos mirabas las pollas en los camerinos? —se escandalizó Blake.

—A veces. No tienes de qué preocuparte, Blake, la tienes igual de grande y bonita que Jay.

—Ahora entiendo por qué Blake y Jay eran los líderes del grupo —soltó Nikki, provocando las carcajadas de todos.

Continuaron charlando animadamente sobre viejas anécdotas de las giras que Cassie escuchaba con entusiasmo. Nikki apoyó la cabeza en su hombro, escuchando la conversación del grupo. Jay la besó en la frente, susurrando, solo para ella, cuánto la había echado de menos y cuánto la iba a extrañar aquella tarde.

El rato pasó volando y, antes de que pudiera darse cuenta, tenía que ponerse en marcha si no quería llegar tarde a su cita de trabajo con Timbaland. Blake y Gavin acabaron de firmar el viejo póster de Cassie —no sin soltar unas cuantas bromas sobre su elección de vestuario para la sesión de fotos— y se levantaron para pagar.

—Cassie, ¿vamos? Tengo que trabajar esta tarde con mi padre —apremió Nikki, sacando las llaves del coche—. Puedo dejarte en casa.

—De hecho, voy a quedarme un rato más con Blake —respondió la chica.

—Tía...

—Que me quedo, que ya soy mayor de edad, Nikki.

—Muy bien, me rindo. Ya eres mayorcita —se rindió Nikki y se giró hacia él—. ¿Te veo esta noche?

—No sé a qué hora terminaré. Si acabo pronto, te paso a ver por tu apartamento, ¿te parece bien?

La despidió con un húmedo beso y los ojos brillantes. La vio marchar con paso seguro y se quedó pensando en que ojalá tuviera menos compromisos laborales para poder disfrutar de una relajada tarde de primavera con su chica. Sin embargo, el trabajo era el trabajo.

—Es encantadora. Y lista —dijo Gavin a su lado—. Toda una novedad en tu gusto por las mujeres.

—Muy gracioso. ¿Y estos dos, qué? —comentó Jay, mirando como Cassie y Blake cuchicheaban entre risas. La mano de Blake descansaba en la estrecha cintura de la chica y ella parecía encantada con sus atenciones.

—¿Tú qué crees? ¿Es que no conoces a Blake? Se la va a follar y luego pasará de ella, como hace siempre. —Gavin se encogió de hombros y Jay tuvo que estar de acuerdo. Habían visto a Blake ligar con chicas durante años y ya se conocían sus historias amorosas.

—Al fin y al cabo, somos adultos. Por cierto, mañana quiero tener mi primera cita con Nikki y...

—¿Cómo que tu primera cita?

—Es una manera de hablar, ya que nunca hemos tenido una cita propiamente dicha. Total, que necesito que me ayudes. Tengo un plan.

—Soy todo oídos, amigo mío.

First Date

Nikki aprovechó la mañana libre del sábado para limpiar el apartamento y hacer las maletas. Iba a estar fuera de casa casi tres meses y no sabía qué llevarse. Nunca había hecho un viaje tan largo y tampoco había salido jamás de Estados Unidos.

Finalmente, Jay se había quedado casi toda la noche grabando con Timbaland para dejarlo todo listo y no había podido ir a Pasadena a dormir con ella. La había avisado con un cansado mensaje en el que le decía que se metía en la cama y que la pasaría a buscar al día siguiente a media tarde para cenar.

Así que había pasado la noche en el Burgundy Room con Jason y Keith, que escucharon con paciencia todas las novedades que tenía para ellos. Le entregó a Keith la tarjeta de Capitol Records, explicándoles la oferta que Price le había hecho para Jetset.

—Nikki, ¿sabes cuántos seguidores hemos ganado en dos días desde que se supo lo tuyo con Jay?

—No... Mi Twitter personal subió como una locura en una noche y me agobié; he preferido no conectarme más, de momento.

—Pues hemos ganado muchos miles de miles, tía. Por no hablar de las visualizaciones en YouTube, en iTunes y las ventas del disco... Es una locura.

—Deberíamos aprovecharnos —dijo Jason, bebiendo de su cerveza.

—¿Deberíamos?

—¿Y por qué no? ¿De verdad te dijo Price que podríamos estar de gira con Green Day este mismo verano?

—Sí, eso me dijo.

—Joder —dijeron al unísono sus dos amigos.

Se quedaron ensimismados, sin hablar, seguramente pensando en todas las posibilidades que esto les ponía delante. Nikki no los culpó. Quizás tenían razón y deberían aprovechar la oportunidad.

—¿Sabéis algo de Brett?

—Solo que te está llamando puta por ahí con toda la gente que conocemos.

—Bueno, qué más da. Necesito alejarme de todo, ¿sabéis? Han sido ocho años a su lado, olvidándome de mí y de lo que quiero para mí misma. Necesito un descanso de todo.

—Claro, tía... Pírate a la vieja Europa y revuélcate con Jay. Cuando vuelvas hablaremos de Jetset, si quieres —le dijo Jason amablemente.

—De hecho, si os queréis reunir con los de Capitol sin mí... Adelante. Confío en los dos. Y en Tom, claro. Cualquier cosa que queráis preguntarme, hacemos un Skype y ya está.

—¿En serio nos pides que gestionemos un contrato discográfico sin ti, Nikki? —preguntó Keith, muy asombrado.

—Sí. Estoy cansada.

Mientras hacía las maletas y pensaba en la conversación que habían tenido la noche anterior, llegó Cassie para ayudarla y recibir instrucciones para cuidar de Marvel en su ausencia. Y, a juzgar por la sonrisa que traía en la cara, estaba claro que se había acostado con Blake. Cuando su prima se tiró en la cama suspirando de felicidad, Nikki no necesitó saber más.

—Tía, tía, tía. ¡Qué fuerte! Blake Jones. ¿Viste qué guapo es?

—Sí, lo he visto. Pásame esos tejanos.

—Ha sido la mejor noche de mi vida. Qué manera de follar, joder. Ha sido mejor que en todos mis sueños húmedos de adolescente.

—Me alegro. Cassie, los tejanos.

Su prima se levantó, agarró los pantalones y se los tiró de cualquier manera. Nikki los dobló bien y los metió en la maleta.

—¿Te das cuenta de que te estoy contando que me he acostado con mi máximo ídolo de infancia?

—Sííí... ¿Cuántas camisetas me llevo? ¿Y sudaderas?

—Dios, en persona aún está más bueno.

—Oye, Cassie, no te hagas muchas ilusiones con Blake. Ha sido una noche y ya está, ¿verdad?

—No, me ha dicho que me llamará. Y yo pienso coger esa llamada.

Nikki optó por no añadir nada más y simplemente se dedicó a terminar sus maletas y a escuchar todos los detalles sucios de la noche de Cassie y Blake. Tardó toda la mañana en decidir qué se llevaba a Nashville y luego a la gira por Europa. Por suerte, tenía dinero ahorrado para pagar sus gastos y el apartamento lo había heredado de su abuela, así que no tenía que pagar alquiler. Cassie había accedido a subir cada día para ocuparse de Marvel.

No podía negarse a sí misma que estaba nerviosa y que se moría de ganas por irse. Tampoco que no podía esperar a pasarse las noches haciendo el amor con Jay por todo el viejo continente. A media tarde, Jay pasó a buscarla con un coche de alquiler. Con el corazón ligero por las ganas de verle, Nikki voló por las escaleras hasta la calle Union, donde él la esperaba apoyado en el vehículo.

Recordó la primera vez que lo había visto, en el Hilton de Nueva Orleans. Le había sorprendido su elegante forma de vestir y la suave forma de su cabello peinado hacia atrás. Lo había encontrado atractivo y odioso a la vez. Nikki estaba acostumbrada a escuchar proposiciones indecentes de tíos como él que se la querían follar a cualquier precio. Por eso lo había despreciado en un primer momento.

Un mes más tarde, todo había cambiado entre ellos. Ya no le sorprendía el estilo de Jay. En esta ocasión vestía unos pantalones de traje y una camisa blanca con las mangas enrolladas, a juego con sus impecables Adidas, que parecían recién estrenadas.

—Hola, cielo. Te he echado de menos esta noche. —La saludó con una amplia sonrisa en sus delgados labios. Nikki creyó que las piernas le fallaban cuando se besaron impetuosamente, chocando contra el coche.

—¿Adónde vamos?

—A nuestra primera cita, por supuesto.

Jay no soltó prenda mientras conducía para salir de Pasadena. Nikki quiso saber dónde iban a ir a cenar, pero él se limitó a sonreír sin decir ni una palabra sobre sus planes. Ella solo deseó que

no fuera un restaurante demasiado pretencioso, porque no iba vestida para ello.

Cuando el coche enfiló por Canyon Drive en dirección al observatorio de Griffith, Nikki no entendió nada. Aquella era una zona residencial de Los Ángeles y no había ningún restaurante ni nada que no fueran viviendas privadas y bastante lujosas.

—¿No te has equivocado de sitio?

—No —respondió Jay, girando por Deronda Drive.

—Jay, esto no es...

—Calla.

Paró el coche en mitad de un camino rural y la hizo bajar. Luego la cogió de la mano y la hizo avanzar por el camino sin asfaltar, valiéndose de una linterna para que no tropezaran. Nikki estuvo a punto de empezar a protestar cuando se dio cuenta de dónde estaban.

El paso estaba absolutamente prohibido para turistas y curiosos, pero, de alguna manera, Jay había conseguido llegar a uno de los lugares más famosos del mundo. No solo eso, sino que había llevado hasta ahí lo que parecían ser un camarero y un cocinero, que esperaban en un lateral detrás de una pequeña cocina portátil, expectantes.

—Jay...

—Ven.

El archiconocido cartel de Hollywood estaba iluminado por potentes focos blancos. Pero, además, Jay había procurado que en la parte de atrás de la primera letra «O» del rótulo más famosos de Los Ángeles, hubiera varias antorchas eléctricas que iluminaran el camino y, sobre el andamio que sujetaba la letra «O», había una pequeña mesa de hierro forjado con una vela blanca metida en una botella de vino.

—Te prometí que cenaríamos en la primera letra «O» del cartel de Hollywood.

La tomó de la cintura y avanzaron juntos ante la atenta mirada del camarero y el cocinero. Nikki no podía creer dónde estaban, ni que él se hubiera molestado en montar todo aquel lío solo para sorprenderla. La ciudad de Los Ángeles, llena de luminiscencia y focos que apuntaban al cielo, quedaba desplegada a sus pies como un mosaico de casas, edificios y centelleantes lucecitas. Desde ahí, los coches que circulaban por las interminables calles de la ciudad californiana se veían diminutos, apenas unas hormigas entre la jungla urbana.

Jay la sentó en la mesa y enseguida el camarero se acercó a servirles vino tinto. Nikki le dio las gracias al chico, que se retiró enseguida con una disimulada sonrisa para dejarles a solas en su intimidad.

—Estás loco... ¿Cómo has conseguido que te dejen entrar aquí?

—Digamos que le he prometido al alcalde Villaraigosa un concierto gratis para recaudar fondos para la GLSEN, la asociación contra la discriminación sexual de gays y lesbianas con la que colabora Gavin.

—¿Qué dices? ¿Has prometido un concierto gratis, con todo lo que te debe costar montarlo, solo para conseguir un permiso para cenar en el cartel de Hollywood? ¿Por qué, Jay?

—¿De verdad aún no lo sabes, Nikki?

Jay alargó la mano y tomó la suya, acariciándole los dedos con infinita ternura. A ella le tembló el alma con su suave tacto, tan delicado y lleno de cariño.

—Porque me has devuelto cosas que creía perdidas en mí. Porque me haces ser mejor hombre. Porque me has enseñado que la pasión por la música no conoce fronteras. Porque eres dulce, apasionada, valiente y sensible. Porque te quiero, Nikki. Por eso.

Nikki sintió cómo las lágrimas se agolpaban en el fondo de sus ojos y el corazón le

bombeaba sangre a toda velocidad por su cuerpo.

—Estoy loco por ti —continuó Jay, con los ojos centellantes de ilusión—. Desde que cruzamos la primera palabra. Desde que me llamaste gilipollas por primera vez. Y espero poder estar a tu altura todos los días de mi vida.

Sin pensárselo, Nikki se levantó y se sentó encima de él, como había hecho la primera noche juntos, en la banqueta del piano de la suite del Hilton de Nueva Orleans.

—Yo también te quiero, Jay Martin. Como una tonta y como una loca.

—Como buen gilipollas que soy, me alegro mucho de saberlo.

Nikki sacudió la cabeza sin dejar de besarlo, entre sonrisas de pura dicha. En su vida se había sentido tan feliz, tan afortunada y tan libre. ¿Era así enamorarse por primera vez?

Man of the Woods

Jay no se dio cuenta de cuánto había extrañado Nashville hasta que llegó a la vieja ciudad de la música. Lo supo en cuanto el taxi los llevó hasta el Arts District y, en concreto, a la calle Church, donde se levantaba una imponente torre de viviendas de lujo. En el piso número veinte, su apartamento aguardaba su llegada, tal como lo había dejado antes de irse de gira por todo Estados Unidos, oscuro y silencioso.

Bueno, casi silencioso. En cuanto Jay dejó pasar a Nikki dentro y encendió la luz del recibidor, su gato blanco como la nieve llegó trotando y maullando por la aparición de su humano.

—¡No me habías dicho que tienes un gato! —se sorprendió ella.

—Claro, porque era una sorpresa. Este es Banjo.

Nikki enseguida le dejó oler su mano al minino y, cuando este pareció aceptarla, no dudó en acariciarlo con cariño y dulzura.

—Tengo una teoría acerca de los hombres con gato.

—Espero que sea una buena teoría y yo salga bien parado —bromeó Jay, cerrando la puerta principal—. Ven, deja a este canalla tranquilo y te enseño mi casa.

Encendió las cálidas luces del salón y dejó que Nikki se paseara asombrada por el espacio. Intentó ver con sus ojos el lujo y la elegancia del apartamento, que contaba con unas extraordinarias vistas al río Cumberland.

La estancia —de casi un centenar de metros cuadrados— se dividía en un bonito rincón con una tele gigantesca y un sofá en el que fácilmente podrían caber unas diez personas, una amplia cocina de concepto abierto, y una zona con una mesa rectangular de estilo nórdico y moderno. En una esquina, junto a los ventanales, descansaba un piano blanco. Cuando lo tocaba, podía ver las aguas del Cumberland serpenteando por el centro de Nashville. Era su rincón favorito de la casa.

—¿Te das cuenta de que solo esta zona es más grande que todo mi apartamento?

—Qué exagerada —dijo Jay, acariciando distraídamente a Banjo detrás de las orejas—. Arriba hay dos dormitorios, un vestidor y dos aseos con ducha y bañera. El estudio está detr...

—¿Arriba? ¿Es un apartamento de dos pisos? —alucinó Nikki, entrecerrando los ojos con desaprobación—. ¿Para ti solo?

La chica descubrió las escaleras de madera que subían desde la entrada de la cocina al piso de arriba. Subió decidida a descubrir el piso superior y Jay la dejó a su aire. La escuchó abrir puertas y encender luces mientras él preparaba café. Comprobó que todo estaba limpio y ordenado, tal cual lo había dejado antes de irse de gira en enero. El personal de limpieza contratado había cumplido sus órdenes, incluidas aquellas referentes al bueno de Banjo. Oyó las pisadas de las Vans de Nikki en las escaleras, descendiendo deprisa.

—Te pega tan poco todo esto, en realidad —comentó la chica, aceptando el café que él le ofreció.

—Me gusta vivir en Nashville. Es un apartamento bonito, ¿no?

—Lo es —dijo ella acomodándose en el gran sofá. Jay se sentó a su lado y Banjo no tardó en unirse, ronroneando de felicidad por la compañía de humanos—. Pero es... poco acogedor. Y tú no eres así.

Jay miró el apartamento detenidamente, como si lo viera por primera vez. Lo había comprado poco después de dejar Westside Blue. Había dejado su Montgomery natal para trasladarse a la capital de Tennessee como símbolo de independencia propia. Amee le había ayudado a encontrar aquel lugar. En teoría, debería haber sido algún día el hogar de ambos. De hecho, lo habían amueblado juntos. Excepto el estudio, del que él había supervisado el montaje personalmente, pieza a pieza. Nunca lo había visto como un lugar poco acogedor hasta ahora, que lo veía con los ojos de Nikki.

—Siempre me he imaginado viviendo en un enorme rancho a las afueras, con un montón de terreno y un lago privado. Una casa solitaria rodeada de bosque, pero no le veo mucho sentido a comprar un lugar así para mí solo, ¿sabes? Pero, si algún día soy padre, me gustaría criar a mis hijos en plena naturaleza.

—Realmente eres un hombre sureño —se burló Nikki.

—Lo soy, señorita. Un hombre salvaje, criado en los bosques del sur —contestó Jay, exagerando su acento de Alabama para hacerla reír.

—¿Quieres tener hijos?

Jay clavó su vista en el café humeante y en Banjo, que se dejaba acariciar por ambos con los ojos cerrados de placer. Se concentró en el ronroneo del gato blanco antes de responder con sinceridad:

—Sí, me encantaría. ¿Y a ti, te gustaría ser madre?

—Creo que sí. En un tiempo, claro, ahora ni me lo planteo. No estaría mal vivir en los bosques, supongo —le sonrió ella, con un poco de timidez.

Se acurrucó junto a él y Jay la rodeó por los hombros, pensando en cómo de maravilloso podría ser sentar cabeza al fin. Trasládarse a una enorme casa de madera en el bosque, con Nikki embarazada, lejos de los periodistas que llevaban días persiguiéndoles a ambos. Enseñar a su hijo o a su hija cómo acampar y hacer fuego y mirar las estrellas en las noches de verano. Hacer el amor con Nikki bajo la luz del fuego de la chimenea. Decorar el árbol de Navidad juntos, escuchando los viejos discos de villancicos de Elvis, mientras esperaban a su familia y amigos para cenar todos juntos.

¿Cómo sería una vida más tranquila, sin tantas giras ni proyectos, ni grandes producciones de cine?

Nadie los molestó en Nashville. Ni los periodistas, ni las seguidoras. Había siempre ojos sobre ellos mientras Jay le enseñaba a Nikki sus rincones preferidos de la ciudad, pero nada más. Así, la llevó al estudio donde Elvis había grabado algunos de sus mayores éxitos. A una retransmisión del Grand Ole Opry. A los viejos *pubs* del centro donde siempre había música en directo. A pasear a orillas del Cumberland. A comer raciones de boniato frito tumbados en la verde hierba del Centennial Park.

Y supo, sin lugar a dudas, que ella había caído rendida ante los muchos encantos de Nashville. Era imposible no hacerlo. La música se escuchaba en todas partes, en todos los

rincones de la ciudad, llenando avenidas y parques de canciones de *jazz*, *country* y *rock*. Era una de sus ciudades favoritas del mundo y no se imaginaba viviendo lejos de ella.

Pasaron las noches escuchando improvisaciones musicales de todo tipo de artistas para volver corriendo al apartamento de Jay y desnudarse el uno al otro en cuanto entraban por la puerta. Jay sabía que tenía que descansar para la gira europea, pero simplemente no podía dejar de sucumbir una y otra vez a follar con Nikki. Perdió la cuenta de las veces que le susurró que la quería como un adolescente exacerbado. Nunca se había sentido tan feliz y relajado, inmune a los daños que venían del mundo exterior.

Ni siquiera pudo negarse cuando Nikki le suplicó ir hasta Montgomery en coche en vez de volar hasta ahí en avión.

—Nunca he estado por aquí, por favor. Quiero conocer mejor Alabama.

—Son casi cuatro horas de viaje, Nikki —se quejó él—. Tenemos que cruzar medio Tennessee y luego media Alabama hasta llegar a casa de mis padres.

Pero accedió y sacó su BMW negro del garaje para ir a la casa familiar de los Martin en Montgomery y acudir al cumpleaños de su hermanastro Howard. No podía negarle nada. No a ella. Cuando apenas llevaban treinta millas recorridas, Nikki señaló un pequeño pueblo llamado West Harpeth con entusiasmo.

—¡Mira qué bonito! ¡Gira!

Jay rio ante el tono excitado de la chica y tomó el desvío de la carretera comarcal 31 hacia el lugar que había despertado tanto su interés. Aparcó el coche frente a un viejo establecimiento de comida y se colocó las gafas de sol. Nikki se bajó del coche y miró a su alrededor.

—Es auténticamente sureño, ¿a que sí?

—Lo es —confirmó Jay, mirando las viejas casas y los bares, ferreterías y tiendas de comida para animales. El lugar parecía anclado en otra época, como tantos otros pueblos del sur de Estados Unidos, con un encanto único y muy particular. Era como sacado de una postal de hacía cien años.

Dejó a Nikki cotillear en un puesto de antigüedades y se acercó al escaparate de la única inmobiliaria del pueblo, en el que varias propiedades se ofrecían para vender. Su mirada se paseó sin mucho interés por las casas expuestas, hasta que se topó con una que llamó su atención.

Era un rancho del siglo XIX restaurado, con el techo de madera oscura y envejecida y ladrillos de color crema, con dos pisos y un precioso porche. En la ficha de la propiedad se informaba de la vasta extensión del terreno, que incluía unos pequeños establos y un granero reformado en garaje. Era perfecto. Los brazos de Nikki le rodearon la cintura y notó cómo lo besaba detrás de la oreja.

—¿Qué miras con tanta atención?

—Esto. —Le señaló la ficha del rancho Silas—. Me dan ganas de comprarlo hoy mismo.

—Jay, vale dos millones de dólares.

—¿Y? Tengo dinero de sobra.

—¿En serio puedes gastarte dos millones de dólares así, como si tal cosa?

—Podría.

—Estás loco. Es muchísimo dinero por una casa.

Jay la abrazó y ambos se quedaron mirando las fotos del rancho Silas en silencio. Luego volvieron al coche y siguieron su camino a Montgomery para conocer a la familia Martin al completo.

You're Gonna Go Far, Kid

Fueron de los primeros en llegar a la casa familiar de los Martin para celebrar el cumpleaños del hermanastro pequeño de Jay, Howard. Durante el viaje en coche, Nikki escuchó muy atenta la complicada historia de los padres de Jay. Jonathan y Lindsey Martin se habían divorciado cuando Jay tenía solo tres años y ambos se casaron poco después con Rose y Ben, respectivamente. El matrimonio de Jonathan Martin con Rose le había dado dos hermanastros: Howard y Eric.

Para asombro de propios y extraños, sus padres y sus respectivas nuevas parejas se llevaban muy bien. Solían hacer toda vida familiar en la casa de las afueras de Montgomery en la que Jay se había criado, y en la que ahora vivían su madre Lindsey y su marido Ben.

A Nikki le sorprendió la complicidad y el cariño que se respiraba en la casa, teniendo en cuenta la extraña historia que les unía a todos. Pero, aun así, se notaba que se querían y se respetaban los unos a los otros. No le extrañaba nada que de aquel ambiente hubiera salido alguien benévolo y considerado como Jay.

—Espero que mi hijo te haya tratado como un caballero, cariño —le dijo Lindsey nada más conocerla, mirando de reojo a Jay—. Así lo hemos educado y me rompería el corazón saber que se ha comportado como no debe.

—Su hijo ha sido un perfecto caballero sureño, señora Moore.

Nikki se abstuvo de comentar que el perfecto caballero sureño, antes de llegar a Montgomery, había desviado el coche dentro de un solitario bosque para follar con ella en la parte de atrás del vehículo.

—¡No quiero volver a enterarme de que tienes novia por las noticias, Jay!

—Sí, mamá, lo siento —se disculpó de nuevo Jay.

—Pasad al salón, hay té recién hecho. ¡Ben, trae el té! —gritó Lindsey, señalando que pasaran a la sala de estar. Nikki cruzó un pasillo lleno de fotografías de la familia al completo—. ¿Cómo ha ido la gira, cariño? Vi imágenes del concierto del Madison Square Garden. Estabas muy, muy guapo.

Un hombre de mediana edad que debía ser Ben Moore, el marido de Lindsey, se les unió con una bandeja llena de tazas de té. La besó muy efusivo en las mejillas cuando Jay se lo presentó.

—¡Eh, capullo!

Un chico joven —de poco más de veinte años— apareció en el salón donde Lindsey Moore los había obligado a sentarse y a aceptar una taza de té. Se sorprendió al ver el parecido de Eric Martin con su hermanastro mayor.

Solo que Eric era completamente opuesto a Jay en su estilo de vestir. Llevaba los brazos cubiertos de tatuajes, una gorra hacia atrás, un *piercing* en la ceja, sendas dilataciones en las orejas y una gastada camiseta de The Offspring. Nikki tuvo que sacudir la cabeza, anonadada

ante aquella visión. Eric compartía los mismos ojos azul oscuro casi gris de Jay, además de la forma de su boca. Era justo el tipo de hombre en el que ella solía fijarse. Cuando la besó en la mejilla Nikki no supo ni qué decir.

—Encantado, Nikki. ¿Cómo hizo este pringado para conquistarte? ¿Es que no sabes que es un pijo que juega al golf?

Ella se rio al ver la cara de fastidio de Jay.

—Esa es una revelación que aún no he sido capaz de superar. Por cierto, ¿sabes que The Offspring están a punto de sacar nuevo disco?

—¡Sí, escuché el otro día el primer *single* y me quedé loco! —exclamó Eric, sentándose a su lado y tomando en sus manos una taza de té—. ¿Los has visto en directo?

—¡Tres veces! No sabes cómo me marcó en su día *Americana*. He escuchado ese disco cientos de veces.

—Joder, Jay, al fin traes a casa a alguien que valga la pena —bromeó Eric, dándole un puñetazo amistoso en el brazo a su hermanastro.

—Quizá me he equivocado al elegir hermano... —suspiró Nikki, guiñándole un ojo a Jay.

—Muy graciosa.

En ese momento, llegaron Charles Martin con su esposa Rose, acompañados de Howard, el más joven de los tres hermanos, que cumplía dieciocho años. Nikki fue presentada, besada y abrazada multitud de veces y finalmente arrastrada a la mesa del comedor. Todos tenían ganas de conocerla y de preguntarle cosas, pero primero preguntaron por la gira y las novedades que Jay traía.

Ben y Lindsey sirvieron un oloroso asado acompañado de verduras al horno, y la comida de cumpleaños —envuelta en risas y comentarios de la numerosa familia Martin y Moore— empezó.

—¿Sabes algo de los Grammys, hijo? —preguntó Charles, sirviéndose más puré y zanahorias asadas.

—Aún no.

—Este año ganarás seguro —comentó Howard—. En serio, si no ganas con *NextPopSounds* será una injusticia.

—Bueno, la competencia es dura. ¿Habéis escuchado el disco de Amy Winehouse? Se merece muchos premios.

—¿Tú qué opinas, Nikki? —se burló Eric, con una sonrisa socarrona.

—Ehmmm... Es que a mí no me gusta la música pop.

—¿Y cómo coño...?

—¡Eric, esa boca! —lo amonestó su madre Rose.

—¿Y cómo narices te enamoraste de este pringado?

—Lo llamé gilipollas a los cinco minutos de conocerle —rio Nikki, provocando las carcajadas generales de toda la mesa. Jay, a su lado, asintió.

—Y yo me enamoré perdidamente de ella en ese mismo instante.

Continuaron comiendo con la alegría y la cordialidad flotó entre ellos; hablando todos a la vez y escuchando las divertidas anécdotas que contaba Eric, que trabajaba en una tienda de discos en el centro de Montgomery. El padre de Jay habló con ella de política, especialmente de la problemática de los permisos de armas y los tiroteos en las escuelas. Tenía unas opiniones fuertes y bien formadas que la sorprendieron por progresistas.

Con la llegada del café y el postre —una enorme tarta con dieciocho velas para Howard—,

Nikki se vio arrastrada por Lindsey Moore hasta el sofá. La mujer parecía tener ganas de hablarle de su hijo, así que sacó la maquinaria pesada: los álbumes de fotos de la infancia de Jay.

—Mamá, por Dios.

—Calla, hombre. No hay nada de qué avergonzarse.

—Yo no estaría tan segura —rio Nikki, señalando una foto en la que Jay lucía sus rizos en una etapa preWestside Blue, sentado junto a su madre.

—Era el niño más guapo del coro de la iglesia baptista. Y el que mejor cantaba, Nikki, por supuesto.

—Mamá... —volvió a quejarse Jay, sin resultado alguno. Su madre lo ignoró por completo.

—Yo sufrí mucho cuando lo seleccionaron para Westside Blue. Era muy joven y se lo llevaron por todo el país de gira, lejos de mí. Pero no había manera de detenerlo. Siempre ha tenido las cosas muy claras este niño...

—Parece que hay cosas que no cambian. Cuando se le mete una cosa en la cabeza... —empezó Nikki, mirándolo de reojo.

—No para hasta conseguirla. Y que lo digas.

—Bueno, ¡ya está bien! ¡Qué será lo próximo! —Jay les arrebató los álbumes de fotos, fastidiado y avergonzado a partes iguales.

—Pues podríamos poner los videoclips de Westside Blue —sugirió Eric entre risas—. Nunca dejan de hacer gracia. Esos pelos, hermanito... Parecía que habías metido la cabeza en un bote de pintura fluorescente.

Nikki se retorció de risa, contagiando al resto de la familia. Jay no pudo evitarlo y se unió a ellos, con carcajadas limpias y sonoras.

La habitación adolescente de Jay parecía haber permanecido intacta desde que él se había ido de casa. Las estanterías estaban repletas de trofeos de béisbol y en las paredes colgaban anticuadas fotos de Michael Jackson, Billy Joel y Prince. En un corcho situado encima del escritorio había viejas imágenes de Jay con sus compañeros del instituto.

—Debiste de ser un chico muy popular —murmuró Nikki, agradecida por el momento de intimidad que Jay había conseguido al sugerir enseñarle su antigua habitación.

—No me puedo quejar, la verdad.

—¿Capitán del equipo de béisbol? Qué típico. Si hubiéramos ido al mismo instituto, nunca te hubieras fijado en mí.

—¿Por qué no? —preguntó él, sentándose a su lado en la estrecha cama de la habitación, cubierta con una colcha de cuadros hecha a mano.

—Porque yo era de las raritas, la que iba por ahí con el pelo teñido de negro y camisetas de grupos que nadie conocía.

—Tampoco tú te hubieras fijado en mí, estoy seguro. Hubieras pensado que era el típico creído rompecorazones y me hubieras despreciado.

—Es posible. Nunca me gustaron los del equipo de béisbol del John Muir. Eran tíos horribles.

—Por suerte, ya no estamos en el instituto.

—No, pero nos siguen criticando por todo Internet. Desde que se supo lo nuestro, no hacen más que llamarme vendida, cazafortunas y no sé qué más porque no he querido seguir leyendo. La gente da asco.

—¿Entiendes ahora por qué me mantengo bastante alejado de Twitter, Facebook y demás

porquería de redes sociales? No vale la pena. Se acabarán cansando, como lo ha hecho la prensa. Te lo prometí y así ha ocurrido, ¿no?

—Sí, supongo que sí —suspiró ella, aliviada por no ver más a aquellos periodistas que los habían perseguido durante los primeros días por Los Ángeles—. Tus padres son muy amables. Parecen alegrarse por... lo nuestro.

—Eso creo. Necesitaban una buena noticia así, después de los escándalos en los que me metí al cortar con Amee.

—¿Qué escándalos? Creía que solo habías tenido ese rollo con Paris.

—Bueno, está lo de la Superbowl de hace años con Christina Aguilera.

—¿Qué pasó en la...? Oh. —De repente, Nikki lo recordó todo.

En su momento, no le había dado ninguna importancia a aquel escándalo que sacudió durante días al país entero. Le había parecido una suprema gilipollez que la gente se pusiera así solo por el espectáculo que ambos cantantes habían dado. Pero así era el puritanismo de Estados Unidos en todo su máximo esplendor.

Jay y Christina actuaron juntos en el intervalo de la Superbowl, el mayor acontecimiento deportivo del país. La actuación en sí resultó ser un demasiado provocativo baile entre ambos, que acabó con Christina simulando hacerle una felación a Jay en directo.

Las críticas no tardaron en llegar y Nikki recordaba vagamente haber visto un vídeo en las noticias en el que ambos cantantes se disculpaban con cara de haber sido apaleados desde todas partes. Después del incidente, la carrera de Christina había caído en picado, mientras que la de Jay había continuado subiendo como la espuma. Porque Christina había admitido su culpa; pero Jay siempre había afirmado no saber nada de aquel detalle final que había escandalizado tanto.

—¿Te disculpaste con Christina?

—¿Perdona?

—Que si te disculpaste con Christina.

—Yo no hice nad...

—Venga ya, Jay. Tú escurriste el bulto, ¿no es así? ¿Acaso no la dejaste a ella en la estacada, cargando con toda la culpa y dejando que su carrera se hundiera?

Jay no contestó, pero en su cara se leía la incomodidad.

—¡No puedo creer que fueras tan cobarde! —se enfadó Nikki, levantándose de la cama.

—¡Oye, no me hables así!

—¡Tienes que disculparte con ella como es debido y en público! —estalló, enfadándose más y más—. Vivimos en un país hipócrita y puritano que se escandaliza por ver un baile demasiado erótico en la televisión nacional, pero al que se la pela si enviamos hombres a matar niños en Irak. Tú tenías una oportunidad de alzar la voz y luchar contra la puta moral cristiana y lo único que hiciste es decir que no sabías nada, dejando toda la culpa para ella.

—¡Tú no sabes nada de cómo funciona este mundo! Cualquier jodido fallo puede hundirte y nunca te lo perdonan, nunca te recuperas de un paso en falso —se intentó defender él.

—Quizá porque nunca has tenido los huevos de ser valiente y hablar de las cosas verdaderamente importantes en tus canciones de pop. Demuéstrame que no eres un hipócrita. Porque no quiero vivir al lado de un hipócrita de mierda, Jay.

Él se pasó la mano por el pelo, nervioso y enfadado por la conversación.

—Han pasado cuatro años desde aquello, Nikki.

—Razón de más para que te pongas las putas pilas.

—¿Y qué te importa a ti Christina Aguilera? Tú las desprecias a todas: a Christina, a Britney,

a Ameer, a Hilary... ¿Y ahora las defiendes? ¡No entiendo nada! —levantó la voz Jay, a pesar de saber que los tiros no iban por ahí. Nikki se cruzó de brazos.

—Me importa una mierda la música de todas ellas, pero eso no significa que me dé igual lo que hagas tú con tu consciencia. Lo que hiciste con Christina estuvo mal, pongas las excusas que pongas.

Se miraron el uno al otro en un silencio desafiante y tenso. Los ojos azules de Jay se habían oscurecido aún más y unas arrugas habían aparecido en su lisa frente.

—Creo que es hora de volver a Nashville —dijo finalmente él, con voz neutra.

—Estoy de acuerdo —respondió Nikki muy seca, saliendo de la habitación.

This I promise You

Ambos habían disimulado el enfado mutuo al despedirse de la familia. Su madre había insistido en prepararles una habitación para que se quedaran a dormir, pero Jay se había negado con la máxima amabilidad posible. Su madre podía ser una mujer muy insistente, pero no era momento de alargar el encuentro familiar.

Durante el viaje de regreso a Nashville, ninguno de los dos habló más que con escasos monosílabos. Jay estaba molesto por las acusaciones de algo que había ocurrido hacía años y ella... Ella parecía decepcionada, como si hubiera cometido un error del que se estuviera dando cuenta ahora.

Cuando llegaron a Nashville tras un viaje por carretera de varias horas, Nikki corrió escaleras arriba y se encerró en la habitación principal, seguida del traidor de Banjo. Jay se puso rojo de enfado y se retiró a su pequeño estudio privado, en el que encendió el equipo, a pesar de que no tenía ningunas ganas de componer nada.

¿Qué sabría ella de lo que era sobrevivir en la industria despiadada de la música? Jay llevaba aguantando diez años metido en aquel mundo de tiburones sedientos de dinero y sabía que un escándalo, por estúpido y pasajero que fuera, podía terminar con el artista más grande o talentoso del momento. Y si no que se lo dijeran a Michael Jackson, que nunca se había logrado recuperar de las acusaciones de pedofilia.

Él había sobrevivido al incidente de la Superbowl y ni siquiera sabía cómo lo había logrado. Puede que Frankie tuviera razón; su cara de niño bueno, de novio perfecto, lo había salvado. Eso y la rápida actuación de su representante, que le había obligado a declarar que él no sabía nada del número final de la actuación, aunque eso no fuera cierto.

Se había disculpado con Christina en privado por no haber reconocido en público que él estaba de acuerdo con cada punto de la actuación, claro que sí. Ella, que llevaba también muchos años manteniéndose a flote en el despiadado mundo de la música, lo había entendido.

No obstante, Jay sabía, en el fondo de su corazón, que había sido un cobarde y que Nikki tenía razón: había pasado el escándalo a su compañera de escenario y él se había ido de rositas, permitiendo que la talentosa carrera de Christina nunca volviese a ser la misma. Todo por evitar el temido escándalo y la pérdida de ventas.

—Mierda, jodida Nikki —se lamentó en voz alta. Lo que más le fastidiaba era que ella tenía razón.

Quizá también tenía razón en que debería dejar de ser una inofensiva estrella del pop para alzar la voz ante algunas injusticias que lo ponían enfermo, pero contra las que no tenía permitido abrir la boca. Meterse en jaleos políticos era algo que Frankie jamás le iba a consentir hacer, por supuesto.

Se sacó el iPhone del bolsillo del tejanero y abrió su cuenta de Twitter. Tenía una mención de

Timbaland, haciendo alusión al nuevo tema que iban a sacar con Madonna. También vio su nombre en alguna cuenta de cotilleos. Lo ignoró todo y buscó en Google una imagen de aquella infame actuación en la Superbowl de 2003. Luego, lanzó su disculpa a Christina y al mundo por haber sido un grandísimo capullo.

@jmartinofficial

Han pasado 4 años desde que esto pasó en la Superbowl con @xtina y aún me siento mal por lo que le hice a mi compañera.

Dije que no sabía nada de lo que acabó pasando, pero mentí para cubrirme las espaldas. Nunca es tarde para disculparse. Lo siento mucho, Christina.

Dejó el móvil lejos de él para mantenerse a salvo de la tentación de comprobar las reacciones que su declaración habría generado en Internet. En vez de eso, tomó una de sus guitarras acústicas y empezó a tocar para distraerse. Pero la llamada furiosa e indignada de Frankie no tardó ni cinco minutos en llegar, como ya había pronosticado.

—Qué —contestó Jay secamente.

—¿Se puede saber qué coño te pasa, Jay? ¿A qué viene remover la mierda de hace cuatro jodidos años?

—A que es lo correcto y lo que debería haber hecho en su momento, en vez de hacerte caso a ti.

Escuchó al otro lado de la línea a Frankie escupir palabrotas con su acento de Texas, una detrás de otra como balas furiosas de una metralleta.

—¿Es por esa Nikki?

—Esa Nikki es mi novia, Frankie.

—Sabía que te iba a comer la cabeza con sus chorradas políticas, feministas y reivindicativas, la muy zorra. ¿Es que no ves que te utiliza?

A Jay le tembló el iPhone entre los dedos, que apretaban el aparato con furia.

—No vas a volver a llamarla zorra. Sé lo que llevas haciendo desde hace años. Quizás no me di cuenta de lo que nos hiciste cuando aún éramos Westside Blue, pero ahora te veo con total claridad. Eres una sabandija chupasangre que me ha utilizado desde hace una puta década, pero eso acaba hoy, Frankie.

—¿Qué coño quieres decir? —escupió su representante.

—¡Que estás despedido, joder!

Estuvo tentado de lanzar el maldito teléfono contra la pared insonorizada del estudio, pero se contuvo. Él no era así. De modo que se guardó el móvil, apagó los equipos de grabación y mezcla, y abrió la puerta del estudio para ir en busca de Nikki.

No hizo falta ir a buscarla. Ella estaba ahí, con su móvil en la mano y la otra a punto de llamar a la puerta.

—Lo has hecho... —le dijo, enseñándole su cuenta de Twitter, con su mensaje para Christina.

—Te dije que quería estar a tu altura y que hacías de mí un hombre mejor. Iba en serio. Y tú tenías razón: fui un cobarde.

—Jay...

—Te prometo esto también: nunca volveré a cerrar la boca frente a las injusticias.

Nikki sonrió iluminando toda la habitación y se tiró a sus brazos, besándolo con una deliciosa mezcla de ternura y pasión. Entraron en el estudio a trompicones, quitándose la ropa con impaciencia, jadeando por la excitación que explotaba tras la reconciliación.

—También he despedido a Frankie —murmuró Jay cuando ella le sacó la camiseta por la cabeza y empezó a besarle el cuello.

—Ahora no. Luego.

Cayeron al suelo enmoquetado del estudio, desnudos y enredados por la urgencia, follando como animales salvajes. Con Jay embistiendo dentro de ella y Nikki gimiendo su nombre para que no se detuviera.

Cuando todo terminó y ambos recuperaban el aliento aún tirados en el suelo de la habitación, llegó la llamada de Christina Aguilera. Aquello sí que no se lo esperaba y Jay respondió esperando gritos y reproches de su colega. En lugar de ello, Christina le dio las gracias entre lágrimas de emoción por haberse disculpado, aunque la disculpa hubiese llegado cuatro años tarde. Jay supo que había hecho lo correcto y que, sin la influencia de Nikki, jamás hubiera tenido la valentía de hacerlo. Se fue a dormir sintiéndose bien y reconciliado con el mundo.

A la mañana siguiente, mientras tomaban café y tostadas francesas, la noticia de su disculpa pública con Christina estaba en todos los medios. Su mensaje en Twitter tenía miles y miles de respuestas; todas ellas positivas. Y, por primera vez en mucho tiempo, Jay Martin se sintió orgulloso de sí mismo.

All Downhill From Here

Un día después de haber revolucionado Twitter con sus disculpas públicas a Christina Aguilera, Jay decidió tomarse unas cuantas horas para repasar el guion de su próxima película: un pequeño drama independiente llamado *The Long Road*. No iba a grabarlo hasta pasado el verano, pero Nikki ya había comprendido cómo de concienzudo era Jay cuando se trataba de trabajo. Eso le dejaba a Nikki espacio y tiempo para hacer lo que quisiera. Jugó un poco con Banjo, envió unos cuantos mensajes a sus padres y a Cassie y al final decidió vestirse y salir sola a explorar Nashville un poco más.

Jay no se había equivocado en cuanto a aquella ciudad. Tenía algo especial; algo que la hacía acogedora y bohemia, moderna y clásica a la vez. Le gustaba que todo estuviera rodeado de música; allá donde mirase siempre sonaba algo interesante. No le extrañaba que Jay, de todas las ciudades fascinantes de Estados Unidos, hubiese elegido Nashville para mudarse. Eso era algo que le gustaba de él; la mayoría de famosos vivía en Nueva York o Los Ángeles, pero él había preferido la capital de la música de Tennessee.

Nikki dedicó unas cuantas horas a visitar el museo de Johnny Cash y también el de Música Country, por simple curiosidad; aquella experiencia espoléó su fértil imaginación. Quiso volver enseguida a casa de Jay para seguir escribiendo esa canción que llevaba flotando en su mente desde hacía años y que jamás había tenido la valentía de sacar adelante.

Decidida a ponerse a trabajar, tomó la resolución de comprar unos cuantos donuts y unos batidos, regresar al apartamento de Jay, y pedirle permiso para tomar prestada una de sus muchas guitarras para empezar a sacar algo en claro de sus ideas.

Como no conocía bien dónde podía comprar buenos donuts, optó por entrar en una de las siempre fiables franquicias de Dunkin. Eligió cuatro sabores al azar, comprendiendo que aún no conocía tanto a Jay como para saber sus sabores favoritos de donuts, y pidió un batido de chocolate y otro de Chips Ahoy para él. Después de eso volvió al Arts District de buen humor, con ganas de canturrear y llegar cuanto antes. No obstante, su alegría se esfumó al distinguir una figura enjuta que, por desgracia, conocía bien. Demasiado bien.

Se quedó paralizada, con la caja del Dunkin en una mano y los batidos en la otra. Sus Vans parecieron desarrollar raíces para anclarla al suelo, porque fue incapaz de moverse en una u otra dirección. De todas formas, no tenía dónde huir, porque el cabrón de Brett estaba en el maldito portal del edificio de Jay.

Muchas preguntas pasaron por la mente de Nikki en aquel momento antes de que él la viera plantada en la acera de la calle. ¿Qué hacía ahí? ¿Cómo había averiguado dónde vivía Jay? ¿De dónde había sacado el dinero para viajar a Nashville si siempre vivía al borde de la bancarrota? ¿Y qué coño quería ahora de ella?

—Joder. Joder, mierda. Joder —maldijo Nikki, mirando alrededor.

Por la calle pasaban coches y bastante gente a pie. Al fin y al cabo, era un distrito céntrico y muy popular, y estaban en pleno día. Brett no podía hacerle nada. Tomando aire en sus pulmones, logró desenganchar sus Vans del asfalto y echar a andar en dirección al portal. Brett la divisó al instante y una sonrisa satisfecha se dibujó en su cara. Nikki sintió ganas de tirarle el batido de chocolate por la cabeza, pero se contuvo. Cuando llegó a su altura dejó la caja de donuts y los batidos en el suelo y se enfrentó a Brett.

—Dime que no estás aquí de puto turismo.

—¿Tú qué crees? Vengo a recuperar a mi chica.

—Yo no soy tu chica desde hace... —Nikki se paró a contar, aunque luego se dio cuenta de otra cosa. Ella nunca había sido su chica, sino su estúpido trofeo que lo validaba como un macho apto entre sus amigos—. Yo no soy tu chica. Nunca lo he sido.

—Nikki... —Se acercó a ella con aquel gesto nervioso que solía preceder a su furia. Nikki lo conocía demasiado bien, pero esta vez no retrocedió. Si le tocaba un solo pelo de la cabeza le arañaría la cara—. Estoy dispuesto a olvidar esta tontería de Jay Martin, porque te quiero. He cambiado, Nikki. No me he portado bien contigo y, como ya te he dicho, estoy acudiendo a terapia para controlar la agresividad. Estoy mejorando mucho. Te lo juro.

—¿Cuántas veces he escuchado eso, Brett? El buen humor y el ser amable te dura unas semanas y luego... vuelves a ser el de siempre.

—Nikki, sin ti no soy nada.

—Pues yo sin ti lo soy todo —le espetó Nikki, sin pensárselo dos veces. Aquella frase transmutó el anodino rostro de Brett en el del monstruo que se escondía debajo, confirmándole que, en efecto, no había cambiado nada.

No vio venir la mano de su exnovio contra su cara, que se estampó con ira en su mejilla. No era el peor golpe que le había dado, pero posiblemente fuera el más ofensivo y el más público. Los ojos de Brett lanzaban llamaradas cuando Nikki, aún sin creerse lo que estaba ocurriendo de nuevo, se tocó la mejilla izquierda. Se la notaba roja y palpitante.

Lo que pasó luego nunca lo hubiera imaginado de la Nikki de hace unos meses. Antes de pararse a pensar en lo que estaba haciendo, se lanzó contra Brett y empezó a arañar, golpear y tirar del pelo a su exnovio, poseída por una nueva y desconocida furia. Estaba claro que Brett no se lo esperaba, porque Nikki logró hacerle sangrar la cara y arrancarle unos cuantos mechones de pelo, antes de que él pudiera cogerla por las muñecas y apretarlas para detenerla.

—¡No pienso volver contigo ni loca, hijo de puta! ¡Me has amargado la vida desde los dieciséis años! ¡Cabrón de mierda! —gritaba enajenada, sin notar el dolor en la cara ni en las muñecas que Brett le apretaba.

Estaba harta, harta de todo. Harta de haber aguantado ocho años aquella basura de relación y de haber permitido que Brett le hiciera todo lo que le había hecho. Hubiera entrado en un ataque de ansiedad si no hubiera sido por Gerard —el corpulento portero del edificio de Jay—, que salió del portal y tiró de Brett hacia atrás, cogiéndolo por la camiseta de un tirón.

—¡Eh! ¿Qué está ocurriendo aquí?

Su exnovio se tambaleó, lanzado por la fuerza del portero, jadeando como un perro tras una carrera. El hombre se dirigió a Nikki, preocupado por su aspecto y su cara desencajada.

—Señorita Ellis, ¿llamo a la policía? ¿Al señor Martin?

—No será necesario, Gerard. Gracias. Este gilipollas ya se iba.

Brett se tocó la cara, que sangraba por los arañazos que ella le había hecho. Nikki podría jurar que nunca lo había visto tan cabreado, pero le daba exactamente igual.

—Creo que te olvidas de algo, Nikki. Yo puedo hacerte mucho daño. Especialmente ahora — amenazó Brett, escupiendo al suelo. La miró una última vez y echó a andar hasta doblar la esquina y desaparecer.

Nikki no se paró a pensar en aquella última amenaza. Quería subir hasta el piso veinte, hasta Jay, y olvidarse de todo. Fue a recoger los donuts y los batidos, pero su cuerpo no respondió bien del todo y osciló un poco. Gerard la tomó de los hombros y la metió en el edificio.

—Gerard, por favor...

—No se preocupe, señorita Ellis. Yo me encargo.

—¿Puedes recoger esos donuts y los batidos?

Gerard la miró con cariño, la sentó detrás del mostrador en el que solía trabajar y procedió a cumplir con su petición. A continuación, el diligente portero telefoneó a Jay.

Hangin' Tough

Sus horas de trabajo se vieron interrumpidas por una llamada de Gavin. Desde que se habían visto por última vez en California y lo había ayudado a organizar su primera cita con Nikki, habían vuelto a estrechar lazos, cosa que alegraba a Jay, ya que siempre había sentido que su amistad con Gavin era la más especial que tenía en Westside Blue. Blake era un hermano mayor con el que podía correrse juergas y bromear durante horas, pero era con Gavin con quien había tenido siempre más confianza.

Gavin había pasado malos momentos en Westside Blue debido a su homosexualidad, sobre todo al principio. Una vez salió del armario con sus compañeros, la cosa fue más fluida y se sintió mejor dentro del grupo. Era el primero que se presentaba en el estudio para grabar y el más entusiasta cuando se trataba de trabajar. Jay era consciente de que Gavin confiaba en el grupo como seguro de vida para su futuro y que, por ese motivo, le había dolido tanto cuando anunció que iba a dejar Westside Blue.

A partir de entonces, la relación se había ido enfriando, y ninguno de los dos había hecho esfuerzo alguno por evitarlo. Mantenían la cordialidad en cuanto coincidían, pero poco más. Recuperar la confianza y amistad de Gavin era un regalo inesperado que alegraba a Jay.

—¿Qué tripa se te ha roto ahora? —sonrió Jay al contestar el móvil. La voz emocionada de Gavin al otro lado empezó a contarle mil cosas a la vez, así que tuvo que detenerle porque no se estaba enterando de nada—. ¡Gavin, más despacio!

—Ay, perdona. Ya sabes cómo soy.

—Sí, lo sé. Ahora respira y cuéntamelo bien.

—Voy a salir del armario. Y voy a hacerlo bien.

—¿De verdad? —se alegró Jay, saltando del sofá—. ¡No puedo estar más feliz de que lo hagas por fin!

—Sí, sí; relaja tu culo hetero y escúchame.

Gavin le contó que había colaborado con muchas asociaciones LGTBI, pero que jamás se había acabado de sentir implicado porque ni siquiera él era capaz de dar la cara ante el mundo. Ahora se había decidido a hacer las cosas mejor: quería empezar una campaña mundial para animar a más músicos y gente de la escena a salir del armario y proclamar a los cuatro vientos quiénes eran.

—¿Puedo contar contigo?

—Ya sabes que sí, siempre —accedió Jay. Escuchó a Gavin sonreír al otro lado de la línea—. Pero, ¿estás seguro de que necesitas la ayuda de un hetero como yo? No quiero robar protagonismo en una lucha que no es mía.

—Pamplinas, qué vas a robar tú. Solo necesito que me apoyes en público y ya está... No te voy a hacer salir en los carteles de la campaña con tu cara de heterazo.

—Cuando quieras y lo que quieras, Gav, ya lo sabes. Espero que lo hagas antes de que reunamos a Westside Blue, si te soy sincero. Nada me gustaría más que empezar la gira de reunión con esa buena noticia.

—¿Lo dices en serio? ¿No perjudicará la venta de entradas?

—¡Claro que lo digo en serio, colega! En cuanto a las entradas... Si alguien no quiere venir a vernos cantar y bailar como gilipollas porque eres gay, pues que se meta su dinero por el culo.

Gavin no dijo nada al otro lado y Jay temió haber metido la pata.

—Vale, quizá eso último no ha sido el mejor comentario del mundo, pero... ¿Gav?

Su amigo estaba llorando de emoción, amarrado al móvil, y Jay sintió ganas de abrazarlo muy fuerte. Lo escuchó sollozar un par de minutos, sin decirle nada más, y esperó paciente a que Gavin volviera a hablar.

—Gracias, tío. Has cambiado mucho desde que le has pegado la patada a Frankie. ¿O es influencia de Nikki?

—Puede. Nunca lo sabremos —sonrió Jay.

Hablaron un rato más y, al colgar, decidió tomarse un descanso e ir a preparar café. Lo siguió un siempre cariñoso Banjo, que enseguida se subió a la encimera de la cocina para recibir su ración de mimos. Lo acarició distraído mientras se calentaba la cafetera y luego consultó su reloj de muñeca. Esperaba que Nikki no se hubiera perdido por Nashville. Era una ciudad bastante desconocida para ella aún y, aunque no era un lugar especialmente peligroso, sí que había barrios a los que era mejor no acercarse. Y ya llevaba varias horas fuera.

—Qué tontería... Es una mujer adulta y yo no debería preocuparme, ¿verdad que no, Banjo? —le preguntó al gato blanco. Este le contestó con un maullido lastimero.

Antes de poder dar el primer sorbo al café recién hecho, el interfono interno del edificio sonó. Era un sonido que no estaba acostumbrado a escuchar y se sobresaltó un poco al oírlo. Fue hasta la entrada para contestar.

—¿Señor Martin?

—¿Gerard? —se extrañó él al reconocer la voz del portero—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Se trata de la señorita Ellis. Alguien la ha... atacado.

Jay salió corriendo por la puerta principal antes de poder escuchar ni una palabra más.

La encontró aún temblorosa en el vestíbulo del edificio, sosteniendo una caja de Dunkin Donuts y un par de vasos de batidos en las manos. Jay agradeció al portero su ayuda y procedió a llevarla arriba sin más demora. Nikki parecía más calmada, aunque aún seguía algo confundida. Le explicó a trompicones todo lo que había pasado en cuanto él la sentó en el sofá de la sala y la obligó a beberse una taza de café. Nikki obedeció y, tras un par de tragos, recuperó la calma y le relató el suceso.

Jay no pudo entender cómo aquel gilipollas había averiguado dónde vivía. Era de dominio público que residía en Nashville desde hacía años; con una simple búsqueda en Google cualquiera podía saber eso. Pero de ahí a averiguar su dirección concreta había un trecho. ¿Debería contratar seguridad privada? Nunca le había gustado la idea aunque, si era necesario para evitar otro episodio de este tipo, no lo iba a dudar ni un segundo.

—Nikki, cielo, tenemos que denunciar —le dijo cuando ella terminó su triste relato.

Aún tenía la mejilla enrojecida por el golpe, si bien poco a poco el rubor le iba bajando. Jay fue hasta el congelador, agarró una bolsa de judías congeladas y se la puso con la máxima ternura posible en la cara.

—No puedo. De verdad que no.

—No voy a obligarte, Nikki, pero esto no puede continuar así. Algún día podría hacerte daño de verdad.

—No se atreverá a tanto —contestó ella, apretando la fría bolsa contra su mejilla. Verla así le rompía el corazón—. Y tú no hagas nada. No quiero numeritos de masculinidad ni nada de eso.

—Está bien —concedió Jay—. Nada de contratar sicarios para darle una buena paliza a ese cabrón.

Ella se rio sin soltar la bolsa de judías y con una leve mueca de dolor ante el gesto.

—¿A qué crees que se refería Brett con eso último que te dijo?

—Ni idea... No quiero que te sienta mal, pero, ¿te importa si cambiamos de tema?

—Claro —sonrió Jay a su lado. Se fijó en la caja y las bebidas que ella había traído—. ¿Has comprado donuts?

—Y batidos. El tuyo de Chips Ahoy, sí.

—Eres la mejor novia del mundo.

—Lo sería si supiera qué sabor de donut es tu favorito —se quejó Nikki, soltando al fin la bolsa congelada y cambiándola por su batido de chocolate. Luego abrió la caja de donuts y se la enseñó—. ¿He acertado con alguno?

—Cariño, con chocolate siempre acertarás en esta casa.

—¿El relleno de chocolate para ti, entonces?

—¿Y los otros tres para ti? —se indignó Jay en broma—. ¿Es que estás loca? El relleno de chocolate y el de virutas de vainilla para mí.

—Entonces me quedo el de *red velvet* y el glaseado.

—¿Ves? Hacemos buen equipo. Lo que haremos ahora será comernos estos deliciosos manjares, echar las cortinas, ver una película y olvidarnos del mundo. ¿Qué te parece?

Los ojos azules de Nikki brillaron por primera vez en mucho rato.

—Me parece perfecto, pero luego...

—Luego, ¿qué?

—Deberíamos volver a follar en tu estudio.

—Tus deseos son órdenes para este gilipollas enamorado de ti.

Punk Rock Song

—Aún no me has explicado sobre qué hablará tu gran canción. Y me prometiste que me lo contarías cuando estuviéramos en Nashville, en mi estudio.

—Estamos desnudos en tu estudio, en concreto —rio Nikki, incorporándose ligeramente en el suelo enmoquetado de la habitación para besarlo. Jay lucía el pelo rubio ceniza despeinado y aún tenía las mejillas encendidas por el sexo reciente.

—Necesito unos veinte minutos para repetir polvo. Cuéntamelo, por favor. Y si quieres, podemos trabajar en ella.

—Veamos, ¿sexo contigo o componer contigo? Teniendo en cuenta que una cosa se te da mejor que la otra...

—¡Serás...!

Jay la atrapó por la cintura y la subió encima de él, totalmente desnuda, piel con piel. Nikki se sintió feliz. El incidente con Brett de unas horas antes parecía estar a mundos de distancia en aquel momento.

—Quizá no necesite veinte minutos... —le susurró él al oído, haciendo que todo su cuerpo se estremeciera por el pensamiento de otra sesión de sexo apasionado—. Habla ahora o calla para siempre.

—Está bieeen.

Jay se levantó de un ágil salto y la dejó sola unos minutos para volver con dos cojines, un par de Coca Colas y una caja de Chips Ahoy. Nikki acomodó la cabeza sobre el cojín y aceptó la helada bebida que él le ofreció.

—¿Cuándo te convertiste en un tío bueno? —comentó, admirando las líneas finas que formaban el cuerpo estilizado de Jay.

—Ya sabes, fue cortarme los rizos y empezar a estar muy follable. Deja de cambiar de tema. Háblame de tu canción *punk rock* definitiva.

—No es la canción *punk rock* definitiva, no seas exagerado. De momento, solo tengo claro que empezará con una introducción de piano y unos coros que irán creciendo; como hacían Queen en canciones como *Bohemian Rhapsody*, ¿sabes?

Nikki se giró para acomodarse boca abajo, pegada a Jay, que la abrazó y le acarició uno de sus mechones negros.

—Cada año, desde que lo recuerdo, mi padre me subía en el coche y me llevaba al Desfile de las Almas en Boyle Heights, el barrio latino de Los Ángeles.

—¿Qué es el Desfile de las Almas? —preguntó Jay, escuchándola con toda su atención.

—Es una tradición de Tijuana, se celebra en el Día de los Muertos. Es un desfile donde la gente va pintada con calaveras y rememora a sus difuntos, pero de una manera festiva, con una banda de marcha y bailes y multitud de colores.

—¿Por qué te llevaba tu padre a ver algo así?

—Para explicarme que él un día no estaría para cuidarme y para enseñarme que la muerte no tenía por qué ser algo triste. Era un momento de ambos; mi madre nunca vino con nosotros. Siempre le pareció algo macabro. Y en ese día, cada año, me hablaba como a una adulta. Una adulta de verdad.

Jay siguió acariciándola y prestándole toda la atención del mundo. «¿Cuándo fue la última vez que Brett me escuchó así?», se preguntó Nikki.

—Cuando empecé el instituto... Bueno, no voy a entrar en detalles, pero digamos que mis compañeros no me trataron muy bien. Hasta que conocí a Brett, Jason y Keith, estaba sola de verdad. No tenía amigas porque para todas las chicas del John Muir yo era la rarita de turno. Recibí insultos, acoso y todo lo que una chica solitaria y extraña puede sufrir en los años de instituto. Mi padre enseguida supo lo que me ocurría. Mi padre siempre sabe qué me ocurre.

Nikki cerró los ojos, recordando el Desfile de las Almas en que se había sincerado con Frank Ellis y le había contado todo lo que le pasaba en el John Muir. Tenía quince años y aún no se había cruzado con Brett, Jason y Keith, con quien formaría un grupo indivisible de amigos hasta el final de la secundaria.

Su padre la había abrazado con mucha fuerza, como si quisiera fundirla contra él. Le había susurrado que algún día todo aquello acabaría y que entonces ella tendría que ser la voz de los chicos rotos y golpeados, de los olvidados por el sistema. Pero que, mientras tanto, tendría que construirse una fortaleza alrededor para no dejar que los cabrones del instituto la intimidaran más.

—En aquella época los padres no iban a hablar con los directores del instituto, ya sabes.

—Sí, lo sé. Es una época jodida y te sueltan ahí, como si fuera una puta jungla en la que no hay reglas conocidas —afirmó Jay.

—A mí me salvó conocer a los chicos, formar Jetset y estar con ellos cada día. Pero también aquella charla con mi padre en la que me dijo que no podía callarme ante las injusticias y que, si hacía falta, tendría que alzar la voz para hablar por los que no la tenían.

Jay guardó silencio ante la revelación y esperó a que ella siguiera hablando.

—Quiero que la canción hable de eso, aunque aún no sé cómo. Siento que está en mi cabeza, pero soy incapaz de sacarla. Nunca he sabido componer una canción yo sola; siempre he necesitado al resto de la banda.

—Mmm... Has dicho una introducción a piano, ¿no? Ven conmigo.

Sin entender nada, Nikki se dejó llevar hasta el salón comedor, aún desnuda. Jay, también sin ropa, encendió una pequeña lámpara cerca del piano y levantó la tapa del teclado. Se sentó en la banqueta y la miró para que se acercara.

Afuera ya era de noche y Nikki solo vislumbró las muchas luces que iluminaban Nashville.

—Siéntate a mi lado e indícame, solo por probar. No te agobies con ello.

Tocó unos suaves acordes, concentrándose en lo que hacía. Nikki cerró los ojos al ritmo de la música e intentó pensar en los retazos de letra que había escrito para la canción.

—Ve más despacio.

—Tú mandas —dijo Jay, bajando unas notas.

—¿Tienes papel?

—Ahí, en la mesita.

Nikki agarró la libreta que Jay le indicaba y apuntó unas frases apresuradamente, mientras él repetía los acordes.

—¿Qué te parece esto...?

—Cántalo, no me lo leas.

Ella tomó aliento y cantó en voz baja, acompañando la letra a la música de Jay.

*Just a young kid, lost in the city
My father took me there in the cold
A marching band playing and he said
Kid, when you grow up
You will be the voice of the damned
The misfits and the lost ones*

—¿Coros ahora? —dijo Jay y ella negó, poniéndole la letra delante.

—No, ahora entrará la guitarra y los bombos. E iría subiendo con esta estrofa hasta llegar a la parte más *punk*.

—¿Quieres que traiga la guitarra y la grabemos?

—Son casi las doce de la noche, Jay —sonrió Nikki, sacudiendo la cabeza—. Y estamos los dos en pelotas tocando el piano y cantando gilipolleces.

—¿Y qué? —le guiñó un ojo él—. ¿Voy o no voy a por la guitarra?

Nikki se mordió el *piercing*, mirando de reajo su cuerpo desnudo.

—Vale. Pero ponte un pantalón, por el amor de Dios.

—Lo mismo te digo.

Jay volvió vestido con unos cómodos pantalones de *jogging* y la guitarra eléctrica y Nikki abrió una botella de vino. Y luego otra. Y fueron del piano al estudio; grabando voces, puliendo letras, sacando acordes e introduciendo ritmos de batería. Nikki nunca pensó que se lo pudiera pasar tan bien componiendo al lado del excomponente de una maldita *boy band* de pop... Pero trabajar con él, probando ritmos y riendo entre cagada y cagada, era apasionante.

Un nuevo día les sorprendió metidos en el estudio; no se dieron cuenta de la hora que era hasta que el móvil de Nikki sonó anunciando una llamada de Keith. No habían cenado ni dormido, ni habían hecho otra cosa que no fuera trabajar codo con codo.

—Tú el móvil y yo el desayuno, señorita. Basta de trabajo por hoy —la apremió él.

Salió del estudio para recoger el móvil que se había quedado abandonado en el sofá del salón y contestó la llamada de Keith, observando de reajo cómo Jay preparaba café y tostadas con huevos revueltos. Parecía cansado y ojeroso por la noche de trabajo, pero inmensamente feliz y relajado. Le sonrió en silencio desde el otro lado del salón. Él le correspondió con otra luminosa sonrisa.

—¿Qué pasa, Keith?

—Agárrate las tetas, Nikki: tengo noticias de Capitol.

Escuchó atentamente el torbellino de palabras de su amigo, que parecía estar a punto de estallar de excitación. Conforme iba hablando, la boca de Nikki se fue abriendo con más sorpresa, pero lo mejor fue la última noticia.

—¿Qué coño, Keith?

—¡Lo que oyes! —gritó su amigo como un loco—. ¡Nos vamos de gira con Green Day todo el puto agosto!

Nikki tiró el móvil por los aires y se subió al sofá de un salto, sintiendo que le faltaba el aliento de la emoción.

—¿Qué ocurre? —se asustó Jay, dejando el café y el desayuno en la mesa.

—¡Ay, mierda, Keith! —Dejó de dar saltos como una desquiciada y recuperó el teléfono, desde el que Keith continuaba hablando solo—. ¿Va en serio? ¿Vamos a tocar de teloneros de Billie y compañía?

—¡Sí, joder!

—¡Oye! Mándame el contrato por correo y se lo enseño a Jay, a ver qué opina. ¡Te llamo luego!

Nikki gritó de alegría y se tiró cuan larga era en el sofá, pataleando en el aire.

—Dios, con Billie. ¡Con Billie!

—¿Tengo que preocuparme por el tema Billie Joe Armstrong? —frunció el ceño Jay.

—Calla y escúchame, pedazo de gilipollas.

Capitol les había ofrecido un suculento contrato discográfico, que Keith y Jason habían negociado en nombre de Jetset. Si tanto Tom como ella estaban de acuerdo, firmarían por tres discos, una gira de soporte a Green Day para empezar, la producción de varios videoclips, protección legal y un montón de cosas que Nikki no comprendía aún.

El mensaje con la propuesta de Capitol llegó enseguida al correo electrónico de Nikki, que no dudó en enseñárselo a Jay. Este lo revisó mientras desayunaban, con Banjo subido a la mesita y observándolos con sus ojos verdes.

—Todo parece correcto y dentro de los estándares normales, pero puedo mandarlo a mis abogados para que lo revisen, si así te quedas más tranquila. Tengo varios que no trabajan para Capitol Records.

—¿Lo harías?

—Claro, no me cuesta nada. Envíamelo y esta misma tarde tendrás una respuesta del bufete. ¿Estás contenta?

—Lo estoy, pero... Siento como si me estuviera aprovechando un poco de todo esto.

—No seas tonta... Aprovecharse del sistema es lo mejor que podéis hacer. Sois buenos y podéis triunfar sin ninguna ayuda, pero esto no deberíais desaprovecharlo.

—Ya, pero lo hemos conseguido simple y llanamente porque me he liado contigo. ¿No te hace sentir mal?

—No, Nikki —dijo Jay, recogiendo los platos sucios y dándole un pequeño beso en los labios—. Estoy feliz por ti, aunque eso signifique estar sin tu compañía todo el agosto. Pero aún falta mucho para eso. De momento, voy a tenerte para mí durante dos meses en Europa, y con eso tengo suficiente.

—Y luego yo te voy a tener para mí en Los Ángeles, rodando la película esa de...

—*The Long Road* —rio Jay, sacudiendo la cabeza.

—Eso es. ¿De verdad que todo esto no te hace sentir mal?

—Nikki, cielo: es la primera vez en mi vida que siento que alguien no se aprovecha de mí. No podría ser más feliz.

—¿En serio?

—En serio. Y ahora te suplico que nos vayamos a dormir. Han sido veinticuatro horas muy largas.

Mientras subían al piso de arriba, bostezando y seguidos de cerca por Banjo, Jay recibió un mensaje excitado de Gavin. Se lo enseñó a Nikki con una sonrisa.

—Alguien ha salido al fin del armario, parece.

—Las fans de Westside Blue deben de estar alucinando, entre lo tuyo de Christina y lo de

Gavin.

—¡Son buenos tiempos para revolucionar las redes sociales! —comentó él, entrando rápidamente en su cuenta de Twitter para retuitear el anuncio de Gavin Marshall en el que proclamaba su homosexualidad al mundo tras años de esconderse en las sombras—. Espera a que anunciemos la gira de reunión.

Nikki hizo un gesto simulando que le explotaba la cabeza, haciendo reír a Jay. Se metieron en la cama, bostezando de sueño.

—Seguro que viviría muchas menos emociones si estuviera liada con Billie Joe Armstrong.

Lo último que escuchó fue la risa de Jay, antes de que este la abrazara y se durmieran juntos, agotados por las últimas emociones vividas. Esta era la vida que le esperaba de ahora en adelante, al parecer. Y no parecía tan mala, ¿no?

Get Down (You're the One for Me)

Desde Capitol Records gestionaron enseguida el despido de Frankie y le asignaron un asistente personal llamado Adam para que gestionara todas sus necesidades durante la gira europea. Entre Adam y el mánager de la gira, no iba a necesitar a nadie más para ocuparse de él. Jay decidió que de momento no iba a buscar otro representante a tiempo completo y empezó a manejar sus propios asuntos apoyado por el equipo de Capitol.

Nikki pareció un poco agobiada al ver el despliegue que implicaba viajar a Europa con todo el equipo y los Alabama Gang. Había seguridad por todas partes y un avión enorme que los llevaría hasta Irlanda del Norte. También había bastantes periodistas y fotógrafos en el aeropuerto internacional de Nashville; si bien Adam lo gestionó todo para que ambos cruzaran los controles de seguridad con la máxima intimidad posible.

En solo pocas semanas, Nikki parecía haber aprendido a sobrellevar la presencia de cámaras y micrófonos, manteniendo la calma en todo momento. Tampoco la perturbaba tanto que a cada pocos pasos alguien detuviera a Jay para hacerse una foto con él.

La fama había llegado a ella de forma inesperada, como un tanque entrando en combate, y Nikki le había plantado cara con todo su arsenal. Su cuenta de Twitter había crecido como la espuma en los primeros días tras hacerse pública su relación y Jay era consciente de que mucha gente la había seguido por puro morbo.

Aprovechando esa repentina visibilidad, Nikki no se había cortado ni un pelo en lanzar al mundo sus opiniones. Había tuiteado a sus ya más de veinte mil seguidores mensajes contra el acoso escolar, la Asociación Nacional del Rifle, el racismo... Y, para sorpresa de Jay, se había aliado con Gavin en su cruzada por la visibilidad LGTBI en el mundo de la música.

Ambos habían creado el movimiento #OutOfTheMusicCloset, que había logrado convertirse en *trending topic* mundial; cientos y miles de músicos gais, lesbianas, bisexuales y trans contando sus vivencias y discriminaciones dentro de la música como gente del colectivo *queer*. El movimiento había dado la vuelta al mundo.

Y los seguidores de Nikki y su popularidad como cantante de Jetset habían seguido creciendo por mérito propio. Tanto, que la canción *Teenagers* se había colado en el top 50 de Estados Unidos e iba escalando posiciones sin detenerse. Si Frankie fuera aún su representante, estaría histérico y le mandaría controlar a su chica. Pero Jay no tenía intención alguna de acallarla. Su valentía era contagiosa y le hacía sentirse profundamente orgulloso de estar a su lado.

—Es la primera vez que vuelo a Europa —murmuró Nikki, abrochándose el cinturón de seguridad y sin dejar de mirar cómo caía la noche sobre el aeropuerto por la ventanilla del avión.

—¿Todo bien, chicos? ¿Necesitáis algo? —Adam se asomó al habitáculo privado con las cejas levantadas.

—¿Es que ahora eres azafato, Adam?

—Con este cuerpazo podría serlo —bromeó el chico, que tendría más o menos su misma edad.

Adam se había encargado de reservar dos billetes en primera clase en un cubículo privado de American Airlines. Y con gran acierto, puesto que Nikki estaba hecha un matojo de nervios ante la perspectiva de un vuelo tan largo por encima del océano Atlántico.

—Nikki está un poco nerviosa, eso es todo.

—Oh, preciosa. ¿Te traigo un calmante?

Blanca como el papel, Nikki negó efusivamente con la cabeza. Jay le hizo un disimulado gesto a Adam para que los dejara a solas.

—Todo irá bien, cariño.

—¿Cuántos días estaremos en Belfast?

—Son dos conciertos. Luego un día de descanso y viajaremos hasta Sheffield. Luego Newcastle, Glasgow, Birmingham y...

—Dios, sí que eres famoso en el Reino Unido.

El avión encendió los motores, listo para despegar, y ella apretó ansiosa su mano. Jay buscó distraerla con un poco de charla intrascendente.

—Por cierto, en París quizá vayamos a cenar con Nick. Me ha dicho que vendrá a ver el concierto.

—¿Qué Nick?

—Nick Carter.

—Joder, me cago en mi vida. No me extraña que me llamen traidora del *punk* en Internet. De pronto me codeo con los Westside Blue y los Backstreet Boys.

—Pues Nick es bastante majo, la verdad. Está de vacaciones en París con su novia.

—Pues yo preferiría estar con Billie Joe —le tomó el pelo ella.

—Ja, ja.

El avión empezó a coger velocidad por la pista de despegue y Nikki se hundió en el asiento con los enormes ojos desorbitados. Jay le acarició la mano para llamar su atención y continuó hablando.

—¿Quieres que te cuente algo gracioso?

—Por favor —balbuceó ella.

—Hace unos meses, en un vuelo en el que fui en clase turista por temas de logística, me levanté para ir a mear al baño del avión...

El aparato cogió velocidad y Jay notó cómo se elevaban con un rugido estremecedor. Nikki se puso todavía más pálida.

—Y ahí estaba yo, meando y a mi rollo, cuando de pronto alguien llamó a la puerta. Yo dije que estaba ocupado, pero...

—¿Pero...?

—Pero quien quiera que estuviese al otro lado, me soltó, con una voz de pito que te juro que daba miedo: «Sé lo que estás haciendo ahí, Jay Martin. Puedo escucharte meaaar».

Nikki estalló en risas nerviosas, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—Y yo me quedé callado y dejé de mear hasta que creí que se había ido. Entonces continué meando y...

—¡No me lo creo!

—«¡Aún puedo escucharte mear, Jay Martiín!». —Impostó una voz aflautada y chillona que hizo reír aún más a Nikki—. Y lo peor es que cuando salí no había nadie. Me pasé todo el puto

vuelo pensando en quién podía estar tan pirado para soltarme eso.

—¿Querría tener sexo contigo en el baño del avión?

—Pues es una manera muy extraña de ligar con alguien...

Una asistente de vuelo les interrumpió para traerles mantas e indicarles que ya podían bajar los paneles de las ventanillas si así lo deseaban. Nikki pidió un *whisky* con soda y Jay un agua con gas. La asistente volvió enseguida con las bebidas y se las sirvió sin dejar de ponerle ojitos. Jay se revolvió, un poco incómodo, ante la mirada irónica de Nikki.

—¿Con cuántas azafatas has follado?

—Ejemm...

—Y yo que quería confesarte que jamás he tenido sexo en un avión... Pero imagino que soy la única de los dos que no lo ha hecho —se burló Nikki, bebiendo de su *whisky*.

Jay se asomó al pasillo para comprobar que la mayoría de gente de primera clase se había acomodado en sus habitáculos para ver una película o dormir durante el vuelo nocturno. Cerró la puerta de su propio habitáculo y activó la señal para no ser molestados.

—¿Va en serio?

—Has empezado tú.

—Saldremos de aquí con un nuevo escándalo.

Pero Nikki se desabrochó el cinturón y se sentó a horcajadas sobre él, tan pegados que notaba su aliento con sabor a *whisky* en el cuello.

—Ya puedo ver los titulares... «Superestrella del pop pillado follando en vuelo transatlántico» —murmuró en un suspiro, mientras Nikki se hundía en su cuello a la vez que le desabrochaba el cinturón rápidamente.

—Tengo que hacer algo para pensar que no voy a morir en este puto avión.

—Es lo más bonito que me has dicho nunca.

—Calla y no me seas gilipollas.

—Eso es pedir mucho.

Ella se apretó contra su pantalón y empezó a moverse deliciosamente despacio hasta provocar aquello que iba buscando. Jay se revolvió para buscar más presión contra su polla, que ya estaba casi dura del todo. Metió las manos por debajo de su falda hasta llegar a la ropa interior.

—¿Le tienes mucho cariño a este tanga? —preguntó en voz baja Jay.

—No.

—Bien.

Rasgó de un enérgico tirón la pequeña pieza de ropa interior, dejando a Jay acceso libre a toda ella. Se guardó a toda prisa el tanga roto en el bolsillo de su tejanero. Hubiera preferido poder quitarle la camiseta para así lamerle los pezones hasta que ella gimiera, pero no era el momento ni el lugar. Y follar con toda la ropa puesta también podía ser muy excitante. Nikki se frotó contra él, dejándole claro que estaba húmeda y completamente entregada.

No hizo falta mucho más: ella misma le facilitó el camino. Jay la penetró en un suspiro, sin que pudiera evitar recordar la primera vez que habían follado; esa sensación de entrar dentro de ella por completo. Nikki hizo el resto, subiendo y bajando en pequeños y disimulados círculos. Él arqueó las caderas para penetrarla más profundamente. Se miraron a los ojos, risueños y cómplices.

—Esta es la mejor terapia contra el miedo a volar —rio bajito ella, entre jadeos disimulados y un beso húmedo y sucio que dejó a Jay totalmente fuera de control.

Una asistente de vuelo pasó por fuera del habitáculo, carraspeando. Jay cogió a Nikki del cuello y se silenciaron mutuamente con un beso profundo, que culminó en un orgasmo intenso y relampagueante, de los que empiezan en la base de la nuca y van descendiendo por la espalda hasta estallar más abajo del ombligo. Nikki le acarició con un dedo tierno los labios entreabiertos, que aún recuperaban su respiración habitual.

—Me debes un tanga —le susurró la muy villana, haciéndolo reír con complicidad.

Se despegaron lo más disimuladamente que pudieron; Nikki bajándose la falda hasta cubrir su trasero y él abrochándose el pantalón tras haberse limpiado un poco. Luego ella eligió una película y se acurrucó en su regazo para disfrutar juntos del resto del vuelo.

«Europa, allá vamos», pensó Jay con una sonrisa secreta.

My Own Worst Enemy

—¿Cómo ha ido el vuelo, tía?

—Ha sido interesante —sonrió Nikki a la pantalla de su móvil. Al otro lado del océano, Keith le devolvió vagamente la sonrisa.

La llamada por Skype de su amigo había llegado poco después de aterrizar en Irlanda del Norte y acomodarse en el Fitzwilliam Hotel para descansar del largo vuelo.

Los conciertos empezaban al día siguiente y Jay había querido acercarse al Odyssey Arena con el resto de los Alabama Gang. No tenía por qué hacerlo, ya que estaban los técnicos de sonido y el mánager para comprobar que todo iba según lo previsto, pero ya había comprendido que Jay era perfeccionista y necesitaba controlar al máximo cada detalle. Había engullido un paquete de Chips Ahoy en el hotel, la había besado con energía y se había ido al Odyssey Arena con su equipo.

Nikki había preferido quedarse para darse un baño y empezar a lidiar con el *jet lag* cuando había visto la videollamada entrante de Keith. Creía que la llamaba para hablar de la maqueta de la canción que había compuesto con la ayuda de Jay. Emocionada como una niña, les había enviado a Jason y Keith las primeras grabaciones por si querían empezar a trabajar en la base rítmica mientras ella se encontraba en Europa, pero el ceño fruncido de Keith indicaba que no iban a hablar de música, lo cual le extrañó.

—¿Has visto a Cassie?

—No, hace días que no me la cruzo. ¿Por?

—Por nada. Solo que está mamoneando con ese Blake y me preocupa que se esté pillando de él. Pensaba que me llamabas por eso.

Al fin y al cabo, no les había contado a sus amigos —ni a nadie— el último ataque de Brett, y tampoco la extraña amenaza que él le había lanzado antes de desaparecer en las calles de Nashville.

—¿Y no te puedo llamar para charlar? —pareció ofenderse el batería.

—¿Cuándo me has llamado tú para charlar?

—Vale, tienes razón. En realidad, te llamaba por otra cosa.

Algo iba mal. Nikki podía sentirlo en la mirada huidiza de su amigo. Sabía que todo estaba saliendo demasiado bien, que la felicidad no podía durar demasiado y que, tarde o temprano, algo estallaría por los aires. Sintió ganas de lanzar el teléfono por el retrete para no escuchar las malas noticias y continuar viviendo en esa burbuja de dicha que compartía con Jay.

—¿Qué ocurre?

—Se trata de Brett.

—Cómo no —suspiró Nikki. ¿Es que nunca iba a poder librarse de su ex?

—Se ha enterado de todo. De lo del contrato de Capitol, me refiero. Lo tuyo con el príncipe

del pop ya lo sabía.

—¿Y...? Dios, Keith. Suéltalo ya.

—Brett quiere volver al grupo. Y amenaza con demandarnos si no le dejamos entrar de nuevo en Jetset.

—¿Está loco? ¿Por qué iba a demandarnos? ¿Has hablado con los abogados de Capitol?

—Sí, claro. He llamado a Price enseguida para explicarle la situación y Jason y yo hemos ido a Los Ángeles para reunirnos con ellos de urgencia. —En la pantalla de su móvil la frente de Keith se arrugó—. La cuestión es... Nikki... Que él nos ha amenazado con publicar ciertas cosas de ti si no le dejamos volver a Jetset.

—¿Qué? ¿Qué cosas?

—Ejem... Un vídeo tuyo. Y de él.

Nikki sintió cómo el cómodo colchón de la cama del hotel se hundía a su alrededor, atrapándola y ahogándola hasta dejarla sin oxígeno. No supo ni qué decirle a Keith, que la miraba desde la pantalla esperando una reacción de su parte.

Nikki solo pudo pensar que en las pelis de amor nunca hay exnovios cabrones que quieren publicar videos sexuales hechos en la intimidad. En grandes historias de amor, la heroína empieza una nueva vida y se enamora, y al final todo es felicidad y canciones pegadizas mientras salen los títulos de crédito. Estaba claro que no podía pretender que los últimos ocho años de su vida no habían existido, porque Brett insistía en no dejarla en paz.

—¿Has visto el vídeo?

—Claro que no, Nikki. Eres mi amiga. Y no te juzgo por haberlo grabado. Si supieras lo que yo sé de las aventuras sexuales de Jason...

—¿Por qué nos hace esto? —Nikki supo que estaba a punto de llorar, pero se tragó su propia congoja frente a Keith.

—No lo sé. Es como si de repente fuera una persona completamente distinta. O quizás siempre ha sido un mierdas y nosotros no quisimos verlo.

—Quizá sí. Pero ¿sabes qué? Que le jodan. No voy a dejar que me extorsione. Si sale un vídeo mío follando y el mundo se lleva las manos a la cabeza... ¿qué más da? Que sea una bofetada en la cara de los puritanos de mierda y a tomar por el culo.

—Estoy de acuerdo con eso y a mí no me importa enfrentarme a ese tipo de escándalo. Y a Jason tampoco, estoy seguro. Pero... ¿has pensado en Jay?

—Mierda... Jay.

No habían pasado ni dos meses desde que lo había conocido y ya lo había metido en polémicas y en el foco de la prensa. ¿Cómo podía afectarle a él que se difundiera un vídeo sexual de su flamante nueva novia? Las consecuencias eran imprevisibles y Jay no tenía la culpa de nada. Era injusto que tuviera que pagar por algo que había hecho ella. Sintió ganas de vomitar.

—No puedo hacerle eso a Jay.

—Pero tampoco podemos permitir que Brett vuelva al grupo... ¿no? —preguntó Keith dubitativo.

—¿Qué os han dicho los abogados?

—Que si Brett difunde el vídeo pueden ir a por él por vulnerar tu imagen, pero no pueden evitar que lo difunda en primer lugar. Solo pueden actuar una vez él lo publique.

—¿Joder! —Nikki pegó una patada de frustración a una de las sillas de la habitación del hotel—. Aquella noche en Nueva Orleans tenía que haberle roto otra cosa además de la guitarra. Como los huevos, por ejemplo.

—Lo sé.

—Está bien. —Se sentó en la cama de nuevo y se revolvió el pelo negro con nerviosismo, intentado pensar a toda marcha—. Que vuelva a Jetset. Que gire con Green Day si quiere. Haré como que todo está correcto entre nosotros y encontraré la manera de dar con ese vídeo y destruirlo.

—Pero, Nikki...

—Y tú, bocazas, no le dirás ni una palabra a Jay de esto, ¿estamos?

—¿Es que le vas a mentir? ¿Y cómo mierdas vas a justificarle que Brett vuelve a ser el guitarrista de Jetset después de todo lo ocurrido?

—Le diré que ha amenazado a Jason con sacar todo su historial sexual con famosas que están casadas y que hemos decidido readmitirlo para cubrir a Jason. Y vosotros dos os callaréis la boca.

—No creo que esté bien que le mientas a tu novio sobre algo que le puede salpicar a él también —la amonestó Keith, con ese tono de hermano mayor que tanto podía llegar a irritarla. A Nikki le tembló el teléfono en las manos de la rabia.

—Y yo creo que no deberías meterte más en mi relación, Keith.

Finalizó la videollamada sin esperar respuesta de su amigo y lanzó el aparato sobre el escritorio, como si así pudiera alejar los problemas de ella. Llenó la gran bañera de agua templada y se hundió en el líquido hasta cubrir su cabeza. Bajo la superficie no se escuchaba nada y parecía que todas las desgracias del mundo podían quedarse fuera. Ojalá fuera tan sencillo.

No iba a permitir que el cabrón de Brett, que la había sometido, humillado y maltratado durante casi toda su relación, la siguiera controlando a su antojo. Esa Nikki, la que se había dejado abusar física y emocionalmente, ya no existía. En cuanto volviera a Los Ángeles, iba a engañar a Brett. Iba a hacer la mejor actuación de su vida para lograr que el muy cabrón bajara la guardia y así apoderarse del vídeo sexual y vengarse de esta extorsión asquerosa.

Cuando Jay volvió al cabo de un par de horas con una bolsa llena de hamburguesas y patatas para cenar juntos en el hotel, Nikki ya había recuperado la compostura y estaba decidida a llevar su plan hasta el final. Lo que no podía saber Nikki es que el destino le tenía preparada otra jugarreta final.

Let the Groove Get In

Había algo diferente en Nikki. Jay podía presentirlo desde la noche anterior, cuando habían cenado juntos en la habitación del Fitzwilliam Hotel. Y aunque le había preguntado si todo iba bien, no había sacado nada en claro de sus respuestas evasivas. Aparentemente, todo seguía fluyendo entre ellos. Nikki le había contado que Keith había llamado para preguntar qué tal el vuelo y poco más. Después de cenar, ambos habían sucumbido al *jet lag*, cayendo rendidos en la cama.

El primer día en que Jay debía actuar habían aprovechado la mañana para conocer un poco la capital de Irlanda del Norte. El interés que Nikki sentía por la política no se limitaba a Estados Unidos, así que visitaron varios museos, como el del Ulster y el de Historia Republicana. Repasaron juntos la triste y dura historia que había sacudido la ciudad en los últimos siglos. Jay había estado en Belfast varias veces, pero jamás había pisado un museo.

Vio de reojo cómo Nikki sacaba una pequeña libreta de su mochila y apuntaba lemas republicanos y consignas del IRA que, con toda seguridad, usaría para componer alguna canción luego. Parecía concentrada y absorta en ella misma y Jay no insistió para saber lo que estaba ocurriendo en esa cabeza tozuda suya.

Vio que en sus ojos brillaba una determinación furiosa que no había visto nunca en ella. Pero... ¿Determinación por qué? ¿Para qué? Solo esperaba que Nikki tuviera las cosas claras y no se arrepintiera de haberlo acompañado a Europa. Desde luego, parecía contenta a su lado. También accedió a ver el primer concierto en el Odyssey Arena sin refunfuñar e incluso observó por el rabllo del ojo cómo aplaudía con una gran sonrisa después de cada canción.

Los aplausos del concierto envolvieron a Jay y a los Alabama Gang al finalizar la actuación. Su banda lo rodeó para saludar al público, que vitoreaba su nombre con entusiasmo. Era un buen inicio de gira. Tras la actuación y descansar su media hora de rigor —necesaria para estar solo y asumir la magnitud de lo que sentía al actuar en estadios llenos de miles de personas—, Jay decidió que necesitaba salir a divertirse por la ciudad.

—¿Salir a bailar? Estás loco. Llevas dos horas bailando en el escenario ¿y ahora quieres bailar más? —alucinó Nikki, con los ojos desorbitados, viendo cómo se secaba el pelo y se cambiaba.

Jay se acabó de vestir con la ropa de calle y avisó por el *walkie* a Adam de que estaban listos para irse.

—Tengo veintiséis años, energía de sobra y una novia a la que debo poner a prueba en la pista de baile. ¿Te parecen razones suficientes para querer salir de fiesta?

—Yo no sé bailar; parezco un pato borracho cada vez que lo intento. Y no voy a bailar a tu lado, desde luego.

—Oh, por supuesto que lo harás.

—¡Que no sé bailar! —se quejó Nikki, cruzándose de brazos.

—Claro que sabes bailar. Todo el mundo sabe bailar. Lo que les detiene es la vergüenza de que la gente les juzgue.

—¿Te parece poco?

Jay la cogió de la mano y la arrastró mientras ella seguía protestando contra el plan de la noche. De camino al coche, varios de los Alabama Gang se apuntaron a la excursión nocturna. No era la primera vez que salía con ellos de juerga; la mayoría de los bailarines y músicos seguían con la adrenalina a flor de piel después del concierto y necesitaban desahogo —al menos los más jóvenes.

Alyssa, Dontae, Gary, Elizabeth, Rick, Abby, Brad, Chelsea... y algunos más de la banda enseguida se organizaron y se repartieron en los distintos coches que Adam y el mánager habían preparado para todos. Dontae, que se encargaba de la trompeta en los conciertos, sugirió el Limelight para ir a bailar y beber hasta el amanecer. Todos aceptaron la propuesta y las protestas veladas de Nikki no fueron escuchadas aquella noche. Se subieron a los coches entre risas y excitación y partieron hacia la noche de la ciudad de Belfast.

Cuando llegaron al club elegido, siguieron una vieja táctica que habían perfeccionado durante toda la gira en Estados Unidos: sus músicos actuaron de escudo humano, rodeándolo a él y a Nikki mientras entraban en el Limelight. Jay no era tan escandalosamente famoso en Europa como lo era en su país de nacimiento, pero nunca había que descartar que la gente se acercara a pedir fotos y conversación.

El ambiente en el Limelight era fantástico a esas horas de la noche. Nikki parecía un poco aterrorizada ante la música *dance* y R&B que sonaba a todo trapo y la gente que bailaba, pero Jay no se amedrentó. Dejó que ella se bebiera una cerveza de un solo trago y luego hizo un gesto a Gary, Alyssa, Rick y Brad para indicarles que se iban a trasladar a la pista de baile. Alargó la mano caballerosamente a Nikki, que negó con la cabeza, gritando por encima de la música.

—¡Que no bailo!

—Tú confía en mí.

—¡Jay! —protestó con un chillido de animal herido cuando él la arrastró hasta la pista de baile hasta situarse justo en el centro. Sus músicos los rodearon al instante en un disimulado círculo para que su presencia no llamara tanto la atención. La casualidad hizo que en ese momento empezase a sonar uno de sus últimos *singles*, *Dance You Like This*. Una casualidad que no gustó demasiado a Nikki.

—Ven aquí. —Jay se colocó detrás de ella, con las manos en su cintura.

Nikki llevaba un sencillo vestido de algodón combinado con unas medias de rejilla, sus viejas Vans y su habitual maquillaje oscuro. Estaba preciosa; diferente a todas las chicas que bailaban en el Limelight. Simplemente única. Balanceó su cadera al ritmo de la música, moviendo a la vez la cintura de Nikki, en movimientos suaves y candentes. Apoyó la barbilla en el hombro de ella, aspirando su olor.

—Solo relaja las caderas y déjate llevar por la sensación. Solo deja que el ritmo se meta en tus venas. Así...

La hizo girar con soltura y la atrapó por la cintura para pegarse a ella, sin detener sus movimientos sincopados de baile al ritmo de su propia canción. Nikki trastabilló por el giro repentino y se mordió el labio con nerviosismo.

—Estoy haciendo el ridículo. Y más a tu lado, que bailas de puta madre.

—Chist... —le susurró Jay—. Déjate llevar por mí. Y baila como si nadie te mirara.

Ella asintió y cerró los ojos, como si le diera permiso a la música para entrar en su cuerpo. Jay notó cómo los brazos y las piernas de Nikki se relajaban poco a poco. Cuando volvió a abrir los ojos, estos centelleaban por la novedad de lo que estaban haciendo. Nikki le pasó los brazos por el cuello y se abandonó al ritmo que él marcaba al bailar. Sus cuerpos se acoplaron en una sinfonía que casi rozaba lo obsceno. Jay la hizo girar sobre sí misma una vez más, observando cómo ella reía. Se lo estaba pasando bien y eso lo llenó de la felicidad más absoluta.

Su propia canción acabó y dio paso sin descanso a una de Sean Paul, pero ninguno pareció darse cuenta. Jay solo pudo advertir que era un tema lleno de ritmo llamado *Temperature*. Antes de que pudiera darse cuenta, Nikki movía la cintura con una sensualidad ruda y feroz; los brazos en alto, la cabeza apoyada en su hombro, su trasero apenas cubierto por el vestido rozando su entrepierna.

—Te estás poniendo cachondo... —murmuró ella con una sonrisa, complacida al notarle la erección que le empezaba a doler.

—¿Y te extraña? Ven aquí.

La gente seguía bailando alrededor y, aunque los Alabama Gang les habían cubierto durante un buen rato, varios grupos de personas ya empezaban a mirarlos. Quizá porque él era famoso. O puede que fuera porque estaban a punto de follar en la maldita pista de baile.

Jay le devoró la boca sin dejar de bailar mientras Sean Paul seguía cantando sobre lo mucho que estaba subiendo la temperatura. La apretó por la espalda contra él, sin importar si alguien les hacía fotos en la oscuridad de la discoteca. Sus lenguas iniciaron un peligroso juego en el que ambos estaban ganando, recorriendo con lentitud incandescente labios y boca. Aquello solo hizo que su entrepierna se endureciera más todavía y que Nikki llevara su mano por debajo del vestido para dejarle claro que estaba igual de excitada que él.

—Si seguimos así...

—Si seguimos así, ¿qué? —lo provocó ella, sin detener sus avances al ritmo de la música.

Decidió que no podían continuar así. La arrastró fuera de la pista sin decir una palabra más, evitando a la gente que los miraba de reojo. Fuera de la discoteca esperaban los coches que los habían traído hasta el Limelight. Se metieron en uno apresuradamente, bajándose él los pantalones y ella subiéndose el vestido. Jay dio gracias a todos los dioses del firmamento por las ventanas tintadas que los protegían de ojos curiosos.

—No sabes cómo necesitaba algo así... —susurró Nikki con infinito agradecimiento en su mirada.

La misma mirada determinada que tenía desde la noche anterior y que Jay era incapaz de clasificar. Pero mientras ella siguiera deseándolo así y él continuara loco por ella, ¿qué podía salir mal? Era la felicidad absoluta que les explotaba en las manos de una manera maravillosamente irreal.

Drain the Blood

Habían recorrido todo el Reino Unido, siguiendo la cuidadosa agenda programada para los conciertos de Jay: dos shows, un día de descanso. Así se sucedían las jornadas, incansables e imparables.

Y Nikki creía estar haciendo el papel de su vida, aunque no se sentía nada bien mintiéndole. Con profunda vergüenza interna, le había explicado a Jay que Brett debía volver a Jetset porque estaba extorsionando a Jason. Jay se había molestado muchísimo. Era la única vez que Nikki lo había visto estar más cerca de perder los nervios que nunca.

—¿Y yo tengo que quedarme tranquilo mientras tú ensayas y giras con ese maltratador, Nikki? ¿Cómo puede parecerles bien a Keith y Jason? ¿Es que no saben que vino a buscarte a Nashville y volvió a atacarte?

—No, no lo saben porque he decidido no humillarme una vez más al contárselo. Y les parece bien porque Jason se la juega, ya te lo he explicado. Brett tiene un vídeo suyo haciendo cosas con no sé qué famosa que está casada y...

—Dios, es que me pone histérico, Nikki. No seré yo quién te prohíba nada, ya eres adulta; solo dime que no te vas a quedar a solas con él. Nunca. Bajo ninguna circunstancia.

—¡Claro que no, Jay! ¿Te crees que soy estúpida? —había estallado Nikki. Sabía que estaba siendo injusta con quien solo quería protegerla, pero ahora no podía pensar en eso.

Mientras ella pasaba los días en Europa, las cosas estaban girando deprisa en California. Keith la mantenía informada de todo. Tener que echar a Tom había sido la parte más dolorosa, pero ninguno de sus dos amigos había dudado en hacerlo por el bien de ella. Nikki pensó que no se los merecía, a ninguno de los dos.

Capitol había reeditado *Red Carpet is our Rebellion* para atender la alta demanda del disco que se había creado de repente en el país; así como el videoclip de *Teenagers*, que ellos habían grabado haciendo un gran esfuerzo económico. Lo estaban emitiendo en la MTV cada día, entre vídeos de Pearl Jam y Blink-182. Si el éxito continuaba, la situación financiera de todos los miembros de Jetset cambiaría muy pronto.

Esas eran las buenas noticias. Las malas eran, por supuesto, que Brett se había reincorporado —y no precisamente de buenas maneras— al grupo. Además de poner pegadas a cualquier idea que tuvieran Keith o Jason para nuevas canciones, exigía la inmediata vuelta de Nikki para empezar a ensayar de cara a la gira con Green Day. Por no hablar de la nueva canción que ella les había enviado ilusionada. Brett la despreciaba, y así se lo había hecho saber a través de un mensaje iracundo y poco amistoso. Parecía que Brett quería sangrarlos a todos hasta matarlos, pero ella no iba a permitirlo.

Nikki, siguiendo su plan de engañarlo, había sido muy amable con él. Incluso había iniciado un leve troteo para que bajara la guardia, diciéndole que por descontado ella no sabía componer

sin su ayuda y que necesitaba de sus consejos para continuar avanzando en su canción. Y Brett había picado, por supuesto; nunca había sido demasiado listo. Le repugnaba tener que ser agradable, como si nada hubiera ocurrido entre ellos, pero no le quedaba más remedio. Aunque lo que más le asqueaba era tener que ocultarle todos aquellos tejemanejes a Jay.

Al llegar a París, Nikki se encontró con otra desagradable sorpresa en cuanto bajaron del coche y entraron en la recepción del Ritz.

—¡Tíaaa! —gritó Cassie, tirándose a sus brazos antes de que ella pudiera reaccionar ante la inesperada presencia de su prima. Acompañada de Blake, por supuesto.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Jay, saludando a su viejo amigo y a Cassie—. Pensaba que vendrías a los últimos conciertos de Londres, Cassie.

—Bueno, no he podido resistirme a traer a esta preciosidad a la ciudad más romántica del mundo —contestó Blake mientras Cassie lo miraba con ojos de enamorada adolescente. Lo que le faltaba por aguantar—. Espero que no sea un problema.

—Pues sí que lo es... —murmuró Nikki por lo bajito, recibiendo un disimulado codazo de Jay.

—Por supuesto que no, tío. Ahora le digo a Adam que os reserve una habitación cerca de la nuestra.

—Pero no demasiado cerca, no quiero escucharlos follar —dijo Nikki de mal humor, lo que provocó una risita alborotada en Cassie.

—¡Adam! —llamó Jay al ayudante, que los estaba registrando en el hotel.

Su asistente enseguida se hizo cargo de la situación y buscó dos suites contiguas en el piso superior del Ritz. Nikki se mareó al ver lo que costaban y cómo Jay no dudaba en cargar la habitación de Blake y Cassie a sus gastos personales. Y, por si fuera poco, aquella noche salían a cenar con Nick Carter, como bien le recordó Jay en el ascensor. Al escucharlo, Cassie abrió mucho los ojos, al borde de la histeria.

—¡No me jodas! ¿Vamos a cenar con Nick, de los Backstreet Boys?

—Nadie ha dicho que estés invitada —espetó Nikki de mal humor.

—¿Qué dices, loca? ¿Me estás diciendo que no puedo ir a conocer a Nick Carter? ¡Blake!

—Cálmate, cielo. Yo también conozco a Nick y a su chica, Kim. Enseguida le envió un mensaje para apuntarnos a la cena.

—Genial —dijo Nikki con sarcasmo, logrando que Jay riera en voz baja a su lado—. ¿Y qué pasa con Marvel? ¿Quién la cuida?

—Bah, deja de quejarte, tía. Tu padre me ha dicho que pasaría cada día por tu apartamento para darle de comer.

—Si le pasa algo a la gata... —refunfuñó Nikki.

Cuando entraron en la suite y dejaron atrás a Cassie y Blake, Nikki pegó una patada frustrada a su maleta. Jay se sentó en la cama para observar en silencio cómo ella iba de un lado a otro de la habitación, resoplando como un buey furioso.

—¿Es que no vas a hacer nada con estos dos? Me dijiste que tu amigo era un cabrón sin escrúpulos con las tías.

—Y lo es. Pero ambos son mayores de edad. ¿Qué puedo hacer yo? —se encogió de hombros Jay, mostrando una calma total que aún la irritó más.

—¡Blake le saca diez años, Jay!

—Lo sé. Cálmate. Hablaré luego con él, ¿te parece?

—Voy a llamar a mi padre —murmuró nerviosamente Nikki, buscando el nombre de Frank

Ellis en la agenda de su teléfono.

Escuchar la voz grave y tranquila de su padre la calmó casi al instante. Aunque para su desesperación, Frank le dijo lo mismo que Jay: Cassie era mayor de edad y podía hacer lo que quisiera.

—Tienes que dejar de ser tan protectora con tu prima, cariño. Si se equivoca, será una lección que ella misma deberá aprender.

—Pero es que...

—Pero es que nada. Pásame a Jay, por favor. Y tú relájate y disfruta.

Nikki bufó con frustración y activó el altavoz para que su padre pudiera hablar con Jay, que se estaba cambiando de ropa para descansar un poco antes de salir a cenar con Nick, Kim, Cassie y Blake.

—¿Frank? —saludó él, con una media sonrisa. Nikki se sentó a su lado con cara de chasco.

—¡Hola, muchacho! ¿Cómo va la gira?

—Todo va sobre ruedas, señor Ellis. Y, como le prometí, estoy cuidando de su hija.

—¡Bien, bien! No esperaba menos de ti. Oye, ¿recuerdas el disco de Prince que te comenté en la comida?

—¿La primera edición de *The Black Album*? Por supuesto.

—Bueno, hoy estuve trasteando mis viejos LP... ¡y lo encontré! Lo he apartado para ti, para cuando volváis a California.

—Pero... —Nikki vio cómo Jay abría mucho la boca, entre consternado y sorprendido—. Frank, ese disco vale más de diez mil dólares en el mercado.

—Yo ya no lo escucho. ¿Quién mejor para disfrutarlo que tú, Jay?

Jay no supo qué contestar a eso. Simplemente estaba boquiabierto con la generosidad de Frank Ellis. Este se despidió de ambos con cariño.

—Pasadlo bien vosotros dos, y Nikki... Solo se es joven una vez. Disfruta de todo esto, ¿de acuerdo, cariño?

—Sí, papá —refunfuñó Nikki—. Te quiero. Y te echo de menos.

—Y yo a ti, pequeña. Hablamos mañana —dijo él, antes de cortar la comunicación.

Nikki no podía imaginar que aquella sería la última vez que escucharía la dulce y reconfortante voz de su padre.

Tearin' Up My Heart

Nick estuvo amable y risueño, como solía ser habitual en él. Lejos quedaban los días en que se peleaban como críos por quién se había enrollado con quién. La rivalidad entre ambos había quedado enterrada hacía mucho tiempo. Su chica, Kim, era cortés y hablaba de forma complaciente; aunque estaba más interesada en comprobar que su manicura estuviera perfecta y en compartir cosas en sus redes sociales continuamente.

Por su parte, Nikki aún parecía extremadamente molesta y descontenta con toda la situación que la rodeaba. Había saludado con corrección a Nick y Kim, pero su mente parecía estar muy lejos de la estupenda cena que estaban compartiendo todos en Le Cinq. Ni siquiera se molestaba en disimular que preferiría estar en cualquier otro sitio antes que en aquel restaurante de lujo parisino.

En cambio, la risueña prima de Nikki estaba extasiada con la situación. Jay la comprendía. Suponía que no todos los días una chica de su edad, que se había criado escuchando a Westside Blue y a los Backstreet Boys, podía decir que estaba cenando con Nick Carter, Blake Jones y Jay Martin. Y que, además, de propina, se estaba acostando con Blake. Nick y Blake la deleitaron con anécdotas compartidas de galas de premios y fiestas en Los Ángeles y Nueva York, aunque ninguno de los dos contó detalles escandalosos. Jay tampoco lo hizo. No sería él quien destapara las formas que tenía Blake de tratar a las fans.

Antes de entrar en Le Cinq, Jay había intentado hablar disimuladamente con Blake, pero no había sacado nada en claro. Su amigo había contestado con evasivas y respuestas vagas. Ni siquiera había logrado arrancarle la promesa de que se portaría de forma correcta con Cassie. ¿Qué más podía hacer él al respecto? Por mucho que a Nikki le molestara, nadie podía impedir que Cassie siguiera adelante en su aventura con Blake. No haber conseguido que su padre le diera la razón había molestado mucho a Nikki; se había metido en la ducha de morros, farfullando acerca de cómo de inútiles podían llegar a ser los hombres.

Por alguna razón, Jay dudaba de que fuese el rollo entre Cassie y Blake lo que preocupaba de verdad a Nikki. Seguro que estaba molesta por la vuelta de Brett a Jetset, pero Jay tampoco podía hacer nada al respecto en ese asunto. Lo único que había logrado era discutir con ella y que Nikki se cerrara en banda a hablar del tema de nuevo.

Jay estaba muy tentado de entrometerse y llamar a Keith o Jason para gritarles que qué mierda se les pasaba por la cabeza al dejar volver a ese cabrón de Brett. Ambos sabían que aquel tío había pegado, gritado, humillado y maltratado a Nikki durante muchos años. ¿Cómo podían estar de acuerdo en hacer pasar por eso a su amiga? No conocía mucho a ninguno de los dos, pero ambos parecían tíos razonables y considerados. Por muchas vueltas que le daba al asunto, no conseguía entenderlo.

—En realidad, *Breaking Up My Heart* tendría que haber sido para nosotros —comentó Nick

entre risas—. No recuerdo quién la compuso... Creo que un tal Karl, ¿no, Jay?

—Sí, fue Karl —afirmó Jay, sin apartar la mirada de su copa de vino blanco. Las diminutas burbujas blancas estallaban poco a poco ante sus ojos. Nikki ni siquiera parecía escucharlos.

—Oye, cabrón de mierda, no te hagas el mártir. A vosotros os tocó la de *As Long As you Love Me*, que fue un bombazo —protestó al instante Blake, provocando la risa de Nick y Kim.

—¿Pero no escribíais vosotros las canciones? —Cassie parecía algo escandalizada por la revelación de que sus dos grupos favoritos de la adolescencia no eran los compositores de sus propias canciones. Blake se encogió de hombros.

—Claro que no, mujer —respondió Nick, sirviendo más vino a su chica.

—Pues vaya mierda —murmuró Cassie con decepción—. ¿Tú lo sabías, Nikki?

—¿Y quién no? —respondió la chica, resoplando—. Si te sirve de consuelo, Jay sí escribe sus canciones.

—Y yo también —apuntilló Blake al instante, provocando que Nikki pusiera los ojos en blanco.

Ojalá pudiera lograr que se llevara bien con uno de sus mejores amigos, pero Nikki simplemente parecía aborrecer a Blake.

—¿Estás bien? —preguntó Jay al oído de su chica. Tenía la extraña y opresiva sensación de que ella se había vuelto a ocultar tras sus propios muros, alzando unas compuertas inalcanzables que sería incapaz de traspasar. ¿Qué había ocurrido para que la risueña y feliz Nikki que se había tirado a sus brazos diciéndole cuánto lo amaba se hubiera ocultado tras la Nikki taciturna y ausente?

—Claro, ¿por qué no iba a estarlo? —Pero su voz sonó como un chasquido molesto.

—Podemos irnos al hotel, si lo prefieres. De todas formas, yo mañana tengo concierto y debería descansar...

—He dicho que estoy bien.

Jay no insistió más. Sabía cuándo había que batirse en retirada.

Cuando dejaron Le Cinq y se adentraron en uno de los exclusivos clubs de la capital francesa, Nikki se relajó y poco a poco empezó a reír y a bromear con Cassie y Kim. Incluso bailó con ellas a regañadientes un poco de música *dance*.

—No tengo intención de joder a Cassie —le gritó Blake por encima de la estruendosa música—. En realidad, me gusta.

—Más te vale —chilló Jay, aceptando los chupitos de tequila que Nick les puso delante.

—Joder, pues sí que estás pillado de la chavala...

Bebieron y bromearon durante un buen rato mientras las chicas bailaban, reían y se abrazaban entre ellas en fraternal confianza. Jay suspiró aliviado al ver a Nikki divertirse con su prima y la novia de Nick. Quizá todo habían sido imaginaciones suyas y Nikki solo estaba procesando poco a poco todos los cambios repentinos que habían ocurrido en su vida: la ruptura con Brett, el salto a la fama de ella y Jetset, una nueva relación con alguien tan público como él... No tenía que ser fácil.

En mitad de la noche, Jay recibió un correo electrónico de Timbaland en que le adjuntaba un primer esbozo de la canción con Madonna. El productor la había titulado *Ultimate* y, al parecer, Madonna ya había dado el visto bueno al título del tema. No sin cierta sorpresa, advirtió que también tenía varias llamadas perdidas del padre de Nikki. Frank Ellis le había pedido con toda amabilidad su número de teléfono antes de partir, en caso de que no pudiera contactar con Nikki,

a lo que Jay había accedido encantado. Hasta entonces nunca lo había llamado directamente a él.

Comprobó que Nikki y las chicas seguían en la pista de baile y se disculpó con Nick y Blake. Salió a la calle, calculando que en California sería media tarde todavía. Pulsó el botón de devolver llamada y su teléfono conectó enseguida con el otro lado del Atlántico. Pero no contestó Frank Ellis, sino Maggie, con la voz rota y temblorosa.

—¿Maggie? —se sorprendió Jay, intuyendo que algo andaba mal.

—No puedo contactar con Nikki. —A la madre de Nikki le temblaba la voz y parecía rota.

Sí, algo tenía que ir mal. Muy mal.

—Estamos en un club, no debe de haber oído el móvil —dijo de forma afable Jay. Estaba apretando el aparato contra su oreja y rezaba para que su intuición fuera errada.

Pero no lo era.

—Frank ha muerto —se rompió Margaret Ellis al otro lado, la voz aguda y llena de dolor, destrozada por aquella noticia terrible que partiría su pequeña unidad familiar en mil pedazos.

Jay se quedó muy quieto en la acera, sin saber qué hacer, pero se recompuso con la máxima rapidez posible. No podía dejarse llevar por el aturdimiento. Ahora no.

—Díselo a mi hija, por favor. Yo no... No puedo.

Y Maggie colgó, sin poder apenas despedirse de él.

El teléfono se quedó mudo en sus manos y Jay contempló las animadas calles de París, que seguían con su anónima existencia. En cambio, la vida de Nikki —y, en consecuencia, la suya propia— se habían alterado ya para siempre. Y a él le quedaba la terrible tarea de anunciar a la primera chica que había querido en años, que su padre —su persona favorita del mundo— había fallecido.

Crawling

Apenas recordaba nada después de que Jay la condujera fuera de aquel club de París y descargara la bomba de relojería sobre ella, con el rostro demudado de preocupación y dolor. Como alguien que hubiera entrado en trance, desde ese terrible momento en que había conocido la muerte de su padre, Nikki se había dejado llevar por Jay, envuelta en una niebla mental que le impedía pensar, sentir o decidir nada.

Así, sabía a duras penas que él se había encargado de comunicarle la noticia a Cassie, que había estallado en llantos agónicos y sollozos incontrolables por su único tío. Eran una familia pequeña y siempre habían sido muy cercanos. Cassie no había conocido a su progenitor, así que Frank Ellis era la única figura paterna de su vida. Lo quería como a un padre.

También había logrado entrever cómo Jay cancelaba los conciertos siguientes de su gira y le pedía a Adam que organizara la vuelta inmediata a California. Nikki había abierto la boca para decirle que no hacía falta, pero no había logrado reunir ningún tipo de fuerza para impedirselo.

—Devuelve el dinero de las entradas y ofrece una compensación para quién la quiera —había dicho Jay con firmeza a su ayudante.

—Jay, son millones de dólares...

—No importa. Lo pondré yo de mi bolsillo si es necesario. ¿Tienes los vuelos?

Nikki los había escuchado hablar sin decir una palabra. ¿Era esto estar en *shock*? Era incapaz de sentir nada. No había llorado. No había gritado. Nada. Se había dejado abrazar por Jay, por Cassie, por Blake. No les había correspondido el abrazo, perdida en un trance irreal en el que se repetía una y otra vez que su padre —su gran apoyo con un corazón enorme— seguía vivo.

Un estúpido pensamiento insistía en repetirse en su cabeza: en cuanto pusiera un pie en California, todos le confirmarían que había sido una broma de mal gusto. Había hablado con Frank unas horas antes y todo parecía estar bien. Era imposible que, tan solo unas horas después de colgar el teléfono, su padre hubiera dejado de existir en este mundo.

—¿Cariño? ¿Cuándo vuelves? —le había preguntado su madre.

Nikki no la había llamado. Había sido Cassie, entre hipidos de dolor, quien la había telefoneado para conocer todos los detalles. Así fue como Nikki se había enterado de que su padre, después de colgar su llamada con ella, había comido un poco y había anunciado que se iba a tumbar un rato porque estaba algo mareado. Nunca se había vuelto a despertar. Había muerto durmiendo en el sofá del comedor, con la tibia luz de la tarde bañando su rostro y las gafas de leer medio escurridas en su nariz. Un infarto, había dicho su madre. Un fulminante infarto se lo había llevado sin previo aviso.

—No lo sé.

—¿Nikki?

Nikki había soltado el teléfono en las manos de Jay y se había encerrado en el baño; desde

allí pudo escuchar como él le explicaba a su madre que en breve saldrían hacia el aeropuerto y que en menos de diez horas aterrizarían en Pasadena. Después de eso, Jay había entrado en el baño sin decir nada y se había sentado a su lado, tomándola por los hombros y atrayéndola hacia él. Así se habían quedado hasta que Adam les había anunciado que un taxi les esperaba abajo para llevarlos hasta el aeropuerto Charles de Gaulle.

Blake y Cassie habían volado sentados detrás de ellos. Los había escuchado hablar en voz baja. Cassie triste, hablando de recuerdos compartidos con Frank Ellis. Blake, escuchándola y consolándola. A Nikki le parecía increíble que su máximo problema de hacía unas pocas horas fuera la relación de aquellos dos.

—Cielo, ¿quieres comer algo?

—No.

—Nikki, háblame —suplicó Jay, mientras ella seguía mirando por la ventana la inmensidad del océano Atlántico.

No se había girado para enfrentar su mirada preocupada. Tampoco le había contestado, y él no volvió a insistir más.

La casa familiar de Pasadena estaba aparentemente igual que siempre. Los ladrillos rojos, el techo oscuro de madera, el coqueto porche con una mesita y dos sillas y, por supuesto, la caravana de comida mexicana aparcada en la entrada del garaje.

Al bajar del taxi junto a Cassie y Jay, Nikki se había detenido en la acera para contemplar la casa de sus padres. Temía que si daba un paso más y entraba en el hogar en el que había crecido, la muerte de su padre sería cien por cien real. Se quedó plantada, con Jay a su lado aguardando con paciencia. Cassie ya había desaparecido corriendo hacia el interior de la casa en busca de Maggie.

—No puedo hacerlo, Jay —dijo Nikki, incapaz de dar un paso más y pisar el césped que su padre había recortado por última vez con esmero y pulcritud.

—Yo te ayudaré, cielo. No me moveré de tu lado —dijo él, envolviendo sus manos heladas con las suyas, cálidas y reconfortantes.

Nikki tomó aliento y puso un pie en el césped. Luego otro. Todo parecía igual, pero a la vez era completamente distinto sin su padre. Sin soltarse del apoyo firme y silencioso de Jay, entró en la casa familiar.

Lo primero que sintió fue que, a pesar de estar llena de vecinos y amigos de Frank y Maggie Ellis, estaba vacía como una cáscara abandonada. Olía a comida casera y de fondo se escuchaba un viejo disco de Jimi Hendrix, en cuyo concierto se habían visto por primera vez sus padres. Aquellos que habían conocido y apreciado a Frank la abrazaron y besaron con cariño, dejando en su mejilla suaves y dolidas palabras de consuelo que no servían para nada. Luego miraban de reojo a Jay sin demasiado disimulo.

Al fin vio a su madre, rodeada de algunas vecinas y de su tía, la madre de Cassie. La tía Lauren rodeaba a Maggie en actitud protectora, pero, en cuanto su madre la divisó, esta no pudo contenerla y se tiró encima de ella. El abrazo de su madre fue el más duro de soportar. Los sollozos empezaron enseguida y Nikki sintió ganas de gritar al instante. Gritar hasta tirar las paredes y hundir los cimientos de aquella casa que de repente se había quedado medio vacía de alma.

—No sufrí, cariño, te lo prometo. No sufrí —repetía su madre con la voz entrecortada, como si aquella información pudiera servir para consolarla—. No sufrí nada.

—Está bien, mamá.
Pero nada estaba bien y nunca volvería a estarlo.

Say Something

Jay no había conocido mucho a Frank Ellis, pero le pareció que el funeral y toda la ceremonia casaba a la perfección con el carácter y la actitud que había tenido el padre de Nikki en la vida. Hubo música, muchísima música. Ante el bloqueo de Nikki para hacer nada, fue él mismo quien ayudó a Maggie Ellis a elegir los discos que a Frank podría haberle gustado que sonaran en su despedida de este mundo. Entre ambos seleccionaron canciones de Prince, Frank Zappa, Queen, Grateful Dead y, por supuesto, Jimi Hendrix.

Mientras sonaba *The Wind Cries Mary*, Maggie habló de cómo se habían conocido en Woodstock, rodeados de música, sexo, drogas y libertad. Detrás de ella se proyectó una imagen que alguien había tomado de ambos aquel mismo día histórico, durante la última jornada del festival. Frank, barbudo y con el pelo alborotado, rodeaba la cintura de la madre de Nikki, rubia y con el pelo larguísimo, que vestía una camisa floreada y una corta chaqueta de ante y flecos. Se parecía tanto a la propia Nikki que Jay contuvo el aliento al verla. Ambos reían y se miraban alucinados ante la presencia del otro. Era la viva imagen del amor limpio e instantáneo que había unido a la pareja durante treinta y ocho años. Al ver aquella foto, Jay enredó sus dedos con los de Nikki, pero esta, una vez más, no reaccionó.

Jay se sorprendió al ver ahí a Blake, rodeando el hombro de una sollozante Cassie. Su amigo nunca había sido especialmente sensible. Supuso que la chica había calado algo dentro de él y, en medio de todo aquel dolor, se alegró por Blake. Cuando salieron de la funeraria camino al cementerio, observó cómo en la última fila estaban Keith, Jason y... Brett. El exnovio de Nikki lo miró con una furia descontrolada. Por suerte, se abstuvo de montar ningún numerito. Si ella también lo vio, no dijo ni una sola palabra al respecto.

Creyó que Nikki se rompería al ver bajar el ataúd dentro de la tumba y que por fin derribaría ese extraño muro de indiferencia que había levantado alrededor de ella. Pero no ocurrió. Sus ojos azules, redondos y cristalinos, estaban secos. Ni siquiera los llantos de su madre y de Cassie parecieron perturbarla. Jay no sabía qué pensar al respecto. Lo único que podía hacer era estar a su lado.

La perdió en algún momento de la tarde, cuando la casa de los Ellis se había llenado de gente que bebía café y hablaba de Frank. Nikki simplemente se había escabullido de su vista, y Jay decidió dejarla tranquila. Estuvo al lado de Maggie y Cassie, aunque una parte de él se sentía como un intruso en todo aquello. Tuvo que hablar con decenas de vecinos y escuchar a muchos amigos de la familia que le preguntaban cosas sobre su vida de famoso, como si aquel fuera el mejor momento para ese tipo de cuestiones. Jay aguantó lo mejor que supo.

Cuando la casa se fue vaciando y solo quedaron Maggie, Cassie, Lauren, Blake y él, entre todos se pusieron a limpiar y recoger botellas y tazas vacías. También ayudó a guardar la comida

sobrante en la nevera. Una vez terminadas las tareas, fue en busca de Nikki a la parte de arriba de la casa, en la habitación del fondo. Sabía que era el cuarto de adolescente de Nikki y que, con toda probabilidad, estaría encerrada ahí tal y como ella le había explicado que hacía tras cada episodio de acoso y maltrato sufrido en el instituto.

—¿Nikki? —Golpeó suavemente la puerta y, al no recibir contestación alguna, la abrió con delicadeza.

La habitación estaba en penumbras, solo regada por la tenue luz anaranjada del sol primaveral que ya se ponía en el horizonte. Nikki estaba sentada en la cama, con la espalda apoyada en la pared y los brazos envolviendo sus rodillas. Su mirada estaba hueca.

—Nikki, di algo, por favor.

—Eso es para ti —respondió ella, señalando un objeto de su mesita de noche.

Los ojos de Jay se posaron en él: era un vinilo de Prince. El mismo que Frank había prometido regalarle. Lo había dejado en la habitación de Nikki para él, junto con un pósit en el que se leía «Para Jay :)». Aquello le rompió el corazón.

—No puedo aceptarlo.

—Pues yo no lo necesito y él quería regalártelo. Así que llévatelo de aquí, por favor.

—Lo haré si me hablas.

—Te estoy hablando ahora.

Jay suspiró y se sentó a su lado. Intentó tocarla, pero ella lo rehuyó con un movimiento que parecía un acto reflejo.

—Ya sabes a lo que me refiero. Necesito saber cómo estás, cielo; si no, no puedo ayud...

—Estoy bien. Solo necesito estar sola.

—Está bien —se dio por vencido Jay—. ¿Quieres que te lleve a casa o te quedas a dormir aquí, con tu madre?

—No me has entendido. —Sus ojos azules parecieron mirarlo por primera vez y Jay sintió un escalofrío al entrever el abismo que se abría detrás de ellos—. Quiero estar sola. Sin ti. Sin nadie. Quiero que te vayas y me olvides.

—Nikki, ¿qué estás diciendo?

—No puedo lidiar ahora mismo con lo que significa salir contigo. Todo fue un error y me arrepiento de haber ido a Europa. No volverá a ocurrir.

Las palabras envenenadas y llenas de rabia de Nikki se clavaron en su corazón. Jay pensó que nunca había sentido semejante dolor; ni siquiera cuando Ameer le confesó su infidelidad. Aquello era muy distinto y mucho peor: Nikki no solo lo estaba rechazando, también lo estaba negando. A él y a todo lo que habían vivido durante aquellos pocos meses tan intensos. Habían sido felices; muy felices, de hecho. Jay estaba seguro de ello. Pero entonces, ¿por qué lo apartaba de su lado ahora? ¿En qué momento habían perdido su camino y descarrilado sin más?

—¿Y qué pasa con todas las veces que me has dicho que me querías? —apretó los dientes Jay, negándose a la rendición.

Un silencio pesado e incómodo flotó entre ellos en unos interminables segundos que a Jay le parecieron que abrían un barranco insondable entre ambos.

—Vete, por favor. Olvídalo todo.

—¿Cómo, Nikki?! ¿Cómo? —alzó la voz Jay, sin poder controlar la frustración. No quería gritarle ni subir el tono de voz, sin embargo, no pudo evitarlo.

Le alzó el rostro por la barbilla para obligarla a enfrentarse a sus ojos mientras lo desterraba de su vida. Era el mismo rostro apasionado y decidido del que él se había enamorado al instante;

pero ahora parecía distante, roto y muy lejano.

En un último intento por retener a la Nikki de la que estaba enamorado, la besó. Con desesperación y agonía. Con violencia y súplica. Con desconsuelo y ansia. Como si con aquel último beso pudiera conjurar todas las confianzas que se habían hecho, todas las veces que se habían acariciado la piel, todas las risas cómplices que habían estallado entre ellos, todas las miradas llenas de secretos privados que habían compartido...

Al separar sus labios de los de Nikki, ella no parpadeó y su mirada se volvió despiadadamente fría.

—Vete.

—Si me voy, Nikki, no volveré más. Porque no podría...

—Vete y no vuelvas más, entonces. Pero vete.

Esta vez Jay obedeció, sabiendo que todo había acabado entre ellos y que nada de lo que hiciera lograría que Nikki cambiase de opinión respecto a la ruptura. Lo peor de todo era que ni siquiera sabía por qué, de repente, Nikki lo sacaba de su vida. Tampoco importaba, en realidad. Cogió el vinilo de Prince que Frank Ellis había apartado para él, saliendo de la habitación en silencio. Lo que importaba era que, con la muerte de Frank, también había muerto algo más: Jay Martin y Nikki Ellis.

The Ghost of You

Anestesiada. Esa era la única palabra que podía describirla. Nikki sabía que el dolor estaba escondido en alguna parte de su alma, agazapado y esperando para salir y morderla con furia. Sabía que no era normal no haber gritado ni haber derramado una triste lágrima por su padre. Sencillamente se sentía así: anestesiada ante la tragedia, como si eso le hubiera ocurrido a otra persona y ella fuera una simple espectadora.

Dentro de la borrosa nebulosa mental en la que vivía desde que se había enterado de la muerte de Frank Ellis, Nikki era vagamente consciente de que había alejado a Jay. Algo le decía que había cometido un error terrible y sin sentido al apartar de su vida al único hombre que la había querido sin complejos ni barreras. Pero así había sido. Ni siquiera sabía si se arrepentía o no; o si él volvería a por ella, como un caballero dispuesto a rescatar a la damisela en apuros. Jay le había dicho que no lo haría y Nikki le creía. Tampoco sabía si le importaba; de hecho, no sabía si le importaba ya nada.

Una vez finalizó el funeral de Frank Ellis, Nikki regresó a su apartamento. Maggie le suplicó que no se fuera, que se quedara con ella para pasar aquellos momentos tan duros en familia, pero Nikki se fue tras murmurar alguna excusa inconexa, como que su gata Marvel necesitaba comida. En su lugar se habían quedado su tía Lauren y Cassie para hacerle compañía a su madre. Las tres mujeres Ellis la habían visto marchar en silencio, como una autómatas que funcionaba por inercia.

En los días siguientes, Nikki se dedicó a escuchar música; muchísima música. Se encerraba en su apartamento a escuchar aquellos viejos grupos de *rock* que sus padres adoraban. Miraba la pared mientras las canciones se sucedían una detrás de otra. Incapaz de cocinar, se alimentaba a base de bolsas de patatas, fideos instantáneos y paquetes de Chips Ahoy que había comprado con la ilusión infantil de que Jay se sintiera como en casa. Aunque él ya nunca volvería a comer esas galletas, sentado en su sofá.

El timbre sonaba casi cada día, y el teléfono también; Keith, Cassie, Jason, su madre... Incluso Brett la llamó una vez. No había respondido a ninguno de ellos. A pesar de su declaración de que no volvería, Jay le había enviado un solo mensaje en el que le pedía que recapacitara y le permitiera ayudarla. Nikki no había contestado y él la había dejado en paz. Era un hombre bueno y comprensivo, pero su orgullo tenía un límite. Con toda probabilidad habría vuelto a reanudar su gira europea.

Y mientras dejaba pasar los días en su soledad —con la única y silenciosa compañía de Marvel—, Nikki recordó su canción. Aquella que había compuesto con la ayuda de Jay, en otra vida a millas de distancia de su realidad actual. Nunca había logrado ponerle nombre, porque no sabía exactamente qué quería contar con ella. Esta vez no le hizo falta romperse la cabeza para escribir. Tomó papel y bolígrafo y garabateó en mayúsculas:

COME JOIN ME IN DEATH

No sabía cómo ni por qué, pero sacar adelante esa canción tenía que ser su máxima prioridad. Y lo fue durante todos los días que siguieron a la pérdida de Frank. Escribió y escribió. Escuchó las maquetas que había grabado en el estudio de Jay; apuntando fallos y melodías, probando notas con la guitarra, cantando en voz alta para dar con la letra y el sonido.

Y seguía escribiendo, absorta en una tarea sin fin que prolongaba la anestesia de su pena. Porque todo el dolor iba saliendo a través de la letra de *Come Join Me in Death*. La historia de una chica que grita al mundo su pérdida, mientras su difunto padre se une a una triste marcha fúnebre que pasa ante ella y le recuerda todo lo que le enseñó en vida. Y ella canta una y otra vez que su recuerdo nunca morirá.

Nikki terminó de escribir la canción con un largo suspiro. Miró el emborronado papel lleno de frases: ahí estaba todo su dolor escrito, vertido, sangrado hasta la locura.

*Come join me in death
My memory of you will go on
Believe me, you will never be gone
And though you're dead away from me
We'll march into death with a crooked smile*

Cuando la canción estuvo casi lista, Nikki decidió que era hora de enfrentarse a otro capítulo de su vida que estaba sin resolver: Brett.

Él fue el primer sorprendido al abrir la puerta y encontrarse con ella. Nikki se había esmerado en su aspecto; llevaba meses sin cortarse el pelo y este le había crecido hasta llegarle por los hombros. Tampoco había dejado de raparse un lado de la cabeza; ahora el liso cabello, recién teñido de negro, le enmarcaba el rostro perfectamente maquillado para esconder las ojeras que el insomnio de las últimas semanas le había provocado.

—¡Nikki! No te esperaba —murmuró su ex.

—¿Puedo pasar?

—Claro.

Brett se apartó a un lado para que ella entrara en el apartamento. Nikki conocía a la perfección el lugar y se desplazó hasta la sala de estar. Se sentó en el sofá y cruzó las piernas, mirándolo. Él no disimuló demasiado cómo sus ojos le recorrían las rodillas y los muslos desnudos, apenas cubiertos por unos pantalones muy cortos. Cuando salían juntos, Brett se ponía histérico y de terrible humor si ella iba por ahí con ese tipo de pantalones. En cambio, ahora solo la miraba con evidente deseo. La vida podía ser asquerosamente irónica a veces.

—¿Cómo estás? Siento mucho lo que pasó en Nashville y también lo de tu padr...

—Vengo a hacer las paces contigo —le cortó Nikki, esbozando la mejor sonrisa que tenía.

Algo dentro de ella tembló al pronunciar aquellas palabras en voz alta, y una voz en su interior le empezó a gritar que estaba cometiendo otro error tremebundo del que se iba a arrepentir y mucho.

—¿Las paces? Y qué pasa con el principito del pop, ¿eh?

La mención de Jay se clavó en su corazón como una daga llena de veneno, pero Nikki ignoró

el aguijonazo, así como la ridícula vocecilla interior que seguía protestando por lo que estaba haciendo.

—Fue un error estúpido.

Brett la miró en silencio mientras abría dos cervezas y le alargaba una. Su ex nunca había sido especialmente guapo; y mucho menos comparado con la belleza irreal de Jason, que parecía un joven Leonardo Dicaprio cubierto de tatuajes. O con el atractivo visceral de Keith, que era muy alto y fornido, y llamaba bastante la atención gracias a su tupido pelo pelirrojo. Comparado con los otros miembros de Jetset, Brett salía perdiendo bastante en cuanto a belleza física. Los ojos demasiado juntos, los brazos demasiado largos, las cejas demasiado pobladas. Y el carácter demasiado agrio.

Aunque nada de eso le había importado mucho a Nikki cuando lo conoció. Él había sido el primer tío interesado por ella, el primero con el que había compartido gustos y el primero que la había mirado como un chico debería mirar a una chica. La novedad de encontrar a alguien con quien parecía compartirlo todo había sido tan maravillosa que Nikki había acabado confundiendo el entusiasmo y la complicidad con el amor. El primer gran error de su vida.

Al principio todo había ido bien entre ellos. Brett era su vida y ella era la vida de Brett. No existía nada más en el mundo que ellos dos. Pocos meses después de conocer a Brett habían aparecido en el instituto Keith y Jason, casi a la vez. Nunca se había enamorado ni de Keith ni de Jason, era cierto, porque los consideraba como sus hermanos, pero las comparaciones eran odiosas y muchas veces Nikki se sorprendía pensando en que ojalá hubiera conocido primero a Keith. Sus siguientes años de vida hubieran sido muy, muy diferentes a cómo los vivió; porque Brett no había soportado ver cómo Nikki dejaba atrás los años de pubertad y se convertía en una mujer que llamaba la atención. Muy pronto, sus inseguridades habían a florado como monstruos y lo habían envenenado todo a su paso, intoxicando la relación y convirtiendo a Nikki en una triste marioneta de los comentarios insidiosos y las manipulaciones psicológicas de Brett.

—Sé que no estás contenta con mi vuelta al grupo. Aun así, creo que podemos arreglarlo para que todo vuelva a ser como antes —comentó Brett, a todas luces conciliador y con la voz muy tranquila.

Nikki gritó en su interior que nada podía volver a ser como antes, porque Frank Ellis estaba muerto. Y Jay se había ido. Y ella se odiaba a sí misma sin saber siquiera por qué. Brett carraspeó, sentándose a su lado, muy cerca de la piel desnuda de sus piernas expuestas. Nikki quiso apartarse al instante, pero no lo hizo. Obligó a su cuerpo a quedarse quieto al lado de su exnovio.

—Creo que sí, podemos arreglarlo —dijo ella por fin.

—Y tenemos la gira con Green Day este agosto. Mejor estar unidos para apoyarnos, ¿no?

—Sí.

La mano de Brett se deslizó por sus muslos y Nikki se estremeció, si bien no fue por placer. Los dedos de su exnovio le desabrocharon el único botón de los pantalones cortos y bajaron la cremallera. Un grito ahogado sonó en la cabeza de Nikki cuando él le quitó los pantalones y la tumbó en el sofá. Habían hecho el amor cientos de veces. Conocía su tacto, su olor y su sabor a la perfección; nada era nuevo. Era terreno familiar, tan familiar que se lo sabía de memoria.

Pero cuando Brett la besó con agonía, sediento de ella, Nikki no pudo evitar pensar en la electricidad que brotaba de ella cuando Jay la besaba. Y cuando Brett se desnudó delante de ella y se puso un condón, Nikki recordó la suavidad de la piel de Jay. La sonrisa que se le escapaba cuando la escuchaba gemir mientras la masturbaba. El sonido de su risa. Su olor limpio, sencillo,

embriagador. El azul grisáceo —profundo, calmado y gentil— de sus ojos. La sensación que ella sentía cuando Jay la penetraba y su cuerpo se estremecía al simple tacto de la piel de él. El sonido de su voz ronca al correrse. Las caricias tiernas mientras recuperaban el aliento.

Nikki gritó en silencio mientras Brett la follaba por enésima vez en su vida. Un aullido silencioso y lastimero que clamaba la presencia de Jay para que la salvara del embrollo en el que se estaba metiendo. Pero ella había sido la que había perdido el camino y Jay no apareció para rescatarla de nada.

Show Me the Meaning of Being Lonely

Gavin se había presentado por sorpresa en Nashville y se había quedado a su lado para apoyarlo, si bien Jay nunca le había pedido ayuda de ningún tipo. Jay supuso que había hablado con Blake, y su amigo no había dudado en hacer la maleta y plantarse en la capital de Tennessee.

A pesar de todo lo acontecido en los últimos días, se sintió agradecido por tener cerca a un amigo como Gavin. Con sus más y sus menos desde que se habían conocido y los muchos meses de frialdad tras romper Westside Blue, la vieja amistad de años había reflatado de forma natural y más fuerte que nunca. Estaba contento de tenerlo ahí con él para llenar el repentino vacío que flotaba en su casa desde su ruptura con Nikki.

—Me encanta tu apartamento, cabronazo —dijo Gavin, mirando a su alrededor mientras Jay preparaba café en la cocina. Colocó dos tazas en la isla de desayuno y las llenó del humeante líquido negro.

—En realidad estoy pensando en venderlo y mudarme.

—¿Mudarte adónde? Si siempre te ha encantado Nashville.

—Aún no lo sé. Quizás necesito un cambio de aires...

Se sentó frente a su amigo y sorbió el café, mirando distraídamente por encima del hombro de Gavin, hacia la inmensidad de la urbe de Nashville. Nunca le había parecido una ciudad apática, y en realidad no lo era. Pero para él, en aquel instante, era el lugar más gris del universo.

—Hace años te hubiera dicho que eras un hombre hecho para ciudades como Nueva York o San Francisco. Pero ahora... has cambiado.

—Todos hemos cambiado.

—Bueno, Blake no tanto...

—No te creas. Al parecer se ha enamorado de Cassie y se está portando bien con ella. Lo nunca visto.

—¡No me digas! Pues hay que joderse —rio Gavin—. ¿Recuerdas aquella vez en que se metió en la habitación de ese hotel con tres tías?

—Yo dormía en la habitación de al lado, ¿tú qué crees? —sonrió levemente Jay.

Ambos rieron con complicidad, envueltos en la nostalgia de otros tiempos en los que habían estado más unidos, compartiendo mil correrías por el mundo entero.

—Jay... Ibas en serio con la gira de Westside Blue, ¿verdad?

—Yo siempre voy en serio, ya deberías conocerme.

—Eres un maldito adicto al trabajo, tío. Apenas estás a punto de terminar una gira ahora, luego te vas a meter en un rodaje y después de eso aún quieres preparar conciertos con nosotros... Estás loco.

Jay se encogió de hombros, dándole vueltas a su café.

—Trabajar es una forma de sentirme menos solo, de llenar las horas.

—Perdona, no quería...

—No importa —le quitó importancia Jay con un gesto. En realidad, sí que importaba, pero le costaba reconocer ante Gavin que se sentía más solo que nunca—. Supongo que no te sorprenderá si te digo que pienso en ella a todas horas.

—No me sorprende, no... ¿Has probado a llamarla?

—No, le envié un mensaje hace días y ni siquiera llegó a contestarlo. Todo tiene su límite, Gavin. Ya son varias veces que nos pasa algo parecido. Y yo... Quizá debería haber visto que no iba a funcionar, que somos de mundos distintos y toda esa mierda. Pero por un momento creí, de verdad, que Nikki era la definitiva.

—Lo siento mucho.

—Gracias —sonrió Jay, sin muchas ganas—. ¿Está activa en Twitter?

Gavin torció el gesto, incómodo ante la pregunta. Clavó los ojos azules en el café para evitar contestarle.

—Vamos, sé que habláis desde que os juntasteis para esa campaña LGTBI... Dímelo, podré soportarlo.

—Está bien —suspiró su amigo—. Sí, ha publicado alguna cosa. Parece que todo sigue su... ¿curso? O eso, o tiene una forma muy extraña de llevar el duelo. Quizá deberías llamarla, colega.

—He dicho que no. ¿Cuántas veces cree que puede rechazarme y tratarme mal? —se enfadó Jay, y su voz sonó más dura de lo que había pretendido—. Mi gran error fue enamorarme y creer que iba a pasar el resto de mi vida al lado de Nikki. He visto demasiadas películas románticas.

—También has protagonizado algunas —bromeó Gavin débilmente, sacando una pequeña sonrisa a Jay.

Un cómodo silencio se instaló entre ambos, solo perturbado por el tranquilo ronroneo de Banjo, que insistía en atraer la atención de su dueño a base de cariñosos cabezazos contra sus piernas. Jay se agachó para abrazar al gato blanco y lo subió a la isla del desayuno. El gato lo miró con los ojos fijos, sin parar su agradable sonido ronroneante.

—Creo que debería volver a la gira cuanto antes.

—Sí, yo también lo creo.

No obstante, no regresó a Europa para continuar con sus compromisos. Al menos, no de inmediato. En vez de eso, volvió a sacar el BMW negro y condujo sin pensar, con la mente totalmente en blanco, hasta West Harpeth.

El pequeño pueblo permanecía exactamente igual que hacía un par de semanas, cuando lo habían descubierto juntos. Las casas de madera, la ferretería atestada de trastos, los bares antiguos, las pequeñas tiendas de comida para animales... Y también la diminuta inmobiliaria con el anuncio del rancho Silas aún expuesto. Jay observó de nuevo el lugar a las afueras de West Harpeth, con sus bonitos ladrillos color crema y techo oscuro de roble envejecido. Aunque no sentía lo mismo que el día que lo había visto por primera vez con Nikki, Jay no pudo menos que admirar lo hermoso que era. Sin detenerse a pensarlo demasiado, entró en la inmobiliaria.

El agente inmobiliario no creía su buena suerte. No solo había conocido a una celebridad local, nacional e internacional, sino que acababa de ver cómo Jay firmaba ante sus narices un cheque de dos millones de dólares por el rancho Silas.

Jay nunca había estado tan poco emocionado por comprar algo que debería haberlo llenado de ilusión, pero no titubeó al entregarle el cheque al afortunado agente de la inmobiliaria de West Harpeth. ¿Por qué compraba el rancho Silas? Ni siquiera él lo sabía. ¿Qué iba a hacer con

tantísimo espacio y terreno, si solo compartía su vida con un gato blanco que no se despegaba de su lado ni para dormir? Por si fuera poco, se pasaba la vida viajando, rodando películas, dando conciertos... Casi nunca estaba en casa. ¿Para qué necesitaba un rancho enorme con tal cantidad de acres, un establo y un granero que hacía de garaje? Lo ignoraba. Lo compró en un impulso, como si a base de golpes de talonario pudiera invocar la presencia fantasmal de Nikki.

Cuando le dieron las llaves y firmó el contrato de propiedad, sintió ganas de llorar como un crío. Pero no lo hizo. En vez de eso, se subió a un avión para volver a Europa y acabar la gira como el músico profesional que era.

Coming Undone

No sabía cómo había ocurrido, pero los últimos meses habían ido pasando como las gotas de lluvia deslizándose por el cristal de una ventana; a trompicones, dispersos, algo borrosos. Su cuerpo había funcionado en otro plano de la existencia. Se había visto a sí misma comer, dormir, ducharse, ensayar con Jetset, follar a desgana con Brett, escuchar a Maggie Ellis llorar por su padre... Pero parecía como si todas esas cosas no las hubiera hecho ella, sino otra persona que controlaba su cuerpo. Su mente flotaba en otro lugar, lejos de todo.

Aún no había derramado una sola lágrima por la pérdida de su padre. Tampoco por la ausencia de Jay. Sabía que Keith y Cassie estaban preocupados por ella. Continuamente intentaban sonsacarle algo que les indicara cómo se sentía, pero Nikki estaba cerrada en banda y continuaba interpretando su pequeña papel de normalidad, insistiendo en que estaba bien y en que no necesitaba hablar ni de su padre ni del maldito Jay Martin.

¿Cómo se huye del hombre del que estás enamorada cuando este es famoso? La patética respuesta a esa pregunta era que no se podía. Sobre todo, cuando Madonna lanzó su nuevo *single: Ultimate*. Nikki contempló el vídeo en la MTV, en el que un muy atractivo Jay bailaba como nunca mano a mano con la reina del pop. Estaba muy serio, bailando con movimientos concentrados y secos, y cada vez que miraba a cámara, Nikki sentía ganas de gritar hasta quedarse sin voz. Aun así, no podía apartar los ojos de la televisión cada vez que el *single* sonaba. Lo cual ocurría muy a menudo, ya que la canción se posicionó rápidamente como número uno en ventas, manteniéndose en ese puesto durante interminables semanas.

Lo echaba de menos más de lo que quería reconocer. Lo echaba de menos cada vez que veía un paquete de Chips Ahoy en el supermercado, cada vez que Brett la besaba, cada vez que escuchaba la palabra gilipollas. Y, a pesar de que Brett aseguraba haber ido a terapia para controlar su temperamento y su ira, las peleas habían vuelto con la misma brutalidad de siempre. También las humillaciones, aunque solo ocurrían en el terreno privado, lejos de las miradas de Keith y Jason. En esos momentos en que Brett estallaba, la mente de Nikki se quedaba en blanco y recordaba la risa tranquila y jovial de Jay. Los golpes no dolían tanto si tenía la cabeza ocupada pensando en las manos de Jay acariciando su cuerpo como nunca nadie lo había acariciado.

Entonces, ¿por qué no podía coger el móvil y llamarlo? Era tan sencillo como dar el paso y recuperarlo. Quizá le costase, porque ya le había hecho suficientes cerdadas como para que él la aceptara de nuevo sin más. Sin embargo, sabía que Jay la quería y que tenía un corazón gentil y benévolo. Seguramente podía lograr que la perdonara por haberlo apartado así de su vida, sin darle ninguna razón.

Puede que fuera por todo ello que, cuando al fin logró conocer a Billie Joe Armstrong, no sintió apenas emociones. La reunión fue en Capitol Records, a pocas semanas de salir de gira teloneando a Green Day. Billie era tan guapo como ella siempre había imaginado al verlo en los

videoclips de Green Day. Sus ojos verdes chispearon de interés cuando se estrecharon la mano y Nikki no pudo menos que sentirse algo intimidada al tener delante a alguien a quien admiraba tanto. Billie era un hombre felizmente casado, amable y de hondos y fuertes ideales. Nikki siempre creyó que, si llegaba a conocerlo, se enamoraría como una loca de él. Pero eso no ocurrió.

—Es tuya la letra de *Teenagers*, ¿no?

—Sí —asintió Nikki, tomando asiento en la sala de reuniones de Capitol.

Un asistente les trajo café y unos vistosos bollos de canela. Ella aceptó solo el café y observó cómo Jason y Keith charlaban muy animados con Mike Dirnt, el bajista de Green Day. Brett, en cambio, la miraba con ojos críticos, controlando cada uno de sus movimientos.

—Pues enhorabuena —dijo Billie, sentándose a su lado—. Es una de las mejores canciones que he escuchado en los últimos años.

—Gracias.

Parecía tonta, contestando con monosílabos, pero no sabía qué más decir. No tenía ganas de hablar, ni siquiera con alguien como Billie Joe. Este pareció comprender que no estaba de humor y la dejó en paz.

La reunión previa a la gira se desarrolló con total normalidad. Hablaron un poco de todo y Stuart Price capitaneó la lluvia de cifras, ciudades y detalles. Las entradas estaban agotadas en casi todos los lugares. Nikki sintió algo de vértigo al pensar en cantar en grandes estadios; se preguntó cómo lo haría Jay cada noche para enfrentarse a algo así sin dejarse llevar por el pánico.

¿Estaría a la altura de algo tan enorme? ¿Lo estaría también *Come Join Me in Death*, que ella había insistido en tocar por primera vez en esa gira? La canción estaba lista para salir como *single* y Nikki estaba aterrorizada por la recepción que tendría. Al fin y al cabo, era el último recuerdo tangible que tenía de sus meses con Jay Martin. Por supuesto, Brett iba a tener la última palabra sobre tocar un tema enteramente escrito y compuesto por ella. Lo que Nikki no podía imaginarse era lo que su novio le tenía preparado para el primer día de la gira, que empezaría en apenas unas semanas.

Al salir de la reunión de Capitol discutieron a gritos en el Mustang rojo de Nikki. Una vez más, Brett la acusó de estar ligando como una zorra con Billie Joe, a pesar de que apenas había cruzado unas pocas palabras con el cantante. Mientras conducía camino a Pasadena, los dedos de Brett se clavaron en su brazo como garras de animal, sin dejar de llamarla zorra, puta, cabrona. Una vez más, con los dedos de Brett apretando su piel hasta dejar marca, Nikki pensó en Jay Martin.

Step by Step

—Me alegro mucho por ti; en serio, Blake —dijo Jay, y de verdad lo pensaba. Su amigo parecía genuinamente enamorado de Cassie y, por primera vez en mucho tiempo, se planteaba sentar cabeza junto a una chica. Era algo inaudito.

Consultó un poco distraído un correo de la empresa de mudanzas en que le confirmaban que todo estaba listo para proceder a mover sus cosas del apartamento de Nashville al rancho de West Harpeth. Tecleó con rapidez una respuesta y su atención volvió a Blake, que sorbía su café mientras miraba por la ventana de la cafetería. Las calles de Los Ángeles estaban repletas de luz y sol y chicas preciosas con increíbles bronceados y melenas que brillaban, pero Jay sintió un completo desinterés hacia todas esas cosas.

—¿Y tú...? ¿Cómo estás? —preguntó Blake con cautela. Jay se encogió de hombros.

Poco a poco había retomado las riendas de su vida para ir avanzando paso a paso. El *single* con Madonna había roto las listas de ventas. La gira europea de *NextPopShow* había terminado con éxito y muy buenas críticas. Había empezado el rodaje de *The Long Road* en los estudios de Columbia Pictures. Y la mudanza a West Harpeth iba viento en popa.

El último día de gira en Londres, furioso consigo mismo y con el mundo, había aceptado las insinuaciones de una seguidora y se la había llevado al hotel para acostarse con ella. ¿Qué sentido tenía guardar luto por Nikki si esta lo había echado de su vida sin más? Era la primera vez que se acostaba con otra después de que Nikki lo apartara de su lado. Había sido un polvo mecánico y desapacible; lo había distraído y poco más.

—Estoy mejor. El trabajo es mi única amante, ya sabes —bromeó Jay, apartando a un lado la taza vacía de café.

—Siempre lo ha sido para ti. Eres un puto adicto.

—No sé estarme quieto, por mucho que lo intente. Quizá nunca sepa.

Un cómodo silencio se instaló entre ambos amigos, que disfrutaron de las vistas a la playa de Santa Mónica. Desde que todos habían accedido a la reunión de Westside Blue —que aún no habían anunciado de forma oficial— flotaba entre los cinco viejos compañeros una complicidad que Jay pensaba perdida. Hablaban y bromeaban a diario, recordando viejos recuerdos e historias olvidadas que habían compartido. Por algún motivo, esto era reconfortante para Jay.

Parecía que las cosas tomaban un rumbo firme y definitivo, y que, por primera vez en su vida artística, todas las decisiones estaban en su mano... Aunque prefería no pensar en su vida personal, por el momento. El trabajo continuo absorbía todo su tiempo y eso era más que suficiente para Jay.

Al fondo de la cafetería, la televisión chisporroteaba vídeos musicales una y otra vez, en la hora de novedades de la MTV. Jay la iba escuchando de tanto en tanto, medio atento a las nuevas canciones que surgían. Unos elegantes acordes de piano llamaron su atención entre las

conversaciones de la gente que disfrutaba de su tiempo libre con un café frente a la playa. Los conocía demasiado bien, a esos malditos acordes. De hecho, los había sacado él en una sola noche en Nashville, desnudo y satisfecho tras haber hecho el amor con Nikki.

Se giró lentamente hacia el origen de la música, que llegaba desde la televisión del fondo de la cafetería. Sin darse cuenta de lo que hacía se levantó de la silla mientras la voz y el rostro en primer plano de Nikki aparecía en la pantalla. Su característica voz ronca, llena de dolor y sentimiento, empezó a cantar aquella canción que ambos habían comenzado juntos esa noche en su apartamento. El cartel de la MTV anunciaba que era el nuevo *single* de Jetset, titulado *Come Join Me in Death*. Así que así era como la había titulado.

—Tío, ¿estos no son...? —Blake también se había incorporado para mirar la televisión.

Jay asintió en silencio y se adelantó, cautivado por la trágica letra que había escrito Nikki sobre la pérdida y el dolor por la muerte de un ser querido. La música era espectacular. Lo que habían grabado juntos en Nashville, Nikki lo había convertido en algo enardecido que explotaba en un sinfín de melodías y coros, con una energía apabullante que contrastaba con las palabras melancólicas que Nikki pronunciaba en el videoclip.

El vídeo era delirante y frenético, absolutamente hipnotizante: los cuatro miembros de Jetset vestidos de negro sobre una especie de carroza que parecía ser una marcha fúnebre, rodeados de gente que simulaba estar muerta y los acompañaba en el desfile. Y, a pesar de la tristeza de la canción, había en ella un hilo optimista para enfrentar la muerte que se fundía con la música *in crescendo* hasta que detonaba en el final.

Come Join Me in Death era una canción bellísima, distinta a todo lo que había dado el género del *punk rock* hasta ahora. Jay estaba seguro de que iba a ser un éxito, mucho más que *Teenagers* y, a juzgar por las muchas cabezas que se habían girado a escucharla, se iba a convertir en el himno por excelencia de Jetset. Deseó ver el videoclip de nuevo para perderse en el azul acuoso de los ojos doloridos de Nikki, que parecían interpelarlo a él directamente a través de la pantalla. Casi había olvidado su rostro y la forma en que el cabello negro le enmarcaba los pómulos y los labios carnosos.

—Jay... —Blake le puso una amistosa mano en el hombro y se lo apretó, despertándolo del trance—. Creo que deberías llamarla.

—No, no puedo. No después de todo.

—Entonces no me queda más remedio que darte esto.

Blake abrió su cartera y sacó una entrada, extendiéndola hacia él.

—¿Qué es esto? —Jay la tomó entre sus manos, solo para descubrir que era un pase para el próximo concierto de Green Day en Los Ángeles. Junto con Jetset, por supuesto. Y acceso al *backstage*.

—Me la ha dado Cassie para ti. No sabía si dártela, pero viendo lo que acabo de ver...

Jay se la devolvió, pero Blake se apartó del trozo de papel satinado como si la entrada quemase.

—Es el primer concierto de la gira, ve a verla y deja de hacer el idiota. Esa chica ha perdido a su padre; te necesita, aunque puede que ella no lo sepa... y tú tampoco.

Jay pensó que aquellas palabras habían sido las más sabias que su amigo había pronunciado en su vida. Se quedó la entrada, sin estar seguro de la razón... Ni siquiera sabía si quería utilizarla.

Wake Me Up When September Ends

Un día antes de su primer concierto con Green Day, Nikki encontró el vídeo que Brett guardaba de ambos y que había utilizado como moneda de cambio para entrar en Jetset de nuevo. Lo halló en un disco compacto grabado, escondido en el fondo del armario de su novio y enterrado bajo viejas camisetas que este había llevado en el instituto y se negaba a tirar. Si Nikki había podido sentir un gramo de nostalgia al ver aquellas grisáceas camisetas de Bad Religion, Misfits y The Offspring, se le esfumó enseguida al encontrar el puto vídeo. Su primer impulso fue romperlo entre lágrimas de rabia, pero Nikki no había derramado ni una sola gota desde que Frank Ellis había muerto. Ninguna. Como si ella hubiera muerto por dentro también.

Años atrás, cuando la relación entre Brett y ella se fue deteriorando a base de manipulaciones y humillaciones, también su intimidad física fue a peor. En un triste intento de recuperar lo que en algún primer momento de la adolescencia había sido una relación bonita, Nikki accedió a grabarse en vídeo mientras follaban. No había sido agradable para ella y, por supuesto, no había solucionado absolutamente nada entre ambos. Pensaba que Brett había destruido el maldito vídeo, tal y como le había prometido que haría, pero el muy cabrón lo había guardado para utilizarlo contra ella en el momento más oportuno. Una jugarreta muy típica de él, por otro lado.

Nikki recordó los últimos meses, tras aceptar que Brett volviera a Jetset: todo quejas, todo improperios, todo imposiciones... Jason y Keith querían asesinarlo cada cinco minutos. Parecía que Brett quería hacer implosionar al grupo desde dentro y se dedicaba a poner palos en las ruedas continuamente. La grabación de *Come Join Me in Death* había sido un constante sufrimiento y una pelea sin parar en la que Nikki había tenido que sacar uñas y dientes para defender su canción y poder grabarla tal cual la había imaginado cientos de veces en su cabeza.

A Brett no le parecían bien los coros, ni la línea de guitarra, ni la *intro* a piano, ni la mezcla de estilos, ni la letra. Daba igual cuan entusiasmados se mostraran Jason, Keith y los directivos de Capitol Records cuando fueron escuchando las maquetas y las grabaciones que les iban mandando. Brett odiaba la canción, sin más. Nikki estaba segura de que aquella inquina era solo porque era la primera canción que ella componía y escribía al completo, sin contar con su sacrosanta opinión.

A pesar de todo, Nikki se concentró con todas sus escasas fuerzas en sacar adelante *Come Join Me in Death*, sin aceptar las quejas de Brett. No sabía por qué era tan importante hacerlo... O quizás sí que lo sabía. En parte, porque esa canción era la única manera de canalizar el dolor por la pérdida de su padre. Y, en parte, porque si lograba que se volviera algo real, su historia con Jay también lo sería. Ahora esos días con él flotaban en un mar cerrado de su cerebro, inalcanzable y bloqueado.

Y, contra todo pronóstico, lo había logrado. Su canción era real. No solo eso; también era un rotundo éxito. En la primera semana se había situado entre las diez canciones más escuchadas en

Estados Unidos y Reino Unido. Y, a pesar de que el éxito de la canción era también el éxito de Jetset, Brett no lo soportaba.

—¿Qué coño haces mirando en mi armario?

Nikki levantó la vista para enfrentarse a la mirada indignada de Brett, que había vuelto de comprar comida y la había pillado con el vídeo en la mano. Se levantó del suelo y le plantó el disco delante de los ojos.

—Eres un cabrón de mierda. Estuve a tu lado toda mi adolescencia. Te apoyé en todo, Brett. En todo —escupió Nikki, dando un decidido paso hacia él y agitando el disco que contenía el vídeo de ambos—. ¿Quién te dejó el dinero para tu primera guitarra? Fui yo, hijo de puta. Todos los celos, todos los insultos, todo lo que dejé de hacer porque a ti te molestaba...

Si alguna vez Nikki había sentido terror ante la presencia de Brett, ahora ese miedo visceral a uno de sus estallidos se había esfumado. La rabia y la traición eran sentimientos más fuertes. ¿Cómo había podido dejar que nadie la hiciera pasar por ese calvario durante años?

—Y tú me pagas con esta jodida mierda. —Le tiró el disco a la cara con furia y Brett apenas pudo taparse el rostro con los brazos. Pareció hacerse más pequeño conforme Nikki avanzaba hacia él—. Utilizando nuestra intimidad para chantajearme, para volver a Jetset y forrarte a nuestra costa.

—¡El grupo es mío! —gritó patéticamente Brett.

—¡El grupo es *nuestro*! Y tú... Tú me hiciste creer durante años que yo no valía para componer canciones, que solo servía para hacer las putas letras y ya. Solo porque tu complejo de inferioridad de mierda no te dejaba aceptar que tu novia podía ser igual de talentosa que tú. ¡TE ODIÓ! ¡TE ODIÓ CON TODA MI ALMA!

Aquel último grito pareció despertar la bestia que Brett llevaba dentro. Su cara se desencajó y se lanzó sobre ella con la mano levantada, preparada para descargarla sobre su mejilla. Como había hecho tantas otras veces.

Pero Nikki ya no era la misma chica que se había dejado cruzar la cara en otras ocasiones. Había aprendido que otra vida era posible; otra relación, llena de respeto y admiración por el otro. Otra forma de amar sin destruirse. Con el recuerdo de Jay besándola y haciéndola reír, Nikki descargó una furiosa patada en la entrepierna de Brett. Este aulló de dolor, bajando la mano rápidamente y cayendo de rodillas frente a ella. Se apretó la entrepierna entre insultos y vejaciones.

—¡Putas de mierda! Te voy a matar... —masculló una y otra vez, con los ojos llenos de lágrimas—. Ojalá te hubieras quedado con el marica de Jay Martin, como la zorra vendida que eres.

—Tú lo has dicho: ojalá. En pocos meses me ha hecho sentir más que tú en ocho años. Me ha dado más cosas de las que imaginas. Así que escúchame bien, asqueroso cabrón hijo de mil mierdas. —Nikki se agachó junto a Brett, que aún se retorció cubriéndose sus partes—. Acabarás la gira con Green Day sin acercarte a mí. Después de eso, vas a firmar que renuncias a todos los derechos sobre las canciones de Jetset y desaparecerás para siempre de mi vida.

Se levantó sin esperar respuesta y cogió su mochila, metiendo el disco que había encontrado en el armario de Brett y dispuesta a irse para no volver jamás a aquel apartamento. Pero antes, se giró para mirar al que había creído ser su amor de adolescencia.

—Ya no puedes hacerme daño —sonrió Nikki por primera vez en semanas—. Ya no.

Don't Wanna Let You Go

—¿Qué coño estoy haciendo aquí? —se preguntó Jay en voz alta sin bajar del coche que lo había llevado al aparcamiento del Dodger Stadium.

Delante de él pasaba una riada de gente con camisetas de diferentes grupos de *punk* y *rock*, llenos de tatuajes, *piercings*, dilataciones en las orejas y pantalones anchos. Parecía que en cualquier momento podría ver a su hermanastro Eric acudir al concierto que Green Day estaban a punto de dar. No se sorprendió al ver a bastante gente con camisetas de Jetset. El grupo había alcanzado una merecida popularidad en poco tiempo. Jay estaba bastante seguro de que en breve serían ellos quienes encabezarían giras y festivales por todo el mundo.

Respiró hondo y bajó del coche, asegurándose de llevar la entrada que Blake le había obligado a quedarse. Su presencia, entre todos los asistentes al concierto que se dirigían a las puertas de acceso, llamaba la atención a gritos. Algunos de ellos incluso lo miraron sin demasiado disimulo.

Se encaminó hacia la parte trasera del estadio, ignorando las miradas curiosas. Ya estaba más que acostumbrado a eso. A lo que no estaba acostumbrado era a enfrentarse a situaciones como la que le esperaba una vez entrase en los camerinos del recinto. ¿Qué se suponía que iba a decirle a Nikki después de todo lo vivido? ¿Y qué le hacía pensar que ella querría verle?

Enseñó su invitación en la puerta de entrada y los guardias de seguridad le dejaron entrar sin ningún impedimento. En la zona de atrás del estadio se respiraba el familiar ambiente previo a un gran concierto. Jay lo conocía bien y sintió un pinchazo de emoción, como el músico que era. Puede que ya no estuvieran juntos y que nunca volvieran a estarlo, pero se sentía orgulloso de ella. Lo había logrado: el mundo entero escuchaba las reivindicaciones de Nikki Ellis a través de sus canciones.

Por educación, pasó antes a saludar a los chicos de Green Day, que parecieron muy sorprendidos de verle. Habían coincidido en diferentes actos y galas y, aunque no eran amigos, le pareció que lo más correcto era entrar y desearles suerte en su inicio de gira. Billie Joe lo saludó, no sin cierta sorpresa, así como también lo hicieron Mike y Tré. Estaba claro que era la última persona a la que esperaban encontrar ahí.

—Eres un bicho raro del pop, Jay —rio Billie al aceptar su explicación de que había venido para disfrutar del concierto.

—Alguien tiene que serlo —contestó esquivo Jay, forzando una sonrisa. Luego tosió con incomodidad y preguntó por Jetset. Billie levantó una ceja.

—¿Aún estás con Nikki? Me enteré por Twitter de lo vuestro, aunque luego os perdí el rastro, la verdad.

—Bueno, no. Pero somos amigos. Quiero desearle suerte.

—Ya... —Estaba claro que Billie no le creía, pero qué más daba lo que él pensara—. Están

al fondo de este pasillo, a la derecha.

—Gracias. Suerte con el concierto, tíos.

Mientras recorría los escasos metros que lo separaban de Nikki, se le formó un nudo en la boca del estómago. Apenas podía tragar saliva y se notaba el sudor resbalar por su nuca. ¿Es que acaso era un adolescente en su primera cita? Solo tenía que entrar, evitar perderse en sus ojos azules y desearle suerte; eso era todo. Luego podría continuar su camino. Pero cuando llamó a la puerta del camerino y le abrió la propia Nikki Ellis con el pelo negro revuelto y los labios entreabiertos, supo que eso no sería todo.

—Jay... —susurró ella, abriendo mucho los ojos.

Escucharla pronunciar su nombre con aquella voz ronca, perdida, que casi era una súplica, fue demasiado para Jay. Todas sus buenas intenciones se esfumaron como cenizas esparcidas al viento. Como si los controlara otra persona, sus brazos se lanzaron a su cintura y la rodeó contra él con tanta fuerza que temió romperla. Creyó que ella lo rechazaría, mas no fue así; Nikki lo abrazó por el cuello, como un náufrago se agarra a la única tabla que flota en el océano. Sus cuerpos chocaron y el contacto desató mil emociones en Jay. Se preguntó cómo había sobrevivido tantas semanas sin ese simple gesto íntimo que tantas veces habían compartido, en momentos más felices.

El cuerpo de Nikki, enlazado contra el suyo, empezó a estremecerse con vibraciones ahogadas y acompasadas; entonces Jay comprendió que estaba llorando entre hipidos silenciosos, con la cara hundida en su hombro.

—Nikki...

—Lo siento, lo siento, lo siento, lo siento, lo siento... —sollozaba ella, sin separarse un centímetro de él.

Jay no la soltó. No la hubiera soltado ni aunque hubiera caído un meteorito en aquel preciso instante. Poco a poco la desplazó hacia el interior del camerino y cerró la puerta tras ellos para ganar intimidad. Procuró echar el cerrojo sin soltar a una desconsolada Nikki, que lloraba y lloraba sin parar; parecía que un torrente se hubiera desatado dentro de ella.

Él no dijo nada. Se limitó a dejar que ella llorara todo lo que no había llorado desde la muerte de su padre. Sabía por Cassie y Blake que Nikki se había comportado como una automática; como si nunca hubiera experimentado ninguna pérdida.

—Jay.

—Dime.

—Lo siento —repitió ella una vez más.

Esta vez levantó la cabeza y pudieron mirarse a los ojos. Y todo el dolor que él no había visto en el funeral de Frank Ellis lo divisó ahora. Ahí había estado, enterrado bajo un bloqueo que le impedía sentir nada.

—No importa. Ahora ya no.

Nikki se puso de puntillas y titubeó antes de acercar su boca a la suya. Jay esperó el ansiado beso, sin forzarla. Temía tanto dar un paso en falso y que todo volviera a romperse... Pero Nikki tomó aliento y sus labios, por fin, volvieron a encontrarse. Como si un hechizo hubiera caído sobre ellos, todo el sufrimiento y el resentimiento desapareció con el contacto de aquel beso largamente deseado.

No era el momento ni el lugar, pero, una vez más, no pudieron evitarlo. Nikki le sacó la chaqueta con un ansia animal y, cuando iba a sacarle la camiseta blanca, Jay la detuvo con ternura.

—Así no.

No después de todo. Ya habían follado como salvajes en los camerinos antes. En concreto, Jay recordaba un camerino en Bossier City, con aquel cabrón de Brett aporreando la puerta. Esta vez —aunque apenas había tiempo y en breve vendrían a reclamar a Nikki para empezar el concierto—, Jay la desnudó con infinita delicadeza. Depositó besos en cada hueco de su piel hasta que esta se erizó y Nikki soltó un suspiro de satisfacción. Hicieron el amor de forma pausada, reposada y lenta en el mullido suelo del camerino enmoquetado y con los impacientes gritos del público que esperaba afuera como única banda sonora de fondo.

—¡Cinco minutos, Nikki! —Alguien golpeó en la puerta y ella se sobresaltó.

Jay quiso retenerla, pero era mucho más importante el concierto que estaba a punto de comenzar. Nadie mejor que él entendía eso. A saltos y con cara de prisa, Nikki recuperó sus pequeños pantalones militares y la camiseta de tirantes negra, vistiéndose sin más demora. Jay la imitó con movimientos seguros y sin dejar de mirarla de reojo. Llevaba el negro cabello algo alborotado y los labios enrojecidos de besarlos; estaba más preciosa que nunca.

—Tenemos que hablar, Jay. De nosotros, de mi padre, de...

—Ahora tienes un concierto, cielo. —Jay tomó su rostro entre sus manos y la besó una vez más—. Luego. Luego hablaremos de todo. Prometido.

Con tan mala suerte, que aquel fue el momento que Brett eligió para abrir la puerta en busca de Nikki.

—¡TE ESTAMOS ESPERANDO, JODER!

Brett se quedó plantado en el marco de la puerta, observando la escena: las manos de Jay en la cara de Nikki, los brazos de ella en su cintura... Brett no dijo nada, aunque sus ojos llameaban con la ira y los celos más irracionales. Pero Jay no se separó de ella. «A la mierda y que te jodan, Brett», pensó.

—Voy —respondió Nikki, seca y fría. Lo miró fijamente, con la súplica en la mirada—. ¿Te vienes a ver nuestro concierto?

—No me lo perdería por nada del mundo —contestó Jay, con una pequeña sonrisa imposible de disimular.

The Rock Show

La única palabra que podía describir lo que sintió Nikki al pisar el escenario del Dodger Stadium era júbilo. Un relámpago de adrenalina que empezaba en los dedos de sus pies y recorría su cuerpo a toda velocidad hasta estallar en algún lugar de su cerebro. Eso fue lo que sintió cuando, rodeada de los demás componentes de Jetset, saltó al escenario y las casi 30.000 personas que ahí se congregaban empezaron a gritar y a corear el nombre del grupo. De su grupo. ¿Acaso aquello era real?

Se le dibujó una sonrisa enorme al darse cuenta de que lo habían logrado. Su mirada se desvió sin mucho disimulo hacia un lado del escenario, donde estaba Jay, sonriente y atractivo hasta el desmayo, como era habitual en él. En sus ojos azul grisáceos se leía el orgullo y la alegría por ella.

Nikki agarró el micrófono, gritó hasta desgañitarse y sin más dio inicio a *Destruction Row*. El primer concierto de Jetset en un estadio empezó como un estallido y arrancó aullidos y vítores del público, que empezó a saltar y corear las canciones.

Después de aquello, ya nada podía importarle. Apenas iba a ser una hora de concierto — porque eran los teloneros de Green Day y no los protagonistas de la noche—, pero Nikki se dejó la piel y el alma en lograr que hasta el último asistente del *show* vibrara con sus canciones.

Y supo que lo estaban consiguiendo. La energía fluía entre el grupo y el público, inyectándole adrenalina directa en las venas. Cuando les llegó el turno a *Fuck Like a Kennedy* y *Teenagers*, todo se volvió borroso y el estadio pareció saltar con ellos, haciendo que el suelo vibrara bajo sus pies. Jay, a un lado, también cantaba y gritaba; se sabía las canciones al dedillo.

Al acabar con *Teenagers*, Jason se acercó y le pasó el brazo por el cuello en un gesto de profundo cariño, besándola en la sien.

—¡Joder, Nikki! —le gritó el bajista al oído, por encima de los aplausos enardecidos de la multitud—. Vamos a por tu canción, ¿vale? Haremos que *Come Join Me in Death* tenga la mejor presentación en público. ¡Venga, Nikki!

Ella asintió, sudando y con el aliento acelerado. Era hora de retirarse unos minutos y volver para tocar *Come Join Me in Death* por primera vez en directo. Le hervía la piel solo al pensar en cantar aquellas palabras al público como broche final del concierto. Saludaron y se retiraron a un lado del escenario, todos con una amplia sonrisa de felicidad y éxtasis... Excepto Brett. Él se había mantenido serio y distante durante todo el concierto, si bien había cumplido con sus notas y con todo lo ensayado.

Pero Brett iba a dejar de cumplir con su papel, dispuesto a alcanzar así su amenaza final. En ese mismo puto momento. Nikki observó estupefacta cómo Brett se sacaba la guitarra de encima y la dejaba de cualquier manera sobre un amplificador. Luego se arrancó el equipo de sonido de la oreja y lo tiró al suelo, delante de ellos, con una sonrisa taimada.

—¿Qué coño haces, tío? —se enfadó Keith.

—Me largo de aquí —respondió Brett. Luego clavó sus ojos en Nikki—. Antes muerto que tocar tu canción de mierda. Jódete, Nikki. ¡Jódete!

—¿Qué estás diciendo? ¡BRETT! —gritó Jason, abalanzándose sobre él con intención de agarrarle por la camiseta y sacarlo a rastras al escenario para acabar la actuación.

Pero Nikki lo detuvo poniendo una mano en el pecho de su amigo. Mientras, Brett les enseñaba el dedo corazón y se iba caminando hacia atrás, con la satisfacción de haberles jodido el concierto en la última canción. Lo vieron desaparecer ante la mirada atónita de los técnicos de sonido. Keith y Jason empezaron a discutir entre ellos para ver qué podían hacer a continuación; Nikki no dijo nada. Esa era la última puñalada de Brett, que no soportaba el éxito de su canción y, por tanto, no iba a dejar que Jetset la tocara para terminar el concierto. Sacudió la cabeza para apartar la furia de su mente y se interpuso entre sus dos amigos.

—¡Basta! Salgamos a saludar y nos vamos.

—¡Nos falta *Come Join Me in Death*!

—No importa, de verdad. Hemos terminado con *Teenagers* y ese también es un buen final.

Sí, era un buen final; no el final triunfante y enardecido que habían planeado, pero tendría que ser suficiente. Nikki sintió ganas de llorar de rabia, pero se contuvo; aquel no era el lugar ni el momento.

—Yo puedo tocarla con vosotros —dijo Jay a sus espaldas. Los tres se giraron para mirarlo.

—¿Cómo dices? —alucinó Keith—. No te he escuchado bien con los gritos.

—¡Que yo puedo tocar *Come Join Me in Death* con vosotros! —chilló Jay, haciendo bocina con las manos—. Me la sé casi de memoria. La toqué muchas veces con Nikki la noche que la compuso.

—Pero, ¿es que tocas la guitarra? —se sorprendió Keith, desviando su mirada dubitativa entre Jay y ella.

—Bueno, no soy el puto Jimi Hendrix, pero creo que podría funcionar. ¿Y bien?

—Jay... —balbuceó Nikki.

—¡Venga, agarra la guitarra y el pinganillo! No vamos a perder un puto minuto más —ordenó Jason.

Jay obedeció al instante. Se quitó la chaqueta negra de cuero y se colocó la guitarra sobre su impoluta camiseta blanca. No podía parecer menos el miembro de un grupo de *punk rock*, pero estaba seguro de sí mismo, como era habitual en él. Se puso el pinganillo en la oreja y un técnico de sonido ajustó con rapidez la frecuencia

—¡VAMOS! —volvió a gritar el bajista.

Sin saber qué decir sobre lo que estaba ocurriendo, Nikki siguió a Jason cuando todos volvieron a salir al escenario. El estruendo de aplausos que los recibió se vio interrumpido cuando el público reconoció a Jay Martin a la guitarra. Se hizo un silencio extraño e incómodo en todo el estadio, pero Nikki se puso frente al micrófono y cerró los ojos antes de que la *intro* al piano, sencilla y delicada, empezara a sonar:

*Just a young kid, lost in the city
My father took me there in the cold
A marching band playing and he said*

El público empezó a gritar cuando los primeros acordes de guitarra que Jay inició encajaron

perfectamente con su voz. Nikki suspiró aliviada.

*Kid, when you grow up
You will be the voice of the damned
The misfits and the lost ones*

*He said, you will fight them
All the monsters and the abusers
Until they'll just be ashes on the ground*

*Because it will come the black day
To leave all in this world
And join the march of death*

Keith y Jason se unieron a ellos con sus respectivos instrumentos y Nikki abrió los ojos para mirar a Jay, que tocaba concentrado en su tarea.

*Just a young kid, lost in the city
My father took me there in the cold
A marching band playing and he said
Kid, when you grow up
You will be the voice of the damned
The misfits and the lost ones*

De repente, la música estalló en un ritmo endiablado que mezclaba el *punk* y el *rock* y la gente empezó a gritar y a cantar con ellos. Nikki sonrió a Jay y él le devolvió la sonrisa más maravillosa del mundo.

*At night I have this feelin'
That he's watchin' over me
There's nothing in the street for anyone
And in this rise and fall
With the beating memory of you
I just want to scream and shout*

Nikki levantó su vista al cielo estrellado de Los Ángeles y le dedicó mentalmente el estribillo a Frank Ellis, allí donde estuviera.

*Come join me in death
My memory of you will go on
Believe me, you will never be gone
And though you're dead away from me
We'll march into death with a crooked smile*

De repente su padre estaba ahí, con ella, escuchando una canción que era suya pero que

también era de él y para él. Y se dio cuenta de cómo las palabras cobraban vida y le daban la razón: aunque Frank estuviera muerto, sus recuerdos iban a perdurar en ella durante toda su vida.

Se adelantó en el escenario para mirar los ojos de los fans que gritaban y cantaban en primera fila. Jason y Jay la rodearon sin dejar de tocar ni moverse. Nikki sonrió como no había sonreído en semanas. La canción alcanzó su punto máximo y Nikki cantó con toda su alma, con los ojos anegados de lágrimas. De dolor y felicidad.

*This fucking world will never take my soul
Not gonna die until my last breath
Go, try or die, I will never break
We're gonna play this part
We won't fall or say we're sorry
We're unashamed of the scars
Because we are the broken, the damned
The misfits and the lost ones
So come join me in death
And my memory of you will go on*

—¡*Will go on!* —gritó Nikki, estirando su brazo al cielo y doblando su espalda, dejándose la voz entera en aquellas últimas palabras que cerraban la canción de su padre.

Los aplausos y silbidos de admiración la trajeron de nuevo al Dodger Stadium, donde el público pedía más sin dejar de gritar el nombre de Jetset y aplaudir con rabiosa furia. Una furia que incluso hacía temblar el suelo bajo sus pies.

Apenas pudo recuperar el aliento cuando vio que Jay intentaba retirarse para dejarles disfrutar del éxito, pero Nikki fue más rápida y lo cogió de la mano, llevándolo hasta el centro del escenario, junto a Jason y Keith, que lanzaba las baquetas a la audiencia.

—Gracias —le susurró Nikki—. Gracias por ser como eres.

—No tienes que dárme...

Nikki lo interrumpió con un sonoro beso que retumbó en el micro aún encendido, llevando el sonido de sus labios hasta la última esquina del estadio. Jay sonrió y la abrazó mientras los aplausos los envolvían en la calidez del triunfo.

—Sigo sin saber si eres o no eres un gilipollas —le susurró Nikki al oído, entre risas.

—Solo en los días impares.

Nikki supo que no volverían a separarse nunca más. Estaban a salvo, el uno con el otro, e iban a recorrer su camino juntos.

Mirrors

EPÍLOGO

Dicen que las primeras Navidades sin un ser querido son las peores, y que luego el dolor se va diluyendo en la rutina y la normalidad de la vida diaria, aunque nunca dejas de echarle de menos.

Las primeras fiestas navideñas sin Frank Ellis se le antojaban a Nikki como algo similar a una pesadilla. No era capaz de imaginar cómo iban a sentarse en la mesa sin su alegre presencia para celebrar algo que siempre festejaban en el reducido ambiente de su pequeña familia. Era algo inimaginable para ella, así como doloroso.

Quizá por eso había sido Jay quién se había encargado de organizarlo todo. De movilizar billetes de avión, de encargar comida para todos y de comprar decoración navideña para dejar el enorme rancho de West Harpeth preparado para dar la bienvenida a los invitados que recibirían durante sus primeras Navidades juntos.

Nikki sonrió en la soledad del bonito dormitorio que ambos compartían desde hacía tan pocos meses y que habían decorado juntos, no sin alguna pelea previa. Al final habían optado por un estilo rústico y confortable, a tono con el ambiente apacible que se respiraba en el rancho Silas.

Recordaba como en una especie de ensoñación el primer concierto de Jetset como teloneros de Green Day y todo lo que había ocurrido después. Jay la había acompañado a casa de su madre y ella se había tirado en brazos de Maggie Ellis hecha un mar de lágrimas y llanto. Su madre la había abrazado, probablemente aliviada de verla reaccionar a la muerte de Frank Ellis, al fin. No había sido fácil aceptar que su padre no volvería; había recorrido un camino de espinas, aunque lo había hecho de la firme mano de Jay. Con él las cosas, incluso las más pesadas, siempre eran más sencillas.

Después del concierto con Green Day, Jay y Nikki ya no se habían separado. Al menos de forma emocional. Ella había cumplido con la pequeña gira de Green Day por Estados Unidos, mientras él terminaba de rodar *The Long Road* en Los Ángeles. En septiembre había surgido como algo natural el irse a vivir juntos, hablando del futuro y de cómo se iban a organizar para verse.

—Podrías venirte a vivir al rancho de West Harpeth —había dejado caer Jay como si tal cosa.

—No te ofendas, me gusta tu piso de Nashville, pero... —Nikki había soltado el tenedor con el que devoraba su plato y lo había mirado sin pestañear—. ¿Cómo has dicho? ¿Rancho?

—Compré el rancho Silas de West Harpeth en julio. Para los dos.

—¿Es que eres gilipollas?

—Solo en días impares.

Nikki tenía sus dudas sobre el hecho de mudarse tan lejos de la civilización, a un rancho apartado de las grandes ciudades; porque ella jamás había vivido fuera del entorno urbano de Pasadena. También había pensado que quizá era demasiado pronto para ambos, pero al final, al ver la casa y el terreno, había aceptado el riesgo y apostado por una vida juntos. La proximidad

con Nashville había ayudado bastante en la decisión. Y no podía estar más contenta con el resultado.

Como era obvio, la casa era enorme para ellos dos y los gatos que habían juntado. Marvel y Banjo se paseaban por la propiedad como los auténticos dueños de la casa, los muy bribones. A Nikki se le enternecía el corazón cuando encontraba a ambos gatos durmiendo acurrucados sobre el regazo de Jay, más felices que nadie.

La vida había cambiado desde que lo había conocido, y de qué manera. Nunca se hubiera imaginado mudándose a un rancho de Tennessee con una superestrella del pop, y si alguien se lo hubiera predicho hacía un año, Nikki se hubiera echado a reír.

Habían cambiado cosas, era cierto. Otras no tanto. Nikki era consciente de los cambios que se avecinaban y, tras las primeras y normales dudas, había acabado por sentirse feliz con todos ellos.

—¿Cielo? —Jay abrió la puerta del dormitorio con cautela—. Acaban de llegar Cassie y Blake. Ya estamos todos.

—Voy.

—¿Estás bien? —Jay la detuvo en el umbral de la puerta.

—Lo estaré. Poco a poco.

Sus besos suaves y dulces aceleraban el proceso de curación, sin duda.

En el gran salón comedor, decorado con un alto árbol blanco de Navidad que irradiaba luz y color, aguardaban tanto sus respectivas familias como varios de sus amigos. Había supuesto poco menos que una pesadilla organizarlo todo; sin embargo, Jay lo había logrado.

Así que allí, junto al fuego que ardía en la chimenea de piedra y la mesa elegantemente puesta, estaba su familia al completo, incluidos sus hermanos Eric y Howard. Su madre charlaba muy animada con Maggie Ellis y Lauren, la madre de Cassie.

Recién llegados de Los Ángeles, Cassie y Blake reían junto a Gavin y su novio, mientras Joey y Stan picoteaban algo de comida y se servían más vino. Las mujeres de ambos hablaban entre ellas. Los hijos de sus compañeros de Westside Blue se divertían con un dócil Banjo y una animada Marvel, feliz de tener cómplices de juego.

Vio a sus hermanos saludar a Keith, Jason y Tom —que había vuelto a Jetset como guitarrista— e intercambiar palabras de interés por el futuro del grupo. Aquella era ahora su familia, sus amigos y su vida entera.

—No sé cómo saldrá esto —murmuró Nikki al ver a tanta gente reunida en su sala de estar.

—Todo saldrá bien —dijo Jay, apretando su mano. Y no se refería solo a la cena de Navidad.

La gira mundial de reunión de Westside Blue había sido anunciada y la conmoción había sido inmediata en las redes sociales. Las entradas agotadas en pocas horas en la mayor parte del mundo lo confirmaban. Jay ardía en deseos de volver a pisar un escenario en compañía de Gavin, Blake, Joey y Stan. Sus viejos compañeros no podían estar más emocionados... «y en peor forma física», rio Jay para sus adentros. Hacía años que sus amigos no bailaban y parecían patos drogados intentando seguir las complicadas coreografías que antaño habían ejecutado sin demasiado esfuerzo. Jay, que había continuado bailando en su carrera en solitario, se partía de risa al ver a sus cuatro amigos intentando recordar los complicados pasos de baile de los viejos éxitos de Westside Blue, como *See You No More* o *It's Gotta Be You*.

Lo mejor de todo, pensaba Jay, era que Brett había desaparecido de sus vidas, sepultado bajo amenazas de demanda por los abogados de Capitol Records. En parte, por haber incumplido sus

obligaciones como guitarra de Jetset en la minigira con Green Day y, en parte, por haber intentado chantajear a Nikki con un vídeo privado. Ahora debía mantenerse alejado de Nikki bajo orden judicial y ni siquiera podía poner un pie en todo el estado de Tennessee.

Jay se había enterado de todo lo que había pasado a sus espaldas; de toda la verdad. Nikki se lo había contado sin ahorrarse ningún escabroso detalle, con profunda vergüenza por haberse comportado así. Eso no le importaba en absoluto; solo le importaba el hecho de que Nikki se hubiera puesto en peligro por proteger la reputación de él. A saber cómo podría haber acabado todo. Solo de pensar que Brett podía haberle hecho daño de verdad... También había insistido en ponerle protección, pero Nikki se había negado. Lo verdaderamente crucial era que Brett estaba fuera de sus vidas para siempre y que, poco a poco, Nikki volvía a ser ella misma.

El resto era cuestión de esperar, de construir un futuro juntos. Lo demás poco importaba.

La cena transcurrió en un ambiente alegre y festivo que se alargó durante horas hasta bien entrada la madrugada. El comedor y la cocina tenían un aspecto deplorable después de tanta comida y copas. Había botellas de vino y champán vacías por todas partes, y los platos y las fuentes se amontonaban en la encimera. Por suerte, el dinero podía pagar a un estupendo servicio de limpieza que vendría al día siguiente para encargarse de todo.

Jay y Nikki despidieron a sus amigos y familiares en la puerta del rancho Silas. Su casa contaba con varias habitaciones de invitados, pero no las suficientes como para alojarlos a todos. Así que Jay se había encargado de reservar varias habitaciones en el Sheraton de Nashville para que todos pudieran quedarse cerca y disfrutar de la capital de Tennessee.

Cuando se quedaron al fin solos en su hogar, Jay advirtió que Nikki parecía inusualmente cansada, aunque se hubiera pasado la tarde dormitando. Jay la mandó arriba a dormir sin dudar; había sido un día de profundas emociones y no le sorprendía que ella estuviera agotada.

—Ya apago yo todas las luces y el fuego.

—Gracias, cariño —Nikki lo besó en la mejilla, con los ojos brillantes de felicidad.

La vio subir las escaleras con paso pausado. Luego apagó el fuego a conciencia, desconectó las luces de Navidad que brillaban por toda la casa y acarició a Marvel y Banjo para darles las buenas noches. Los dos gatos dormían uno junto al otro en una butaca frente a la chimenea, que aún desprendía calor. Maullaron por ser molestados y Jay sonrió al verlos dormir tan plácidamente. Le dio un último beso a cada uno en sus peludas cabezas.

Cuando subió al piso de arriba no encontró a Nikki en el dormitorio principal. La buscó en el estudio que él mismo había montado para ambos en la parte de atrás de la casa. Tampoco estaba ahí. Siguió buscándola en el vestidor, en la pequeña biblioteca y en la sala de juegos, en la que varias videoconsolas y un billar permanecían en silencio... Pero ni rastro de ella.

Para su sorpresa la encontró en una de las habitaciones de invitados, apoyada contra la ventana y mirando a través del cristal. Contemplaba en silencio el oscuro exterior, donde el terreno que pertenecía al rancho Silas —cubierto de hierba verde, pinos, arces y robles—, que estaba sumido en una total oscuridad.

—¿Nunca nieva en Tennessee? —preguntó sin volverse, al escucharlo entrar en la habitación y caminar hasta ella.

—A veces en Memphis, pero no es lo habitual.

—Echo de menos la nieve...

—Cielo, eres de California —bromeó Jay, rodeándole la cintura con los brazos y apoyando la barbilla en el hombro de ella—. No es como si hubieras crecido rodeada de nieve.

—Aun así... —se quejó Nikki con un suspiro—. ¿Y Banjo y Marvel?

—Durmiendo abajo. En cuanto nos escuchen meternos en la cama subirán corriendo con nosotros, no te preocupes. —Jay miró la habitación con el ceño fruncido—. Creo que tenemos demasiadas habitaciones de invitados para la poca gente que recibimos, ¿qué opinas?

—Es verdad. Deberíamos dedicarlas a otras cosas.

—¿Alguna idea?

—De hecho, sí. —Nikki se giró con una sonrisa un poco tímida y le entrelazó los dedos de la mano con los suyos. Luego, como a cámara lenta, le llevó la mano hasta su vientre—. ¿Qué te parece si convertimos esta habitación en el cuarto de nuestra hija?

Esperó a que Jay asimilase lo que estaba diciendo, temerosa de que la noticia lo pillase tan por sorpresa como a ella. Al fin y al cabo, esto no entraba en sus propósitos más inmediatos. Lo había hablado de forma superflua un par de veces, más bromeando que otra cosa, pero ahora esos supuestos planes se habían materializado en algo muy concreto y que pronto correría por el rancho Silas.

A Nikki le daba vértigo y se sentía emocionada a partes iguales ante la idea, aunque sobre todo esperaba que Jay reaccionara con la misma ilusión que al final la había embargado a ella cuando el test de embarazo había dado positivo.

—¿Qué...?

—Sí.

—¿Nikki? —balbuceó Jay, abriendo mucho los ojos y con la mano temblorosa aún encima de su plano vientre—. ¿Hablas en serio?

—No quería decir nada hoy para no gafarlo, pero estoy de casi ocho semanas... ¿Qué pasa? ¿No estás contento? Porque creía que... —se empezó a molestar Nikki, soltándole la mano.

Pero antes de que pudiera seguir enfadándose, Jay la besó una vez y otra y diez mil veces más, entre risas de felicidad que acabaron por contagiar a Nikki. Ambos se abrazaron en un enredo infinito de brazos y besos nerviosos e histéricos.

—Un momento, ¿cómo sabes que será una niña? —Jay colocó su oído en el vientre de Nikki, como si así pudiera escuchar algo que le confirmase que lo que estaba ahí dentro creciendo sería una pequeña réplica de Nikki.

—No lo sé, pero ojalá lo sea. Sea lo que sea, no veo el momento de explicarle en qué polvo de *backstage* la concebimos. Estoy bastante segura de que fue en tu especial en el Madison Square Garden.

—Fue un polvo de *backstage* memorable, tienes que reconocérmelo —rio Jay, guiñándole un ojo.

—Entonces, ¿estás contento? Sé que no lo esperábamos tan pronto. Los dos somos jóvenes, yo tengo a Jetset despegando, tu carrera que no para de crecer... Quizá no es el momento idóneo para ser padres. ¿Qué opinas?

—Opino que, si algo sabemos a estas alturas de la vida, Nikki, es que por mucho que planeemos las cosas el destino tiene sus propios planes.

—Y que lo digas.

Jay la besó en un estallido de alegría. Nikki le correspondió sin poder dejar de sonreír.

—Joder, joder, joder... ¡Tenemos que celebrarlo! ¿Qué quieres que te regale? ¿Otra casa? ¿Un caballo? ¿Un coche? —se excitó Jay, al borde de una increíble y feliz histeria—. ¿Una boda?

—Ya sabes que no creo en esas chorradas. No hace falta pasar por el altar para ser padres.

Además, me gusta la idea de ser novios eternos.

—Sé que tu único motivo válido para rechazar casarte conmigo es evitar que te cante en nuestra boda, Nikki... —le tomó el pelo Jay, provocándole la risa.

—Hablando de eso y de regalos, eso es lo que te voy a pedir: una canción —sonrió Nikki—. Me conformo con eso. ¡Pero ahora no! —le detuvo, cuando vio que Jay iba a salir en aquel preciso momento directo al estudio.

Ambos rieron cómplices, mirándose a los ojos. Apenas hacía un año que se habían conocido y todo había cambiado para los dos. ¿En qué instante habrían pensado que el camino los llevaría hasta a aquel mismo momento, viviendo juntos y esperando una hija?

—Pero oye, una cosa te digo desde ya: nada de ponerle canciones de pop de mierda. Escucharé *rock* y *punk*, *ska* como mucho... Puede que algo de *blues*, si insistes en ello. Nada de pop hortera.

—¿Ni siquiera mis propias canciones? —se quejó Jay.

—Puedes ponerle *mi* canción, cuando la tengas escrita.

Jay se inclinó hacia su oído, sonriendo.

—En realidad, ya la tengo. ¿Quieres escucharla?

Nikki bufó impaciente y con los ojos cansados.

—¿Y cuándo no quiero escucharte cantar? Aunque me temo que tengo toda la vida por delante para aburrirme de tu música.

—Eso es lo más bonito que me has dicho hoy, cielo. —Jay se aclaró la garganta para empezar a cantar mientras Nikki levantaba una ceja interrogante.

—Ya me estoy arrepintiendo —suspiró Nikki con fastidio, protegiendo su vientre con ambos brazos.

Salieron de la futura habitación infantil entre risas, dispuestos a descansar y recuperar fuerzas. Las iban a necesitar.

Agradecimientos

Lo normal en un libro es dar las gracias a aquellos que han estado junto a la escritora, apoyando y aplaudiendo cada pequeño paso que es el viaje de escribir un libro.

Pero para *Perdiendo el camino*, solo voy a hacer un agradecimiento:

Le doy las gracias a Alba.

Porque a pesar del dolor, de los insultos y el maltrato, sobreviviste a cuatro años de infierno. Cuatro años durante los cuales tus amigos y tu familia pensaban que todo estaba bien entre tú y él, cuando escondías los moratones bajo mangas largas en pleno agosto, en los que llorabas hasta quedarte dormida y en los que aquel que decía quererte te encerró en una jaula invisible.

Esa Alba superviviente soy yo.

Me costó muchísimo tiempo perdonar a esa Alba que se dejó humillar, gritar, menospreciar e incluso pegar. Pero ya la he perdonado, porque un día lo comprendí: la culpa no era mía. La culpa siempre es del maltratador.

Así que si has leído este libro y sientes que podrías estar en una situación parecida a la de Nikki o a la mía propia, llama al 016 (Atención a las víctimas de malos tratos por violencia de género).

Te lo mereces.

¿Te ha gustado *Perdiendo el camino*?



¡Déjanos 5 estrellas y un comentario para que otros lectores descubran el libro!

¿No te ha gustado?



¡Escríbenos para proponernos el escenario que te hubiera gustado leer!

<https://cherry-publishing.com/contact/>